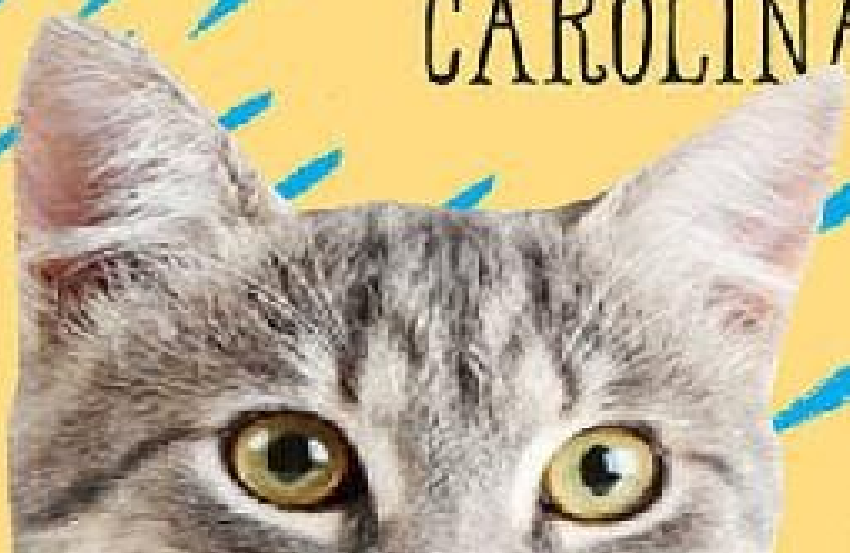




Vivir en
las nubes
anuncia
tormenta

CAROLINA LEVI



Índice

Dedicatoria

Prólogo

Cumpleaños ¿feliz?

No es otra estúpida novela americana

Noticias de desenfreno, secuelas de ibuprofeno

Desafío en el zoo... familiar (parte 1)

Pesadilla en el zoo... familiar (parte 2)

Avatares de una traductora currante

Planes con la consistencia de flanes

Y comieron perdices... sin ser felices

La infiltrada que casi conoció a Will Cooper

La mujer que sí conoció a Will Cooper

La traductora que se convirtió en la envidia de Cenicienta, Blancanieves y demás pedorras

La cita en la que (casi) todo salió bien

La cita en la que (casi) todo salió mejor

Billete de ida a la ficción

Billete de vuelta a la realidad

Vivir sabiendo que se está viviendo

Epílogo (también llamado colofón)

Agradecimientos

Créditos

*A las letras, a las historias y a quienes todavía,
en estos tiempos, creen en unas y en otras.*

Prólogo

Hay dos cosas, principalmente, que pueden convertir tu cumpleaños en un día atroz. La primera es que el número de velas ensartadas en la tarta te provoque temblor de piernas, caída de cabello y un rosario de reflexiones precipitadas sobre lo mal que has aprovechado tu vida. La segunda es que nadie se haya acordado siquiera de hacerte o comprarte una tarta.

Yo llegué en estas condiciones a la fatídica jornada en que debía asimilar que estaba a tan solo un año de lo que las voces expertas y eruditas de la sociedad han convenido en llamar «la temida crisis». Vale, de acuerdo: ese término se reserva en exclusiva para los cuarenta. Yo iba una década por detrás; había veintinueve odiosas velas en la tarta (en la imaginaria, me refiero) que me veía obligada a soplar. Pero, al ritmo que todo avanza hoy en día, me sentía aterrorizada ante la perspectiva de hundirme en los treinta. Cambiar el dos por el tres se auguraba traumático. Claro que, si la cosa se hubiese detenido ahí, en tener que asimilar una edad aterradora para la humanidad (o tan solo para mí) y en no contar con una tarta, pastel o donut que engullir a modo de premio de consolación, tampoco habría estado tan mal. Pero no. No, mi vida no funciona de esa manera. Si se avecina un acontecimiento perjudicial para mi salud (mental, física, da igual; barra libre en ese aspecto), se creará un efecto llamada que atraerá a otros sucesos espeluznantes como una tarta recién hecha en un alféizar a una jauría de perros callejeros. Sí, habréis advertido que no he superado lo de la maldita tarta.

Lo único que yo quería en el día de mi cumpleaños era sentirme a gusto conmigo misma. Y para eso solo necesitaba una comida sencilla esperando en el microondas, una felicitación sincera por parte de mis seres queridos, un ascenso en el trabajo, un hombre que supliese al lavavajillas que no tengo y al gato que me odia y llena de pelos mi piso... Vale, no. No necesitaba nada de esto, en

realidad. Con tener a mano una botella de buen vino o mejor ginebra para descorchar, mis expectativas estarían más que colmadas. Pero, como ya he dicho, mi vida no acostumbraba a funcionar así. Y menos a un año de cumplir los treinta.

Cumpleaños ¿feliz?

La gente cree que cumplir años es una bendición, que quienes se quejan no son más que unos caprichosos malcriados que no entienden nada de un milagro como la vida. En eso último podría estar de acuerdo: no entiendo nada de la vida. De la mía, al menos.

Mis padres tuvieron el buen ojo de bautizarme con el nombre de Marta, algo crucial de cara a mi futuro, el laboral incluido. Al ser Marta un nombre corriente, ligado a Cruzado, un apellido quizá menos corriente, pero en absoluto distinguido, no tuve problemas para pasar desapercibida a lo largo de mi infancia, juventud y madurez. «Marta Cruzado. Presente» y punto. Nada más que destacar, salvo algunos comentarios dispersos del tipo: «A Marta Cruzado le ha comido la lengua el gato» en la escuela, «¿la Cruzado esta es tartaja?» en el instituto, y «¿quién coño es Marta Cruzado?» en la universidad. Me gustaba no llamar la atención. O, para ser precisa, se me daba bien no llamar la atención. Porque cuando lo hacía, la tierra se abría bajo mis pies y desde el averno Satanás me señalaba con su uña infinita y dentada (a fin de cuentas, Satanás es un hombre y no se le conoce madre, por lo que no tiene a nadie que le corte las uñas), convirtiéndome en víctima de un terrible sentido del ridículo. Pánico escénico, también llamado.

Que en mi infancia algunos dudasen de si Marta Cruzado era tartamuda o no tenía mucho que ver con lo poco que abría la boca. Siempre fui más de comunicarme por escrito. Hay en el acto de escribir una pureza que no puede encontrarse en el acto de hablar. Cualquier cretino está capacitado para aprenderse un discurso oral tras el que esconderse y crear un personaje, pareciendo una persona educada, lúcida e interesante. El mundo está lleno de tramperos. Sin embargo, los cretinos no pueden escribir una redacción de tres páginas, no pueden engañar a la ortografía, tan sabia ella. No, los estúpidos

siempre quedan al descubierto cuando aporrean un teclado, cuando cogen un boli, cuando agarran un lápiz. De ahí el popular dicho.

A pesar de mis problemas a la hora de expresarme mediante gestos y articulación de sonidos, siempre traté de dejar claro que eso no iba a convertirme en la diana de una tirada infinita de bromas, humillaciones e insultos, de esos que muchos padres definen como «infantiles» ante la imposibilidad de reconocer que están criando a un pequeño *hijodeputa*. Cuando un niño cabrón te ve callada, empieza a olisquear. Todavía no sabe muy bien por qué lo hace, es algo instintivo. Se acerca, arrugando la nariz como una cría de cerdo, para detectar qué es eso que rodea tu silencio. Si es altivez, te dejará en paz. Si es indiferencia, también. Pero si lo que detecta es miedo, vergüenza o inseguridad, saltarán las alarmas. Bienvenidos al espectáculo del ser humano como especie bruta y primitiva.

Por eso cuando el aspirante a bufón de la clase, y por ende de la vida, trataba de hacerme alguna jugarreta, no me temblaba el pulso (nunca mejor dicho) para neutralizar su ataque. La primera nota que recibieron mis padres desde la dirección del colegio fue en tercero de primaria, cuando Pedro Gracia (el pobre imbécil había asumido su apellido como una verdadera responsabilidad) tiró de mis trenzas castañas para que la clase pudiese comprobar si podía gritar o no. Podía, claro. Y mucho; es un dolor brutal sentir que el cuero cabelludo está a punto de independizarse de tu anatomía. Asumí las risas y los chascarrillos fáciles en silencio, mi refugio oficial, pero a la media hora me levanté a afilar el lápiz en la papelera. De camino, dejé pegado a la espalda de Pedro Gracia un trozo de hoja arrancada de mi libreta de rayas, donde se podía leer «me gusta masticar mocos». Cuando en la hora siguiente le tocó salir al encerado, las carcajadas fueron mayúsculas. La única que no rio fui yo, mi venganza ya había sido ejecutada. A pesar de no tener constancia de que Pedro llevase a cabo una práctica tal, sí era conocido (por cualquiera que tuviese dos ojos útiles) su gusto por hurgarse la napia. Y desde entonces, toda la clase estaba pendiente de si a las prácticas de excavación les sucedía un almuerzo de lo más divertido y repugnante. Por supuesto, Pedro dejó de burlarse de mí para pasar simplemente a odiarme en silencio. Y en silencio todo me parecía mucho más agradable y llevadero.

Con estos antecedentes no es complicado entender que al terminar el instituto me decantase por la carrera de traducción e interpretación. Tampoco había muchas más opciones entre las que elegir. Las ciencias se me daban mal,

las artes peor. Solo estaba cómoda en un ambiente donde la comunicación no exigía situarse físicamente en primer plano. Hice algunos buenos amigos en la universidad. Entre los estudiantes de esta disciplina abunda la gente que tiene asumido de antemano su papel secundario o terciario. Y con ellos era sencillo llevarse bien. Allí conocí a Lina, y ella fue quien me presentó a Puri. Si las cito es porque no tardarán demasiado en entrar en acción, así que lo mejor será empezar a asimilar la existencia de ambas.

Después de licenciarme todo avanzó muy rápido. Una aprende muchas cosas en su etapa universitaria (cosas que querría aprender y cosas que no) y desaprende otras tantas (cosas que querría desaprender y cosas que no). Pero lo que viene después sucede como si el tiempo bailase a un ritmo frenético e irregular. ¿A qué edad tienes la primera relación estable? ¿Cuánto dura? ¿Qué hay que entender por estable? ¿A qué trabajos de mierda puedes acceder? ¿Cuánto duran? ¿Se pueden considerar estables (ja)? ¿Cuánto tardas en independizarte? ¿Llega a ocurrir algún día?

Son demasiadas preguntas cuyas respuestas se asimilan con cierto retraso. Sí, obtienes un diploma con veintipocos años, y los siete u ocho siguientes los pasas dando tumbos, tratando de alcanzar una estabilidad que los libros de texto y los padres han atornillado a tu cabeza en forma de necesidad. Te ven soltera, con los treinta ya al acecho, sin trabajo estable, en una mazmorra que por mucho empeño que pongas en decorar para hacer pasar por hogar seguirá siendo una mazmorra, y no pueden hacer otra cosa que compadecerse de ti. Pues bien, no solo había dado alcance a todas y cada una de estas metas, sino que lo había hecho, además, con mucha dedicación y sudor. Ah, y con la única compañía de un gato que me odia.

El día de mi vigésimo noveno cumpleaños (Dios, cómo duele) solo esperaba gozar de paz. No había tarta que soplar ni cortar (¿estabais al tanto de esto?) salvo que me acercase al Mercadona yo misma a comprarla, lo cual me parecía demasiado triste incluso para una persona como Marta Cruzado. Así que ese día simplemente me levanté a las nueve, comprobé en el móvil que nadie se había acordado todavía de felicitarme y salí con tiempo suficiente para la reunión que tenía en la editorial para la que trabajaba como traductora. Llevaba tres años colaborando con ellos como *freelance*, o autónoma, o como prefiera uno llamar a estar bien jodida por una sociedad que sanciona no estar atada a un horario laboral riguroso y a un pagador único y sempiterno. Lo bueno es que la

editorial es grande, no solo físicamente, y las facturas que allí se expiden dan para llenarle la nevera a un traductor. Aunque la mía esté vacía por norma.

Cogí la línea de metro que me llevaría directamente a la editorial y traté de soportar las nueve paradas que había de por medio fijándome en los pasajeros matutinos. Una práctica habitual. A esas horas de la mañana los vagones van repletos de seres con angustia por no llegar tarde a su puesto de trabajo, por otros con desidia total por desembarcar en las facultades y por algunos que tratan de animar la jornada mediante ruidos diversos. En esta ocasión, dos hombres de mediana edad aporreaban sendas guitarras españolas al son de una canción de... ¿Shakira, quizás? ¿Enrique Iglesias, tal vez? ¿Los del Río? Reconozco que no soy muy buena a la hora de identificar a los artistas del momento. Sobre todo, porque la música del momento puede ser un bodrio importante. Eso cambia, por supuesto, si una lleva encima cuatro gin-tonics y tres chupitos. Pero a esas horas de la mañana sería abusar ligeramente de una cantidad de alcohol así. Por mucho que estuviese de cumpleaños.

Llegué a mi parada un poco mareada por la falta de ventilación (no todo el mundo acostumbra a ducharse por las mañanas; no todo el mundo acostumbra a ducharse) y por el repertorio vallenato-reguetoniano-cumba-pop-experimental al que me había sometido el dúo dinámico de turno. Dejé que la gente que esperaba en el andén entrase a golpes en el vagón antes de que yo saliese porque qué sentido tiene hacerlo a la inversa (ay, la evolución), y bajé de un salto cuando las puertas se estaban ya cerrando. Si hubiese llevado tacones el tortazo habría sido fino; habría llegado por lo menos a las doscientas mil visitas en Youtube. Menos mal que había elegido zapatillas deportivas para celebrar mis veintinueve.

Me presenté en la editorial un poco más despejada. Los quinientos metros que separaban la estación de la sede me habían servido para tropezar dos veces con surcos sueltos que había en la acera, pisar mierda de perro que luego restregué contra uno de esos surcos y ser casi atropellada por un motorista al que se le debía de enfriar la pizza que llevaba en el cajón de reparto (¿pero se puede saber quién pide pizza a las diez de la mañana?).

El emplazamiento es, por decirlo de alguna manera, maravilloso. Una entrada discreta, con un cartel que te implora, por Dios, que toques el timbre en lugar de forcejear por tu propia cuenta con la puerta, da a unas escaleras que conducen a una editorial construida bajo suelo. Como un búnker literario, como un refugio de la cultura. Normalmente, los traductores odian las reuniones que sus superiores les imponen, ya que no tendrán voz ni voto y saldrán de ellas con

una carga de trabajo que solo pueden aceptar sí o sí. Sin embargo, para mí era un gustazo tener que acudir a aquel lugar. Una vez bajadas las escaleras, un pequeño vestíbulo salpicado con encanto por retratos de diferentes escritores conecta con la sala principal de trabajo. En ella se agrupan todos los departamentos. Una veintena de editores, gente de marketing, de comunicación, de administración, etcétera, deslizan sus sillas rodantes de un lado a otro. Lo hacen con la elegancia que concede la rutina y la ausencia de prisas (o una admirable capacidad de disimulo). Las conversaciones se mantienen en un tono agradable, medido. Al menos durante las ocasiones en que yo estuve allí. Solo cuando un autor está presente puede cambiar el panorama.

Había pasado en un par de ocasiones. Alguna de mis reuniones (que por lo general duraban menos que el protagonista de *American Pie* en vaciar la yogurtera) había coincidido en lugar y tiempo con la visita de uno de los autores de la editorial. Al tratarse de una empresa grande, deben lidiar con personajes de ego muy desarrollado, que parecen sacados de las novelas que ellos mismos publican. Una vez, estando yo metida en el despacho de paredes acristaladas de la directora editorial, vi entrar a «una de las plumas más ágiles y corrosivas de nuestras letras; el perfecto adalid de la literatura contemporánea española» (definición por cortesía de un medio de comunicación perteneciente al mismo grupo editorial de la empresa que lo publicaba). Yo lo hubiese definido sencillamente como el perfecto gilipollas al que nunca le han tatuado la nuca con una buena colleja. Entró en la sala de trabajo dando voces, y yo no pude hacer más que pegar un brinco. Sin embargo, ninguno de los allí habituales pareció llevarse un susto. Tan solo se produjo un silencio mecánico, como si fuese parte del contrato que habían firmado con la «pluma ágil y corrosiva» (o perfecto gilipollas) dejar que este expulsase babas y bilis sin saber muy bien a quién mirar o culpar. Entre sus quejas, pude entender, estaba el hecho de que solo le hubiesen conseguido tres entrevistas para la próxima semana. «Un puto suplemento cultural y dos radios comarcales. ¡De izquierdas una de ellas! ¿He escrito de verdad una mierda tan grande como para merecer esto?», vociferaba. Yo solo esperaba el momento en que alguien gritase: «¡Inocente, inocente!» y una cámara aparatosa saliese de detrás de alguna esquina de la estancia central. Pero no. Aquello era la realidad. Sentí ganas de salir y decirle que sí, que si su última novela (la cual no había leído y no tenía intención de leer) estaba a la altura de la anterior era merecedor de aquello y de algo peor. Claro que permanecí sentada y bien calladita, porque yo no soy de hablar. Solo cuando una

botella de vino, o ginebra, o whisky yace vacía ante mí. Y, una vez más, aquel no era el caso.

Ese día, sin embargo, no hubo autores irascibles y vanidosos despedazando la calma cotidiana de la editorial. La directora parecía estar bastante liada, así que procedió a despacharme con agilidad. Me habló de mi próximo encargo: una novela breve de una joven autora americana que empezaba a despuntar. Sería la primera obra traducida al castellano de aquella escritora, así que remarcó lo importante de una pulcra traducción. Algo que en realidad tenía que escuchar cada vez que me sentaba allí. Asentí un par de veces, para no faltar al ritual de costumbre, y dejé que la jefa se centrara en otros asuntos.

Al salir de su despacho, enfilando ya las escaleras, alguien me tocó el hombro. Al girarme me topé con Omar, uno de los editores. Hablaba por móvil y me hizo un gesto con la mano, pidiéndome que esperase un momento. Así que esperé, y mientras él concretaba algún tipo de encuentro con algún tipo de autor aproveché para echar un vistazo a mi teléfono y descubrir la primera de mis felicitaciones. Un wasap de mi madre. *Veintinueve ya, cómo pasa el tiempo. Me reiría de lo vieja q eres, sino fuese doloroso por la parte q a mí me toca jeje. En fin, pasa un buen día, cariño. Xoxo (no es «chocho», los ingleses escriben así los besitos q se mandan entre ellos).*

Mi madre. Ser extraordinario donde los haya. Ni siquiera se dignaba a llamar para felicitarme por medio de su voz, ella que es lo opuesto a mí y a la que hablar le resulta tan natural como sentarse en la taza del váter y vaciar la vejiga. Solo tenía tiempo, y ganas para enviarme un wasap adornado con su típico lenguaje pseudoadolescente (y que sabe que yo ODIO; que alguien me explique dónde va a parar el tiempo que uno supuestamente ahorra escribiendo «q» en lugar de «que»). Mi madre, la veterinaria que había persuadido a su hija (e incluso a su marido) de abandonar el hogar para tener así más espacio en el que acoger a diversos animales. Si no fuese porque a ella le debo el amor por los libros y la lectura, no la hubiese perdonado.

Al guardar de nuevo el móvil en la mochila que hacía pasar por bolso (es posible que rompa ciertos estereotipos femeninos, y es probable que me importe bien poco), me encontré con la mirada de Omar, que me observaba sonriente. Su llamada había terminado.

—Qué tal, Marta. Ya me han dicho que te toca traducir a una novel de Massachusetts. La cosa promete.

Me encogí de hombros, entendiendo que aquella obra no era una pieza de

coleccionismo suya.

—Bueno, bueno. Si sobrevives a ello habrá merecido la pena. Adivina quién está terminando su última novela.

Todas mis alarmas se activaron al unísono. La del móvil también; había programado un recordatorio de mi propio cumpleaños, por si acaso se me olvidaba que en teoría debería recibir la felicitación de algunas personas. Rebusqué en la mochila con torpeza hasta dar con el móvil y silenciarlo, evitando la mirada de un Omar que parecía estar pasándolo en grande al presenciar mi desastrosa reacción.

—Si es una llamada, atiende, eh —dijo, comprensivo.

—No... no —alegué, alterada—. Es solo... un recordatorio. Es que hoy, hoy estoy de cumpleaños.

—Vaya. Es la primera vez que conozco a alguien que programa recordatorios de su propio aniversario. —La sonrisa que acompañó a esas palabras me hizo sentir todavía más humillada—. ¡Felicidades!

Y me dio un manotazo amistoso en el hombro. Esa era la clase de camaradería que despertaba yo entre los hombres. ¿Dos besos en la mejilla como felicitación? Qué dices, loca del chirri. No. Un roce en el hombro para demostrar que, a pesar de todo, es posible hacer el esfuerzo de entablar contacto físico conmigo. Para que ante el juez el acusado pueda defenderse alegando: «¡Comprueben las cámaras de seguridad! ¿Ven? La he tocado, ¡le he rozado incluso el hombro!».

Le di las gracias entre balbuceos a Omar.

—Bueno, lo dicho —dijo él, echando un vistazo a la pantalla de su móvil, que se acababa de iluminar—. Despacha rápido a la novata americana esa, que nuestro Will pronto nos dará trabajo.

Se despidió de mí con un gesto de mano, que tanto podía significar un «hasta luego» como un «anda, vete, vete». Pero yo tenía ya la mente volando por otros campos. Tropecé con el último de los escalones para no faltar a la costumbre y salí de la editorial. No fue hasta que reparé en la cuarta persona que me miró extrañada al cruzarse conmigo en la acera cuando pensé en el posible gesto que llevaba adornando mi cara. Podía imaginarlo con detalle, en realidad. Una sonrisa estúpidamente tirante y mofletes sonrojados. Porque esa era mi reacción fisonómica oficial cuando recibía noticias de Will. De Will Cooper.

En esos momentos de placentera ensoñación el móvil volvió a sonar. Rebusqué de nuevo en la mochila y logré atrapar el aparato antes de que la

melodía inicial de «Bad Romance», de Lady Gaga (uno de mis himnos vitales), se apagase. Era Puri, mi amiga.

—¡Vejestorio, felicidades! —gritó su voz aguda, al otro lado de la línea—. ¿Cuántas horas llevas abrevando ya?

—Puri, son las diez y media de la mañana.

—Oh, vaya. Parece que los veintinueve han llegado acompañados de una dosis de puritanismo profundo.

—Lo dudo mucho. Gracias por la felicitación, igualmente. ¿Vendrás a brindar conmigo más tarde? —pregunté, casi rogando.

—Iremos a brindar contigo más tarde —escuché la voz de Lina en segundo plano—. Felicidades, *pussy girl*.

Me contentó oír también a Lina. *Pussy girl* era su manera de llamarme cuando estaba animada, en referencia a mi vida compartida con un odioso gato. Y sin perder ocasión de burlarse de las tinieblas que solían envolver mi vida amorosa y sexual.

—¿Qué hacéis las dos juntas?

—Lina ha venido a ponerse guapa. Es tu cumple, qué menos —comentó Puri.

Puri trabajaba en una peluquería a las afueras de la ciudad. A pesar de que la clientela predominante se componía de jubiladas con la misma cantidad de dinero en la cartera que de tiempo libre, mi amiga no renunciaba a dejar su sello personal en cada persona que se atrevía a ponerse en sus manos. Los cortes de Puri eran, según ella misma, «algo moderno, revitalizante, trascendental». El resultado era ver a abuelitas con sayo luciendo un peinado en cresta y de tono azulado o rosáceo, o a señoras de corte remilgado portando un nido de pájaros tejedores sobre su cabeza. Cada vez que alzaba con orgullo su teléfono para mostrarnos fotos de sus últimas creaciones, yo solo podía pensar en lo mal que lo debían de pasar las familias de aquellas señoras en las comidas del domingo.

—¿Le vas a hacer un... *look* de los tuyos? —pregunté, no sé si asustada o fascinada.

—Eh, no me gusta nada ese tonito —rechistó ella—. Solo le voy a dar un poco de vida a su hermosa cabellera de Pocahontas.

—Quedamos en que solo las puntas. Que no se te olvide. —Oí decir con tono firme a Lina. Quizás estaba empezando a replantearse la decisión que había tomado.

—Que sí, pesada —zanjó Puri—. Oye, Marta, más te vale ir haciéndote a la

idea de que esta noche toca juerga de las bonitas.

—Es martes, Puri. Mañana me toca trabajar.

—A mí no, no te jode. No empieces con las excusas, que es tu día. En cuanto estemos ambas listas pasamos a recogerte. Así que empieza a mentalizarte de que la noche que se nos viene encima será larga. Que en un año tendrás treinta.

Un rato más tarde, después de habernos despedido y tras hacer una promesa de que sí, que estaría preparada para una noche espléndida y rebelde, la frase «en un año tendrás treinta» seguía martilleándome las sienes. Si había algo en aquel día que no quería afrontar era precisamente eso. Un año más y ¡bum!, de bruces en la treintena. Solamente una década me separaría de la crisis verdadera: la de la cuarentena. Sinónimo de aislamiento, encierro, incomunicación, clausura.

Llegué a mi piso y gocé del recibimiento acostumbrado. Un maullido procedente de algún lugar por identificar. Podía provenir de debajo del sofá del salón, de debajo de la cama de mi cuarto, de debajo de la mesa de la cocina. De debajo de algo, puesto que si había una cosa que Belcebú adoraba hacer era salir proyectado desde algún recoveco indeterminado y largarme un zarpazo en toda la pantorrilla. No fue menos esta vez. Salió disparado del armario ropero (culpa mía por dejarlo entreabierto) y, detallista como es él, me aplicó dos preciosas carreras en las medias, ya que tratándose de mi cumpleaños una sola hubiese sido un regalo miserable.

—Maldito hijo de Satanás —mascullé—. ¿No puedes darme una tregua ni siquiera hoy?

Obtuve por contestación un bufido, al que seguirían otros si no le rellenaba inmediatamente el cuenco con dibujos de Rasca y Pica (era mi particular manera de vengarme). Así que me dirigí a la cocina y permití que comiese hasta hartarse. Mientras lo miraba a él, engullendo y meneando con sutileza la cola, pensé en las muchas cosas que añoraba en la vida. Sobre todo, añoré no tener una botella de ginebra a mano. Qué poca previsión la mía. Pero rechacé sentirme mal, dejar que el decaimiento me robase el protagonismo del día. Así que me pegué una ducha caliente, me depilé sin blasfemar una sola vez y elegí el atuendo más conveniente para la noche que se aproximaba. Estaba tan motivada, de repente, que bajé al supermercado a por una buena botella de Puerto de Indias. Bendito invento.

Cuando Puri y Lina aparecieron en mi piso, en el culo de la botella quedaba una estela que podría rellenar medio chupito. Me la había pimplado entera. Así

que mis adorables amigas consiguieron embutirme en el pijama y acostarme en la cama. Desde luego, mi debut en los veintinueve había sido de nota. Un cero, con más concreción. Estrenándome así, ¿qué cosas malas podían estar por llegar?

No es otra estúpida novela americana

Por si a alguien le pudiese parecer insuficiente el hecho de tener que asumir comentarios del tipo «¿vas a cumplir treinta y todavía no tienes pareja?» o «a tu edad deberías tener ya un trabajo estable» en las comidas familiares (o en cualquier conversación de ascensor con la vecina de arriba o de abajo), había conjugado elegancia y sabiduría para estrenar edad de la manera más patética que a un ser humano podría habersele ocurrido: emborrachándome sola en casa y fallándoles a mis amigas en el plan de mi propia celebración. Eso era tener puntería. Solo Julio Iglesias podría superarme.

Los días que sucedieron a mi despropósito los pasé encerrada en casa, por supuesto. Sabía que mis amigas no me guardaban rencor; de hecho, aprovechando lo engalanadas que estaban para la ocasión, habían salido de copas para terminar jugando a las cartas a las seis de la mañana con un grupo de turistas franceses, tumbados todos en mitad de una de las plazas más céntricas de la ciudad hasta que la policía tuvo a bien dispersar la timba improvisada. Pero eso me daba igual. No podía desprenderme de la sensación de haberles fallado. A ellas y a mí misma. Así que mi remedio fue tratar de olvidarlo todo sumergiéndome en el trabajo. Cogí con fuerza a la novel de Massachusetts, cuya novelita trataba de un pequeño drama de tintes cómicos que transcurría en un minúsculo pueblo costero, con personajes muy americanos. Cero sorpresa. Lo mejor de todo, la prosa desnuda y ágil de la autora. Rara vez traducir una obra me había provocado tan pocos quebraderos de cabeza.

En uno de esos días de reclusión voluntaria y trabajo exhaustivo, mi padre irrumpió en casa. No había recibido felicitación alguna por su parte en mi cumpleaños, y aunque me había dolido, me había negado a llamarlo para exigirle explicaciones o para pedirle en compensación que en mi parte de la herencia constase la Harley Davidson que lleva años sin cabalgar. ¿Que para qué quería

yo una moto descomunal que me haría sentir como un gnomo en un caballo? Pues para mi novio, en caso de que algún día llegase a tener uno. Bastante sería ya encontrar a alguien decente como para que tuviese además dinero para comprarse una bestia motorizada como aquella; claro que, por ahora, si mi padre me la cediese solo podría presumir de estar saliendo con el motorista fantasma.

Tocó el timbre con la insistencia de costumbre y antes de abrir supe que era él. En cuanto la puerta de mi humilde apartamento dejó de ejercer como barrera, se arrojó hacia mí con el ímpetu con que Rose se habría echado en brazos de Jack antes de que el *Titanic* se fuese a hacer gárgaras. Por lo normal, no tenía nada en contra de los kilos de más que mi padre acusaba en los últimos años, pero en aquel momento deseé arrastrarlo de la oreja a la estantería de libros de autoayuda, sección dietas, de cualquier librería y hacerle leer los miles de ejemplares que colmaban ese apartado.

—¡Oh, cariño! —chilló, en cuanto me hube zafado de su sepultura corporal—. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, papá —respondí, tratando de parecer indiferente—. Hubiese sido todo un detalle felicitar me en la fecha correspondiente. Hace tres días.

—Lo sé, lo sé —musitó, disculpándose—. Sé que llego con un poco de retraso. Pero, hija, si supieses los líos que tengo en el trabajo...

Los líos del trabajo de mi padre. Un clásico. Para Ramón Cruzado (Moncho, como se empeñaba en remarcar a todo aquel con el que cruzase dos palabras), conducir limusinas era una labor comparable a la de la persona que sentase el culo en el Despacho Oval de la Casa Blanca. Con la diferencia de que el presidente de los Estados Unidos no tenía que lidiar a menudo con borrachuzos extranjeros o adolescentes descocadas. Al menos de manera directa.

—Que sí, papá. Pero una llamada o un mensaje no te habrían robado ni dos minutos.

—Tienes razón, tienes razón... Y no sabes cuánto me duele. Toma, te he traído esto. Aunque no pueda arreglar mi despiste, culpa de unas responsabilidades enormes y de una memoria que flaquea, espero que lo compense.

Y me entregó dos paquetitos que llevaba bajo el brazo. El primero era un pastel de chocolate medio derretido con dos velas insertadas: un tres y un cero.

—¡¡Papá!! ¡Cumplí veintinueve, no treinta! —grité, espantada.

—Coño, coño. He debido de echar mal las cuentas —caviló, desconcertado—. Y eso que me guie por la Eurocopa de Alemania. ¿Naciste un año después,

entonces?

—Será mejor que lo dejes... —contesté—. ¿Este pastel es comestible o se lo ha dejado olvidado alguno de tus flamantes pasajeros?

—No digas eso, Marta. Acabo de comprarlo en la pastelería de la esquina.

—Eres un detallista.

—Anda, venga. Abre el otro. Seguro que te gusta más.

Abrí el otro paquete, apartando la mirada del dulce semiderretido y de aquellas velas que me provocaban más dolor que una sesión de acupuntura manejada por un manco. El envoltorio cubría una caja de pequeño tamaño, de poco peso, así que no tenía ni idea de lo que podía haber dentro. Tras abrirla y rebuscar con los dedos en su interior, terminé extrayendo un collar con cascabel.

—Papá... —dije, intentando comprender aquello—. ¿Me puedes explicar esto?

—Es un collar de cascabel —proclamó, orgulloso.

—Eso puedo verlo, gracias. ¿Y pretendes que me ponga esto para ir por la calle? Ah, entiendo. Es una especie de indirecta, ¿no? De llamada de atención sobre mis problemas para relacionarme socialmente y mi facilidad para pasar inadvertida ante todo el mundo.

—Qué imaginación tienes, chica. Es un collar de cascabel para Belcebú.

—Ajá —acerté a decir, asimilando la información—. Es decir, que mi regalo de cumpleaños es un accesorio para mi gato.

Como si supiese que acababa de pasar a ser el centro gravitacional de la conversación entre humanos que estaba teniendo lugar, Belcebú asomó desde la cocina y se bamboleó con altivez a lo largo de todo el salón. No pude odiarlo más, pero me tragué mi orgullo y me incliné para colocarle el colgante que lo convertiría, definitivamente, en el rey del mambo y de aquel hogar. La respuesta: un zarpazo.

—Qué poca maña, hija —señaló mi padre, arrebatándome el colgante—. Deja que se lo ponga yo, anda.

Estuve a punto de no mirar, porque sabía lo que iba a suceder. Mi padre hizo un esfuerzo sobrehumano para acuclillarse sin que la panza reventase por siete u ocho puntos diferentes y le puso el colgante a un gato que ahora ronroneaba mientras se dejaba hacer. Odioso gato del demonio. Siempre hacía lo mismo, se dejaba acariciar y zarandear por todo aquel que cumpliera un único y sencillo requisito: no ser yo. Incluso mi madre, que más que arrullarlo un poquito parecía querer arrancarle el pelaje a tiras, era bien recibida cada vez que

ponía los pies en mi piso. Pero yo, por muy buenas intenciones que guardase, siempre salía magullada del conflicto. Odioso Belcebú.

Mi padre se quedó un rato más, admirando lo refinado que parecía el gato mientras hacía resonar el cascabel dando saltitos de un lado a otro. Se interesó también por mi vida social, a la que dedicamos veinticuatro segundos, y por la amorosa, para la que solo hizo falta el tiempo que se tarda en pronunciar «nada». Hurgó en su cartera y me tendió un billete de cincuenta, alegando que me vendría bien para salir a tomar algo y tratar de enderezar mi solitaria vida. Es decir, me traía como regalos de aniversario un pastel que parecía plomo fundido y un colgante que no era para mí, sino para el gato que me odiaba. Pero ahora me ofrecía un billete de cincuenta para intentar salir de las tinieblas. Conozco a pocos padres más delicados y atentos que el mío.

—No necesito que me des dinero, papá —dije, cogiendo el billete y guardándolo en el bolsillo del vaquero.

—Con el trabajo que tienes, más vale que yo pueda seguir dándote algo de vez en cuando.

—Oye, gano lo suficiente para mantenerme y vivir sin apuros —protesté.

—Pero no es un trabajo estable, cielo. Pan para hoy, hambre para mañana.

Preferí no iniciar una lucha dialéctica que, como ya sabía, no conduciría a ningún lugar paradisiaco. Mi padre (y no era el único) no era capaz de entender que mi trabajo (mientras no faltasen encargos, claro) era tan digno y estaba tan bien pagado como otros tantos trabajos que colmaban la clase media. El hecho de no tener horarios fijos y mi propio escritorio en una oficina o departamento, sin embargo, lo hacía parecer a sus ojos como algo quebradizo y sospechoso.

Traté de despedirlo con buenas maneras, pues no quería perder el ritmo de trabajo con que había empezado la jornada, pero faltaba un último tema por salir a la palestra: mi madre.

—¿Te ha felicitado ella el día de tu cumple? —quiso saber.

—Sí, con un mensajito de wasap. Pero he quedado con ella para comer mañana en no sé qué nuevo restaurante que conoce.

—Claro, quiere comprarte con comida.

—Papá, es su regalo de cumpleaños. Tú me has traído un pastel. Bueno, algo que intenta parecersele.

—Ya, ya. No puedo competir contra tu madre, está claro —refunfuñó, adoptando el papel de víctima—. Ella siempre tiene las mejores ideas. ¿Le va todo bien?

—Pues hasta donde yo sé, le va como siempre. No sois personas que sorprendan con cambios, vosotros.

—Chsst, habla por ella —objetó—. Mi vida es un carrusel. Ser chófer de una limusina no es compatible con llevar una vida tranquila y sencilla.

—Y hoy, con nosotros, tenemos al chófer de Batman —comenté, con sorna.

—Tú riéte. Algún día te llevaré toda una noche de copiloto y me darás la razón.

—Ni siquiera me has llevado una sola vez como pasajera, papá —le regañé, dándole un cariñoso beso de despedida.

Después de su visita seguí trabajando hasta bien entrada la noche. Mi única compañía fue una dosis alta y repetitiva de café, y los maullidos ocasionales de Belcebú, que había encontrado una función muy útil para su nuevo accesorio: contonearse para hacerlo sonar cuando tenía hambre. Que era, básicamente, unas seis o siete veces al día.

El mediodía siguiente, después de haberme levantado temprano para seguir batallando con la prosa de la novel de Massachusetts (Massachusetts es una palabra mucho más pronunciable que el nombre endiablado de la autora), acudí al lugar donde me había citado con mi madre. Se trataba de un restaurante de cocina moderna; «cocina fusión», como tanto les gusta pronunciar a los que entienden bien del tema y a los que no entienden tanto, pero encuentran delicioso jugar con conceptos que no han terminado de asimilar.

Allí estaba ella, sentada a una mesa para dos con el letrero de «reservado» bien visible sobre la misma. Me hizo varios gestos efusivos con la mano para que la localizase en mitad de un lugar prácticamente vacío y cuando estaba ya a un metro de distancia.

—Ay, qué alegría —manifestó, una vez hubimos intercambiado dos besos sonoros y un abrazo pasado de voltios—. No podía esperar más tiempo para comprobar si se te habían acentuado las patas de gallo.

—No te preocupes, no les ha dado tiempo a cobrar tanto protagonismo.

—Eso quieres creer tú —replicó con firmeza—. Se te notan varias líneas de expresión nuevas cada vez que sonrías.

—Entonces voy a dejar de hacerlo —zanjé, molesta con el tema.

—Bueno, bueno. Cuéntame, ¿qué novedades te han traído los veintinueve?

—Pues... déjame que haga recuento. Mmmm, ¿ninguna?

Un camarero repeinado y vestido con un uniforme que tanto podía haber sido comprado en el Primark como en el mercadillo de segunda mano de un

circo ambulante se acercó sonriente a la mesa y nos brindó una carta de menú a cada una. Me escondí tras la carta para evitar nuevas acometidas de mi madre y eché un vistazo a las diferentes opciones gastronómicas que me ofrecían. De los quince platos que pude leer, solo supe qué eran realmente dos de ellos. *Vichysoisse trufada con crema de aguacate y gambas teriyaki*, ¿qué diablos era eso? *Ojos gigantes de atún*. ¡¿Perdona?! ¿Hay algún ser humano capaz de ingerir algo así a sabiendas de que lo está haciendo? Ni siquiera Belcebú se atrevería a engullir semejante menú apocalíptico, por Dios.

Eché un vistazo a mi madre, que admiraba complacida cada uno de los platos disponibles. ¿Sería aquella la primera vez que venía o ya estaba adiestrada a la hora de arrojar al estómago artefactos explosivos como aquellos?

—Mamá... Estos platos son un poco... raros, ¿no?

—La palabra que buscas es «exóticos» —respondió sin alzar la vista de su carta.

—Oh, sí, claro. «Ojos gigantes de atún», exuda exotismo por todos sus poros.

—Vamos, no seas paleta. Estaría bien que empezases a salir de tu rutina de espaguetis y arroz con huevos fritos.

—Perdona, sé cocinar más cosas —alegué ofendida—. Ensaladas y... y bistecs poco hechos, o pasados... ¡Lentejas también! ¡Incluso garbanzos! —dije, viniéndome arriba al recordar lo variado de mi dieta.

—Precocinados, ¿verdad?

—Bueno, qué más da eso. Son comidas y punto. No necesito venir a sitios donde me ofrecen pupilas de pez y mil cosas de nombres bizarros que no sé ni lo que son.

—Y así demuestras ser una inocente palurda —declaró mi madre, sonriente—. No solo hay que salir y ver mundo, también hay que probarlo.

Callé, digiriendo mi derrota en silencio. Al cabo de un rato el camarero se acercó de nuevo para tomar nota. Mi madre pidió dos platos de nombres raros. Yo pedí lo mismo que mi madre.

—Bueno, ¿con qué cosas estás ahora? —dijo, saboreando un pequeño trago de «vino de ratón». Preferí no saber qué era aquello; por eso había agua, a secas, en mi vaso.

—Estoy traduciendo una novela breve, de una autora americana.

—Ajá. ¿Literatura de la buena?

—Psss, he traducido cosas peores.

—Lo sé, he sufrido el infortunio de leer algunas de ellas.

—Gracias por recordármelo, doctora Marisa. —Así la llamaba cuando empezaba a sentirme irritada.

—Tienes que hacerte valer un poco más, Marta —comenzó a decir, paladeando otro trago de aquel vino de nombre horripilante—. Últimamente solo te han dado obras de autores o poco conocidos o demasiado conocidos por su dudosa reputación.

—¿Y qué quieres que haga yo? Es lo que la gente demanda.

—La gente demanda también otras cosas. Yo ya solo leo a los ganadores de los premios más prestigiosos.

—Ah, ¿sí? Es decir, que basas tus lecturas en unos pocos elegidos. Por terceras personas.

—Pues sí. Y no vale cualquier distinción: el Nobel, el Pulitzer, el Man Booker Prize y alguno que otro más de los que se conceden en España y Latinoamérica.

—Permíteme decirte que eso me parece un poco estúpido.

—¿Por qué?

—Porque esos premios no son garantía de nada —manifesté—. Los que conceden las editoriales, directamente, son escogidos a dedo. Autores de la casa que o bien tienen tirón o bien necesitan reflotar su prosa. Y sus ventas. Sobre todo sus ventas.

—Bueno, por eso leo más de los que no pertenecen a editoriales.

—Ya. Pues ánimo con ello, imagino que como amante de la literatura estarás ansiosa por tragarte toda la bibliografía de Bob Dylan.

—Ay, cómo te pones. Eso es porque te fastidia no poder traducir a autores más talentosos.

—Oye, yo traduzco a autores talentosos... de vez en cuando —concedí.

—¿Hablas de Will Cooper? —inquirió, esbozando una sonrisa maliciosa.

Agarré la copa de agua y la vacié de un trago. Hubiese deseado en aquel momento que el contenido tuviese unos cuantos grados más de alcohol. Veinte o treinta, por ejemplo. No soportaba la idea de que mi madre se mofase de mí. Ni de mi Will.

—No te atrevas a decir que Will Cooper hace mala literatura —amenacé, apuntándola con el tenedor.

—¿Puedo utilizar el adjetivo «pésima», entonces? —sugirió, divertida—. Oh, venga. Estoy bromeando. Sabes que en el fondo a mí también me encanta

leer lo que escribe ese hombre. Pero no es exactamente literatura...

—Es la literatura de Will Cooper —la interrumpí—. Y no existe definición más grande que esa.

El camarero llegó con nuestros primeros platos, suspendiendo, afortunadamente, nuestra conversación. Yo removí con la cuchara el contenido unas cuatrocientas cuarenta y tres veces, confiando en que de alguna manera surgiese la magia y cambiase el aspecto de aquello que flotaba en el cuenco. Mi madre se lo comía con cara de estar experimentando un orgasmo. Yo no sabía adónde mirar. Me decanté por el plato, y me atreví a llevarme una cucharada a la boca. Fue la primera y la última. Aquel caldo denso y verdoso sabía a rayos.

La comida transcurrió con pocos diálogos, algo que agradecí, ya que mi madre se había entregado en cuerpo y alma a la degustación de aquellas barbaridades. Yo apenas pude dar un par de bocados al plato posterior, una especie de lasaña en cuyo interior juraría que había cosas diminutas moviéndose.

De allí nos fuimos a una cafetería cercana, más tradicional, cuya fusión más atrevida era la de echarle un chorrito de ron al café (bendita combinación). Mientras mi madre saboreaba su capuchino yo apuré tres de esos. Me habría animado ya a pasarme a los gin-tonics, pero entendí que no era el momento y me contuve.

Me despedí de mi madre, a quien tuve que prometer que en mi próxima reunión en la editorial trasladaría mis (sus) quejas al respecto de la calidad de los textos literarios que me tocaba traducir últimamente.

Se había quedado una bonita tarde primaveral. La gente paseaba por las calles animada o invadía las numerosas terrazas que los bares rentabilizan con tanto gusto en esa estación del año. Grupos de jóvenes agitando jarras por aquí, parejas paseando sus perros por allá... y yo de camino a casa, para enfrentarme a unas cuantas horas de traducción sobre el escritorio de tamaño reducido que tenía en mi cuarto. Envidié por unos instantes algunas de las vidas que veía pasar ante mí: la chica pelirroja que sonreía pizpireta al joven barbudo y gracioso que caminaba a su lado; la mujer elegante incluso en ropa deportiva que corría al lado de su bulldog francés (cuya lengua parecía descolgarse de su hocico); la señora que meneaba su bolso de Louis Vuitton camino del bingo más cercano. Pero ¿qué veía en esas vidas, que en realidad desconocía, que me hiciese sentir ese atisbo de nostalgia, esa sensación de incomodidad que me arañaba la tripa por dentro?

Cuando llegué a casa y me enfrasqué de lleno en la traducción esos

sentimientos extraños se disolvieron con rapidez. Eran como una equivocación, algo que no me correspondía sentir a mí. Traduje a un ritmo frenético en los siguientes días, aferrándome al café para no desfallecer. A veces me permitía el lujo de acompañar la bebida con un chorrito de ron, pero lograba dominarme.

Mis amigas me llamaron en repetidas ocasiones. Querían resarcirse de mi desplante de tintes alcohólicos, y yo tenía muchas ganas de complacerlas. De pedirles disculpas. Pero no me veía capaz. Solo encontraba ánimo para traducir y traducir, para trabajar encerrada en casa sin que nadie o nada interrumpiese mi rutina. A pesar de su insistencia, aceptaron que, hasta que terminase con la novela que estaba traduciendo, no cedería y me dejaría ver en condiciones de dar guerra.

Un mes más tarde me presenté en la editorial. Le había enviado la noche anterior el archivo con la traducción definitiva a la directora, que me recibió con un gesto que conjugaba sorpresa, satisfacción y suspicacia. La tríada de «eses» que venían a significar que se alegraba de tener el trabajo ya en sus manos sin necesidad de apretar a nadie, y que al mismo tiempo le resultaba extraño el hecho de no tener que verse obligada a apretar a nadie.

—Qué rápido lo has ventilado —comentó, nada más sentarme al otro lado del amplio escritorio de su despacho, algo que quise interpretar como un halago.

—Sí, he cogido con ganas la obra —aseguré—. Y tenía el tiempo necesario para dedicarme por completo a ello.

—O sea, que sigues sin pareja —observó.

—¿Cómo?

—Claro —afirmó, sonriendo con complicidad—, si compartieses vida con alguien, créeme que no hubieses tenido tanto tiempo para dedicarle a... —Y trató de leer el nombre de la autora—. A la novel de Massachusetts.

—Sí, bueno. Por ahora estoy centrada en mi trabajo.

—A tu edad yo también estaba soltera. ¿Tenías treinta o treinta y uno?

—Veintinueve —respondí veloz, quizá con demasiada dureza.

—Veintinueve —repitió, evocando sabe Dios qué recuerdos de otra época—. Sí, es una buena edad para disfrutar de la vida sin que nadie te robe demasiados minutos. Aunque tampoco es demasiado bueno invertirlos todos en traducir textos.

—Es lo que me da de comer.

La directora se echó a reír y asintió, concediendo su aprobación a mi respuesta. Pasó a echar un vistazo al texto en su ordenador y a comentar algunas

cosas que le habían llamado la atención, aunque nada referente a la calidad de mi traducción (como ella misma había reconocido, su nivel de inglés solo daba para pedir una taza de café con leche a lo Ana Botella). Después comentamos con distensión (o más bien ella aludió y yo me limité a escuchar) algunas novedades y cotilleos del mundillo literario.

—Entonces ya estás preparada para el encargo que llevabas año y medio esperando —comentó, antes de dar por concluida nuestra reunión.

—¿Eh? ¿Cuál? —pregunté, algo descolocada.

—No me digas que no has apurado el trabajo pensando un poco en eso. — El guiño con que acompañó las últimas palabras me hizo sentir más perdida—. Creía que Omar te había comentado ya algo.

Y entonces recordé el encuentro fugaz con Omar a la salida de la editorial, el día de mi cumpleaños. Sí, no había olvidado sus palabras, pero... precisamente por la exactitud con la que las recordaba no terminaba de cuadrarme aquello. Omar había dejado caer que Will Cooper estaba terminando una nueva novela, pero su ritmo de escritura era como la cocina a fuego lento, por lo que tendrían que pasar meses antes de que nos llegase la obra para traducirla. ¿O lo que la directora estaba intentando decirme era más bien que no iba a tener trabajo hasta que Will terminase lo suyo?

—Esto... Algo me contó, sí. Pero no habló de fechas concretas.

—Vaya. Pues por lo que sé la semana que viene su agente nos envía «la criaturita». Ya tiene fecha de salida en Estados Unidos.

Traté de luchar contra algo que pugnaba por asomar al exterior. No, no podía permitirme mostrar la sonrisa tirante y los mofletes ruborizados enfrente de la directora. Perdería la poca dignidad que me perteneciese. Necesitaba aguantar y... mierda, estaba sonriendo como una gilipollas. Allí mismo.

—Hay que ver lo mucho que te gusta ese hombre —dijo, disfrutando del momento.

—Sí... bueno... —logré articular, con más tirantez que cualquier reina del bótox. ¿Podía sentirme más imbécil que en aquel instante?—. Me gustan sus trabajos. Por lo general.

—Por lo general. Ya. Pues nada, puedes irte contenta a casa: pronto estarás enfrascada en su nueva historia de pasión y enredos.

—No se trata de pasión y enredos —defendí, intentando deshacerme de una vez por todas del rictus ridículo que se había apoderado de mi rostro—. Es mucho más que eso.

—Bueno, un poquito de eso no me negarás que tienen sus novelas.

—No —repliqué, manteniéndome firme—. Las obras de Will Cooper nunca serán otra estúpida novela americana.

Noticias de desenfreno, secuelas de ibuprofeno

La noticia de que la nueva novela de Will estaba al caer me llenó de un éxtasis difícilmente comparable a cualquier otra cosa que no fuese lanzarse desde un acantilado sin paracaídas o montarse en un avión con un ala rota. Bueno, a eso mismo, pero en positivo. Apenas podía contenerme. En el supermercado llenaba la cesta de la compra dando saltitos estúpidos, como si estuviese rodando un anuncio de Coca-Cola un tanto moñas; en la ducha cantaba sin importarme el medio tono de desafinación que había entre la versión real y aquello a lo que estaba dando forma con mi voz (o, bien pensado, aquello que estaba deformando); a Belcebú lo cogía en mi regazo y no lo soltaba a pesar de los cientos de zarpazos que me regalaba para intentar zafarse. Me había convertido en la versión 2.0 de los anuncios de Ausonia: las compresas se vendían ahora con mi cara impresa en ellas. Con mi sonrisa insoportablemente tirante y mis sonrojadas mejillas.

Me sentía tan, tan estimulada, que antes de darme cuenta estaba llamando a Lina y a Puri para secuestrarlas el siguiente sábado. No solo en horario nocturno; se me había ocurrido invitarlas a comer a casa y currarme un buen menú con el que disculparme por mi cogorza improvisada de cumpleaños. Luego saldríamos a la conquista de las terrazas del barrio y terminaríamos beodas perdidas en cualquier pub o discoteca cuyo portero no nos detuviese en la misma entrada. Por supuesto, ellas aceptaron encantadas. Incluso se ofrecieron voluntarias para el papel de ayudantes de cocina. Pero no. Habría una sola chef, e impresionaría a mis amigas (y a mí misma) con un repertorio culinario de gusto exquisito.

Los dos días que me separaban de la jornada festivo-gastronómica que acababa de idear los dediqué a poner en orden mi vida. Lo que se traducía, básicamente, en pegarle una buena limpieza al piso, cambiarle el arenero a Belcebú y hacer una lista de cosas que necesitaba llevar a cabo con urgencia. Por

ejemplo, comprar un discreto arsenal de botellas de Puerto de Indias, renovar mi suscripción a Spotify y cambiar el vestido que mis amigas me habían regalado por mi cumpleaños (soñadoras, cuánto tiempo hacía que había dejado atrás la 38). Todo fue sencillo, salvo esto último: no quedaban más unidades de la talla 40. Opté por no averiguar si se debía a la alta demanda de esa talla o a la escasez de piezas que ofertaban en esa línea de patronaje. Quizá se tratase de una de esas marcas lúcidas y fantásticas que consideraban la 40 una talla grande y poco comercial.

Aproveché para probarme otros modelos que vi por allí expuestos. No me gustaba ir de compras, de hecho, era algo que odiaba porque cada prenda que se cruzaba en mi camino cobraba vida de repente y me susurraba con voz ahogada, suplicante: «Oh, Marta... por favor, llevamos mucho tiempo aquí. Queremos un hogar, un cuerpo al que vestir... Marta, ten piedad, adóptanos. Defiende nuestro derecho a un lavado limpio, con suavizante, y a unas noches dignas de lamparones de boloñesa y ron con cola». No podía sacudirme esas vocecillas de la cabeza, y eso se traducía en que mi tarjeta de crédito terminase internada en el hospital con pronóstico grave. Así que rehuía el ir de compras y lo reservaba exclusivamente para ocasiones en que consideraba que podía darme un buen capricho.

Terminé saliendo de la tienda con un vestido (uno de la talla 40 y de corte muy similar al que mis amigas habían escogido; sabrían entenderlo a la perfección), un short y unos calcetines de colores que eran tan adorables como innecesarios, pues si algo sobraba en mi armario eran calcetines de colores adorables. O calcetines de colores. O calcetines, a secas.

Y llegó el sábado. Para cuando aparecieron Puri y Lina, a eso de la una del mediodía, yo llevaba más de una hora lidiando con los fogones. Es decir, peleándome con las ollas y sartenes que hervían con ganas a lo largo y ancho de la vitrocerámica. Estaba poniendo todo perdido, debo reconocerlo, pero era el precio a pagar por el delicioso banquete con que deleitaría a mis amigas. Me había decidido por preparar unos calamares bien rebozaditos (que me estaban rebozando a mí en aceite), una tortilla de queso y jamón (que no se parecía demasiado al resultado final que ilustraba la receta por la que me estaba guiando) y unas tiras de salmón ahumado con aguacate. En el instante en que ellas entraron en la cocina, una fina cortina de humo les impidió localizarme durante unos segundos.

—¡Dios mío! —escuché gritar a Puri—. ¿Esto es una recreación de lo de la

Torre Windsor?

—No me desconcentres —respondí, a través de la niebla—. Poneos cómodas, que en nada ya estará el banquete listo.

—¿Seguro que no quieres que te echemos una mano? —preguntó Lina.

—Chsst. A callar y a sentarse en la mesa.

Un cuarto de hora más tarde, y con todas las ventanas del piso abiertas de par en par, las tres comíamos sentadas a la mesa de la cocina. Sin faltar a la verdad, los calamares estaban buenos, la tortilla (casi) deliciosa y las tiras de salmón equivalían poco menos que a un orgasmo papilar. Incluso Belcebú, que normalmente repudiaba mis quehaceres en el ámbito culinario, se paseó unas cuantas veces alrededor de la mesa, meneando la cola en espera de que «algo» cayese al suelo.

—Vale, he de reconocerlo —articuló Puri, con la boca llena—. Está de muerte.

—Sí, no sabía que pudieses cocinar tan bien —convino Lina.

—Mmmm, voy a decir «gracias» a ese último comentario.

—En serio, puedes agarrarte el pedal que te dé la gana y dejarnos plantadas si la compensación va a ser de este nivel —afirmó Puri.

—No me hagáis sentir mal, ya os dije que sentía mucho lo que había pasado. Qué manera tan patética de celebrar un cumpleaños...

—Tu último cumpleaños como veinteañera, además —puntualizó Lina—. Es broma, tonta.

La comida transcurrió entre conversaciones en las que tratamos de ponernos al día de nuestras vidas unas a las otras, aunque, en realidad, hablábamos prácticamente a diario y ya conocíamos casi todos los detalles o novedades que pudiese haber. Puri habló de sus últimas creaciones artísticas, cuyo lienzo habían sido las desafortunadas cabezas de dos señoras setentonas. Aunque la primera se había mostrado radiante con el resultado (supimos más tarde que la pobre mujer padecía una severa miopía), no alcanzaba a entender el ataque de ansiedad que había sufrido la segunda, incapaz de articular una sola palabra acerca del deslumbrante *look* con que nuestra amiga la había obsequiado.

—Yo creo que de la emoción casi colapsa —aseguró Puri, convencida—. Pero la muy cretina se fue sin pagarme.

—Mmmm, quizá eso sea una pista de lo que en realidad le pareció el peinado... —sugerí, mientras terminaba mi ración de salmón.

Lina habló de lo cansada que estaba, como de costumbre, del trajín que le

tocaba sobrellevar cada noche de trabajo. Era encargada de sala en un restaurante de lujo, ubicado en el centro de la ciudad. Aunque su sueño era convertirse en traductora de textos finlandeses no había tenido tanta suerte como yo, y mientras tanto tenía que conformarse con lidiar con clientela de lo más variopinta y selecta. Eso sí, podía consolarse al menos con tener un salario más sugerente que el de Puri y el mío juntos. Y lo que nosotras más celebrábamos: siempre tenía algún cotilleo que contar sobre personajes famosos de toda índole.

—El martes pasado vino a cenar... Antonio Banderas —dejó caer, cuando estábamos ya en la sobremesa sorbiendo café como locas. La muy pérfida se había guardado la información durante toda la semana.

—¿Antonio Banderas?! —exclamamos al unísono Puri y yo. Desconozco cuál de las dos escupió una mayor dosis de café.

—Esas cosas se cuentan en el momento, desgraciada —la reprendió Puri—. Me hubiese dado tiempo a maquillarme y a aparecer por allí casualmente.

—Podrían relacionarme contigo, y no quiero perder mi puesto de trabajo —alegó Lina, sonriente—. Además, te dobla la edad.

—No te desvíes de lo importante. Cuenta: ¿con quién fue? ¿Era una cita? ¿Espera! ¿Una reconciliación con la Griffith? —quise saber yo, ansiosa.

—¿Eso es imposible! —chilló Puri—. Ahí ya no hay fuego ni brasas. Afloja esa lengua, maldita sea. ¿Con quién estaba?

Lina le dio un sorbo largo y pausado a su café, saboreando más su momento de gloria que el contenido de la taza.

—Pues... —comenzó a decir, relamiéndose los labios—. Si os digo la verdad, estaba con un hombre.

—¿Con un hombre? —repetí, extrañada—. ¿Ellos dos, solos? O sea que su matrimonio se ha desmoronado porque en realidad le atraen los machos cabríos.

—No fantasees tanto, guapa —cortó Puri—. Seguro que no van por ahí los tiros.

Lina se rio, disfrutando del momento.

—No, en realidad no. Por lo que pude escuchar cada vez que me acerqué a la mesa era un productor. Creo que Antoñito tiene un gran proyecto en marcha.

—Baaaaah. Yo tenía ganas de carnaza... —suspiró Puri.

—Oye, majas, vuestra vida es menos emocionante todavía —se defendió Lina.

—Sí, ahí le has dado de lleno —concedí.

Lina trató de compensar el bajón sufrido relatándonos lo cercano y amable

que era Banderas, a quien trató de invitar al postre, pero quien se negó en todo momento a aceptarlo, con exquisitos modales. Pero la narración ya no podía remontar el vuelo, salvo que apareciese algún elemento sorpresa en ella, como una fan histórica que se colase en el restaurante o que Lina se tropezase con un escalón y vertiese el pastel de chocolate fundido en los pantalones de nuestro amado actor. Como nada de eso había sucedido, sentí que era el momento de sacar a la luz la primera botella de ginebra de la jornada. Desde luego, no iba a ser la última.

Los gin-tonics fueron animando la tarde. El Spotify cobró vida y volumen cuando nos trasladamos al salón, donde primero empezamos acompañando con cierta timidez las canciones que cada una iba sugiriendo un poco a ciegas, hasta que se nos ocurrían los temas más variopintos y pintorescos que hacían de nuestra *setlist* particular algo abominable para cualquier crítico musical estreñado, y algo delicioso para cualquier grupo de amigas con ganas de calentar motores para una gran noche. Así fueron sonando, sin orden ni concierto, temas de Estopa, El Canto del Loco, las Spice Girls, Beyoncé, Shakira, Nino Bravo... Para cuando Puri golpeó insistentemente con una cucharilla la botella vacía de Puerto de Indias y traje de la cocina la segunda de la tarde, ya nos habíamos rendido a las listas de éxitos de la aplicación musical. Es decir: nuestros traseros comenzaban a desempolvase por medio de aparatosos intentos de *twerking*, nuestras articulaciones se retorcían al ritmo del reguetón como si estuviésemos poseídas por espíritus diabólicos y la música comenzaba a sonar en un segundo plano por debajo de nuestro coro de voces: Puri cantaba como un castrato, Lina entonaba como un camionero y yo... yo era un híbrido de ambas.

Cada cierto tiempo, Belcebú asomaba por el salón y nos contemplaba fijamente, como si fuese incapaz de entendernos. En algunos momentos Puri o Lina lo acogían en sus brazos y lo meneaban al ritmo de la canción reinante, pero se aburría con rapidez y se escabullía con agilidad. Cuando era yo la que intentaba perrear con él (mal verbo para utilizar con un gato, es cierto) se limitaba a enseñar los dientes y soltar un bufido que a veces incluso sonaba acompasado con la música.

Había empezado a oscurecer ya cuando la tercera botella de ginebra se estampó contra el suelo. Por fortuna estaba completamente vacía, por lo que no hubo que lamentar ninguna terrible pérdida de licor. Tras barrer los cristales con cuidado (no supimos determinar de quién había sido la culpa, ya que las tres estábamos enfrascadas en un exigente baile con Bruno Mars de fondo),

decidimos que era hora de salir a la calle. El tiempo era cálido, aunque de vez en cuando alguna suave brisa nos agitase las cabelleras. Cuando eso pasaba, nos sentíamos como en mitad de un videoclip de Beyoncé. Éramos la Santísima Trinidad más sublime y femenina que las calles de la ciudad habían conocido nunca. A pesar de que nos alternábamos a la hora de pegar algún traspié (las tres íbamos montadas en tacones de aguja, algo que hacíamos con poca frecuencia), nos sentíamos con la misma seguridad y porte que una modelo veterana en el desfile de cualquier Fashion Week. Éramos el libertad, igualdad, fraternidad de la revolución francesa; la tríada de Hera, Atenea y Afrodita. Éramos... en fin, un cuadro. De Dalí, por ejemplo, porque íbamos bien servidas de surrealismo. Cantábamos como si hubiésemos instalado en nuestros gaznates la versión premium del Spotify, dando algún que otro bandazo al intentar emular a cualquier artista que se nos ocurriese. La gente nos contemplaba al pasar, con un repertorio de miradas que viajaban desde el asombro hasta la diversión, pasando en ocasiones por la reprobación.

A mí poco podía importarme lo que pensasen los demás en aquel momento. Era feliz: afianzada de ganchete a Lina y Puri y achispada por los grados que la ginebra había incubado en mi cuerpo, me sentía con la confianza suficiente para decir que sí, que amaba mi vida tal como era. Y no se trataba de un sentimiento auspiciado por Puerto de Indias; no había más que echar la vista atrás para comprobar cómo podía obrar la ginebra en mí estando sola. No, esa sensación de bienestar se debía a que iba flanqueada por mis dos mejores amigas, compartiendo con ellas su locura y sus ganas de comerse el mundo, aunque solo fuese durante unas horas. Me sentía feliz de recorrer las calles atestadas de gente con la misma avidez por vivir, por compartir sus minutos con sus amigos. Adoraba las farolas iluminando las prolongadas aceras, las entradas llamativas de los cientos de locales que se descubrían a cada paso, el rumor de las personas mientras charlaban, reían, fumaban... Vale, sí, estaba borracha. Pero me encantaba todo aquello, y me hubiese encantado igualmente de haber estado completamente sobria. La única diferencia es que me habría costado manifestarlo.

Pero aquella era yo despojada de mi acostumbrada timidez, habiendo cambiado el rubor por una desfachatez inofensiva y natural. Pisando fuerte (en sentido figurado, pues no quería terminar con un tacón roto y la sonrisa mellada) y dispuesta a cerrar la noche y abrir el día, si hiciese falta.

Estábamos tan motivadas que, a pesar de ser las ocho de la tarde, nos

hubiésemos metido directamente de cabeza en cualquier discoteca. Pero no eran horas todavía, así que sentamos los traseros en la terraza de una zona con mucho ambiente. No había más que girar la cabeza a un lado y a otro para confirmar que estábamos en fin de semana. El corazón de la ciudad latía con ansia. Un camarero se acercó y Puri pidió un *bloody mary*, así que ninguna de las otras dos podíamos bajar el listón. A Lina no se le ocurrió nada mejor que pedir un *tequila sunrise*, y yo me decanté por un *sex on the beach*.

—Claro que sí, guapa, muy revelador teniendo en cuenta que aquí no hay playa. —Se burló Puri.

—Calla, no tienes derecho a hacer sangre de mi triste actividad erótico-festiva —me quejé.

—No te preocupes, *pussy girl*. Seguro que esta noche sacarás brillo a tus recién estrenados veintinueve.

En cuanto el camarero apareció con los cócteles, le pedimos con tono infantil y ojitos de cría de gato que nos sacase una foto. Le cedí mi móvil mientras las tres nos arrejuntábamos sin demasiada destreza, poniendo en peligro las copas que el pobre hombre acababa de depositar en la mesa. Yo ensayé mi sonrisa de seducción, pero no pareció surtir ningún tipo de efecto en el camarero, así que me centré en mantener simplemente los ojos abiertos para evitar sumar una foto más al catálogo infinito de instantáneas con los ojos cerrados del que ya disponía.

—Esto... Alguien está llamando —se excusó el camarero, cuando había logrado encuadrarnos a las tres.

—¿Qué? Maldita sea.

Le arrebaté el teléfono con fastidio, odiando el don de la inoportunidad de mi padre o de mi madre, que eran las dos únicas personas que podían llamarme en aquel momento. Tardé varios segundos en asimilar el nombre que se reflejaba en la pantalla del aparato. Había algo que no cuadraba. Mamá o papá no empezaban por O ni terminaban en R. ¿Por qué demonios aparecía entonces el nombre de Omar?

—Oh, mierda, mierda —balbuceé, apurada.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —preguntó Puri, arrancándome el móvil de las manos.

—Mierda, es el editor de la editorial.

—Claro, no va a ser el editor de la empresa maderera —dijo Lina, y se echó a reír de su propio comentario, al mismo tiempo que hipaba con estruendo. Ya

teníamos firme candidata al título de «Piripi de la Noche».

—O sea que el editor don Omar te llama un sábado noche, ¿eh? —observó Puri, mientras una sonrisa pícaro se le dibujaba en el rostro—. Veamos qué quiere.

—¡No, no! —grité, tratando de recuperar el móvil—. ¡Ni se te ocurra!

—Esto... Ya no me necesitáis o... —se excusó el camarero, contemplando de reojo otra mesa desde la que un par de chicos le hacían señas.

—Vete, vete. Luego nos sacamos un *selfie* contigo, tío majo —le dijo Lina, sin apartar del todo el morro de su *tequila sunrise*.

En ese momento conseguí birlarle mi propio teléfono a Puri, y pude comprobar cómo el nombre de Omar desaparecía, para dar lugar a un fondo de pantalla donde se veía a Belcebú enseñándome los dientes. Adorable.

—Tonta, ha colgado —suspiró Puri, entregándose a su cóctel.

—Pues mejor. Seguro que era por algo del trabajo, y este no era el mejor momento para atenderle.

—¿Y te llama un sábado a estas horas para algo del trabajo? Me gustaría saber qué clase de proyectos os traéis entre manos vosotros... —comentó Lina.

—Oye, tú, relaja el ritmo —la reprendí—. No puede ser que a estas horas ya estés metida de lleno en el papel de amiga insolente.

Recibí por respuesta un hipido salvaje, así que acepté que no quedaba más remedio que dar cuenta de mi *sex on the beach*. Pronto me olvidé de la llamada de Omar, aunque durante unos instantes mi cabeza dio vueltas a la posibilidad de que el motivo de la misma tuviese que ver con la recepción de la próxima obra que tendría que traducir (y que con tanta ansia aguardaba).

Aunque la inesperada irrupción del editor en nuestro momento de terraceo quedó relegada al olvido, se convirtió por desgracia en artefacto detonador de una conversación que yo nunca hubiese escogido entre las tres o cien más interesantes y agradables para mantener con mis amigas.

—A ver, Marta, la realidad es que recibes llamadas de hombres —empezó a decir Puri, intentando adoptar un aire reflexivo—. Lo cual quiere decir que, seguramente, nos ocultas información.

—Claro. Seguro que en realidad no hace tanto tiempo que no te comen el *muffin* como pretendes hacernos creer.

—¡¡Lina!! —gritamos Puri y yo al unísono; ella con total diversión, yo con completa sorpresa.

—¿Qué? Ay, perdonad, es que estoy bebiendo a un ritmo un poquito alto...

No sé qué me pasa, me siento deshidratada. —Y le pegó un sorbo al cóctel que dejó la copa mediada.

—Bueno, centrémonos. ¿Nos estás ocultando algo, querida Marta?

—Que no. Si vosotras sabéis todo lo que hay que saber.

—O sea, nada.

—Pues sí, Puri, pues sí. Nada, así de terrible. Si es que, ¿qué culpa tendré yo?

—Bueno, tú dale vida a ese *sex on the beach*. Ya encontraremos luego la playa —aseguró Lina, por medio de una pronunciación pastosa.

—Sí, y tú será mejor que relajes un pelín el ritmo, chata.

Decidimos no apurar demasiado nuestros cócteles, en vista de lo temprano que era y lo mal que ya íbamos nosotras (con Lina como representante principal). En realidad, tanto Puri como yo estábamos disfrutando con la escena, ya que nuestra amiga no acostumbraba a obsequiarnos con melopeas como aquella. Aunque el alcohol le desataba la lengua, como a mí, Lina era de un temperamento más tranquilo y comedido. Pero, por lo que parecía, el no haber podido celebrar mi cumpleaños en su momento se le había quedado clavado como una astilla. O como un leño.

Cuando estábamos pagando la cuenta para movernos a otro lugar (con el camarero sudando inquieto por si reclamábamos una nueva tentativa de *selfies*), el teléfono, esta vez el de Lina, volvió a cobrar protagonismo. La llamaba Fer, su novio, a quien había hecho prometer que se uniría un rato a nosotras para luego olvidarse completamente de él. Fer era un treintañero encantador, algo reservado como su pareja (aunque no hubiese estudiado nada relacionado con la traducción y la interpretación) y profundamente enamorado de su chica. Había salido en otras ocasiones con nosotras, ya que tenía un insólito don para soportarnos sin perder nunca la sonrisa. Incluso podía llegar a parecer que se divertía con nuestras tonterías o torpezas.

Nos trasladamos a otro local, esta vez un pub que a esas horas ya acogía algo de ambiente y cuya música rock atronaba de lo lindo. Aunque no era mi estilo predilecto, me sentía lo suficientemente animada como para mover los hombros al ritmo de himnos como «Satisfaction», «Light my Fire» o «Born to be Wild». Salvaje empezaba a sentirme yo en esos momentos, aunque la noche no había hecho más que comenzar. Para no desencajar con la nueva puesta en escena, la Santísima Trinidad al amparo ahora de sus satánicas majestades decidió, con tanta valentía como poca cabeza, que una ronda de chupitos era lo

más conveniente. Un minuto más tarde, las tres reprimíamos las arcadas con la mayor compostura de que podíamos hacer gala. Si algo había que odiase con la pasión con que Belcebú me odiaba a mí eran los chupitos de Jägermeister. Aceptaba el tequila, el vodka, incluso la absenta... pero no el jäger. El jäger era la muerte camuflada en estado líquido.

Al poco rato apareció Fer, a cuyos brazos se arrojó una Lina que apenas se tenía en pie. Comenzó a besuquearlo y a decirnos una y otra vez «la suerte que tengo por haber encontrado al novio más bueno del mundo». A nosotras nos divertía ver cómo Fer se sonrojaba un poco y trataba inútilmente de recomponerla. En cuanto sonó «November Rain», de Guns N' Roses, Lina arrastró a su novio al centro de la pista y se enroscó a su cuello cual pulpo desesperado, para bailar bien pegados aquella balada.

—Bueno, esta ya tiene el trabajo hecho —dijo Puri, señalando sonriente a la pareja feliz—. Ahora nos toca a nosotras, digo yo.

—Pues tú dirás —observé—. Yo creo que deberíamos irnos a bailar un poquito de reguetón.

Estábamos apoyadas en la barra, observando el escenario como si fuésemos las mismísimas regentas del lugar. Solo nos faltaba un micro de corbata y empezar a ejercer de comentaristas de la noche. Comentábamos entre risas los bailes frenéticos de algunos machos cabríos con melena suelta y chupa de cuero (con el calor que allí hacía, unos verdaderos sufridores) o las caídas de los más borrachos cuando, como en una pugna por dilucidar quién era el rey de la manada, chocaban con impulso sus hombros. El panorama era de lo más cautivador.

Al rato nos fuimos a una discoteca cercana. Allí acompañamos a Lina al baño, para someterla a lo que nosotras llamábamos en clave festiva un «tocada y hundida». «Tocada» significaba agarrarla por los brazos y «hundida» suponía sumergir su cara en el lavabo lleno de agua para hacerla revivir. Solo recurríamos a esta estrategia cuando alguna de nosotras estaba manifiestamente ebria. Para ello, debían cumplirse dos condiciones: no ser capaz de mantenerse en pie y hablar como si se hubiese pegado un atracón de polvorones a destiempo. Nuestra pobre Lina satisfacía con creces ambos requisitos.

—Aaaaahhh, perras de Satán... —se quejó tras la primera zambullida—. Cuidado con el rímel, por favor...

—Cariño, precisamente estamos limpiando el destrozo —la tranquilizó Puri—. Haberte emocionado al escuchar el «Single Ladies» de Beyoncé te había

dejado el jeto de un oso panda. Ni *waterproof* ni hostias.

Después de un par de zambullidas más, la devolvimos a manos de su príncipe azul, quien convino en que lo mejor sería llevársela a dormir. Tras muchos abrazos y besuqueos de una Lina que ya ni se esforzaba en abrir los ojos (aunque la muy jodida perreaba con desenvoltura cada canción que comenzaba a sonar), la pareja se marchó y las dos solteras de oro nos quedamos meneando las caderas, o lo que pudiéramos, por la pista de baile del lugar.

No tardó en acercarse a nosotras un pequeño grupo de chicos que, como quien no quiere la cosa, empezó a rodearnos formando un cerco cada vez más estrecho. Puri se fijó con pausa en cada uno de los merodeadores y yo me limité a lanzarles una mirada llena de improvisado estrabismo ante la cual un par de ellos parecieron recular.

—Oye —sentí a Puri susurrar en mi oído—, el de la derecha no pinta mal.

—¿El de la camiseta de tiras ceñida?

—No seas así. Tiene una cara bonita.

—En serio, ¿te estás fijando en la cara?

Pero Puri ya estaba hechizada. Comenzó a hacer unos movimientos de baile más marcados que solo podían significar dos cosas: que estaba sufriendo un ataque epiléptico o que daba vía libre a un posible cortejo. El chico de camiseta ceñida y músculos definidos (si hubiese invertido el mismo número de horas en estudiar que en visitar el gimnasio en su uniforme de trabajo se leería la palabra NASA) recibió las señales de mi amiga y se acercó un poco a ella. Jugada que a mí me dejó con tres merodeadores mirándome de hito en hito. Los dos a quienes había confundido con mis bizqueos repentinos parecían haberlo olvidado. Tras cruzarse varias veces las miradas, uno de ellos tomó la iniciativa y se acercó a mí. Uniéndose al ritmo de la música que sonaba en aquellos momentos, me tomó de un brazo y trató de pegarse a mí. Por lo que parecía, su repertorio de galanterías brillaba por su ausencia.

—Chsst, deja el rabo guardado en el pantalón, pistolero —le dije, zafándome de su brazo—. No vas a tener necesidad de sacarlo.

El chico me miró extrañado al principio, molesto después. Se retiró tras dedicarme un gesto de menosprecio e hizo un ademán a sus colegas para llevar la práctica de caza a otra parte de la discoteca. Cuando me giré para localizar a Puri, esta hundía sus encarnados morros en los del tío cachas. Se la veía disfrutándolo, así que decidí no interrumpirla y me encaminé hacia la salida sola.

Pensé en coger un taxi, pero decidí que el paseo hasta casa me sentaría

estupendamente. Aunque no era la peor melopea de mi vida, sí sentía que me costaba «un poco» mantener el equilibrio. Por eso mismo me despojé de los tacones que con tanto afán me estaban despedazando los pies. Caminé descalza por las céntricas calles a riesgo de cortarme con un vidrio, torcerme un tobillo, despellejarme en un socavón, ser mordida por un borracho inglés que estaba zapateado en el suelo... Pero llegué enterita a mi casa. Bueno, miento. Primero entré en el McDonald's que había en la misma calle y me zampé la McRoyal Deluxe más sabrosa de la historia. Luego sí, entré en mi apartamento con un objetivo bien definido: desplomarme sobre mi adorada cama.

Me despertó el sonido del móvil con el mismo efecto que si alguien hubiese introducido una ocarina desafinada en mi oído. Abrí los ojos como pude, lo suficiente para reparar primero en que era la una del mediodía, y segundo en que me estaban llamando. Era Omar.

—Joder, no se puede ser más oportuno... —me lamenté, con una voz que haría sentirse orgulloso al más veterano de los camioneros.

Carraspeé un par de veces y me recosté sobre el colchón. Acepté la llamada.

—Hola, ¿Marta? —escuché a Omar preguntar con una voz mucho más fresca que la mía.

—Ho... Hola, Omar.

—Vaya, creo que ya sé por qué no pude contactar contigo ayer —comentó, divertido—. Perdona que te esté molestando en fin de semana.

—No... no pasa nada —dije, esforzándome por sonar un poco menos como Darth Vader.

—Escucha, he recibido ya el nuevo caramelito de Will. Le he echado un ojo: la cosa promete.

—Ah, ¿sí? —Me incorporé todavía más sobre la cama, sintiéndome repentinamente espabilada.

—Ya lo comprobarás tú misma. De hecho, te llamaba por eso, por si te parecía bien que te enviase hoy mismo la obra. Hay que firmar el contrato y demás, ya sabes, pero contigo hay confianza. Y sería bueno empezar cuanto antes para lanzar la novela tan pronto sea posible.

—Ah, claro... ¡Claro! Esto... tienes mi correo, ¿verdad?

—Si no lo tuviese no veo cómo habríamos podido comunicarnos vía email a lo largo de los tres últimos años.

Maldita resaca. Maldito Puerto de Indias, maldito *sex on the beach*,

malditos chupitos. Maldito domingo. Si algo odiaba era hacer el ridículo frente a gente del ámbito laboral. Aunque fuese vía telefónica, como en este caso.

—Bueno, entonces te envió el archivo —prosiguió Omar, ante mi lamentable silencio—. Perdona si te estoy metiendo presión, de verdad, pero es importante hacerlo cuanto antes. Ya sabes que el sector editorial no pasa por su mejor momento... pero Will es una de nuestras mejores bazas. Hay que expresar la fascinación que provoca entre el público en este país, el segundo en el que más ejemplares vende. Por eso lo daremos todo esta vez. Ya era hora de que Will viniese a conocer a sus seguidoras.

Por un momento, creí estar en mitad de un sueño profundo y agitado. «Ya era hora de que Will viniese a conocer a sus seguidoras», repetía una y otra vez la voz de Omar a una velocidad de vértigo, como si la vorágine estuviese a punto de engullirme.

—Per... dona. ¿Qué has querido decir con eso último?

—Will nunca ha promocionado su obra en España. No de cuerpo presente, al menos. Y como aquí su literatura funciona tan bien, hemos llegado a la conclusión junto con su representante de que un gran acto nos reportaría buenos beneficios. De hecho, estamos ya en contacto con un club de lectoras que lleva años pegando la hebra con traer aquí a Will. Merecerá la pena, ¿no crees?

Traté por todos los medios de responder a la pregunta, pero descubrí que me había quedado sin habla.

—Marta, ¿estás ahí?

Emití un par de pequeños graznidos para que el silencio no lo abarcase todo. Pero por más que peleé conmigo misma para articular una frase, la que fuese, no pude conseguirlo.

—Bueno, algo pasa con la línea. Igual es la cobertura —dijo Omar, al otro lado—. No sé si me escuchas, pero eso, que te envió el archivo y vamos hablando. Un beso, y buen domingo.

Y la llamada, al igual que había ocurrido con mi sistema neuronal, se cortó.

Desafío en el zoo... familiar (parte 1)

Tal y como había prometido, Omar me envió ese mismo domingo un mail cuyo archivo adjunto podía darme más satisfacción que un novio que entiende qué es la menstruación y cuáles son sus consecuencias: la última novela de Will Cooper. No fui capaz de abrirlo en el instante en que aterrizó en mi bandeja de entrada. Estaba todavía resacosa, y tenía muy claro que un acontecimiento así no merecía ser iniciado en unas circunstancias tan poco favorecedoras.

Abordé el archivo la mañana siguiente. Era lunes, día perfecto para concienciarme de que mi nuevo encargo había llegado y que tocaba ponerse manos a la obra. Así que preparé un café con leche bien caliente, me acompañé de un poco de aguacate y me sumergí en las profundidades del regalo que había recibido. Incluso puse el teléfono en modo avión y rellené hasta los topes el cuenco de Belcebú; no quería que nada ni nadie interrumpiese mi cita con el nirvana.

Primero leí la novela de cabo a rabo, alejada del papel de traductora y embutida en el traje de lectora fanática, devoradora de historias rebosantes de drama y amor. Sí, no tenía ningún problema en reconocerlo: las narraciones de Will Cooper eran una droga tan potente como adictiva. Me enganchaban más que a un tonto un vídeo de caídas aleatorias o a una jubilada un programa presentado por Juan y Medio. Leí durante todo el día, sin freno. El estilo de Will era inconfundible, tanto su prosa como sus tramas. La protagonista era siempre una mujer, normalmente joven, que luchaba por alcanzar una independencia que, en un primer momento, le era vetada por distintos factores. Estos factores podían ser una relación tormentosa con un hombre, una situación de abuso en el trabajo, un distanciamiento con la sociedad que la rodeaba... Esta vez nos presentaba a Tara, una treintañera cuyo padre la había obligado a casarse con el rico heredero

de una familia amiga. Un argumento que podría parecer más propio de la literatura (y costumbres) del siglo XIX, pero traído con un sensacional manejo de la intuición al mundo moderno.

Qué fácil era conectar con el personaje principal de sus novelas. Como si el delicioso escritor pudiese introducirse sin apuro en la mente de cualquier mujer y detectar cuáles eran aquellos puntos emocionales más vulnerables. Sí, los libros de Will Cooper había que leerlos con un arsenal de pañuelos al lado.

Era un autor de éxito en varios países europeos: España, Francia, Italia... sus novelas eran esperadas con ansia, y las ventas se contaban por miles, agotando una edición tras otra. Curiosamente, en Estados Unidos era un escritor más. Había empezado escribiendo novelas dramáticas, pura ficción literaria, pero al ver que el éxito pasaba muy lejos de él con esas obras, cambió de género y se metió de lleno en la novela rosa. Entonces se desbordó su torrente de talento literario. A pesar de que muchos críticos, la mayor parte de ellos jubilados, gozaban al poner verdes sus novelas, los números hablaban por sí solos. Y su séquito incalculable de seguidoras también. Era un genio. Un superventas. Era Will Cooper.

Yo lo sabía todo sobre él. Todo lo que ofrecía la Wikipedia acerca de su vida, claro. Y lo que se contaba en los foros de admiradoras. Y la información que podía escamotear en la editorial. Lo había descubierto por cuestiones de trabajo: tres años atrás me habían encargado traducir la que sería su cuarta novela, y fue como una revelación. A pesar de que su nombre me sonaba y sabía de sus habilidades *best seller*, nunca me había detenido a leerlo. No era mi género de lectura predilecto. Pero... ¿podía alguien resistirse a caer rendida a sus personajes, a sus dramas pasionales con final feliz? Después de aquella primera traducción devoré sus obras anteriores, localicé toda entrevista que le hubiesen realizado, estudié una y otra vez los pocos vídeos existentes en los que podía recrearme en su acento calmado, arrastrando las vocales, en su cabello dorado y sus ojos de azul oceánico... Era, por lo que se conocía, una persona celosa de su intimidad. Comprensible, teniendo en cuenta que muchas de sus fieles lectoras darían la vida por arrancarle un beso, un abrazo, o parte de su cabellera. Apenas concedía encuentros con la prensa, no era partidario de realizar grandes presentaciones... Y aun así, qué sencillo era amar a Will Cooper.

Tras varias horas de lectura desenfundada, con un único y pequeño parón para calmar los rugidos de mis tripas, decidí hacer una pausa y lograr que mis

pulsaciones regresasen a una cadencia más sosegada. Me había ventilado casi doscientas páginas, la mitad del libro y, como cabría esperar, estaba ansiosa por continuar y saber cómo terminaría la pobre Tara, que a esas alturas del cuento se había armado de valor y separado de su repulsivo marido, sufriendo el desprecio de su padre y el rechazo de un círculo social demasiado amplio y altivo.

Devolví la vida al teléfono móvil y pronto me llegó una alerta de llamadas perdidas. Había una de Lina, dos de Puri y tres de mi madre. Si hubiese tenido el aparato encendido quizás no hubiese recibido ni una sola, pero bastaba que lo silenciase para que el mundo entero se sintiese necesitado de contactar conmigo.

Devolví las llamadas por orden cronológico. Lina solo quería disculparse por su recital del sábado noche (una disculpa innecesaria: a todas las amigas nos gusta recrearnos, sin ensañarse, en las melopeas de las demás) y preguntar qué tal habíamos acabado las otras dos. Charlamos durante unos minutos, aunque pronto tuvo que colgar para irse al restaurante.

Con Puri la conversación se prolongó un poco más. Se le notaba en la voz un ánimo que anticipaba novedades. Es decir, que todo parecía indicar que había terminado la noche con el maromo de los músculos como sandías. Tal como confirmó segundos después.

—Recuerdas sus brazos, ¿verdad?

—Cómo no voy a recordarlos, si ocupaban la mitad de la discoteca.

—Ay, pues solo eran un anticipo de lo que guardaba en el bóxer.

—Jesús, Puri. Dudo que alguien pueda ser más explícita que tú.

—De verdad, Marta. Menuda conexión wifi tenía ahí abajo.

Sí: para Puri los hombres no tenían pene, sino conexión wifi. Así de moderna era ella, que cuando ligaba no paraba de hablar de megas, rayas de cobertura o velocidad de descarga. Poesía pura.

—¿Y habéis quedado en veros más veces?

—Bueno, hemos intercambiado los números —suspiró—. Me escribió un wasap esta mañana para desearme un buen día. Pero...

—Pero ¿qué?

—Utilizó corazones rosas y el emoticono de la flamenca para acompañar el mensaje.

—Es decir, que estamos ante un desequilibrado mental —concluí.

—Tiene toda la pinta... Con lo simétricos que son sus abdominales, qué lástima —se lamentó—. Bueno, y tú qué. Porque no me queda claro que desaparecieras sola.

—Pues te lo aclaro en un segundito. Desaparecí sola.

—Qué raro en ti. Tres tíos pululando a tu alrededor y a ninguno le concedes unas migajas de tu *muffin*.

—No me gusta flirtear con buitres —me defendí—. Llámame exquisita, pero prefiero que me consideren algo más que carroña.

—Ay, Martita, Martita. Tú y tus cláusulas erótico-morales. Algún día aparecerá un hombre que te entienda y conquiste, verás. Estamos a un paso de descubrir vida en Marte. O en Marta.

—En ese caso, quizás no sea un hombre y sí un alien. Como el de las películas.

—Bueno, con una lengua así se pueden hacer muchas cosas...

Dejé que Puri metiese en vereda a su libido y atendiese a su siguiente cliente en la peluquería. Nos despedimos acordando volver a reunirnos junto con Lina lo antes posible.

Ya solo me quedaba por despachar la llamada triple de mi madre. Sentía cierto temor; mi madre no era tan dada a recordar que tenía una hija y preocuparse por saber qué tal le iba. Menos aún habiendo comido juntas el mes anterior. Así que llamé solo por confirmar que nada grave ni malo había ocurrido.

—Marta, ¡por fin! —exclamó nada más descolgar—. Me tenías preocupada.

—Pues ya puedes respirar tranquila, mamá. Solo estaba leyendo.

—No sabía yo que para leer era necesario apagar el móvil.

—Sí, si lo que quiero leer es un libro y no una retahíla de wasaps.

—Bueno, da igual —comentó, apurada—. Necesito pedirte un favor.

¿Un favor? ¿Mi madre? Aquello no podía ser nada bueno. Mi madre, cuando todavía formaba junto con mi padre un matrimonio feliz (o funcional, como le gusta a la gente decir) y yo era su niña bonita, no dudaba en echar mano de mí para cualquier recado/asunto/encargo/aprieto/problema que le pudiese surgir. ¿Que había decidido invitar a unos amigos a cenar esa misma noche y no tenía los ingredientes necesarios para el menú? Marta tenía que ir a la carrera al supermercado y volver cargada con el arsenal de productos que llenaban la lista de la compra. ¿Que había empezado el telediario y se había olvidado de pasear a los perros? Marta tenía que ser arrastrada calle arriba y calle abajo por unos animales casi tan grandes como ella, amén de recoger sus excrementos (casi tan grandes como ella).

Así que esa frase de mi madre me hizo evocar viejos tiempos, por los que

sentí una súbita e inexplicable nostalgia. A veces echaba de menos el hogar familiar, aunque desde la distancia, eso sí; independizarme había sido una de las mejores decisiones que había tomado en la vida.

—¿Qué clase de favor? —pregunté, sin disimular cierto recelo.

—Verás, me acaban de surgir planes para este fin de semana.

—Vaya. ¿Y estoy yo dentro de ellos? —quise saber, medio ilusionada.

—Espero que sí, por eso llamaba.

—¿De qué se trata?

—No es gran cosa. Verás... se trata de un viajecito exprés a París. De viernes a domingo, una fuga breve, como puedes ver.

No me lo podía creer. Mi madre me proponía un fin de semana en París. ¡Nunca había estado en París! A decir verdad, solo había salido dos veces de España: una en el viaje de fin de carrera que nos pegamos a la Riviera Maya (ay, qué recuerdos), y otra a Portugal para sacar provecho de los mercadillos enormes que allí se montan, más que en calidad de turista y fotógrafa compulsiva. Mi madre, en cambio, era una amante de los viajes, y aprovechaba cada ocasión que tenía para organizarse uno. Claro que nunca me incluía en la planificación de los mismos. Quizá ahora que veía que su hija se hacía mayor se había dado cuenta de que cada vez nos quedaban menos oportunidades de pasar el tiempo juntas...

—París —repetí, ensimismada—. La capital del amor. Bueno, visto así suena un poco raro para que una madre y una hija se vayan juntas.

—¿Qué dices de una madre y una hija? Escucha, cielo, necesito que te quedes el fin de semana cuidando de los animales. Y necesito que me lo confirmes ya, por favor.

Como si hubiese percibido la vibración de unas ondas negativas en el aire, Belcebú apareció en mi habitación y soltó un bufido. El maldito gato tenía el don de saber cuándo alguien intentaba fastidiarme la vida y aparecer en escena para no perder detalle. Se arrellanó junto a mi silla y clavó su mirada en mí, expectante. Solo le faltó dar un par de palmadas para que espabilase y continuase con la conversación.

—A ver si lo entiendo. Quieres que me tire de viernes a domingo tratando de sobrevivir en la selva que tienes por casa. Para que tú puedas irte a París.

—Escucha, se lo hubiese pedido a alguien que me inspirase más confianza para algo que exige tanta responsabilidad. De hecho, lo he intentado, pero desafortunadamente nadie está libre este finde. Dime que podrás, por favor.

—No sé si te das cuenta, mamá, de que cada frase que pronuncias me hunde

más en la miseria.

—No seas boba —dijo, quitándole toda la importancia posible—. ¿Vas a hacer que tu madre se pierda la oportunidad de pasar un fin de semana en París?

—¡Ya has estado tres veces!

—Pero nunca con esta compañía... —Y se calló de repente.

—Un momento. ¿Con quién te vas?

Por primera vez en la conversación, el silencio se establecía desde el otro lado del aparato. Yo me había tomado un par de pausas para asimilar toda la información insoportable que me estaban vertiendo encima, pero ahora era mi madre la que hacía un pequeño alto.

—¿Mamá?

—Y qué más dará eso —respondió, a la defensiva—. La cuestión aquí es si le vas a hacer o no un favor a la mujer que sudó sangre para traerte al mundo.

—Déjate de cuentos. O me dices con quien vas o ya puedes buscar otra niñera para tus alimañas.

—Me voy con mi pareja —contestó finalmente, con decisión.

Con su pareja. Nada parecía indicar que hubiese escuchado mal: mi madre se iba a París con su pareja. Todo estupendo, de no ser porque hasta ese preciso instante desconociese que mi madre compartiese su vida con alguien.

—Con pareja no te refieres a papá, ¿verdad? —articulé descolocada.

—Marta, Moncho y yo nos separamos hace más de un año. Y fue lo mejor que pudimos hacer. Me lleva a París la persona con la que ahora soy feliz.

—Ah, ya. Me alegra enterarme de eso. Aunque solo sea por el hecho de que tenga que cuidarte la casa mientras.

—No seas así. Si me haces el favorcillo lo conocerás el domingo cuando regresemos.

Esa era mi madre. Tratando de hacerme chantaje emocional a los veintinueve años. Y convencida de que aceptaría la terrible empresa de atender su zoo particular durante todo un fin de semana para que ella pudiese gozar de unos días de ensueño en la capital francesa en compañía de su amante o lo que quiera que fuese. Lo peor: que dije que sí.

—A pesar de ser incapaz de decirte que no, me gustaría que supieses que te odio mucho —afirmé, molesta de verdad.

—No es odio, es amor de hija —alegó ella, pensando ya en su fin de semana.

Y sin comerlo ni beberlo, mis sencillos planes de fin de semana (que

consistían en estar relajada en casa y salir a dar algún pequeño paseo con Puri y Lina) se habían convertido en un reto mortal. En una verdadera pesadilla.

Llegó el viernes sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Ni siquiera se me ocurrió alguna manera de cambiar el papel que me tocaría jugar. Pensé en llamar a mi madre, en repetidas ocasiones, para decirle que me había puesto enferma, que me había surgido un trabajo en el extranjero y que tenía que irme inmediatamente, que estaba embarazada y se me había olvidado que salía de cuentas ese mismo fin de semana, que había sido abducida por una especie alienígena que había visto en mí a la Elegida para establecer una alianza interracial... pero no fui capaz de reunir el valor necesario para cancelar el compromiso. No había vuelta atrás.

Me acerqué a la casa de mi madre al mediodía, como habíamos acordado. Llevé a Belcebú conmigo, que durante todo el trayecto en autobús no paró de mostrar su desacuerdo ante la decisión de haberlo metido en una caja transportable y una pequeña maleta con las mudas y herramientas necesarias para la supervivencia.

Mi madre me recibió con un entusiasmo que no veía en ella (al menos dirigido a mí) desde hacía años. Como para hacerme entender que en realidad era ella la que me estaba haciendo un favor a mí, me indicó que la nevera estaba llena y que podía coger todo cuanto quisiese. Luego pasó a recitarme la lista de tareas y cuidados que debía llevar a cabo durante aquellos dos días y medio. Me hizo tomar nota en una libretilla que ella misma me dio. Siguiéndola a lo largo de aquel chalet que un día había sido también mi hogar, me mostró dónde estaba guardada la comida de todos los animales, cuántas veces tenía que servírsela y en qué dosis, a qué teléfono debía llamar en caso de que alguno sufriese alguna intoxicación o injuria por descuido mío...

Cuando recibió una llamada, quizá de su misterioso amante, y se despidió de mí a las prisas, pude relajarme un poco por primera vez desde que había puesto un pie en el chalet. Recorrí la vivienda, como en un repaso al pasado, y advertí que no estaba tan cambiada respecto a los tiempos en que mi padre y yo también la habitábamos. Un amplio vestíbulo conectaba con una cocina americana que a su vez enlazaba con un coqueto salón de aire moderno. Mi madre apenas había hecho cambios en el mobiliario desde que yo, seis años atrás, y mi padre, apenas uno, hubiésemos abandonado el nido familiar. Quizá porque todo estaba en estado de revista, quizá por cierto poderío de la nostalgia. En la planta de arriba, las únicas modificaciones evidentes se reducían a la

estancia que una vez había sido mi habitación: ahora era un cuarto destinado a guardar distintos utensilios que en otro lugar estorbarían demasiado. Tal vez la nostalgia no hiciese tanto efecto en mi madre.

Los crecientes ladridos en el jardín me hicieron regresar a la planta baja. Mi madre había dejado atados a los tres bicharracos que hacía pasar por perros. Ronie era un gran danés que llevaba ya diez años en la familia, de carácter apacible salvo cuando Cerbero, un galgo, se ponía a tocarle los hocicos. Algo que, dentro de la característica hiperactividad de este último, pasaba demasiado a menudo. Dina era la san bernardo y andaba más a su bola, aunque no perdonaba que le sirviesen la comida a destiempo y no dudaba en llenar de babas y marcas de pezuña a quien cometiese semejante desliz. Había sido la última en llegar, cuando yo ya había echado el vuelo. ¿Sería la sustituta adecuada que había logrado encontrar mi madre?

Desaté a los tres, sabiendo que no llevaban muy bien lo de permanecer mucho tiempo encadenados, y me recibieron con un ataque fervoroso que me hizo estar a los dos segundos de espaldas sobre el césped. Apenas pude sortear los lengüetazos que me dedicaron mientras intentaba incorporarme, sin éxito, por mucho que les reprochase su actitud a viva voz.

Cuando logré desembarazarme de ellos entré de nuevo en la casa, corriendo las puertas de cristal para que ninguno se colase dentro y la liase de lo lindo. Respiré tranquila, aunque di un respingo al escuchar una voz aguda en el salón.

—¡Qué desidia!

Me acerqué a la sala y reparé en la inmensa jaula que había en uno de sus extremos. En ella campaban a lo largo de un grueso palo dos loros, de tonalidades verdes y amarillas tan chillonas como sus voces.

—¡No echan nada en la tele! ¡Naaaada!

—¡Qué desidia!

Aquellos debían de ser Pimpi y Nela, los dos papagayos que mi madre había rescatado del mismo refugio de donde habían salido Cerbero y también la señorita Norris, la coneja que todavía no conocía y que debía de andar oculta en algún recoveco de la vivienda.

—Hola, muchachos —saludé, acercándome a la jaula—. Así que vosotros sois el famoso dúo estrella de la casa.

—¡Qué desidiaaaa! —graznó uno de ellos. Desde luego, no iba a reconocer quién de los dos era cada cual.

—Veo que mi madre no ha tenido tiempo de enseñaros a decir algo

medianamen...

—Amoor que vino freeesco, a la soombra de un ciprées —comenzó a cantar el otro.

—Ah, no. No, ni de coña —pronuncié, interrumpiendo su canto—. Esa canción sí que no.

Mi madre era una ferviente fanática de Bertín Osborne. Y yo ya había resistido suficientes rancheras a lo largo de mi infancia y de mi adolescencia como para que ahora un par de loros atacasen tan gratuitamente mi cabeza. Ante un nuevo intento de canturreo chisté con fuerza y me fui del salón, evitando así terminar poseída por el demonio. Resolví que lo mejor sería acomodar las cosas en el dormitorio de mi madre, donde me instalaría durante esos días.

Allí descubrí al resto de la comitiva animal. Pegada al armario empotrado, una discreta jaula rectangular acogía a cuatro hámsteres de piel parda, moteada de blanco, que se movían inquietos sin hacer apenas ruido. Mi madre me había dicho los nombres de cada uno, pero había prescindido de anotarlos en la libreta para no perder el hilo de los detalles fundamentales. Estaba claro que aquellos cuatro animalillos serían los que menos guerra podrían darme.

Puse la maleta sobre la cama y la vacié, colocando la ropa a mi antojo en el armario y el resto de enseres por donde hubiese un hueco. Mi madre era de esas personas que gozaban llenando su habitación de elementos decorativos, como lámparas que nunca se encendían o relojes de pared y cuadros que, más que adornar, saturaban la vista hasta hacerte sentir indigesta. En el momento en que retiraba la maleta de la cama sentí que algo me rozaba un pie. Di un pequeño brinco, sorprendida, y observé cómo la señorita Norris salía de su escondrijo agitando su diminuta nariz. A pesar de que solo la conocía por fotos (unas doscientas que mi madre me había enviado el día en que se la trajo a casa), me sentía unida a ella porque había sido yo quien había tenido el placer de bautizarla. Era de un color azabache precioso, con unas pequeñas manchitas lechosas en torno a la naricilla, lo que la hacía parecer más adorable. Me incliné y la cogí en mi regazo, a lo que no opuso resistencia.

—Tú me vas a hacer una agradable compañía, ¿a que sí? —pregunté con el tono estúpido y ridículo con que los adultos se dirigen a los bebés.

Obtuve por respuesta un pequeño mordisco en el pulgar con que la acariciaba, y tras soltar un rápido quejido me apresuré a dejarla campar a sus anchas por el cuarto. Definitivamente, yo no resultaba ser una persona rebotante de encanto para los animales.

Bajé al salón llevándome el portátil conmigo. Me dejé caer sobre el sofá mullido que tanto echaba de menos y me concentré en aquello que llevaba queriendo hacer desde que había llegado al chalet. Retomar la novela de Will.

La había terminado, o más bien devorado, al tercer día de haberla empezado. Ahora la leía de segundas, no tanto por encauzar la correspondiente traducción como por el disfrute de revivir la historia escrita en aquellas páginas. Una vez más, Will Cooper había logrado superarse.

Esta vez había convertido en protagonista de su obra a una joven mujer perteneciente a la clase media-alta de la sociedad americana actual, dependiente en una pastelería de barrio y propietaria de un sueño tan tangible como estimulante: ser dueña de su propio restaurante. Claro que su padre tenía otros «sueños» reservados para ella. Y así la había obligado a casarse con Nathan, un apuesto heredero de una fortuna que, por muy amplia que fuese, no podía compensar la patética personalidad de su inminente dueño. La historia se conjugaba con escenas cómicas y otras lacrimógenas, pero contaba con el innegociable final que demostraba que toda mujer podía salir triunfante, por mucho que su antagonista fuese un guaperas ricachón que tuviese a medio mundo (esa mitad de mundo insoportable) a su favor.

Releí las primeras páginas con la misma voracidad que si no hubiese sabido nada sobre la historia. Tal era el poder de sus palabras. Sin embargo, tuve que detenerme varias veces a lo largo de la lectura. Pimpi y Nela no eran muy de estar callados largo rato, y cada dos por tres se lamentaban de lo penosa que era la programación televisiva (por supuesto, la tele estaba apagada) o, lo que era peor, empezaban a entonar uno de los himnos de Bertín Osborne.

Me di por vencida cuando desde la parte interior de la casa cercana al jardín llegaron hasta mí varios maullidos crecientes. Me levanté corriendo, cayendo en la cuenta de que no había sacado a Belcebú de la caja transportable.

—¡Perdona, perdona! ¡Te juro que no lo he hecho aposta! —me disculpé, liberándolo de su cárcel.

Él simplemente se dedicó a salir de la caja con paso altivo, mirándome de reojo con el cuello estirado. Cuando intenté acariciarle el lomo en señal de disculpa, me soltó un zarpazo muy significativo. No iba a obtener el perdón tan fácilmente.

La noche llegó sin demasiados sobresaltos. Me encargué de servirles comida a todos los seres vivos que habitaban el chalet (o al menos a aquellos de los que tenía constancia), y saqué a pasear a los tres chuchos. Ni que decir tiene

que acabé dos veces por los suelos y con una de mis rodillas peladas; culpa mía por pasearlos en shorts. Esa noche me costó quedarme dormida, tal vez por lo extraño que me resultaba estar tumbada sobre la cama de mi madre. La misma cama a la que, de pequeña, acudía veloz cuando sufría alguna pesadilla o escuchaba algún ruido en mitad de la oscuridad. La misma cama donde los domingos mi padre nos servía a mi madre y a mí el desayuno. La misma cama donde ahora algún amante misterioso hacía llegar a mi progenitora al... Mejor limitarse a los pensamientos anteriores.

El sábado transcurrió con tal normalidad que me hizo pensar que, en realidad, el favor que le hacía a mi madre era de lo más sencillo. Ninguno de los bichos quiso convertirse en despiadado protagonista, y hasta terminé por habituarme al soniquete de Pimpi y Nela cuando estaba en el salón. Al mediodía recibí las llamadas de Puri y Lina, a quienes ya había puesto al tanto de mi compromiso familiar. Se ofrecieron a hacerme una visita, aunque yo sabía de sobra que Lina era alérgica a los animales y que Puri le tenía pánico hasta a una paloma (tenía pesadillas recurrentes en las que un ejército de ellas le cagaba encima recién salida de la peluquería). Así que las convencí de que no era necesario que viniesen, ya nos resarciríamos la semana siguiente.

Por la noche fue mi padre quien me llamó. Era aún temprano, su servicio como chófer comenzaba una hora más tarde. Quería saber qué tal me iba con veintinueve años, quizá confiando en que habría encontrado un trabajo mejor, una pareja y que estuviese en camino un crío que lo convirtiese en abuelo. Casi.

—Papá, hace apenas un mes que cumplí años. No sé qué esperas que haya cambiado.

—Yo siempre espero lo mejor de ti —dijo, mientras podía escuchar de fondo el meneo de las perchas; estaba buscando su uniforme de trabajo—. A lo mejor has encontrado un empleo estable, o una pareja, también estable...

Lo sabía.

—No, papá. Siento desilusionarte. Mi vida sigue siendo igual de monótona y soporífera que de costumbre, para tu desdicha.

—Bueno, bueno. Todo llegará. ¡Aquí está! —exclamó, y entendí que había encontrado al fin su traje—. Oye, ¿qué es ese ruido?

Pimpi, o Nela, había comenzado con su canturreo, y el maldito «Amor mediterráneo» de Bertín Osborne sonaba a mis espaldas con todo el esplendor con que podía brotar de la garganta de un loro. Para redondear la escena, su

acompañante se unió a la fiesta con su repetitivo «¡qué desidia!», que, en ese preciso momento, me pareció bastante representativo de la situación.

—Nada, papá —me apresuré a decir—. Es la televisión, tengo el volumen un poco alto.

Mi padre se quedó pensativo unos instantes, y entonces caí en la cuenta de que lo que en realidad estaba haciendo era tratar de identificar los ruidos que se colaban por encima de mi voz.

—¡Eso que suena es «Amor mediterráneo»! —gritó, de repente—. ¿Dónde estás?

—Si es que en la tele echan cada cosa... ¡Qué desidia! —me apresuré a decir, intentando hacer cuadrar este último comentario con el graznido del loro.

—Son las voces de Pimpi y Nela —comentó mi padre, con tono de reproche—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Verás... Esto, estoy en casa de mamá.

—Esa casa también la pagué yo.

—Estoy en casa de papá y mamá —corregí—. Es que... he tenido que cuidar de las criaturas este fin de semana.

—Esa es tu madre —declaró, molesto—. Mucho afán por rescatar animales abandonados, pero bien que luego hace ella lo mismo.

Me pregunté si con ese comentario se estaba aludiendo también a sí mismo como animal desahuciado, pero consideré que no era el momento adecuado de preguntarle al respecto.

—Solo es por este fin de semana, papá —alegué, intentando calmarlo—. No exageres.

—¿Y por qué no puede cuidarlos ella? ¿Dónde está?

—Mmmmm... Ha tenido que irse de la ciudad un par de días.

—¿Adónde?

—Papá, es su vida. No tienes por qué saber adónde ha ido y adónde no. Le estás dando demasiada importancia, ¿no crees?

—Bueno... Tienes razón —admitió, suavizando el tono—. Pero es que me ha sorprendido saber que estás tú ahí. Y escuchar a Pimpi y a Nela de fondo...

—Te entiendo.

Mi padre terminó por recobrar la compostura, aunque en su tono detecté todavía cierto recelo. Sin embargo, aceptó desviar la conversación hacia otros derroteros, y unos minutos más tarde se despidió para evitar llegar tarde al

trabajo. Le deseé una buena noche, sabedora de que los sábados eran para él el peor día de la semana.

Me fui a la cama, a la de mi madre, con el portátil como acompañante. Volví a dejarme absorber por la prosa majestuosa de Will, por sus párrafos rebosantes de amor, desgracia, pasión, superación, felicidad. La señorita Norris emitió unos inofensivos chillidos cuando ya empezaban a cerrárame los ojos, así que la subí a la cama y me permití el lujo de dormir acompañada por otro ser vivo. Fuese por la compañía de la bonita coneja o no, dormí casi diez horas del tirón.

Pesadilla en el zoo... familiar (parte 2)

Me desperté llena de energía, algo poco habitual. Hacía un domingo de lo más primaveral, y aunque solo iba a poder salir un rato para pasear a los perros me sentí de lo más agradecida por poder gozar de un tiempo como aquel. Eché un vistazo al móvil y me llevé una sorpresa al ver que tenía un par de wasaps de Omar. El primero era una escueta introducción: *Hola*. El segundo iba directo al grano: *Podría molestarte otra vez en domingo?* Le respondí que no estaba ocupada y que no había ningún problema. Y mientras esperaba su respuesta bajé a desayunar, llevándome a la señorita Norris conmigo.

Pimpi y Nela me recibieron con otra canción del idolatrado galán de mi madre, cantando a dúo con bastante afinación, pero poca compenetración. Salí al jardín para liberarme de sus cantos demoníacos. El trío perruno me recibió con agitación. Como era de esperar, terminé otra vez tendida sobre el césped, aunque no me importó demasiado. El frescor de la hierba me acariciaba los hombros y las piernas al descubierto, y los perros me hacían cosquillas con su pelaje y sus lametones. Jugué un rato con ellos, divertida, correteando de un lado a otro como si en lugar de haber desayunado un café cortado me hubiese metido en vena tres Red Bull seguidos.

Entonces escuché algunos alaridos provenientes del interior de la casa. Entré, algo desconcertada. Volvieron a repetirse unos chillidos y localicé el lugar exacto de procedencia. Belcebú tenía arrinconada a la señorita Norris contra una esquina de la cocina. No tenía ninguna intención de hacerle daño, por supuesto, pero parecía no caerle demasiado bien la inofensiva coneja. Esta, puede que a consecuencia de la encerrona, había adornado el suelo con una hilera de cagarrutas redondas y minúsculas, de un desagradable parecido al de los cereales de Nesquik.

—Belcebú, déjala en paz ahora mismo —le reñí.

Por supuesto, no me hizo el más mínimo caso. No dio muestra de saber que yo estaba allí presente hasta que lo cogí por el pellejo y lo dejé sobre el sofá, mientras la pobre señorita Norris se lanzaba escaleras arriba con torpeza.

—Estás en su casa, no debes tratarla así —lo reprendí, acercando mi cara a la suya.

Obtuve por respuesta una mirada retadora. Aquel gato podía llegar a parecer más humano que una persona. Como no quería enfadarme y estropear el día, lo dejé en paz y subí al cuarto. Comprobé que la señorita Norris estaba bien, aunque había vuelto a su refugio bajo la cama, así que me tumbé en el suelo para ofrecerle algunas caricias de consolación, pero no quiso salir.

Luego adecenté un poco el cuarto y comprobé que no tenía wasaps de respuesta de Omar, sino una llamada de él. Un tanto extrañada, decidí devolvérsela.

—Marta, qué tal, iba a intentar llamarte de nuevo ahora mismo —saludó con voz despabilada.

—Hola, Omar. ¿Ocurre algo?

—Algo ocurre, sí. No quiero que pienses que le he cogido gusto a molestarte en tu tiempo libre.

—No te preocupes... Cuéntame.

—Mmm, ¿tienes algún hueco hoy? Me gustaría poder hablar contigo en persona.

Aquello me pilló completamente desprevenida. ¿Cómo iba a imaginar que el editor para el que trabajaba necesitaba verme en persona un domingo? Lo peor era que en ese tipo de situaciones imprevistas, yo acostumbraba a reaccionar como una tartamuda perturbada.

—Eeeeh, mmmm... Bueno, ¿hoy, dices? Es, es domingo, ¿no?

—Sé que es domingo —respondió a mi estúpida pregunta—, y te pido perdón por adelantado. Pero es algo urgente acerca de la novela de Will, y me parece más oportuno hablarlo cara a cara, no por mail o teléfono. Escucha, no te robaré más de veinte minutos. Y tampoco quiero molestarte en exceso, así que puedo acercarme adonde tú estés.

—Ehhh... Es que, verás... Ahora mismo, esto... Estoy...

—¿Tienes algún compromiso?

—No. Quiero decir, sí. Estoy... cuidando de la casa de mi madre.

—Ah, vaya.

—Es que tiene animales y, esto... necesitaba que alguien los cuidase.

—Eso suena más creíble —añadió con tono cómplice—. Pues me acerco un momento ahí y no te molesto más, ¿te parece? Si me das la dirección y una hora que te venga bien, zanjamos el asunto lo antes posible.

Busqué la manera de evitar que eso sucediese así. No me gustaban los imprevistos (algo, creo, muy respetable), y menos que estos me cogiesen en mitad de algún compromiso. Si hasta ese momento el fin de semana había transcurrido con una normalidad de la que en realidad había llegado a dudar, parecía que las cosas iban a empezar a cambiar justo cuando ya había asimilado mi buena fortuna.

Como era de esperar, fui incapaz de decirle tajantemente que no a Omar. No tuve más remedio que acceder a su petición, y tras darle la dirección le dije que se pasase cuando mejor le viniese. Una hora más tarde, estaba llamando a la puerta.

En ese tiempo, yo había aprovechado para ducharme y frotarme a conciencia. No quería causar mala impresión a una de las personas de las cuales dependían mis ingresos, y tenía la sensación de que haber pasado dos días enteros entre animales me hacía oler un poco a ellos. Un poco demasiado, así que estuve un buen rato bajo la alcachofa. Luego me dediqué a vaciar un ambientador por toda la casa. Cuando sonó el timbre, me dirigía a perfumar el salón-cocina. Fue entonces cuando reparé en las cagarrutas de la señorita Norris que, como material inanimado que eran, seguían en el mismo lugar. Maldiciéndome a mí misma, me apresuré a recogerlas en una bolsita. El timbre volvió a sonar con insistencia.

Corrí hacia la puerta para no hacer esperar más a Omar, temerosa de que se estuviese llevando ya una primera mala impresión. Abrí y me lo encontré allí, con una sonrisa de disculpa por la intromisión en mis planes de domingo.

—Toma, te he traído un detalle esperando que pueda compensar mi afán por incordiar —pronunció, alargándome una botella de vino tinto con muy buena pinta.

—Oh, no hacía falta... Ah, pasa, pasa.

—¿Eso que tienes en la mano son cereales? —preguntó mientras entraba, señalando la bolsita transparente donde había reunido los excrementos de la coneja.

—No, no. —Sentí cómo mi cara enrojecía en un segundo—. Son... Pasa al salón, ¿quieres?

Lo acompañé a esa estancia y mientras él echaba un vistazo curioso a su alrededor, aproveché para deshacerme de la bolsita y tirarla en la basura. Me acerqué a él, que ahora miraba divertido a los loros.

—¿Son de los parlanchines? —quiso saber.

—Ya lo creo.

Advirtiéndome que ese podía ser su momento estelar, Pimpi y Nela comenzaron a entonar «Amor mediterráneo». Aterrada por la posibilidad de que Omar pensase que yo les había enseñado aquella canción, traté de acallarlos, pero no hubo manera. Omar los contemplaba admirado, riéndose.

—Dime que me dejas grabar esto en vídeo, por amor de Dios —suplicó, sacando su teléfono del bolsillo.

—No, no... Son... Son de mi madre. Y ella es, esto, muy celosa de la intimidad de sus animales —improvisé como pude. Quería evitar a toda costa que aquel hipotético vídeo viajase de un dispositivo a otro en la editorial.

Omar consintió, comprensivo. Le pregunté si quería tomar algo y lo invité a tomar asiento en el sofá, pidiéndole que se olvidase del cacareo melódico de los loros. Serví dos vasos de agua y me senté en el otro extremo del sofá.

—Bueno, he prometido que no te robaría mucho tiempo, así que voy al grano —me dijo, tras dar un sorbo—. ¿Has empezado ya con la traducción?

—Más o menos. Es decir, me he leído la novela dos veces y...

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó, sin esconder cierta ansia.

—Increíble. Es... puro Will.

Sonrió, agitando afirmativamente la cabeza. Se relajó un poco más en el sofá.

—Tiene que ser un bombazo, Marta —declaró—. Tiene todos los ingredientes para convertirse en un nuevo éxito. Pero este tiene que ser el mejor de todos. Con Will aquí, promocionándolo, tiene que ser brutal.

—¿Se sabe algo más al respecto? —pregunté, interesada.

—De eso quería hablarte. He estado planificando algunas entrevistas con su agente, y ya han cerrado todo con el club de lectoras. Vaya panda de locas, por cierto. Yo no invertiría ese dinero en traer aquí a un escritor, pero... eso. Que en septiembre tendremos a Will Cooper con nosotros.

Sentí que mi temperatura corporal ascendía varios grados del tirón. Primero, porque para septiembre quedaban apenas cuatro meses, lo cual significaba que debía apurar los tiempos de traducción. La obra tenía que ser maquetada, enviada a imprenta, preparada para su distribución... y eso llevaba al

menos un par de meses. Por lo que a mí me quedaba ese mismo tiempo, incluso algo menos, para tener preparada una versión de cuatrocientas páginas. Segundo, porque el «tendremos a Will Cooper con nosotros» sonaba a canto de ángeles, como una cascada de agua pura y cristalina, igual o mejor que un polvo con un tío que no resulta desagradable al despertar posterior a una noche de juerga...

—Y yo... Yo, o sea...

—¿Sí?

—Yo... Me refiero a si, si, bueno... Si podré conocerlo —solté, al fin.

—Ah. ¿Eso te interesaría?

¿De verdad me estaba preguntando si me interesaría conocer al jodido amor platónico de mi vida? ¿En serio, Omar? ¿Crees que tartamudeo porque me gusta hablar con mayor musicalidad? Bueno, tartamudeo porque me cuesta entablar una conversación normal con cualquier persona que no goce de mi entera confianza, es cierto. Pero en este caso particular, si mi tartamudez era más acentuada, a todas luces tenía que ver con la temática que estábamos tratando. Will Cooper. En mi ciudad. Cómo demonios no iba a interesarme eso.

Asentí con tal ímpetu que a punto estuve de desnucarme. Hubiese sido una muerte digna de aparecer en el programa chorra de las mil maneras de morir, o como se llamase. Omar me contempló algo perplejo, luego se quedó meditando unos momentos. Como para ofrecer una atmósfera de tensión adecuada a la escena, los loros terminaron su recital en ese instante.

—Se lo plantearé a su agente —afirmó finalmente—. Verás, Will es una persona muy celosa de su intimidad.

—Lo sé, lo sé. Como... mi madre con sus animales —dije, para evitar quedarme en silencio. Desde luego, hubiese sido mejor elección.

—Dentro de sus rutinas de trabajo, prefiere que todo se gestione a través de su agente. Es comprensible, teniendo en cuenta su éxito en distintos países. Incluso yo, que he publicado seis de sus novelas y soy su valedor en España, solo he tenido ocasión de verme con él una vez. Cuando venga, únicamente la editorial y la presidenta del club tendremos contacto directo con él.

—¿Lo conoces? ¿Lo has visto?

—Sí, hace ya unos cuantos años, cuando decidí apostar por la traducción de su primera novela romántica —comentó, como si hablase de una cosa cualquiera—. Fue mi primera apuesta grande como editor. Viajé a Nueva York para poder conocerlos y convencerle de que tenía mucho futuro con lo que escribía.

—¿Y cómo es? —Por desgracia, no pude ocultar mi entusiasmo.

—Pues si te digo la verdad... —comenzó a decir Omar, arrellanándose en el sofá, pero sus palabras quedaron interrumpidas.

Varios golpes secos y consecutivos se escucharon en el piso de arriba. Omar dirigió primero la mirada al techo y luego a mí, buscando quizá una explicación. En ese momento yo no la tenía, pero no hubo que esperar demasiado. Unos segundos más tarde, la señorita Norris aparecía en la planta baja dando brincos frenéticos. Y, cómo no, tras ella hacía su entrada Belcebú. Este la acorraló contra las paredes de cristal que daban al jardín.

—¡Belcebú! —grité, indignada—. ¡Basta!

Mis palabras tuvieron el mismo efecto que en un sordo. Belcebú continuó aproximándose, con aires de felino letal, a la señorita Norris, cuyo esfínter no pudo resistir tal dosis de presión. Un pequeño charco se fue agrandando más y más a su alrededor, y entonces Belcebú pareció perder todo interés y desapareció de la escena.

—Maldito gato del demonio —rumié entre dientes.

—Veo que las mascotas de tu madre necesitan atención de verdad —observó Omar.

—En realidad, el gato es mío...

Me levanté del sofá y fui en busca de la fregona, para limpiar la meada que se extendía por el enlosado. Al acercarme, el olor agrio me golpeó con ganas las fosas nasales.

—Joder, señorita Norris...

La pobre coneja seguía allí, temblorosa y pegada al cristal, probablemente dudando de si el peligro había pasado o no. La acaricié con suavidad, para que se calmase, y luego la aparté para poder fregar la laguna artificial en miniatura que había creado. Omar se acercó también.

—Vaya, pensaba que el baño de hombres en un pub olía mal... —comentó, arrugando la nariz.

—Perdona, lo siento.

Corrí las puertas, ansiosa por que el desagradable olor se esfumase cuanto antes, y fregué el suelo con rapidez. Recordé entonces que había dejado a los perros sueltos en el jardín para que pudiesen corretear un poco y...

—¡No, Dina, no!

Pero ya era tarde. La gigantesca san bernardo apareció como una exhalación y se lanzó sobre mí. Había llegado la ocasión de comunicarme que tenía hambre. Caí sobre la parte de suelo fregada y sobre otra que todavía no

había tenido tiempo de limpiar. Dina se despanzurró sobre mí, adoptando la decisión de convertirme en su felpudo humano, y comenzó a repartir lengüetazos a diestro y siniestro por mi cara. Me protegí como pude, pero poco podía hacer contra una perra de esas proporciones que me había tumbado en un solo asalto. Fue Omar quien consiguió liberarme de sus inclementes juegos.

Al incorporarme pude ver cómo este acariciaba con ánimo a Dina, que no paraba de agitar la cola, pero se mantenía erguida e inmóvil, gozando de las carantoñas que le dedicaban. Aproveché para cogerla por el collar y arrastrarla de vuelta al jardín, donde Ronie y Cerbero mantenían una alocada disputa que, como de costumbre, terminaría ganando el primero.

Cerré la puerta y cogí aire un par de veces, tratando de serenarme. Al darme la vuelta sorprendí a Omar mirándome con diversión. Las mejillas se me inflamaron de impotencia e intenté evitar todo contacto visual con él.

—Bueno, entonces ya hemos hablado... —dije, volviendo a la cocina y buscando la manera de echarlo de allí.

Pero no tuve ocasión de esperar una respuesta. Algo diminuto pasó rozando mi pie a la velocidad de una estrella fugaz. Solo tuve tiempo de distinguir una especie de bolita marrón moteada de blanco antes de que esta desapareciese bajo el sofá. Omar reclamó mi atención.

—Marta, acabo de ver pasar algo parecido a un hámster hacia el vestíbulo —me advirtió.

—No es algo parecido... —empecé a lamentarme—. Es un hámster.

Corrí primero hacia el sofá bajo el que había visto colarse a uno y me puse a buscarlo a tientas. Le grité a Omar que por favor se encargase del otro, y allá se fue. Regresó casi al momento con la pequeña criatura entre sus manos; yo seguía tanteando el suelo sin éxito.

—¿Quieres que haga algo en concreto?

—Que lo protejas con tu vida —le rogué—. ¡Ya tengo al otro!

Cogí al escurridizo animal y me levanté triunfante. Luego recordé que en la jaula había otros dos más y me lancé escaleras arriba. Sentí a Omar siguiéndome, seguramente desconcertado.

Cuando llegué a la habitación de mi madre divisé en primer lugar a Belcebú recostado sobre la cama, mirándome con malicia. Luego reparé en la jaula, cuya puerta estaba abierta. Y, además, vacía.

—Joder —dijo Omar, al darse cuenta de lo ocurrido—. Sí que te quiere tu gato. ¿Había algún hámster más?

—Otros dos —acerté a decir, mientras devolvía los rescatados al interior de la jaula—. Dios mío, si los pierdo mi madre me mata...

—Igual se ha comido alguno el gato.

A juzgar por el gesto de Omar, mi mirada debió de ser una mezcla explosiva de desdén, violencia y alarma. Salí al galope y me puse a inspeccionar toda la planta superior, con el pobre hombre secundándome. El tercero de los roedores, para mi alivio, no tardó en aparecer en el rellano de las escaleras. Pero faltaba el último, y parecía no haber ni rastro.

El timbre sonó cuando habíamos regresado a la planta baja y explorábamos con inquietud (al menos yo) cada recoveco. Mi madre había dicho que estaría de vuelta al anochecer, y todavía no eran las dos de la tarde... Pero ¿y si había adelantado su vuelo de regreso? ¿Y si había habido alguna modificación en sus planes? Recé para que solo se tratase de un vecino que necesitase un poco de azúcar o de sal. Sin embargo, al abrir la puerta no me encontré a vecino alguno. Tampoco a mi madre. Era Moncho el que estaba allí.

—Buenos días, querida —me dio un beso y pasó al vestíbulo, dándose por invitado.

—Papá... ¿Qué haces aquí?

—Me parecía oportuno visitar «mi» casa, aprovechando que mi hija favorita estaba en ella y su egoísta madre no.

Lo dijo tan pancho, accediendo a la estancia principal, donde se topó con Omar. Soltó una pequeña exclamación y, al ver que Omar le tendía su mano a modo de presentación, se giró en seco para mirarme.

—¿Interrumpo algo? —me preguntó, mientras Omar sostenía su brazo en el aire.

—No, no... —respondí, acercándome—. Papá, este es Omar. Trabaja en la editorial para la que traduzco. Omar, este es Moncho, mi padre.

Intercambiaron saludos y percibí en el rostro de mi padre un creciente interés por la figura de Omar. Este se había limitado a meter las manos en los bolsillos y mirarme, sin saber muy bien qué hacer.

—Entonces, ¿eres solo compañero de trabajo o también sentimental?

—¡Papá!

—¿Qué? Ya nos hemos conocido, ha sido una coincidencia, pero ya que ha pasado creo que...

—¡Omar está aquí por un asunto del trabajo! —grité.

—Bueno, bueno... Pero los asuntos de trabajo no se tratan en domingo —

replicó, esbozando una sonrisa pícaro que me hizo enrojecer. Luego se acercó a mí—. Oye, ¿a qué hueles?

—A pis de conejo —solté, con brusquedad—. Preferiría que no preguntases. Es más, ya que estás aquí, necesito que me ayudes a encontrar a uno de los hámsteres. Se ha fugado.

—¡Oh, pues cómo se va a poner tu madre! —contestó con regocijo.

Mientras mi padre emprendía la búsqueda, aproveché para disculparme con Omar por el despropósito en que se había convertido nuestra improvisada reunión. Él le restó importancia y se ofreció a seguir buscando junto a nosotros al hámster extraviado. Con mucho esfuerzo, lo convencí de que ya había hecho suficiente, y de que lo mejor sería retomar la conversación en otro momento, durante la semana. Se mostró de acuerdo, aunque, antes de irse, me preguntó si podría contar con la traducción en un plazo reducido de tiempo.

—¿Cuánto? —pregunté, para hacerme a la idea.

—Mes y medio.

—Puedo hacerlo —contesté, después de meditarlo con rapidez—. Y... si pudieses averiguar si podría conocerle...

Omar sonrió y se despidió de mí y de mi padre, que esta vez estrechó su mano con mayor motivación y le dio un par de golpecitos en el hombro, alegando que había sido un verdadero placer conocerle.

Así me quedé a solas con Moncho, que parecía disfrutar teniendo un pretexto para recorrer cada parte del chalet. Husmeaba en los muebles de la cocina, en los cajones de los dormitorios, en los baños... Terminé reprochándole que estuviese más pendiente de comprobar qué novedades había desde que él se había marchado de casa que de encontrar al condenado roedor. Ya desesperada, temiendo la humillante bronca que mi madre me dedicaría por la irreparable pérdida, mi padre berreó victorioso y cogió por la cola al pequeño hámster, escondido tras el mueble de la televisión.

Como si se sintiese merecedor de una compensación, hurgó en la nevera y se abrió una lata de cerveza. Luego se acomodó en el sofá y me sometió a un tercer grado que giraba en torno a un único asunto: la verdadera relación de Omar conmigo. Tuve que explicarle diecisiete veces que se trataba únicamente de un editor, del editor de Will Cooper, y este dato pareció debilitar un poco las esperanzas que Moncho se había formado acerca de la posibilidad de que su hija tuviese una pareja real. Sabía de mi adoración por el escritor americano, así que intuyó que recibir a Omar en domingo solo se podía deber a mi necesidad de

hacerle la pelota para conseguir un autógrafo del «literato yanqui de marras». Preferí guardarme el comentario de que, tal vez, estaba a punto de conocerle en persona. Por eso de no gafar la historia antes de que tuviese lugar.

Conseguí echar a mi padre de allí en cuanto hubo acabado la lata, amenazándolo con que Marisa había quedado en volver sobre esas horas. Tras refunfuñar y observar que la casa estaba hecha un desastre sin su presencia en ella (mentira; estaba impoluta, y el poco desorden que pudiese haber era por obra y gracia de su desastrosa hija), se despidió de mí y me prometió que en otro hueco que tuviese me invitaría a cenar a su «apartamento de soltero», que yo me había resistido a conocer. Tuve que acceder, temerosa de que una negativa en casa de mi madre pudiese parecerle un desplante o algo peor.

A eso de las ocho sentí que un motor ronroneaba próximo al chalet. Me había duchado ya, cambiado, recogido mis cosas y puesto en orden lo que no lo estaba. Quería irme de una vez a mi piso y olvidarme del desastroso domingo que había sufrido. Me preparé para recibir a mi madre y a su misterioso amante. La puerta se abrió y apareció ella, radiante, junto con su... maleta.

No pareció entender mi gesto de disgusto, así que tuve que hacer explícito hincapié en que había quedado en presentarme a su novio cuando regresasen. Se hizo la tonta, alegando que él tenía prisa y no había tenido tiempo siquiera de acompañarla hasta la entrada de la casa. Para redondear la situación, me riñó por no haber lavado a la señorita Norris, que olía a pis. Así que me despedí con apuro de ella y volví a mi casa de nuevo en autobús, aliviada de que el fin de semana hubiese terminado y regocijándome al contemplar cómo Belcebú bufaba por ir encerrado en la caja transportable.

Avatares de una traductora currante

Tras el desastroso finde en el chalet pasé las dos semanas siguientes encerrada en mi cuarto. Había prometido a Omar que la traducción estaría lista en el plazo de mes y medio, lo que significaba que tenía muy poco tiempo para emplear en cerrar los ojos y mucho para conseguir mantenerme con ellos abiertos. Mi nevera estaba repleta de latas de Coca-Cola, Red Bull, Monster, Burn... Claro que luego me daba mala espina pensar en la posibilidad de engancharme a ese tipo de bebidas, y solo consumía una cada tres o cuatro días. A lo que no renunciaba era al café, esa era mi adicción reconocida. Y la que me sostenía cuando mis neuronas pedían clemencia después de varias horas consecutivas luchando por la interpretación perfecta de cada una de las frases de *A Flame that Ignites the Fire* (que yo había traducido como *La llama que se convirtió en fuego*, apostando por la atracción que suscitan los tiempos en pasado a la hora de vender libros).

A pesar de que me conocía la narrativa de Will al dedillo, mi afán por buscar párrafo a párrafo, frase a frase, palabra a palabra la traducción ideal, hacía que avanzase a un ritmo más lento, quizá no el más recomendable para alguien que se había comprometido a terminar su trabajo en tiempo casi récord. Esas dos semanas apenas vi la luz; advertí a quienes pudiese interesarle (básicamente, Puri, Lina y mis padres) de que tendría el móvil apagado para evitar distracciones y me negué a mantener luchas de poder con Belcebú. Como llenaba sin rechistar su cuenco y limpiaba sin demoras su arenero, me daba pocos problemas. Solo algún susto de vez en cuando, irrumpiendo de algún lugar recóndito para saltar hacia mis pantorrillas. Pero incluso lo agradecí en aquellos días, ya que era una de las pocas cosas que rompía la tediosa monotonía en que me sumergía.

No es que no disfrutase con el trabajo, en absoluto. Traducir a Will era casi afrodisíaco. Pero mi obstinación por resultar tan perfeccionista en este proyecto concreto tenía sus consecuencias. Acababa las jornadas embotada, agotada como si me hubiese leído del tirón el manual de instrucciones de una máquina del tiempo mientras llevaba a cabo una sesión de *crossfit*. Para cuando me metía en la cama, a medianoche, no tenía ni fuerzas para apagar la lamparilla de la mesilla de noche. Ya lo lamentaría cuando llegase la factura de la luz.

Como había decidido prescindir del teléfono durante esas semanas, los contactos puntuales que establecía con Omar se reducían al correo electrónico. Aunque habíamos dejado hablado lo esencial sobre la visita de Will, consultaba mi bandeja de entrada cada dos horas, con los dedos cruzados y rezando en sánscrito por que hubiese un nuevo mail suyo. Seguía sin noticias al respecto de si tendría oportunidad de conocer a Will Cooper en persona. En un correo anterior, Omar me había asegurado que en el próximo contacto con su agente le preguntaría por este asunto en particular, y las ansias amenazaban con acabar conmigo. Sin embargo, hacía un esfuerzo colosal por dominarme y no ceder a la histeria la concentración que le debía a mi trabajo.

En la tercera semana de encierro decidí que necesitaba un respiro. Más bien, lo decidió la poca cordura que quedaba en mí. Había dedicado a la novela los siete días de cada semana, y aunque había salido a dar algún que otro paseo fugaz para respirar aire fresco y confirmar que el mundo seguía existiendo más allá de mi apartamento, sentía que necesitaba escapar de aquella rutina. Aunque fuese de manera momentánea.

Así que un día de entre semana bajé a un pequeño restaurante del barrio a comer. Llevaba todo ese tiempo sobreviviendo a base de platos precocinados o menús sencillos con los que no perder mucho tiempo entre fogones. En cuanto asomé por la puerta del local, el olor a comida de verdad fue como un latigazo en mis papilas gustativas. Empecé a salivar como ni los perros de mi madre pudiesen haberlo hecho, y tomé asiento en una mesa cercana a la cristalera que daba a la calle, y por donde más luz natural se filtraba.

El camarero, un argentino de moño y barba con tanto atractivo físico como labia, me sugirió que probase las quesadillas de pollo y queso, marca estrella de la casa. Como yo lo que quería era ponerme a devorar ya y evitar que sus recomendaciones se convirtiesen en un soliloquio interminable, acepté sin apenas pensarlo. Veinte minutos más tarde, daba gracias al gaucho de cara bonita

por haber puesto ante mí un plato tan delicioso. Engullí sin remordimientos por no haber dejado una sola miga sobre el plato.

Con el postre, un tiramisú casero que me hizo poner los ojos en blanco como si se estuviese rodando una nueva temporada de *Juego de tronos* y yo fuese la socia de Bran Stark, decidí que pasaría allí la tarde trabajando. Me había llevado el portátil conmigo, con la intención de encontrar una cafetería donde estar tranquila y poder dedicarme a mis cosas, desvinculándome por un día de mi escritorio doméstico, por el que iba a terminar sintiendo aversión a ese ritmo. Pero el local, que en la sobremesa se convertía más bien en un café de ambiente relajado y por las noches en un punto de encuentro para tomarse unas copas, me había convencido. Así que pedí un capuchino, y con el estómago lleno y contento me puse manos a la obra.

Estuve allí por espacio de cuatro o cinco horas, el tiempo pasó volando. La verdad es que me encontraba cómoda; el ruido del exterior llegaba, pero acolchado, como una agradable y sutil ambientación. Se mezclaba a la perfección con la música que tenían puesta de fondo, una selección de pop español de reminiscencias nostálgicas. Que de repente sonasen La Oreja de Van Gogh, Ella Baila Sola, Café Quijano, Jarabe de Palo... en lugar de desconcentrarme me reactivaba y me animaba con la traducción.

Ya había anochecido cuando decidí que había pasado tiempo suficiente escribiendo, borrando, reescribiendo, tomando notas en aquel establecimiento. Alrededor de mi portátil se acumulaban tres tazas de café vacías y un bote de Nestea (no todo iba a ser cafeína). Me sentía un poco eléctrica, así que aprovecharía para darme un paseo y relajar un poco el cuerpo y la cabeza. Estuve un rato observando a la gente pasar a través de la cristalera. La ciudad bullía a esas horas, como de costumbre: a todo el mundo le gustaba pasear al anochecer en primavera. O quizá aquel era el momento en que muchos salían de trabajar y se dirigían a sus casas, quién sabe. El caso es que las calles se veían bonitas y llenas de vida; me gustaba dejarme embobar por esa panorámica.

En mitad de ese ensimismamiento bobalicón, sentí que alguien repiqueteaba con sus dedos en mi hombro. Sacudí la cabeza para abandonar el trance en el que me había dejado caer y me topé con un chico que me miraba, sonriente.

—Hola —saludó, con un tono que intentaba resultar amable—, ¿estás sola?

Estuve a punto de contestarle que ese era el título de una buena película que no tenía pinta de haber visto y que por tanto le recomendaba, pero como lo que

abarrota mi mesa eran tazas de café y no gin-tonics, no fui capaz de ir más allá de una escueta respuesta.

—Sí.

—En ese caso, ¿te importaría que me sentase aquí? Prometo molestarte menos de dos minutos.

Tenía intención de irme para poder disfrutar de ese paseo en solitario que creía haberme ganado, pero lo cierto es que había algo en el chico que resultaba agradable. No era en exceso atractivo, al menos de entrada, pero tenía una mirada clara y bastante inocente, que sin embargo contrastaba con la actitud confiada con que me había abordado. Respondí encogiéndome de hombros.

Él no desperdició la ambivalencia de ese gesto y se sentó a mi lado. Me tendió la mano y se presentó como Nacho. A pesar de que por mi mente pasaron fugazmente cientos de pseudónimos femeninos, terminé por utilizar mi verdadero nombre. Después de soltar un par de chascarrillos con los que ganarse mi confianza, me contó que estaba allí con unos amigos, a los que señaló al otro lado del local. Vi a un grupito de cuatro colegas que de vez en cuando nos dirigían miradas infantiles para luego juntar las cabezas y cuchichear entre sí. Me habría levantado en aquel mismo momento si no fuese porque la actitud de Nacho tenía muy poco que ver con la de sus amigos.

—Verás, sé que va a sonar estúpido, porque lo es —empezó a decir—. Pero me he fijado en ti al entrar y he cometido el grave error de comentárselo a mis amigos.

—¿Grave error?

—Gravísimo. Porque no han hecho otra cosa que intentar picarme con que no me atrevería a venir a hablarte.

—Ah, entiendo. El típico juego varonil de «a que no hay huevos a...», ¿no?

—En realidad, me he acercado a ti porque he querido. Lo habría hecho aunque hubiese entrado aquí solo —alegó—. Pero reconozco que me he apurado en hacerlo para no seguir aguantándolos.

Aunque podría utilizar una plantilla para detectar clichés y terminar marcando todas y cada una de sus frases, me pareció una persona simpática. Hablaba con naturalidad; ni demasiado seguro de sí mismo, ni demasiado indeciso. Tal y como me habría encantado a mí expresarme de estar en su lugar. O en el mío. Empezaba a considerar la opción de pedirme una copa en vista de que la conversación podía prolongarse, y así poder aportar algo más que monosílabos y frases apuradas. Pero no quería precipitarme.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —Se interesó, señalando el portátil y la libreta de apuntes que tenía a un lado.

—Esto... soy traductora. Y, bueno, estaba trabajando un poco.

—Traductora, vaya. ¿Y qué traduces?

—Novelas, principalmente. A veces me llegan otros encargos, como artículos o ensayos... Pero sobre todo novelas.

—Suenas interesante —afirmó Nacho, sin apartar la mirada de mí—. Oye, veo que ya has agotado las existencias de café en este local, ¿te apetece tomar otra cosa?

—Eh... Pues no lo sé, la verdad.

—Venga, yo invito. Invito a que te tomes algo, no a la cuenta —precisó, burlesco—. No quiero que pienses que soy uno de esos tíos que presume de cartera e intenta ganarse a las chicas pagándolo todo.

De nuevo los clichés al ataque. Pero tenía que reconocerlo, no estaba incómoda en su compañía. Así que terminé cediendo y pedí una caña; un gin-tonic quizá le hubiese hecho pensar que iba a salirse con la suya. Él pidió otra. Me atreví a preguntarle a qué se dedicaba él.

—Soy comercial de ventas. Pero no te diré en qué empresa trabajo.

—Vaya, entonces todo esto va de intentar venderme algún producto extraño.

—Lo único que intento venderte es un buen rato. —Y levantó su vaso para que brindase con él—. Y a un precio tirado.

Estuvimos un buen rato de charla. Había decidido relajarme y canjear el paseo por una conversación con Nacho, el enigmático comercial de ventas. Hablamos un poco sobre mi trabajo, sobre el suyo, sobre nuestro día a día... Sin profundizar, pero con ánimo. De vez en cuando, echaba una mirada de reojo y descubría a su grupito de amigos mirándonos con atención. No quería ser suspicaz, pero todavía me resistía a descartar cierta posibilidad que me impedía bajar la guardia. ¿Y si todo se trataba de una apuesta absurda con sus amigos y yo era el blanco de la gracia?

En una de esas ocasiones, Nacho siguió mi mirada y se volvió hacia sus amigos.

—No son mala gente —explicó—. Pero a veces se comportan como niños pequeños. Ven, acompáñame. Te los presento.

—Oh, no. Prefiero que...

—Será solo un momento —insistió, cogiéndome con delicadeza la mano,

pero logrando que levantase el culo del asiento.

Lo seguí sin tan siquiera ser capaz de replicar. Estaba a gusto charlando con él, sin pretensiones, así que la idea de interrumpir la cháchara para ser presentada ante el corro de chismosos no me hacía especial ilusión. Cuando llegamos ante ellos, todos, salvo uno, cambiaron de actitud y parecieron madurar unos cuantos años de golpe. Nacho me los presentó uno a uno y resultaron ser casi tan majos como él. Salvo Esteban, el de la mueca maliciosa permanente, cuyos comentarios se limitaban a intentar hacer reír al resto. Pero con Nacho delante, parecía preferir ahorrarse algunas pullitas que sí soltaría mientras estuviésemos a distancia.

Intercambié algunos comentarios con ellos, que se interesaron por mi trabajo (Nacho rellenaba las concisas explicaciones que yo aportaba). Me ofrecieron repetidas veces sentarme con ellos y seguir tomando algo, pero vi que era el momento adecuado para anunciar mi retirada, alegando que todavía me quedaban un par de horas de trabajo por delante.

Nacho me acompañó de vuelta a la mesa y me pidió mi número, tras proponer que nos encontrásemos otro día para tomar una caña o un café y seguir conociéndonos. Iba a empezar a recitarle mi número cuando reparé en que habían retirado de la mesa las tazas vacías. Y el bote de Nestea. Y mi portátil.

Traté de no alarmarme, pues tanto la funda del ordenador como mi bolso seguían en su sitio. Quizás el atento camarero argentino lo había apartado para evitar precisamente que desapareciese por arte de magia, o que sufriese algún percance con el trajín de gente que empezaba a haber en el local.

Me dirigí como una bala a la barra, y esperé impaciente a que terminase de despachar a dos clientes apoyados sobre el mostrador. Cuando me dedicó su zalamera sonrisa, respiré aliviada.

—Pensé que lo había perdido... —dije, al tiempo que soltaba una bocanada de aire.

—¿Cómo? —preguntó él, sin comprender.

—El portátil, digo. Es que me voy a ir ya.

El camarero frunció el ceño, como haciéndome ver que se esforzaba por entenderme, pero que no lo lograba, y mi pulso volvió a ponerse en modo Usain Bolt. Nacho se acercó y me preguntó si ocurría algo. Cuando le devolví la mirada, casi pude ver mi cara pálida reflejada en sus ojos. Muda, le señalé la mesa.

—Hostia, ¿y el portátil?

Se giró hacia el camarero, que ahora parecía haber captado la esencia del asunto y se mordía el labio. La única información que pudo aportar es que cuando retiró las tazas el portátil ya no estaba, y como me había visto levantada junto con el grupito de chicos del fondo pensó que me lo había llevado conmigo.

Sentí que me temblaban las piernas. En ese maldito aparato tenía guardado todo mi trabajo. Vale que tenía la mayor parte a resguardo en «la nube», pero había proyectos que no. Como, por ejemplo, todo lo que llevaba traducido de la novela de Will. Además, el juguete me había costado más de mil euros, y no andaba yo como para comprar ordenadores como quien masca chicles.

Antes de lograr reaccionar de algún modo, vi que Nacho se lanzaba a la calle. Traté de seguirlo, con torpeza, y observé cómo recorría la acera al galope. Primero hacia un lado, luego hacia el otro. Cuando regresó a la entrada meneando la cabeza, me lancé desesperada a preguntar a la gente que estaba en el interior del establecimiento. Pero nadie había visto nada.

—Mierda —me lamenté, con ganas de llorar—. Mierda, mierda, mierda.

—Escucha, no te preocupes —trató de tranquilizarme Nacho—. Si quieres, puedo acompañarte a la policía para que pongas la denuncia.

Le hice saber, entre tartamudeos, que no era necesario. Él estaba allí con sus amigos y no tenía por qué pringar con todo aquello, además de que apenas nos conocíamos. Insistió un par de veces, pero yo cada vez estaba más angustiada y solo pensaba en salir del local para correr hasta la comisaría más cercana. No tenía demasiadas esperanzas al respecto. Empezaba a dar por perdido el portátil. Y mi trabajo. Y mi vida, casi.

Cogí mis cosas, las que no habían robado, y salí al trote, despidiéndome de Nacho con un apurado «gracias por todo» que sonó como un «grania-no-no-no», tropezándome acto seguido con una pareja que entraba en ese momento y a la que pedí disculpas con la misma y ejemplar dicción.

Llegué a la comisaría del barrio despeinada, sudando y sin apenas aliento. Traté de recomponerme un poco antes de acercarme a uno de los agentes, para evitar que me tomasen por una chiflada o una piripi de horario temprano. En cuanto pude hablar, le conté lo que había pasado. El hombre, muy amable, me acompañó y llevó junto a otra compañera, que me invitó a sentarme y tomó declaración de todo. Sin lograr ocultar mi desesperación, pregunté un par de veces si creía en la posibilidad de poder recuperarlo. Solo necesitaba que me dijese que sí, aunque fuese mentira. Necesitaba sentir alivio, aunque no fuese real. Pero la mujer solo pudo encogerse de hombros y hablarme con honestidad:

harían lo posible, pero en ese tipo de robos no siempre lograban pillar al delincuente. O podían pasar semanas, incluso meses, antes de que apareciese. Eso en caso de que no lo vendiese y se esfumase cualquier oportunidad de descubrirlo.

Salí de la comisaría con paso derrotado. No tenía ánimo ni para caminar, así que me sumergí en la primera boca de metro que vi. Ni siquiera se correspondía con mi línea, tendría que hacer transbordo. Pero daba igual. Mi cabeza giraba alrededor de un único pensamiento: había perdido mi trabajo. No solo el que guardaba en el ordenador, sino cualquier encargo futuro. Porque ya no podría cumplir los plazos prometidos para terminar la traducción, porque había perdido material sensible que ahora podían subir ilegalmente a la red... Mi descuido suministraría un material rico para aquellas personas ávidas de descargar contenido gratuito, independientemente de la clase de contenido que este fuese.

Me metí en el metro, desolada. A mi alrededor la gente sonreía, conversaba. Era jueves, la noche empezaba a nacer. Ambiente vivaz, motivado. Y yo en medio de los grupos de jóvenes universitarios que se dirigían a los puntos estratégicos para pegarse una buena noche de juerga. Con cara de marmota atropellada. Qué sensación tan miserable. Dónde habían quedado la inocencia y la ingenuidad de mis años mozos. Eso pensaba en aquellos momentos, sintiéndome más como una cincuentona golpeada por la vida que como una (todavía) veinteañera a la que simplemente le habían birlado su portátil.

Al llegar a casa, traté de distraer mis pensamientos cambiando el arenero a Belcebú y suministrándole una buena dosis de comida. Ya que yo no tenía apetito, que al menos se saciase él. Me observó con recelo, como si mi generosidad pudiese ser una trampa. Lo dejé solo para que comiese tranquilo, y medité qué hacer a continuación. Necesitaba hablar con alguien, contar lo sucedido a una persona de confianza. Pero ¿a quién? Mis padres se limitarían a decirme que era una despistada, que a qué descocada se le ocurría dejar un ordenador sin supervisión en un bar... Y no, no era ese tipo de cosas las que necesitaba escuchar. ¿Tendría que llamar a Omar o a la directora editorial para informarles cuanto antes de lo sucedido? Quizá sí, pero me faltaban ánimos y fuerzas como para llevarlo a cabo. Menuda perdedora, menudo desastre.

Terminé llamando a mis dos amigas, desahogándome con ellas y adelantando cualquier comentario despectivo que mereciese mi situación. Pero ellas, comprensivas, resolvieron que lo mejor era quedar para un café la tarde siguiente y valorar lo ocurrido sin necesidad de ensañarse con mi torpeza.

La tarde en compañía tuvo cierto efecto balsámico. Había pasado una mala noche, despertándome cada dos por tres y consultando un reloj que poco había avanzado con respecto al sobresalto anterior. Así que, como no podía ser de otra manera, mi cara no era algo sobre lo que el espejo mágico de *Blancanieves* pudiese hablar bien.

—Madre mía, he peinado a octogenarias con más vitalidad inyectada en la cara —comentó Puri nada más verme.

—La vez que Benicio del Toro vino a cenar al restaurante tenía menos ojeras que tú. —Fue el veredicto de Lina—. Ay, lo siento. Ven aquí, anda. —Y me dio un cálido achuchón.

Nos sentamos en la terraza de una cafetería de mi barrio, bastante tranquila a esas horas. Como aquella no se trataba de otra más de nuestras típicas quedadas de fin de semana, todas convenimos en pedir café o té en lugar de ponernos a jugar con el nombre de los cócteles que hubiese en la carta.

—A ver, no es tanto drama como estás intentando hacerte creer —alegó Puri, después de que les hubiese explicado con detalle todo lo que había pasado—. Solo hay algo verdaderamente terrible en todo esto.

—¿Que me han robado mi portátil? —pregunté—. Gracias por advertirlo.

—No. Que te fuiste sin darle tu número a Nacho.

—Puri, por Dios. Esto es serio... No sé cómo decírselo a los de la editorial, qué vergüenza.

—Tú no tienes la culpa —dijo Lina—. Por desgracia, a todos nos han robado alguna vez en la vida.

—Sí, pero esta afecta de lleno a mi trabajo.

—No es algo que tú hayas buscado, Marta —insistió ella—. Simplemente, llamas y les explicas lo ocurrido. Si los plazos de entrega se tienen que retrasar, pues se retrasan. No hay otra. Y si hace falta te ayudo yo con la traducción para darle brío.

Quise comerme a Lina, siempre dispuesta a echar una mano. Pero no se trataba de reunir ayuda para traducir todo en un tiempo récord. Era yo quien debía encargarse de la traducción; yo conocía al dedillo el estilo de Will y mis propias interpretaciones de su obra. No, la cosa iba de afrontar la realidad. Había perdido el archivo original de la novela, todo lo que llevaba adelantado, y para colmo me había quedado sin ordenador con el que trabajar.

—Escucha, no lo des todo por perdido —me aconsejó Puri—. Todavía puede aparecer. Lo que ahora necesitas hacer es comunicárselo a los de la

editorial para que te vuelvan a pasar la novela y ponerte de nuevo manos a la obra, como si nada hubiese pasado.

—Pero es que sí ha pasado —remarqué—. Ha pasado que lo he perdido todo.

—No seas agonías, Martita.

Seguimos hablando un rato más sobre el asunto, hasta que me hicieron prometer que cuando regresase a casa contactaría con la editorial para contarles lo ocurrido. Sin sentimiento de culpa; yo era una víctima, no una bandolera ni nada por el estilo. Luego pasamos a hablar de nuestras cosas. Puri comentó con gusto que había empezado a coquetear vía wasap con el hijo de una de sus clientas. Estaba casado, tenía dos hijos... pero le encantaba la manera en que acompañaba a su madre a la peluquería, decía. Yo solo podía imaginarme al hombre vestido de caballero andante y llevando a su señora madre en brazos. Lina se limitaba a reír mientras se imaginaba a Puri tuneando la cabeza de la jubilada de manera atterradoramente moderna, buscando ganarse la atención del hijo.

Nos despedimos un par de horas más tarde, y les di las gracias por el apoyo recibido. Traté de cambiar el chip y llegar a casa convencida de lo que tenía que hacer. Lo mejor era llevarlo a cabo con determinación y punto. Recorrí las calles que me separaban de mi apartamento, y al doblar una esquina crucé un callejón de pequeños comercios. Entonces, frente al escaparate de una de las tiendas, vi a mi madre.

Iba a acercarme a saludar cuando detuve el paso. No estaba sola, una mujer más joven (dos o tres años más que yo, tal vez) le señalaba algún producto en concreto de la cristalera, y mi madre movía la cabeza, como indecisa. A la chica no la conocía de nada, y despertó mi curiosidad. Cuando decidí que me acercaría a ellas, volví a frenarme en seco. Habían pasado definitivamente de lo que hubiese expuesto en la tienda y se habían puesto en marcha, caminando en la misma dirección que yo llevaba. De ganchete.

¿Qué hacía mi madre con una chica desconocida, recorriendo del brazo una calle de comercios por mi zona? ¿Acaso había suplantado a su hija por otra? Hacía años que no me sugería ir de compras con ella, o que no se ofrecía a acompañarme a mí. Y ahora la descubría en compañía de otra, de paseo por el barrio, tan a gusto.

Sintiéndome como en una peli de espías con bajo presupuesto, las seguí a una distancia prudencial. Disimular no era uno de mis fuertes, así que rezaba por

que no diesen media vuelta y me descubriesen allí, siguiéndolas como una boba. Pude fijarme en que la acompañante parecía guapa, y maja, porque no paraba de hablar (aunque desde la distancia era imposible advertir sobre qué), y mi madre la miraba con alegría mientras se reía de sus comentarios.

Después de avanzar un par de minutos se detuvieron ante otro escaparate. Yo no sabía dónde meterme, así que traté de camuflarme entre un par de maniqués con vestidos floridos que había en el exterior de una tienda muy moderna. Me quedé quieta, entre una figura y otra, esperando que retomasen el paso. La dependienta del comercio salió y se me quedó mirando con una extraña sonrisa.

—Es que... me gusta sentirme como un maniquí, a veces. —Traté de disculparme—. Tienen una piel tan... tan ideal...

La mujer se quedó observándome un rato más, valorando quizás si tendría que llamar a los servicios psiquiátricos. Luego me preguntó si quería probarme algo, así que aproveché para agradecerle su atención y recordar en voz alta que tenía prisa.

Para mi alivio, mi madre y su acompañante ya no estaban en el mismo lugar. Tal vez hubiesen entrado en la tienda ante la que se habían detenido, o seguido su camino. El caso es que no las veía por ningún lado. Aproveché por lo tanto para dar por concluidos mis asuntos de espía y regresar a casa. De camino, no paré de dar vueltas a lo que había visto. Mi madre vivía para su trabajo. Los animales eran el único pilar de su vida desde que había expulsado de ella a mi padre. Los animales y su afán por viajar llenaban su rutina. ¿Cómo debía interpretar entonces lo que había presenciado? ¿Quién era aquella chica? ¿Cuántas veces salía de paseo con mi madre? ¿Por qué yo no sabía nada?

Cuando estuve de vuelta en el apartamento recordé algo que había estado aplazando, lo único que de verdad debía ocupar mi cabeza. Llamar a la editorial.

Sin pensármelo dos veces y concederme así la oportunidad de ponerme más nerviosa, llamé a la directora editorial. No respondió, aunque contaba con esa situación. Tenía a diario encuentros con autores, posibles fichajes, distribuidores... Así que quizá la hubiese cogido en mitad de una entrevista. O, también, podía estar atendiendo sus propios asuntos, ya que a esas horas probablemente toda la plantilla se hubiese retirado. Llamé entonces a Omar, pero el resultado fue el mismo.

Me sentí tentada de llamar de nuevo, hasta que atendiese mi llamada. Quería quitarme ese peso incómodo de encima. Y también conseguir que me

enviase la novela de nuevo para no perder más tiempo. Había decidido que la mañana siguiente visitaría alguna tienda de informática del barrio para comprar un portátil nuevo. Claro que tendría que ser más barato que el que me habían birlado. Maldita economía.

Traté de relajarme un poco. Preparé una ensalada ligera y cené temprano en el salón. En la tele ponían un nuevo programa que no podía evitar ver de vez en cuando. *Encuentros en la tercera copa* era el título, y tenía un gran éxito de audiencia. Consistía, llanamente, en organizar citas a ciegas entre personas con tres (o más) copas encima. Una velada ebria. Ni qué decir tiene que el desfile de personajes que se daba en cada emisión podía hacer las delicias de la persona más reacia a ver este tipo de contenidos. Yo siempre terminaba imaginándome en una de las veladas, puesta de Puerto de Indias hasta las trancas. Y enfrente tenía a Will. Un Will cautivador, aunque también piripi perdido. Yo chapurreaba un inglés etílico y él se reía de todas mis gracias (que en realidad no lo eran).

Eché en falta la compañía de Puri y Lina, con quienes comentaba a veces el susodicho programa. De estar las tres juntas, el escándalo que habríamos montado en el salón habría llevado a la policía hasta la puerta de mi casa. Pero como estaba sola, me limité a soltar alguna carcajada solitaria mientras uno de los individuos confesaba a su cita que le encantaba comer espaguetis crudos al llegar a casa de borrachera.

En esas estaba cuando sonó mi móvil. Como un resorte, salté del sofá y silencié el televisor. ¿Sería la directora editorial? ¿Sería Omar? En la pantalla del aparato, sin embargo, solo se podía leer «Desconocido». Dudé unos momentos, pensando en esas llamadas estafa sobre las que tanto se podía leer en Internet. Pero al final, cediendo a la imprudencia y a la curiosidad, descolgué.

—¿Es usted Marta Cruzado? —preguntó una voz de mujer diáfana.

—Eh... sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Estuvo aquí ayer, denunciando el hurto de un ordenador portátil —aclaró.

—Ah, sí, sí. Así es.

—Hemos localizado a la persona responsable, y tenemos el material que le había sido sustraído.

—¿En serio? ¿Seguro que es mi portátil?

—Completamente. De todas maneras, puede usted pasarse a comprobarlo. El hombre detenido ha confesado habérselo llevado de la misma cafetería que usted nos mencionó.

—Sois unos malditos genios —solté, dejándome llevar por la emoción que

empezaba a invadir todo mi cuerpo—. Quiero decir... Son ustedes unos malditos genios.

—Dé las gracias a la poca prudencia del sospechoso. El ordenador fue encontrado en su poder después de haber sido detenido por saltarse el tornillo del metro en presencia de tres vigilantes.

Reprimí los gritos de júbilo que me ardían en la garganta. ¡Iba a recuperar el portátil! Sentí que todo volvía a encajar de nuevo. O que todo encajaba por primera vez. Y solo había necesitado que me robasen el ordenador por espacio de un día. Qué maravilla.

Iba de camino a la comisaría a paso ligero (había emprendido la marcha dando pequeños saltitos, pero renuncié a ello rápidamente al trastabillar cada dos por tres), cuando el móvil volvió a sonar. Vi que esta vez la llamada era de Omar.

—Hey, Marta, he visto una llamada perdida tuya.

—Hola, Omar. Perdona que te haya molestado.

—Nada, me lo debías últimamente —dijo, afable.

—Era una tontería, ya está todo solucionado.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Tuve un problemilla con el ordenador, pero ya está. Todo en perfecto orden.

—Me alegro. Entonces, ¿marcha a buen ritmo esa traducción?

—Cumpliré los plazos prometidos —aseguré, guiñando un ojo. Me di cuenta al instante de lo estúpido de mi gesto.

—Eso quería escuchar. Por cierto, ya que hablamos, tengo que hacer sonar la nota disonante en este diálogo...

—¿Ocurre algo?

—Verás, ayer mismo hablé con la agente de Will Cooper. Como ya te dije, es muy celoso de su intimidad y no resulta accesible cuando está de promoción.

«No, no», pensé, notando cómo la euforia que me envolvía empezaba a diluirse a mi alrededor. «No sigas por ahí, por favor».

—¿Y...?

—Y que me temo que no será posible presentártelo. Tita, por ser la directora, y yo seremos su contacto aquí. Figúrate que la agente me preguntó si era posible que me encargase yo exclusivamente de todo (incluso de las gestiones con el club de lectura), por ser la única persona que él conocía y con la

que había estado en contacto... Pero Tita no iba a pasar por ahí. Ni yo por lo de cargar con trabajo de otros.

La confirmación cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Ayudó a crear ese efecto que una señora regase sus plantas justo cuando pasaba bajo su balcón. Contuve las ganas de gritarle y pagar mi súbita frustración con ella y sus hortensias. Proseguí con toda la entereza posible mi camino hacia la comisaría. Después de todo, tampoco era para tanto, ¿no? Me quedaría simplemente sin conocer al autor por el que suspiraba de una manera irracionalmente platónica. Puede que incluso fuese mejor así; podía resultar que el verdadero Will Cooper, el de carne y hueso y no el de mis ensoñaciones, no fuese más que un hombre soso, con más arrugas y ojeras de las que el Photoshop permitía ver en las fotos de contraportada de sus libros. Con un carácter pedante, o simplón, incapaz de sostener una conversación fluida. Aunque eso sonaba más a mí.

Me despedí de Omar tratando de restarle importancia a la noticia. Quiso animarme, asegurándome que tampoco me perdía gran cosa, como si hubiese leído mis pensamientos y tratase de hacerlos más consistentes. Agradecí sus palabras de ánimo y nos despedimos. Un rato más tarde me reencontraba con mi preciado portátil, y aunque la sensación de alivio volvió a arrojarme, no pude deshacerme de una pequeña mota de desilusión que se me había adherido al cuerpo.

Planes con la consistencia de flanes

—La solución pasa por acostarse con Omar.

—Puri, de verdad, siento pánico por los consejos que puedas dar en la peluquería.

Estábamos las tres reunidas en una céntrica plaza de la ciudad, disfrutando de nuestro primer tinto de verano del año. Había pasado una semana desde que había recuperado el portátil robado y desde que Omar había hecho trizas mi sueño de conocer en persona a Will Cooper.

—No voy a apoyar las propuestas de esta lunática —dijo Lina, señalando a Puri—, pero sí creo que deberías de intentar... cómo decirlo... seducirlo un poco.

—¿A quién? ¿A Omar?

—Pues a Will lo tienes un poquito jodido ahora mismo —apostilló Puri.

Yo había asimilado mi derrota y simplemente me resignaba a tratar de olvidarlo. Pero mis amigas no estaban por la labor. Como si se tratase de una condena a muerte, se oponían a que aceptase la negativa que había recibido. Según ellas, yo tenía que conocer a mi admirado Will sí o sí. Por las buenas o por las malas. Y eso significaba tener que escuchar toda clase de sugerencias por su parte.

—No tengo que seducir a nadie. Solo dejarme de tonterías.

—Pero vamos a ver, insensata —volvió Puri al ataque—, que no deja de ser un ser humano, como tú. Qué más dará que alguien le diga: «Eh, mira, esta es la tía que te traduce las novelas. Dale dos besos, anda, desagradecido. Y ahora llévala a cenar a un buen parador».

—Sí, claro. No sé por qué no te pones a escribir novelas tú también, el mundo necesita nutrirse de tu creatividad.

—No la incites, que total no nos daría trabajo como traductoras —se quejó Lina.

—El caso es que esta va a ser la única oportunidad que tengas de conocer a tu ídolo, Marta. Te arrepentirás si la dejas pasar.

—A ver, que tampoco es para tanto —manifesté, tratando de restarle importancia—. Me gustan sus novelas y ya.

—Y ya —repitieron al unísono mis amigas. Que durante un microsegundo dejaron de serlo.

—No me gusta ese tonito. Ni que repitáis cosas a la vez. Parecéis dos gemelas de película de terror.

—Lo terrorífico es verte diciendo esas chorradas que no te crees ni tú misma —replicó Puri.

—Me he pasado la noche en vela leyendo sin poder parar... He reído, he llorado, he estornudado porque estaba destapada debido al calor corporal que provocaba en mí cada escena, cada frase, cada... —dijo Lina con retintín.

—¡Oye, ya vale! —la interrumpí—. Además, haces una pésima imitación de mí. Yo no hablo así.

—Cuando se trata de Will, sí. —Volvieron a atacar al unísono.

Miré a aquellas dos retorcidas cómplices que tanto disfrutaban en aquel momento. Vale, no podía negar que cuando leía una nueva novela de Will podía ponerme un poco... intensita. Me gustaban mucho sus historias; me encantaban, lo reconozco. Pero eso tampoco significaba que yo fuese una seguidora loca, no justificaba ninguna obsesiva necesidad de conocerle. Lo admiraba como escritor, punto.

—Escucha, te conocemos lo suficiente como para saber que si él viene aquí y tú no tienes tu momento con él pasarás meses lamentándote —afirmó Lina—. Así que no podemos darnos por vencidas. Estamos juntas en esto.

—Sí, claro, las tres mosqueteras.

—Las tres *masqueperras*, si es necesario —corrigió Puri.

—Bueno, pero os adelanto que no pienso compartir a Will con ninguna de las dos.

—Con que nos lleve a dar una vuelta en su helicóptero es suficiente —comentó Lina.

—Oye, que no es multimillonario.

—Ya, ya. Eso pretenden hacer creer todos los superventas.

El debate pasó a centrarse en las múltiples posibilidades realistas (para

ellas, a mí no terminaba de convencerme ninguna) existentes para lograr un encuentro con Will. Por supuesto, estaba la opción de acudir a la presentación oficial que iba a realizar, y hacer cola para que me firmase el libro. Eso era lo único que yo realmente meditaba hacer. Pero me conocía, y sabía que ni asaltando ocho bodegas me atrevería a presentarme ante él como su traductora española. Además, sería una situación un tanto esperpéntica: ¿por qué su traductora tenía que hacer cola tras noventa mujeres extasiadas y conseguir una firma estereotipada como la de las demás?

—Lo primero que tienes que hacer es sacarle a Omar toda la información posible: qué planes hay en su agenda durante su visita, en qué hotel se va a alojar, a qué hora desayuna, en qué habitación duerme, si tiene alarma o detector de movimientos...

—Déjalo, Puri —interrumpió Lina—. Queremos que conozca a Will, no que la encierren por perturbada mental.

—Gracias por la comprensión —correspondí.

—Lo que tienes que hacer —continuó Lina—, es conseguir que Omar entienda que se trata de algo importante para ti. Pero sin que te tache de obsesiva.

—De loca del coño, para que nos entendamos —remarcó Puri.

—¿Y no os parece que lo mejor sería agradecerle a Omar sus esfuerzos por haber intentado hacerme ese favor y seguir con mi vida?

—Cariño, eso sería estupendo si tu vida fuese algo digno con lo que seguir.

—Puri, en serio, te voy a teñir el pelo del color del tinto de verano.

—Chsttt, quieta, aquí la peluquera soy yo.

—Sí, y por eso mismo no puedes darle esa clase de ideas, Marta —me reprendió Lina, y nos echamos a reír.

La tarde avanzó entre tramas disparatadas, maquinaciones absurdas y variados despropósitos. Ninguna de las dos logró convencerme de llevar a cabo nada que supusiese hacer saber a Will de mi existencia. Pero al menos mejoraron mi estado de ánimo. Luego, cuando dimos por agotado el tema, pasamos a analizar con detalle la relación que Puri parecía mantener con el hijo de la clienta. Habían quedado un par de días antes en una cafetería, a la salida de Puri del trabajo, y mantenido su primer encuentro (formal). Por lo que Puri contaba, con una ilusión equivalente a la de un niño pequeño que ve por primera vez a los *teletubbies* en la tele, era un hombre encantador. Atento, ingenioso, varonil. «Un verdadero padre de familia», decía con orgullo, como si esa defensa no

desentonase un poquito con el hecho de que estuviese coqueteando con una chica más joven de manera extramatrimonial. Yo solo podía pensar que lo más parecido que ese hombre podía ser a un padre de familia tenía mucho que ver con el de la disparatada serie de dibujos animados que llevaba por título ese mismo nombre. Pero escuchamos con diversión todas sus bobadas de adolescente enamorada. Noté, sin embargo, que en las frases más sentimentales (es decir, aquellas dramatizadas a lo bestia por una Puri reconvertida en Reina del Drama), Lina esbozaba un gesto melancólico, como si aquellas palabras la estuviesen transportando a otro terreno. No mencioné nada al respecto, por no interrumpir los arrebatos pasionales de nuestra amiga, y terminé por restarle importancia a mis impresiones.

Como me había prometido no salir de fiesta mientras no terminase la traducción, esa noche al volver a casa aproveché para llamar a mi madre. Había olvidado el encuentro fortuito en mi barrio, en compañía de aquella otra misteriosa mujer, pero al llamarla volvió a acudir a mi mente la escena.

—¡Anda, cariño! No esperaba tu llamada. ¿Ocurre algo?

—¿Y por qué ibas a esperar mi llamada? No sabía que tuviese que ocurrir algo para poder llamarte.

—No, cielo, pero tampoco es que llames a tu madre todos los días. Cuéntame, ¿qué pasa?

—Que no pasa nada en particular, mamá. Solo llamaba para saber qué tal estás.

—Pues mira, me pillas ahora un poco liada —dijo, con cierto apuro.

—Ah, ¿y eso?

—Nada, estoy preparando aquí unas cosas... Y voy un poquito apretada de tiempo.

—Vaya. ¿Qué cosas... tan enigmáticas estás preparando?

—Bah, una cena. Me apetecía cenar algo preparado con buena mano, que últimamente no me doy el capricho de cocinar para mí misma.

El aliento con el que mi madre despachaba mis preguntas hacía pensar que acababa de cruzar la línea de meta de una maratón. Daba la impresión de que, más que apurada por terminar lo que quiera que estuviese haciendo, tenía prisa por poner fin a la conversación que mantenía conmigo. Iba a preguntarle si se encontraba bien cuando me pareció distinguir de fondo, al otro lado de la línea, una voz de mujer preguntando algo.

—Oye, ¿estás sola?

—¿Qué? Ah, por los ruidos dices. Tengo la televisión puesta.

—Ajá. Y el televisor te hace preguntas de vez en cuando, claro —comenté con escepticismo; mi madre me estaba mintiendo.

—Escucha, cielo, si no te importa hablamos en otro momento, ¿vale? No quiero que se me quemen los pimientos.

—Pero mamá, si...

—Te llamo mañana al mediodía —me interrumpió con rapidez—. Y así me cuentas cómo vas con la traducción y eso. Un besito grande, cariño.

Y antes de que pudiese despedirme de ella, o de preguntarle qué estaba sucediendo de verdad, o de reprocharle que estuviese directamente pasando de mí, colgó. Me quedé como una tonta con el móvil pegado a la oreja, reacia a creer que mi madre estaba cocinando para alguien y que ese hecho no era compatible con una conversación telefónica con su propia hija.

La llamada me dejó un tanto confusa. Y, he de reconocerlo, mosqueada. No había lugar a dudas: había escuchado una voz de mujer por detrás de la de mi madre. Y no, no era cosa de la televisión. Estaba cocinando no solo para ella, sino para alguien más. ¿Se trataba de la chica que la acompañaba en aquel paseo? Pero ¿quién era?

Por más que trataba de restarle importancia al asunto me sentía más inquieta que un *paparazzi* sin cámara que se ha encontrado de golpe con las Kardashian montadas en un tiovivo. Necesitaba saber más, por mucho que mi madre tuviese todo el derecho del mundo a llevar una parte de su vida en privado. Pero mi inquietud no era tanto por la necesidad de saber qué hacía o qué dejaba de hacer, sino por otro sentimiento distinto... La duda de que hubiese encontrado a una persona en la que volcar su amor de madre era la que me corroía por dentro. Un pensamiento un tanto absurdo, sí, pero estaba pasando por una etapa agitada. Yo, no ella. La presión que sentía por lograr la mejor de las traducciones y entregarla en un tiempo de plusmarca, la impotencia de saber que Will Cooper vendría a mi ciudad y no tendría derecho a conocerle... Y la escasez de ginebra, tequila o vino corroteando por mis venas que estaba haciendo estragos. ¿Estaba paranoica por creer que mi madre me había suplantado?

Pasé los siguientes días absorbida (ya no era novedad) por el trabajo. Estudiaba al milímetro cada párrafo, la intención de cada frase, y buscaba en castellano la sonoridad perfecta, la cadencia exacta. Y, por supuesto, la interpretación adecuada. En esas jornadas de café a granel y letras por un tubo,

solo abandonaba el apartamento para dar breves paseos que me ventilasen el sistema neuronal. Salía con la única compañía de las llaves, ya que desde el incidente del portátil prefería no arriesgar.

Fue en uno de esos paseos, tras haber terminado con una parte especialmente emotiva de la novela, que mi cabeza se fue de excursión por las nubes y comencé a pensar en cómo sería un encuentro con Will. Me lo imaginé aterrizando en su jet privado (jet que no tenía; era el autor de *La llama que se convirtió en fuego*, no de *Cincuenta sombras de Grey*), mientras yo lo aguardaba impaciente en la terminal. Entonces él aparecía allí, vestido con un traje de cachemir, con su cabello dorado levemente revuelto y su mirada de hombre que ha recorrido medio planeta clavada en mí. Yo tiraba mi bolso (que iba a parar a la cara de un hombre que también estaría esperando a alguien) y empezaba a correr, con todas mis fuerzas, en dirección a sus brazos. Los tacones me hacían trastabillar cada dos zancadas, pero mi fe era inquebrantable; me lanzaría y él me apretaría contra su pecho, su duro pecho americano. Y cuando estaba a punto de hacerlo, de arrojarme hacia ese apasionado abrazo, un vigilante de seguridad me placaba y yo aterrizaba en el suelo de la terminal con mucha menos mesura que el jet privado momentos antes. Un tacón salía volando y mi esmerado peinado, que Puri había moldeado tras horas de cuidadoso trabajo, se convertía en uno más propio de Lady Gaga en plena gira musical. Así eran mis ensoñaciones: ni siquiera en ellas había lugar para un final feliz.

Como la parte en que me sacaban esposada y a rastras del aeropuerto (ante el semblante estupefacto de Will) me interesaba menos, regresé al mundo real. Sentí la decepción con una alta dosis de realidad, y me senté en uno de los columpios desiertos de una pequeña plaza. Pensé en lo injusto que era no poder gozar de mi minuto de gloria, de experimentar la dicha efímera de plantarle dos besos a Will Cooper, de hacer gala de mi dominio del inglés para expresarle lo mucho que me entusiasmaban sus obras, lo mucho que gozaba traduciendo cada una de sus historias. Y, poco a poco, esa sensación de injusticia fue creciendo, a la par que mi balanceo en el columpio.

Tenía que conocer a Will, sí o sí. Tenía que ser presentada ante él como lo que era: su traductora en España, la persona que hacía posible que sus libros fuesen leídos por los miles de admiradoras que aquí tenía. Claro que sí. Marta Cruzado era merecedora de un diálogo con él, se había ganado recibir una de sus sonrisas. Incluso un reconocimiento a su labor.

Recordé cada una de las estrategias que habían citado Puri y Lina la otra

tarde, descartando las más descabelladas y repensando las más razonables. Tenía que haber algún modo de salirme con la mía por una vez... Pero ¿cuál? ¿Cómo podía lograr que Marta Cruzado se pusiese en la piel de una triunfadora sin dar el cante? Y entonces, como un chispazo, vi claro el plan. Lo vi mucho más claro y diáfano que la caída del columpio que tuvo lugar un segundo después de mi revelación. Aterricé sobre la arenilla de la plaza de espaldas, con el culo en pompa. El golpe me dolió mucho menos que pensar en la posibilidad de que alguien me hubiese grabado, o de que al levantarme pudiese encontrarme con mil caras mirándome burlonamente. Pero a esas horas apenas había nadie por la plaza. Mi torpeza había pasado desapercibida y, por sacarle algún partido a una caída así de aparatosa y triste, lo interpreté como una señal. La señal de que tenía que intentar salirme con la mía.

Le envié un correo a Omar al día siguiente. Sopesé la idea de llamarlo por teléfono, pero me parecía demasiado atrevido. Debía limitar las llamadas a lo estrictamente laboral. Así que, después de dar alguna que otra vuelta a mi silla en el dormitorio, me convencí a mí misma de que aquello era lo mejor que podía hacer. Fue un mensaje escueto, en un tono desenfadado, pero no en exceso; no quería echar a perder mi imagen formal ni desconcertar al hombre del que dependía en buena parte mi trabajo. Le agradecí en un par de líneas que se hubiese tomado la molestia de hablar con la agente de Will e interceder por mí, restándole importancia al hecho de que no hubiese conseguido lo que yo tanto deseaba (a esto también traté de restarle importancia). Y a continuación le invitaba, a modo de agradecimiento, a cenar en algún restaurante, en caso de que tuviese hueco en su agenda y la propuesta no le pareciese inoportuna.

No obtuve una respuesta inmediata. Es más, pasó el resto del día y terminé hasta olvidándome del mail enviado. Pero la mañana siguiente, cuando llevaba ya un par de horas enfrascada en la traducción, los coros apoteósicos de «Bad Romance» rompieron la cúpula de mi abstracción.

—Buenos días, Marta. ¿Te pillo en buen momento?

—Omar, qué tal. Sí, sí, ya sabes... estaba con lo de Will.

—Estupendo. Oye, acabo de leer tu mail.

—Ah, eso...

—Perdona la tardanza, pero estamos a tope de trabajo estos días. Bueno, digo estos días como si fuese algo puntual... En fin, que no tenías por qué agradecerme nada —aseguró, amable—. Siento no haber podido conseguir convencerlos.

—No, si bastante hiciste ya. Por eso quería darte las gracias igualmente.

—No te preocupes, ya están dadas —replicó—. Pero una cena me parece demasiada gratificación teniendo en cuenta que he fracasado.

—Bueno, pero las molestias que te has tomado... Hablar con la agente, te he metido en un lío que...

—No ha sido para tanto, Marta. Pero, mira, si insistes en pagar un sencillo menú, voy a tener que terminar cediendo.

Cerré los ojos y levanté el puño, en un gesto silencioso de victoria. Iba a lograr llevarlo a mi terreno, donde lo convencería de lo importante que sería para mí conocer a mi amor platónico. Bueno, no podía vendérselo así; pero esa parte ya llegaría más tarde. Por ahora, había conseguido que Omar aceptase la propuesta.

—Entonces, ¿te viene bien algún día de esta semana? O de la próxima, incluso el mes que viene, no es necesario que...

—Tranquila, tranquila. Esta semana me puede venir bien, sí. Estas cosas hay que hacerlas cuanto antes —comentó, divertido—, que luego se quedan en el limbo y los que las proponen se hacen los olvidadizos.

Acordamos encontrarnos tres días más tarde, ya que él tenía esa noche libre y yo, a fin de cuentas, podía adaptarme a cualquier horario. Por desgracia, tuvo curiosidad suficiente como para preguntar dónde tenía pensado llevarlo. Yo ni siquiera había contemplado un plan concreto, creyendo que en realidad Omar rechazaría amablemente mi invitación mediante cualquier sencillo pretexto. Así que balbuceé un par de palabras y luego acerté a decir que eso era información confidencial. Aunque pareció reaccionar con cierto recelo, aceptó la respuesta y le indiqué que el día de la cena lo llamaría con antelación para decirle dónde podríamos encontrarnos.

Lo primero que hice tras colgar fue escribir a mis amigas para notificarles lo que acababa de hacer. Daba por sentado que les costaría creer que yo hubiese tomado tal iniciativa. Y así fue, porque en los minutos siguientes recibí una llamada de cada una. La primera fue Puri, que mientras sujetaba el móvil y me exigía a gritos que le contase todo sin olvidar un solo detalle, cortaba con la otra mano las puntas de una señora por la que sentí inmediata compasión. Después de leerle el mail enviado con sus puntos y comas, Puri celebró mi inesperada audacia.

—Acabas de dar un pasito más hacia tu querido gringo —afirmó con orgullo.

Lina no se mostró tan impetuosa como Puri, pero me felicitó por la decisión tomada. Ella consideraba que tenía que echarle ovarios a la vida (sic), y que no me merecía menos que disfrutar de un logro como aquel. Añadió que ahora debía mantener el tipo y mostrarle a Omar que quien en realidad saldría ganando con todo aquello sería él mismo, ya que no podría sentirse más orgulloso de poder presentarle a su autor a una traductora impecable y maravillosa. Sabía que aquellas eran palabras de ánimo propias de una amiga, pero no pude evitar venirme arriba. Cosas que pasan cuando la jalean a una los seres queridos. Y por eso le pregunté de pronto:

—Oye, ¿tú no podrías conseguirme una reserva en tu restaurante a un módico precio?

—¿Quieres llevarte al editor a mi restaurante?

—Bueno, quizás sea un poco ostentoso, tienes razón... —me apresuré a decir, desinflando la vanidad del momento.

—No es eso. Tendría que mirar el libro de reservas, a ver si hay algún hueco. Pero me refería a que... no sé, es una opción que siempre os ofrezco para una gran ocasión.

—Sí, y Puri ya la ha aprovechado dos veces —recordé, estrangulando mi estado de ánimo—. Yo no suelo tener grandes ocasiones. Supongo que esto sería lo más parecido a...

—No te me pongas mustia —cortó Lina—. Es una gran ocasión, es verdad. Te juegas conocer a Bill Cooper, ni más ni menos.

—Se llama Will.

—Lo que sea. Déjame que compruebe cómo está el restaurante para esa noche y te aviso en cuanto sepa.

—Te comeré a besos, tanto si hay hueco como si no.

—No te adelantes —advirtió, con voz traviesa—. Si hay mesa, voy a estar supervisando tu velada. Y puedo jugar a ponerte en aprietos si veo que la noche está aburrida.

—No te preocupes, sé cómo se pide la hoja de reclamaciones.

—Tú sí que sabes tratar a alguien que está a punto de hacerte un favor.

Me quedé envuelta en una extraña sensación de complacencia. Por una parte, sentía temor ante la idea de afrontar una cita que yo misma había ideado. Pero, al mismo tiempo, disfrutaba siendo consciente de haber tenido el valor suficiente para llevar a cabo lo que me había propuesto. Sin embargo, las cosas no podían salir como yo imploraba que sucediesen. En qué estaría pensando, por

favor: era mi vida. Las cosas no acostumbraban a salir bien en ella. Así que horas más tarde recibí un wasap de Lina: *Querida mía, no hay reservas disponibles en lo que queda de semana... ¿Qué hacemos?* Sin dejar que el sentimiento de fracaso me eclipsase por completo, le contesté con la única solución que veía posible. No *teníamos* nada que hacer, le dije; yo, y solo yo, era quien debía jugar ese partido. Y mi estrategia sería sólida, felina, letal. Sería... sería improvisar.

Y comieron perdices... sin ser felices

Me presenté a la cena con Omar con uno de mis atuendos habituales. Es decir, el primer pantalón y la primera camiseta que aparecieron al abrir las puertas del armario. Después de todo, no iba a ser necesario trabajarme la indumentaria. El caos y la ansiedad habían podido conmigo y, después de comerme la cabeza pensando cuál podía ser el lugar ideal al que llevar a Omar, decidí rendirme. Por una parte, si lo invitaba a un lugar de postín podía hacerse una idea equivocada. Que en el restaurante de Lina no hubiese reservas disponibles lo interpreté como una señal definitiva. Pero, por otro lado, tampoco quería llevarlo a un lugar que resultase decepcionante. ¿Y cómo podía saber una si un sitio era demasiado ostentoso o demasiado decadente cuando no tenía la más remota idea de cómo era la persona que la iba a acompañar?

Así que terminé decantándome por un discreto bar al que había ido un par de años atrás. No había vuelto allí, cierto era, pero guardaba buen recuerdo de él. Había entrado en compañía de Puri y de Lina, y habíamos abandonado el local a gatas. O haciendo la croqueta. Era difícil acordarse. Lo cierto es que podía convertirse en el lugar perfecto para una velada que no tenía muy claro en qué iba a consistir. No quería llevar a Omar a cualquiera de mis rincones preferidos, o de mis espacios habituales, y encontrarme en alguno de ellos con algún conocido que interpretase la realidad de manera equivocada.

Cité a mi acompañante en la boca de metro más cercana al bar. Llegué un par de minutos antes de lo convenido, algo poco habitual. Quizás fuese producto de los nervios que intentaba mantener a raya sin completo éxito. Nervios que se aflojaron todavía más en cuanto vi surgir la figura de Omar por la boca de metro. Vestido él con traje, camisa y corbata. Aunque no tenía manera de contemplar mi propia cara, sabía que mi gesto no era el más apropiado para recibir a alguien

con calidez. Salvo que hablásemos del mismo tipo de calidez que uno siente cuando le echan una olla de caldo hirviendo por la nuca.

Traté de corregir mi expresión de incompreensión y horror y la traduje en una sonrisa excéntrica, de loca de manicomio. En cuanto Omar me localizó, fui testigo de su reacción al verme ataviada como si fuese a dar de comer a las palomas al parque, o como si hubiese bajado un momento al súper a por algo que había olvidado comprar. Por supuesto, él fue más práctico que yo y con una soltura pasmosa convirtió su gesto de confusión en otro de distensión y cortesía.

—Vaya —saludó, dándome dos besos—. Parece que no vamos a la misma cita.

—Es que... Lo, lo siento. Yo creía que...

—No, no. Ha sido culpa mía. Interpreté esto como otro tipo de convocatoria. —Y se rio—. Espero que no tengas problema en dejarte acompañar por un tío que parece dispuesto a celebrar el año nuevo con mucha antelación.

Sonreí, un poco más aliviada. Por lo que parecía, Omar no se había tomado a mal que hubiese acudido a la cita de esa guisa. De esa guisa yo, o de esa guisa él. Pero todavía no podía respirar tranquila.

Nos encaminamos al bar, que se encontraba a tan solo dos calles. Nada más distinguir su entrada y el colgante cartel apenas legible por la capa de polvo y grasa que tenía encima, me arrepentí de mi elección. Quise rectificar, cambiar el plan y llevarlo a otro sitio, pero la buena suerte intercedía una vez más por mí: no había ningún otro maldito establecimiento en esa calle.

—¿Es aquí? —preguntó Omar, echando un vistazo al interior de la taberna.

Intenté detectar algún tipo de reticencia en su tono, pero fue bastante neutral. Demasiado. Tendría que haberlo cogido del brazo y conducido a otro sitio más decente, aunque para ello tuviésemos que andar trescientos kilómetros. Pero no lo hice. En lugar de eso, me limité a encogerme de hombros y disculparme con una sonrisa nerviosa. Obtuve como respuesta una mirada suspicaz, pero Omar se acercó a la puerta y la abrió. Después de un chirrido que indicaba la veintena de años que esa puerta llevaba sin engrasar, me invitó a pasar al interior.

El olor a fritanga me golpeó el olfato con la misma potencia que una abuela sacudiendo una alfombra a hostiazo limpio contra la pared del patio de luces. Avancé con tiento, medio aturdida, siguiendo los pasos de Omar. El encuentro no podía empezar mejor: el editor con que trabajaba vestido de gala mientras

avanzaba por un antro de mala muerte al que yo misma lo había arrastrado. Bien, Marta, bien.

El local era pequeño, con cuatro o cinco mesas de poca altura y menor higiene esparcidas por un único espacio central. Por «suerte» para nosotros, había sitio disponible. Solo una de las mesas estaba ocupada por un par de jubilados de nariz grande y enrojecida que recordaba a pimientos de piquillo en sospechoso estado de conservación.

—Lo reconozco: me sorprenden los lugares que te gusta frecuentar — confesó Omar, tomando asiento en uno de los desgastados taburetes, hechos a medida para los siete colegas de Blancanieves.

—No... si hacía años que no venía aquí... —me excusé al instante. Y al instante me arrepentí—. Quiero decir, guardaba buen recuerdo de este... sitio. Ha, ha cambiado un poco.

—¿A mejor o a peor?

Iba a tratar de responderle, con mi cara a un paso de llegar a su punto de ebullición, pero Omar se echó a reír. Una risa desenfadada, que no supe muy bien cómo interpretar. ¿De verdad se tomaba a bien que lo hubiese metido en un lugar infecto como aquel? ¿O su risa era mero producto de la exasperación y la impotencia? Decidí creer que se debía a lo primero. Pero eso no alivió el enfado que sentía conmigo misma. Cómo se me había podido ocurrir traer a nadie a un sitio cuyo único recuerdo era el de salir a rastras de él con mis dos alocadas y beodas amigas...

La aproximación del barman me sacó de mi ensimismamiento. Era un hombre cincuentón, con una barriga que convertía la camisa que vestía, adornada con unos veinte o treinta lamparones, en un muro de contención. Decidí alzar un poco más la vista, ya que la altura a la que me dejaba el taburete me situaba en un duelo cara a cara con la panza que no me interesaba sostener. Me encontré con una cara esférica y engalanada con un bigote espeso y lleno de minúsculas migas de pan. Al parecer, el hombre ya había cenado.

—¿Qué les pongo? —Fue su recibimiento.

Omar me dirigió una mirada que tanto podía significar que yo estaba al mando como que aún estábamos a tiempo de largarnos a la carrera de allí y empezar la cita desde cero. Tragué saliva e intenté mostrarme agradable.

—A mí... tráigame un Puerto de Indias, por favor. Con tónica.

—¿Un qué? —preguntó el hombre, con voz ronca.

Tenía que huir, definitivamente. No tenían Puerto de Indias. No sabían qué

era el Puerto de Indias.

—Un... un gin-tonic. O sea, ginebra con tónica —aclaré—. Bien cargado, por favor.

Miré a Omar un segundo, aunque fui incapaz de sostener la mirada, abochornada.

—A mí tráigame una pinta —pidió él—. Y, si es tan amable, una carta para ver los menús.

—No tenemos menús —replicó el hombre, y de su bigote se desprendió una migaja suicida que cayó sobre la mesa, no sin antes rebotar en su tripa.

—Ah. Pero ¿tapas tienen?

—Pues claro.

—Entonces... ¿qué tal una carta para ver las tapas?

El hombre asintió con la cabeza y se retiró, dejándonos solos. Hice un esfuerzo sobrehumano por mirar a Omar sin morir de vergüenza en el intento.

—Te juro que guardaba otro recuerdo de este lugar —alegué.

—Lo importante es que hay comida y bebida —respondió sonriente, tratando de restarle importancia a la situación—. Eso y que estamos los dos aquí.

En cuanto el patrón regresó con nuestras bebidas yo me abalancé sobre mi copa. No era Puerto de Indias ni se le aproximaba, pero daba igual. En esos momentos bajaba por mi garganta como agua extraída directamente del manantial. Omar ponía mayor atención en la hoja grasienta que el barman había dejado sobre la mesa. La oferta gastronómica no era muy variada, ni tampoco original. Así que no tuvimos más alternativa que pedir una ración de calamares y otra de tortilla.

—Bueno, ya que compartimos mesa en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad, podríamos aprovechar para conocernos algo mejor —dijo, tras darle un trago a su cerveza—. ¿No te parece?

Omar estaba pidiendo que le hablase de mí y yo todavía no había finiquitado la primera copa. Horror. ¿Qué esperaba de una chica con tendencia al tartamudeo y el sonrojo? Debería haber empezado comentando el tiempo, o la decoración de la taberna... bueno, no. Para qué engañarnos, la culpa de que no hubiese decoración que comentar era toda mía. Y debía pagar el precio de haberlo llevado a un lugar así.

—Sí, sí... Tiene cierta lógica, la verdad —respondí, mientras que con una seña le indicaba al barman que regresase con otra copa de lo mismo.

—Sobre todo teniendo en cuenta que apenas sé nada de tu vida —alegó

Omar. Luego se apresuró a puntualizar—. Me refiero más allá de tu trabajo. Aunque, bueno, ya sé dónde vive tu madre, su pasión por los animales, tu poca mano cuidándolos...

Lancé a Omar una mirada venenosa que hizo que su expresión chistosa se fuese ablandando. Me arrepentí al instante, ya que solo deseaba convertir aquel esperpento de cita en algo ameno, medianamente cómodo para ambos.

—Bueno, tú ya sabes más de mí que yo de ti —me excusé.

—Dudo que lo que haya que saber de mí resulte interesante. Hay poca vida más allá de los libros extenuantes, los autores cansinos, las incesantes peleas con los agentes literarios, las distribuidoras, los espacios de promoción...

—A mí eso me suena a interesantísimo. Como un *reality show* con la cultura mediante. Una vuelta de tuerca asombrosa.

—Una vuelta de tuerca «de libro» —añadió él, reforzando el pésimo chiste con los dedos simbolizando las comillas—. Supongo que el sentido del humor nunca me perdonará esto.

Sonreí y di un largo trago a la copa que el hombre-barriga acababa de posar en la mesa. Me di cuenta de que acababa de dejarla mediada y me regañé a mí misma; por mucho que me costase mostrarme natural sin ayuda de unos graditos de alcohol, debía controlarme. Lo último que necesitaba era destaparme como una alcohólica ante el editor con el que trabajaba.

—Cuéntame, ¿cómo fue la primera vez que conociste a Will? Me dejaste con curiosidad.

—Ah, eso —percibí cierta desidia en su tono; quizás había arrancado con el tema demasiado pronto—. Bueno, lo cierto es que por aquel entonces yo era casi un editor primerizo. Llevaba apenas dos años trabajando en la editorial, aunque acababa de hacer un par de descubrimientos nacionales que dieron buenos frutos —dio un comedido sorbo a su copa burbujeante—. Pero me fascinaba estar pendiente de nuevos autores extranjeros. Averiguar qué era lo que acababa de irrumpir con fuerza en el mercado, qué obras olían a éxito antes de que se revelasen como tal... No sé, había algo de exótico y adictivo en tratar de prever quién sería el próximo autor superventas o el nuevo ojito derecho de la crítica.

—O sea que a Will lo descubriste tú.

—Sí, sin apenas ayudas. Leí lo primero que había publicado, un drama, que no era gran cosa. De hecho, no funcionó nada bien. Pero había algo en su manera de narrar que... no sé, destellaba dentro del tono lánguido de su historia. Enterarme de que acababa de pasarse a la novela romántica fue como una alerta:

pedí el libro antes de que nadie se hubiese hecho con los derechos en España. Y confirmé que, efectivamente, había encontrado oro en aquella mina.

—Supongo que te pusieron alguna traba —comenté, por no quedarme callada.

—Supones bien. Tuve que luchar un poco, pero logré convencer al equipo. Solo hizo falta algo de tiempo para que todos terminasen dándome la razón.

—Y gracias a Will eres ahora el capitán del equipo editorial.

—Eh, gracias a Will y a mi olfato. No intentes robarme méritos —se quejó.

Reí movida por el tono infantil que imitó para lanzar su protesta. En ese momento, el patrón se acercó con un plato en cada mano. Los calamares tenían pinta de haber sufrido una violenta emboscada en la sartén, a juzgar por sus formas derretidas e irregulares. Del otro plato ni siquiera acerté a pensar nada concreto; creía recordar que habíamos pedido una tortilla, no un revuelto de guijarros. Observé a Omar de reojo y deduje que sus pensamientos eran cercanos a los míos, pero ninguno de los dos mencionó nada.

—Hacía tiempo que no nos encargaban la tortilla —informó el hombre—. Mi mujer la ha preparado con mucho cariño.

«Si este es el cariño habitual de tu mujer, imagino que no querrás volver a casa nunca», comenté para mis adentros. Me limité a sonreír agradecida al hombre, que se volvió a retirar. Omar me sorprendió echando un nuevo y receloso vistazo a las dos raciones y no pudo reprimir la risa. Me dejé contagiar por ella, así que pegué un nuevo sorbo a la bebida y decidí hacerme la valiente, trinchando el engrudo de color amarillento y llevándomelo luego a la boca.

—¿Y bien? —tanteó Omar, asegurándose de que probar bocado no conllevaba la muerte.

—Esh... comeshtible —aseguré, valiéndome de una espontánea imitación de Rajoy, para explicar con la boca llena que al menos el sabor no estaba a la misma altura que la presentación.

Omar pinchó su tenedor e imitó mi gesto. Saboreó con reticencia y luego se encogió de hombros. Sí, era comestible.

Los dos artísticos platos sirvieron para que ambos nos trasladásemos poco a poco a una atmósfera más distendida. Al principio revoloteábamos con el tenedor por encima de cada tapa, como buitres que en realidad no tenían demasiada prisa por ver morir a su posible presa. Terminamos riéndonos de nosotros mismos, restando importancia al hecho de que el barman no pareciese

quitarnos el ojo de encima. Quizás pretendía anotar nuestras reacciones para luego trasladárselas a la Ferran Adrià de la taberna.

Ayudada por la ginebra, que aparecía y desaparecía de mis copas como por arte de magia, logré hacer que Omar me hablase un poco de su vida más allá de los libros. Supe así que tenía treinta y dos años, tres más que yo, y aunque discurrí un par de chistes al respecto de su vejez, lo encajó con un buen humor que me hizo pensar que quizás, y solo quizás, la treintena no fuese una etapa tan terrible como la imaginaba. Descubrí también que no tenía pareja, y que por tanto no había tenido que mentir a nadie al respecto de la cita que estábamos teniendo. Aunque de ese apartado de su vida evitó entrar en cualquier tipo de detalle, tuve la impresión de que pertenecía a la categoría de los «picaflores». Joven, editor, culto, seguro de sí mismo... Con toda probabilidad podía arrancar unos cuantos suspiros sin necesidad de valerse de calamares y tortillas de corte abstracto.

Por supuesto, él no dejó pasar la ocasión para sonsacarme datos acerca de mi vida personal. Resultó un poco triste alegar que vivía en compañía de un gato que me odiaba, que mis hobbies eran beber hasta el agua de los floreros en compañía de mis amigas y dar paseos por los distintos barrios de la ciudad, y que mi aspiración era lograr mantenerme sin ahogos mediante mi trabajo de traductora.

—Y conocer a Will Cooper —añadí, sin esconder la decepción que la realidad suponía para mí.

—Bueno, no te pierdes nada de otro mundo —alegó Omar, buscando sonar animoso—. No deja de ser una persona más, escondida tras sus éxitos literarios.

El hombre-barriga, o la barriga-hombre, se acercó a retirarnos los platos. En su bigote se distinguían ahora restos espumosos de algún trago furtivo que habría pegado al tirador de cerveza. Imaginarlo con el morro enganchado al grifo me provocó un escalofrío. Tomó nota de los postres con que cerraríamos la estupenda cena: flan de huevo para Omar y piña para mí. Al retirarse, me fijé en los dos jubilados que seguían pegados al taburete, en la otra mesa. Esta aparecía ahora llena de jarras de cerveza vacías. Uno de los distinguidos caballeros, pensando que nadie lo observaba (o, simplemente, importándole un huevo y parte del otro que alguien lo hiciese), rasgó su garganta para ejecutar a continuación un escupitajo olímpico. Vi la masa líquida estamparse contra el suelo, y a punto estuve de devolver lo que acababa de meter en mi estómago.

Los postres pronto llegaron. Algo natural, teniendo en cuenta que consistían

en una rodaja de piña y un flan Hacendado. Tan poco nos costó despacharlos que el barman todavía seguía a nuestro lado cuando terminamos.

—¿Y bien? —preguntó, inquisitivo.

Yo miré a Omar, Omar me miró a mí. Ninguno de los dos entendía muy bien qué era lo que se nos exigía responder.

—¿Les ha gustado? —formuló el hombre, al cabo de un rato.

—Ah, eso —dije yo, de manera un tanto atropellada—. Sí, sssí. Estaba todo delicioso. Me recordó incluso a las recetas de mi abuela.

Vi por el rabillo del ojo que Omar inclinaba la cabeza y disimulaba una sonrisa. El hombre puso gesto de satisfacción y sacó pecho. Claro que eso provocó, al mismo tiempo, que la barriga se desbordase un poco más.

—Me alegro. Pues están ustedes invitados a un chupito de parte de la casa.

—Muy... amable de su parte —acerté a decir, y el hombre se retiró a la barra.

—Me ha encantado lo de las recetas de la abuela —aplaudí Omar, a media voz.

—Es que mi abuela era manca —confesé, aunque no sonó demasiado bien—. Quie... quiero decir que no se le daba muy bien cocinar con la mano así, pero yo la quería mucho, eh... O sea, no...

—Lo he entendido —afirmó Omar, entre risas.

Me dejé contagiar por sus carcajadas, espoleada también por las ¿cuatro, cinco? copas de gin-tonic que llevaba encima. Omar parecía un poco achispado, a pesar de que llevaba un ritmo más tranquilo con sus pintas, que había terminado convirtiendo en jarras. En esas estábamos, recuperando el aliento tras las risas, cuando nuestro colega apareció con una bandejita donde reposaban dos vasitos.

—No —musité.

«NO», pensé también para mis adentros, pero en mayúscula. No podía ser verdad. Tenía que ser una broma. En una taberna donde ignoraban la existencia del Puerto de Indias podían haber ofrecido un chupito de piruleta, de crema de orujo, de tequila. Eso hubiese sido lo normal. Por eso no entendía, o me negaba a entender, por qué demonios acababan de posar ante mí un chupito de Jägermeister. Por qué.

Alcé la vista hacia Omar. Mi expresión debía de ser la misma que una persona pondría al ver un caballo tratando de inseminar a una tortuga. Él arqueó

una ceja, confundido, aunque pronto devolvió su atención al mortífero líquido que el tabernero nos ofrecía.

—¿Qui... quiere que nos tomemos unos jäger? —balbuceé— ¿No podrían ser... mejor, unos chupitos de piruleta?

—Es un poco fuerte meterle unos jäger al cuerpo después de esta cena, pero yo me animo —concedió Omar, envalentonado, buscando mi complicidad.

—El mejor chupito que tenemos —añadió el hombre, y se retiró.

Por supuesto. El mejor chupito que tenían. No sé qué podía resultarme extraño después de la ambientación, los lamparones en la camisa, las migas en el mostacho y los platos cocinados por una manada de monos esclavizados.

Empecé a tragar saliva, el amago de tortilla daba bandazos en mis entrañas. «¡No lo hagas! ¡Por Dios, no lo hagas!», lo escuchaba vociferar, abrazándose entre sollozos a los calamares sepulcrales. Omar miró los vasos con regodeo y me acercó uno.

—Por esta peculiar y bonita velada —brindó.

Lo miré y supe que estaba vendida. Tenía que tragarme aquel chupito como fuese. Cogí el minúsculo vaso, que en esos momentos parecía del tamaño de una cabeza humana recién salida de un guateque en una colmena.

—Amén.

Cerré los ojos con fuerza y pensé en todas las cosas bonitas que pudiesen acudir a mi mente en ese instante: filas infinitas de botellas de Puerto de Indias, Will Cooper sudoroso y mostrando su torso desnudo... Me llevé a la boca el chupito e intenté que bajase por mi garganta lo antes posible. No hubo suerte.

Sin tiempo para evitarlo, escupí la bebida del diablo en modo aspersor, regando la mesa y la camisa de Omar. Para poner la guinda, tosí como si me hubiese transformado en un viejo de taberna. Mimetismo puro. Me ardía el maldito gaznate. ¿Cómo podía la gente tragarse algo así? Esa mezcla insoportable de ácido y chicle de menta...

En cuanto abrí los ojos deseé haberlos mantenido cerrados de por vida. La camisa de Omar estaba empapada, y por su cara resbalaban algunas gotitas de un marrón poco atractivo. La había cagado, pero a base de bien.

—Lo... lo siento —me disculpé, arrepentida de haber ideado aquella desastrosa cita.

Para mi sorpresa, y alivio, Omar se echó a reír.

—Ahora entiendo por qué preferías el chupito de piruleta.

Le ayudé a secarse con la servilleta, totalmente avergonzada, aunque él se

lo tomó con mucha más calma y humor. Me sentía abochornada, y era consciente además de la inquietante mirada que habían clavado en mí los dos jubilados y el tabernero. Su barriga me juzgaba. Incluso salió de la cocina, si es que ese lugar contaba realmente con una, la mujer que debía responder ante los crímenes y atrocidades cometidos con una sartén.

—Venga, pagamos la cuenta y nos vamos a tomar una última a otro sitio — decidió Omar, invitándome a levantarme. Yo había enterrado el jeto entre mis manos, decidida a renunciar de todo aquel eserpento—. Pero esta vez elijo yo.

Salir al exterior fue como despertar de una pesadilla. La ligera brisa que corría, el sonido de gente paseando por las calles, la vida que fluía ajena a los bares de mala muerte y a los chupitos mortíferos... Omar se preocupó de darme conversación, haciéndome olvidar poco a poco el lamentable episodio del que acabábamos de escapar. Y que yo misma había engendrado.

Me condujo hasta un pequeño bar, mucho más acogedor que el anterior. De corte moderno, pero con un hilo musical que permitía conversar sin desgañitarse, un aroma a dulce que despertaba mi hambre mal saciada, unos sofás que masajaban las nalgas acartonadas por la dureza de unos taburetes...

En esta ocasión Omar pidió un whisky *on the rocks*. Todo un macho cabrío. Mis ojos centellearon cuando averigüé que allí sí me servirían mi brebaje mágico. En ese momento empecé a pensar que quizás la cita podía salvarse. Y así fue.

Aunque la velada no se alargó mucho más (Omar alegó tener gestiones engorrosas que hacer la mañana siguiente, batalla con escritores de por medio), ese rato que pasamos en el pub estuvimos a gusto, relajados. Como dos viejos colegas. Hablamos de trivialidades, discutimos sobre géneros literarios y autores, e incluso me forzó a hacer una lista de pros y contras sobre Belcebú para justificar así por qué vivía con un gato que, en teoría, me detestaba. Por supuesto, no dejé pasar la ocasión de citar a Will Cooper un par de veces, adoptando un tono lánguido y soltando suspiros de telenovela. Si no hubiera llevado una interesante cogorza encima, quizás no hubiese actuado de esa manera ante un editor que empezaba a caerme realmente bien.

Al día siguiente recibí un escueto wasap de Omar, donde me agradecía de nuevo la cita de la noche anterior. Respondí de manera concisa, ya que Puri y Lina habían insistido en que debía hacerme la desentendida. La cosa había empezado mal, peor que mal, pero se había reconducido. Los dos nos habíamos despedido animados, contentos. Habiendo llamado su atención, él trataría ahora

de ganarse la mía. Y para eso existía una vía rápida y directa: concederme el capricho de conocer a Will.

Por la tarde recibí la llamada de mi madre. Hice un parón en la traducción, que había retomado con ahínco.

—Cariño, ¿estás en casa? —fue lo primero que preguntó.

—Sí, estoy trabajando un poco. ¿Por qué, ocurre algo?

Mi madre colgó y yo me quedé como una boba preguntándole al teléfono si había alguien ahí, al otro lado. Unos segundos más tarde sonó el timbre del portal. Era mi madre.

—¡Mamá! ¿Por qué me cuelgas el teléfono? ¿Qué quieres?

—Qué voy a querer. Que me abras.

No tuve ni que abrir la puerta para descubrir que venía acompañada del trío Calatrava: Ronie, Cerbero y Dina; sus jadeos y gruñidos se extendían a lo largo del pasillo de mi planta. En cuanto les franqueé el paso, mi madre soltó las correas y se abalanzaron al interior del piso. Intenté advertirles de que no se subiesen al sofá, pero eran perros, y yo una autoridad a la que no hacían ni puñetero caso.

—Hija, hay que salir un poquito de casa —saludó mi madre, dándome un beso—. El verano está a la vuelta de la esquina y tú pareces la vampira de una de esas pelis que les gustan a los adolescentes.

—Espero que no estés hablando de *Crepúsculo*.

Se adentró en el piso, recorriendo con la mirada cada estancia en busca de un atisbo de suciedad o desorden por el que regañarme. Pero, salvo un par de tazas de café vacías en la encimera de la cocina, no había nada que señalar.

—Bueno. ¿Soy digna de que me cuentes qué haces aquí? —insistí.

—Qué pasa, ¿no puedo visitarte para saber cómo estás?

—Puedes, pero normalmente no lo haces. Te limitas a llamar por teléfono.

—Hija mía, el *Titanic* se habría hundido igualmente de haber chocado contigo.

—No empieces con los dramas. ¿Quieres tomar algo?

—No tengo tanto tiempo libre como me gustaría. Pero me vale un té.

Me dirigí a la cocina mientras la invité a sentarse en el sofá y de paso bajar a los perros del mismo. Solo se quedó con la primera parte. Cuando regresé con la taza de té caliente jugaba despreocupadamente con los tres, que estaban en modo hiperactivo y con sus pezuñas arañaban la piel del sofá. Inspiré y espiré un

par de veces. De nada serviría perder los nervios; la batalla estaba perdida de antemano.

Mi madre cogió la taza y cambió de manera abrupta su gesto. Me miró con rostro serio, algo que hizo saltar mis alarmas. ¿Qué había hecho yo?

—Verás, cariño... —empezó a decir, tras una larga e incómoda pausa—. Hay algo que me gustaría contarte.

Tragué saliva y me revolví en la butaca que enfrentaba el sofá. Esas palabras solo podían allanar el camino para algo monumental. Por mi mente pasaron como un torrente de estrellas fugaces diferentes hipótesis. Pero hubo dos que cobraron forma y peso en los pocos segundos que antecedieron a la confesión: o mi madre estaba a punto de revelar quién era su amante o iba a soltarme en el jeto quién era la chica que había escogido para suplantarme como hija.

—¿Y bien? —inquirí, tratando de mantener a raya mis ansias.

—He conocido a alguien —soltó, como una exhalación, y me miró.

—Mmmm, ya. Eso me lo habías dicho cuando te fuiste a París y me empaquetaste el cuidado de tu casa.

—Ah, no. No, no tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces...? —porfié, aventurando que iba a hablarme de la misteriosa chica.

—Verás, lo he pasado muy mal después de que papá se fuese de casa.

—Pero... si lo echaste tú.

—Sí —replicó con orgullo—. Pero porque las cosas eran ya insostenibles. Tú no estabas presente y no viviste nada del desgaste que sufría nuestro matrimonio. Pero fue duro, Marta. Imagino que para tu padre también.

—Claro, él tuvo que dejar su hogar y buscarse un piso.

—Estaría bien que fueses capaz de mirar más allá de eso —me reprendió, molesta—. Moncho y yo llevábamos casi treinta años compartiendo nuestra vida. Y, repito, lo pasé muy mal después de separarnos.

—Vale, ahora me siento como una inútil que ni siquiera es capaz de reconocer cuándo su madre está deprimida —concedí, abochornada.

—A ver, deprimida tampoco. Solo con un poquito de bajón. El caso es que conocí a alguien que me ha ayudado a salir de ese pozo de negrura poco a poco.

En ese momento, Cerbero ejecutó un salto kamikaze y fue a parar al cogote de mi madre, que se quejó y lo reprendió con cariño. Yo no podía pensar en otra cosa que no fuese la maldita confesión: quería saber de una vez quién había

cambiado para bien la vida de mi madre. La acució con la mirada, mientras ella jugueteaba con los perros, que se arremolinaban a su alrededor.

—Ejem. —Fingí toser.

—Bueno, eso era lo que quería decirte —manifestó mi madre, en un tono que parecía dar por concluido el diálogo.

—¿Perdona?

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? Me acabas de soltar que lo has pasado fatal tras la separación, pero que has conocido a una persona que ha dado un vuelco a tu vida... ¿Y ni se te pasa por la cabeza decirme quién es esa persona?

—Ah. Tampoco es que eso tenga mucha relevancia para ti.

—¿¿Perdona??

Mi madre se encogió de hombros, como declarándose inocente en el caso. No pareció darle importancia a mi rostro desencajado, que más que un gesto de «no me lo puedo creer» se parecería ya a uno de «he acabado con la farlopa a nivel mundial». Ella siguió a lo suyo, repartiendo atención y cariño entre sus chuchos.

—Vale. No vas a decírmelo —articulé, tratando de recomponerme.

—No seas boba. Es una cliente de la clínica. Tiene un chihuahua que es un encanto, pero se pone malito cada dos por tres.

—¿U... una... cliente? ¿Has dicho... una?

—Sí, he dicho «una». ¿Qué demonios te pasa, hija?

Mi cerebro hizo todos los esfuerzos posibles por procesar la información. Una cliente. De la clínica veterinaria. Había cambiado la vida de mi madre. Una cliente. De pronto, todo parecía encajar: el reparo por presentarme a su amante, su misteriosa acompañante para irse de compras, el venirse hasta mi apartamento para comunicarme de ese modo que alguien había irrumpido con fuerza en su vida... Todo se conectaba entre sí, pero no lograba asimilar el resultado. Sencillamente, porque aquello era lo último que hubiese podido esperar. Mi madre era lesbiana.

—Marta, ¿estás bien?

—... Sí —afirmé como pude—. Sí, solo estaba pensando que... Nada.

—Menos mal que solo traduces y no escribes, a veces fallas bastante en lo de ser expresiva.

Pasé por alto el comentario de mi madre, mi mente se limitaba a dar vueltas una y otra vez a lo que acababa de escuchar, a lo que acababa de confirmar. Mi

madre era lesbiana, y yo no sabía qué pensar. Pasé en primer lugar por un momento de alivio: nadie había usurpado mi cargo de hija. Pero el desahogo inicial duró poco. ¿Y si al estar liada con una mujer más joven, precisamente de mi edad, concentraba en ella sus sentimientos como madre y como amante? Aquella chica, además de atractiva, parecía simpática. Así que podría arrebatar-me la atención que yo merecía. La incertidumbre se apoderó con fuerza de mí. Además... ¿Desde cuándo le gustaban a mi madre las mujeres? Porque estaba claro que mi padre era un hombre; no había podido haber equivocación durante el noviazgo, la boda se había llevado a cabo sin engaño. Entonces... ¿Había escondido mi madre su verdadera orientación sexual, forzada por los tabús sociales? ¿Por eso había terminado sufriendo tanto en compañía de Moncho y separándose de él?

—Bueno, va siendo hora de que me vaya —anunció, levantándose—. Estos diablillos tienen que hacer todavía sus necesidades y se me echa el tiempo encima. —Me miró de repente—. Solo quería que supieses esto porque, en realidad, sí me gustaría que la conocieses en algún momento. Tiene solo un par de años más que tú, así que seguro que congeniáis de maravilla. Y podría darte algunos consejos para enderezar tu vida, con ese desparpajo que tiene.

Enderezar mi vida. ¿Qué quería significar eso? Quizás ahora que se había liberado, mi madre pretendía mostrarme lo estúpido que era el mundo si se amaba a las mujeres. Teniendo en cuenta mi desastroso historial como criatura heterosexual, no parecería tan descabellado para ella convencerme de dar el salto al otro lado.

—Bueno... Supongo que estaría bien conocerla... algún día.

—Claro que sí. Te lo digo bien claro, Marta: hay que rodearse de gente que sabe disfrutar de la vida.

Me levanté de la butaca tan desconcertada como si Leticia Sabater me hubiese cantado al oído. Para mejorar la situación, Belcebú, que había permanecido escondido de la compañía canina, trepó a la butaca y saltó hasta mi cabeza, gateando sobre ella y tirándome del pelo. No había podido encontrar un refugio mejor.

—Pero qué gato más mono tienes —dijo mi madre, haciéndole carantoñas.

—Puedes llevártelo si quieres, es la octava vez que te lo ofrezco —le dije, quitándomelo de encima.

—Te quiere demasiado como para separarlo de ti.

Mi madre reunió a los tres perros y, tras darme otro beso de despedida, se

marchó. La casa quedó sumida en un silencio relajado, como si hubiese pasado por ella una fugaz tormenta y le tocase ahora el turno a la sucesiva calma.

No dejé de darle vueltas a la confesión de mi madre en los siguientes días, pero tampoco permití que eso me despistase. Seguí trabajando con ahínco en la novela de Will, y al décimo día alcé los brazos con sentimiento de triunfo, aunque pronto los bajé por culpa de un calambre. Había terminado. Tenía la traducción de la obra.

Informé de mi hazaña a la directora editorial y también a Omar, a quien envié un mail de lo más aséptico, en la línea de «me limito a lo puramente laboral» que me habían recomendado seguir. No obtuve contestación por su parte, pero Tita, la directora, respondió al cabo de un rato y, tras felicitar me por la plusmarca traductora (y después de preguntarse hasta tres veces si no habría hecho el trabajo con «demasiada prisa»), me sugirió que pasase al día siguiente por la editorial.

Me sentía tan pletórica y liberada que yo misma llevé una copia encuadernada de la traducción, cuando lo habitual era que les pasase directamente el archivo y ellos se encargasen del resto. Quería sentir en mi regazo el peso de mi propia obra; bueno, de la obra de Will Cooper, pero traducida con esmero y cariño por mí.

Al llegar a la sede y entrar en la zona de trabajo, divisé a Omar sentado en su escritorio, al fondo de la sala. Atendía una llamada en esos momentos, aunque me vio entrar y me hizo un gesto animado con la mano, indicando que esperase un momento para hablar con él. Eso iba a hacer cuando Tita se me acercó y, cogiéndome de ganchete, me condujo hasta su despacho.

—Vaya, si hasta has traído una copia —alabó, una vez nos hubimos sentado—. Parece que estás ansiosa por ver esta novela publicada.

—Sí... Me ha encantado la historia. Es muy buena. Como de costumbre.

La jefa me miró por encima de sus gafas de pasta, esbozando una media sonrisa a la que no supe otorgarle un significado concreto.

—Ay, menos mal que esa insana obsesión por el autor no repercute en tu trabajo —comentó, con el mismo tono con que se dirigiría a un niño que ha cometido una pequeña trastada.

Le devolví la mirada, contrariada, sin saber qué decir.

—Es una pena, aunque es verdad que al señorito americano no le gusta nada entablar conversaciones que no se traduzcan en dinero.

—No... no entiendo.

—Fíjate que pretendía no pisar la editorial y valerse de Omar como único contacto —prosiguió—. Pero de eso nada. Aquí todos trabajamos para que sus novelas sean un éxito. Así que lo mínimo que nos debe a cada uno es un apretón de manos y un sentido «thank you». —Hizo una pausa—. Claro que lo tuyo... es otra cosa, ¿entiendes?

—No... Sigo, sigo sin entender. ¿Lo mío?

—Sí, lo que hablaste con Omar. Ya se encargó él de hacérmelo saber. Es necesario tenerlo en cuenta, porque sí es cierto que Will no tolera a las fans desatadas. Les tiene algo así como pánico. Y saber que tú a duras penas podrías controlar los nervios no nos deja más remedio que plantearlo de ese modo.

—Creo... creo que me he perdido algo —farfullé, totalmente desconcertada.

—Aprecio que hayas sido tan comprensiva al respecto —dijo ella, sonriéndome—. Como me dijo Omar, «en realidad el favor se lo hacemos a Marta: su imagen de traductora quedaría por los suelos si agobia a Will». Además de que sería capaz de pedir que otra persona se encargase de las futuras traducciones. Estoy segura.

—¿Omar dijo eso de mí?

—Bueno, como directora editorial tengo que estar al tanto de estas cosas —aseguró, usando un tono más formal—. No es él quien toma las decisiones, a fin de cuentas. Pero si tu fijación enfermiza por Will iba a provocar un numerito, no cabe duda de que lo mejor para todos es que no estés presente el día que visite la editorial.

Intenté formular un par de preguntas que me abrasaban la garganta. Quería procesar toda la información que inesperadamente me golpeaba de lleno en la cara, pero a duras penas podía lograrlo. «Fijación enfermiza por Will», «como dijo Omar», «ya se encargó él de hacérmelo saber», «lo mejor para todos es que no estés presente el día que visite la editorial»... ¿Will Cooper iba a visitar a la plantilla? ¿Iban a estrechar su mano uno por uno e intercambiar algunos cumplidos? ¿Y yo no iba a estar porque era una obsesa enfermiza que haría que se sintiera abochornado?

Me levanté del asiento y oí un par de frases que me despedían con gratitud, aunque no les hice caso. Salí del luminoso despacho trastabillando, con la cabeza a punto de estallarme. Sin despegar la vista del suelo, crucé tan rápido como pude la sala de trabajo. Entonces choqué contra alguien, y a punto estuve de caer de bruces. Una mano fuerte me sujetó del brazo e impidió mi ridículo final.

Agradecí atropelladamente el gesto y al alzar la mirada me topé con la de Omar. Sonreía, e iba a empezar a decir algo cuando me zafé con brusquedad de su mano y retomé mi paso apurado. Solo vi durante un microsegundo su gesto de asombro, de incertidumbre. Cuando salí al exterior no tenía muy claro si las lágrimas que rodaban por mis mejillas eran de odio, de vergüenza o de decepción.

La infiltrada que casi conoció a Will Cooper

Las semanas que sucedieron a la entrega de la traducción fueron un poco anodinas. Al menos al principio. Aunque me había liberado de una carga de presión considerable, no me sentía con ánimos de celebrarlo. Ni tampoco me veía aprovechando el tiempo que ahora tenía libre haciendo nada fuera de lo normal. Simplemente, dediqué el tiempo de descanso a hacer eso mismo, descansar. El primer mes me costó animarme; descubrir que Omar sería el responsable de que yo no llegase a conocer a Will Cooper me sentó peor que un jarro de agua fría; fue como si me hubiesen vaciado una cubitera por el escote en pleno invierno. Sin embargo, con el paso de las semanas había logrado dar carpetazo a eso, resignarme a no darle más vueltas. Era una historia cerrada. Will sería lo que había sido siempre: un autor al que yo traduciría diligentemente cada novela que tuviese a bien escribir. Y punto. Lo adoraría en mis ratos de intimidad lectora, seguiría cada entrevista que le hiciesen, ya fuese audiovisual o escrita, y continuaría pensando en él como en un amor platónico y, por lo tanto, inalcanzable. Un amor de ficción.

Omar era agua pasada también. Había intentado contactarme un par de veces. De hecho, había llegado a hacerlo mediante un mail y un wasap que contesté con toda la frialdad que me había contagiado la cubitera imaginaria que él mismo me había vaciado encima. Tras esos dos intentos frustrados no volvió a ponerse en contacto conmigo.

Eso, por otra parte, era también un problema. Que ni Omar ni Tita tuviesen motivos para llamarme suponía que no había trabajo que ofrecerme. Aunque el pago por la traducción de las novelas de Will no estaba mal, no podía permitirme pasar varios meses sin nada que hacer. Y, salvando un par de artículos que una revista me solicitaba traducir de manera esporádica, por mucho que buscaba nada aparecía.

Así que cuando junio llegó a su fin y el calor sobrehumano de julio empezó a calentarme la sesera en exceso, los agobios comenzaron a hacer acto de presencia. De poco servía que los fines de semana Puri y Lina cogiesen la batuta y me arrastrasen consigo a cada plan que urdían: un día en el parque de atracciones, un picnic en el parque, una «noche de descoque»... Yo las seguía, y en el fondo disfrutaba de cada idea que tenían y llevábamos a cabo. Pero al día siguiente me despertaba inquieta, revisando el correo en busca de encargos que nunca llegaban. Y de esa manera pasó también julio.

A comienzos de agosto, una pequeña editorial se puso en contacto conmigo. Habían leído mis trabajos y andaban en busca de nuevos traductores que pudiesen trabajar con ellos. Una buena noticia, al fin. A pesar de que estaban empezando y se dedicaban simplemente a adquirir los derechos de obras menores y desconocidas de autores clásicos (y, por tanto, el sueldo de un becario no tenía mucho que envidiar al pago que podían ofrecer), me motivó la oportunidad de trabajar con obras de grandes autores. Por mucho que se tratase de aquellas a las que menor importancia se les había concedido. Ahora tendrían una segunda oportunidad, y yo tomaría parte en el objetivo de hacerlas llegar al público.

Empecé con un par de novelas breves de dos autores británicos decimonónicos, de los que a decir verdad no había leído nada más allá de su entrada en la Wikipedia. Pero ponerme a traducir de nuevo me hizo sentir mejor.

Una tarde bochornosa (como todas las de agosto, vaya) en la que había bajado a una terraza con el portátil para trabajar al aire libre (tenían ventiladores al lado de cada mesa), recibí una llamada de mi padre. Sin descuidar un segundo mi atención del ordenador, pues todavía seguía vivo el susto de aquella vez en la cafetería moderna, atendí el teléfono.

—Hola, Moncho. ¿Qué tal te va?

—Todo en orden, aunque eso tendría que preguntártelo más bien yo a ti.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Porque la última vez que hablamos —recordó, evocando una charla telefónica del mes anterior—, no se te veía muy animada.

—Ya. Pero en ese momento no tenía trabajo y ahora... —dije enigmáticamente.

—¿Ha aparecido algo? —El ansia con que lo preguntó me demostró que mi padre seguía preocupándose por mí. Eso era algo que me molestaba y agradaba al mismo tiempo. Sí, un poquito raro.

—Me han ofrecido trabajo en una editorial. Están empezando, pero...

—Habrás dicho que sí —interrumpió, impaciente.

—Claro que he dicho que sí. No estoy como para ir rechazando encargos.

—Pero ¿te hacen contrato fijo? —preguntó, con recelo.

—No, papá. Sigo estando como autónoma. Son proyectos individuales, pero ya estoy trabajando en los dos primeros.

—Ah, ya... claro.

—Oye, tú también estuviste trabajando como autónomo cuando eras taxista.

—Sí, pero no puedes hacer esa comparación, eran...

—No lo digas —le advertí.

—... otros tiempos —terminó, haciendo caso omiso.

Si había algo que odiaba y temía de hacerme mayor era la posibilidad de terminar soltando a diestro y siniestro frases como aquella. «Eran otros tiempos», «yo a tu edad...», «no digo nada, pero...». Qué manera de resultar cansino. Reprendí a mi padre por sus expresiones de abuelo Cebolleta, pero la repercusión que tuvo mi reproche fue más bien nula.

—Aun así, me debes una cita.

—¿Cómo? —pregunté, desorientada.

—Habíamos quedado en que iríamos al cine juntos. Claro que había sido una propuesta para animarte, y si ahora ya estás animada, pues...

—No me digas que estás nostálgico y quieres llevarme al cine como cuando era una niña.

—Yo no estoy nostálgico, no digas bobadas —declaró, restándole importancia—. Solo que habíamos hablado eso.

—Bueno, ¿y si te digo que me sigue apeteciendo esa propuesta? —cedí.

—¿En serio? No tienes que decirlo por compromiso, eh. Además, ahora que tienes trabajo andarás más liada y...

—Oye, ¿te estás borrando de tu propia invitación?

—Que no, que no —resopló, sacando su orgullo de padre—. Pues hala, dime qué día te viene mejor. Ya sabes que los fines de semana lo tengo más complicado...

—Sí, papá. Todavía recuerdo en qué trabajas.

—Pues tú dirás. Eso sí, yo pago las entradas y tú las palomitas, que ya no eres una niña.

—Si te empeñas...

—Y un bol tamaño gigante. De los esféricos.

Ese era Moncho. Padre suficientemente atento como para notarme taciturna y querer llevarme al cine, pero cuidadoso hasta el punto de hacerme pagar las palomitas y evitar así la posibilidad de criar, o crear, a una niña mimada. A los veintinueve años.

Así que un par de días más tarde, me encontré con mi padre a la puerta de los cines donde veinte años atrás me llevaba a ver toda película de animación, fantasía o aventuras que hubiese en la cartelera. Mi madre no era muy cinéfila, algo que no ha cambiado, así que era Moncho quien me subía a caballito (dejó de ser así a partir de los diez años) y me compraba un bol de palomitas para disfrutar durante la proyección. Los cines seguían teniendo el mismo nombre, aunque habían sufrido una evidente remodelación desde entonces.

Cuando llegué a la entrada mi padre ya estaba merodeando por el vestíbulo. Vestía informal, muy informal, como si los trajes que le tocaba ponerse durante su horario laboral fuesen un incordio. Al verme se dirigió a mí con una sonrisa melancólica, y por un momento pensé que se iba a echar a llorar allí mismo, movido por la nostalgia.

—Se han cargado el aire clásico que tenían estos cines —comentó, abatido.

—Ah. Ya. Pensé que habías venido alguna vez desde la remodelación.

—No, y de haber sabido que esto tenía una pinta tan moderna hubiese cancelado los planes.

—Gracias, Moncho. He tenido pocos padres tan delicados como tú.

—No seas boba. Solo que es... raro. Está muy cambiado.

—Sí, y mucho me temo que tú y yo también.

—Tienes razón —concedió.

Nos pusimos a la cola y sacamos entradas para *Guardianes de la Galaxia, vol.2*, ya que no había otra película que nos convenciese más que esa. Iba a ser raro, muy bizarro, sentarme en la butaca con mi padre al lado, tantos años después. Y viendo en la pantalla una peli cuyo público eran niños y adolescentes. Pero para qué engañarnos; nosotros pertenecíamos a ese colectivo de adultos que habían hecho prisionera una parte de su infancia. Y tras comprar el bol monstruoso de palomitas y acomodar el trasero en el asiento (más cómodo que el de veinte años atrás, debo confesar), empecé a sentirme a gusto. Miré de reojo a mi padre, que parecía haberse fundido con la butaca, y le acerqué el bol. Se lo pegué casi a la barbilla, de modo que no le quedó más remedio que cogerlo y cargar con él durante el resto de la sesión.

Cuando salimos de la sala los dos nos sentíamos como si hubiésemos

asistido por primera vez a un espectáculo así. Nos habíamos divertido, y mucho, con la película. Daba igual que fuese mejor o peor, nosotros dos lo habíamos pasado en grande. Incluso me alegré al volver a escuchar los comentarios inoportunos que mi padre solía soltar en mitad de las proyecciones, y ante los cuales yo respondía con un apurado «¡chsttt!».

—¡Lo de los efectos especiales ha mejorado que no veas! —comentó un Moncho de lo más alterado. Un niño de unos siete años pasó a su lado y lo miró con extrañeza.

—Da la impresión de que no has visto muchas películas en los últimos años —observé con sorna.

—En casa apenas veo la tele. Ya sabes que yo soy más de radio.

Salimos de nuevo a la calle, donde había anochecido. La ciudad mostraba la agitación habitual, con gente de todas las edades paseando de un lado a otro. Unos con más prisa, otros con menos. Y yo con mi padre allí en medio, sintiéndome como la niña que una vez había sido y que no había dejado por completo de ser.

Encendí de nuevo el móvil mientras caminábamos hacia un bar para tomar un café juntos, antes de despedirnos. Entró un mensaje que me alertaba de un par de llamadas perdidas de mi madre. Iba a llamarla, pero consideré que quizás no fuese lo más adecuado en presencia de mi padre. No sabía qué quería contarme, así que mejor sería esperar para no provocar líos. Sin embargo, cuando nos sentábamos en la terraza de un bar cercano al cine, el teléfono comenzó a sonar en mi bolsillo.

—Te llaman —observó despreocupadamente mi padre.

—Ya —respondí, sin saber muy bien qué hacer.

—Atiende, atiende. Ya pido yo por ti cuando venga el camarero.

Rebusqué sin prisa en el bolsillo, deseando por primera vez en la historia que el «Bad Romance» de Lady Gaga dejase de sonar. Pero se trataba de una llamada insistente y, cumpliendo mis presagios, de mi madre. No me quedó otro remedio que cogerla.

—Esto... hola.

—¿Cómo que esto? —pronunció inquisitiva—. ¿Estabas trabajando?

—Eh... no, no. Acabo de salir del cine.

—Ya me parecía a mí que se escuchaba ambiente de fondo. Bueno, qué, qué es de tu vida. Porque si no llamo yo, a ver quién lo hace.

Otra de las frases que aborrecía, esta con marca de la casa materna. Además

de ser una gran mentira; yo también la llamaba a ella, solo que, curiosamente, siempre la pillaba ocupada o en mal momento para sostener una charla con su hija.

—No seas exagerada.

—Ya me gustaría a mí exagerar. A ver, ¿me vas a contar o no? ¿Has ido al cine con algún chico? ¿Tienes pareja y todavía no me lo has dicho? ¡Ah! ¡Por eso andas tan desaparecida!

—¡Yo no ando desaparecida, mamá! —protesté sin poder contenerme.

Me arrepentí al instante, nada más ver cómo la mirada de mi padre saltaba como un relámpago desde la carta de bebidas hasta el móvil que sostenía pegado a mi oreja. Luego me lanzó una mirada más propia de un perro que ha olfateado un rastro de comida cercano.

—Pues espero tu explicación... —dijo con retintín.

—Estoy... con papá —terminé diciendo, a lo que mi padre reaccionó sacando pecho y devolviendo su mirada a la carta—. Hacía tiempo que no nos veíamos y se nos ha ocurrido ir al cine juntos. Como en los viejos tiempos.

—Ah, entiendo. Ese tipo de planes para los que tu madre nunca cuenta.

—¡Pero si a ti no te gustaba nada venir con nosotros!

—Las personas cambian —musitó, resignada—. Pero veo que no te importa mucho. En fin, ¿has empezado a trabajar en lo de la editorial esa?

—Sí, sí. Hemos quedado en que, de entrada, traduciría dos novelillas. Y de ahí en adelante iremos viendo.

—Ajá —pronunció, intentando fingirse interesada—. Pues a ver si «de ahí en adelante» significa más trabajo, que no hay que confiarse.

—Yaaa, mamá. Lo sé.

—Bueno. ¿Y vas a seguir dándole largas a lo de conocer a Lena?

—¿Eh? ¿Quién es Lena?

—Eso, quién es Lena —musitó mi padre, volviendo a desentenderse de la carta.

—¿Acaba de farfullar algo tu padre? —preguntó mi madre, cortante.

—No, mamá. Son las voces de otra gente que hay en la terraza —respondí con apuro.

—Seguro que está malmetiendo.

—¿Qué dice la señorita? —quiso saber mi padre, receloso.

—Nada, papá. Hablamos de nuestras cosas.

—Seguro que está malmetiendo —refunfuñó, molesto.

Por suerte, el camarero apareció por fin y distrajo la atención de mi padre, que pidió un café para mí y un pipermin para él. Aproveché el momento para intentar reanudar un diálogo racional con mi madre.

—No he entendido eso de Lena.

—Lena —repitió, como si se tratase de algo obvio—. Mi amiga de la clínica.

—Ah, sí. La chica esa con la que tanto tiempo compartes y que podría ser fácilmente tu hija... —comenté, como quien no quiere la cosa. Mi padre intercambiaba unas palabras con el camarero, pero tenía la oreja izquierda orientada hacia mí, para no perder detalle.

—Es la hija que toda madre querría tener —suspiró ella.

—Mmmm, no sé muy bien cómo tomarme eso.

—El caso es, ¿vas a dejar que te la presente o no?

—Sí, mamá. Pero ando muy liada con las traducciones. Quizás un poco más adelante pueda...

—Eso mismo dijiste el mes pasado —me interrumpió—. Y eso que estabas rascándote los bajos.

—¡Mamá! —gruñí—. Vale, está bien. ¿Os vais a ver el próximo mes?

—Pero si nos vemos prácticamente a diario.

Intenté no dar rienda suelta a mi imaginación a raíz de esa declaración. Enterarme de que mi madre y su supuesta joven amante se veían con tal frecuencia no hacía más que confirmar mis sospechas. Para colmo, el camarero se había retirado y mi padre tenía la mirada clavada en mí, con un nivel de expectación mayor al de un aficionado a las caídas viendo desfilar a una modelo con tacones de cuarenta centímetros.

—Vale, bueno. Pues el mes que viene estaré más liberada. Hablamos para vernos.

—Me gusta escuchar eso. Pero nada de escaquearse el día antes, eh —me advirtió—. Hala, te dejo disfrutar de la entretenidísima compañía de tu padre.

Se despidió con la satisfacción de haberme hecho prometer que cedería a sus deseos. Ciertamente era que llevaba un tiempo esquivando el tema de la chica, a quien mi madre pretendía que conociese cuanto antes. Pero no me sentía preparada para afrontar esa... nueva realidad. Me resultaba extraño, y más en aquellos momentos, con mi padre sentado frente a mí. «Las personas cambian», había dicho mi madre. Y parecía estar cargada de razón.

—¿Quién es Lena? —preguntó mi padre con fingido desinterés, dándole un

trago a la bebida que acababan de traernos.

—Nadie. Una nueva... amiga de mamá.

—Claro. Seguro que es el nombre del macho nórdico que ahora vive en mi casa.

—Qué dices, Moncho.

—Sí, sí, hazte la loca. Pero con los escandinavos pasa eso. Parece el nombre de una mujer y luego resulta que se trata de un mastodonte rubio de dos metros.

—Es una amiga de mamá —insistí—. Además, a ti qué más te dará.

—Mi hogar profanado... —susurró, aferrándose al pipermin.

Logré que la conversación se desviase hacia otros derroteros. Terminamos hablando de lo bien que iba el negocio de las limusinas (y del trabajo que le daban los guiris y los «niños rico-caprichosos», como él los llamaba, de la ciudad), de mis amigas, de mis escarceos amorosos (tema que él sacó y yo despejé como un portero de balonmano)...

Nos retiramos cuando la noche comenzó a refrescar. Le agradecí el haberme invitado al cine y le confesé sin necesidad de mentir que había disfrutado como una niña pequeña. Quedamos en mantenernos al tanto de nuestras respectivas novedades, si es que en algún momento estas se daban.

Y así, entre días sudorosos y a la vera de cualquier ventilador o aparato de aire acondicionado, pasó el mes de agosto. A pesar de que tenía ganas de hacer algún viaje, decidí posponerlo y dejarlo para otro momento en que estuviese más libre. Ahora que había aparecido la oportunidad de ampliar el trabajo con la pequeña editorial no quería despistarme. Y quería estar también disponible por si en cualquier momento el teléfono sonaba y al descolgar escuchaba la voz de Tita, o incluso la de Omar. Siempre que fuese por motivos laborales.

Mis plegarias fueron atendidas el primer día de septiembre. Por esas fechas estaba terminando de traducir la segunda novelita que me habían encargado, por lo que a pesar de tener trabajo me había instalado en una rutina bastante apacible. Era mediodía cuando el teléfono sonó, y yo estaba en la cocina cogiendo el saco de comida para gatos porque Belcebú llevaba media hora bufando y arañándose las pantorrillas. Vi que quien llamaba era Omar y, debido quizás a lo inesperado del asunto, me puse un poco nerviosa. Pero atendí la llamada.

—Hola, Marta. ¿Te pillo en buen momento?

Su voz sonaba neutral, con la típica entonación formal que un editor

utilizaría para comunicarse con la traductora *freelance* con la que en ocasiones trabajaba.

—Sí. ¿Querías algo?

—La jefa anda con bastante lío estos días, me ha pedido que te llame para un encargo.

—¿De Will?

—No. —Hizo una pausa—. No, de lo nuevo de la autora de *Mil veces yo*. Me dijo que lo anterior lo habías traducido tú...

—Ah, sí. Lucy Williams —afirmé.

—Esa misma. Te lo comunico yo porque ha pensado que había confianza y aprovechó para quitarse una cosa de encima. Y endilgármela a mí, claro.

—Siento convertirme en un incordio para ti —solté, sin poder reprimirme—. De nuevo.

—Marta, siento lo ocurrido respecto a ese tema... —se disculpó, cambiando el tono a uno más humano—. No quería que tú...

—Agua pasada —corté—. Pero me gustaría aprovechar para saber, si no es inconveniente, cuándo será la presentación del libro que yo misma he traducido. Estaría bien poder asistir y que el autor me firme un ejemplar. Prometo no revelar que yo soy la loca que ha traducido su obra.

Al otro lado solo se escuchó un largo suspiro, seguido de un silencio igual de prolongado.

—Espero que puedas llegar a entenderlo algún día —manifestó, y luego recobró el tono anterior—. La presentación será el próximo martes, en El Corte Inglés del centro. Ya sabes, en la sala reservada para presentaciones.

—Ajá. ¿Hora?

—Ocho. Puntual, si quieres coger sitio. La mitad del aforo lo ocuparán las locas que lo organizan. Y a Will no le gusta la impuntualidad. De hecho, ha conseguido que el lunes estemos todos a las ocho y media en la editorial para conocerlo, cuando nuestro horario de entrada es a las nueve. Pero como luego tiene varias entrevistas en tele y radio se niega a andar apretado de tiempo. Caprichos de estrellona.

Omar pareció decir todo aquello como para llevar la conversación a un territorio más cómodo e intrascendente. Pero acababa de hacerme una revelación. Sin concederle importancia, me había informado del momento en que Will Cooper visitaría la editorial para presentarse, casi por obligación, ante la plantilla.

Me recreé durante unos instantes en la posibilidad de irrumpir allí y desvelarle a gritos a Will que todos ellos eran unos cretinos, que nadie se interesaba tanto por su trabajo como yo. Yo, la responsable de sus impecables traducciones al castellano. Yo, que lo hacía no solo por dinero, sino por devoción hacia cada una de sus obras.

Me sorprendí con una sonrisa de pirada en la cara y al momento me sonrojé, a pesar de que nadie podía verme. En ese momento di un respingo, porque recordé que no estaba sola. Había un testigo, y era Belcebú, que acababa de regalarme un par de zarpazos en mis piernas descubiertas. Reclamaba la comida que no le había servido por culpa de la llamada.

—Marta, ¿me escuchas?

—Eh... Sí, sí. Que eso, que me parece muy bien.

—¿Te parece muy bien el qué?

—Pues... todo.

—Pero ¿qué le digo a la jefa? ¿Estás libre o no puedes hacerlo?

—¿Eh? —Y al instante recordé—. ¡Ah, la traducción! Que cuente conmigo, claro.

—Vale. Se lo comunico en cuanto vacíen su despacho. Ahora mismo la tiene secuestrada un escritor neurótico. Ya te pasará ella el archivo y cualquier pauta a seguir, ¿vale?

Nos despedimos con cordialidad y de manera un tanto apurada. Mientras rellenaba el cuenco para evitar más zarpazos justicieros, pensé en lo dura que me había mostrado con Omar. En otra ocasión cualquiera, habría balbuceado en dos de cada tres frases. Y, sin embargo, no me había resultado complicado mantener un tono seco y seguro. Quizás estaba haciendo avances en eso de reafirmarme y hacer crecer mi autoconfianza. Luego recordé la ridícula recreación que había tenido lugar en mi mente sobre mi irrupción en la editorial en presencia de Will y preferí dejar de pensar.

Fue ese fin de semana cuando los acontecimientos tomaron un rumbo inesperado. Inesperado al menos para mí, porque los cantos de sirena que en muchas ocasiones emitían mis amigas pocas veces surtían un efecto parecido. Pero, sin saber en aquel entonces por qué, me dejé seducir por un plan que a todas luces tenía que acabar mal.

—Marta, tienes todas las herramientas a tu disposición —sentenció Puri, mientras asistíamos a un concierto al aire libre en una colorida y céntrica plaza de la ciudad. Aprovechando el buen tiempo, ella, Lina y yo nos habíamos dado

cita allí para disfrutar de una dosis de música en vivo sin renunciar a sostener un buen vaso de calimocho en la mano.

—¿Qué herramientas? ¿Y a disposición para qué?

—Que sabes el día y la hora exactos en que Will visitará la editorial —aclaró Lina.

—Ya. ¿Y?

—¿Cómo que y? A estas alturas deberías tener decidido el vestuario con el que te plantarás allí y las palabras que le vas a decir perfectamente ensayadas —expresó Puri, como si la obviedad fuese excesiva—. Que tú eres muy de tartamudear en los momentos grandes.

—Gracias por la observación, tía maja —repliqué, refugiándome en el calimocho.

—Puri tiene razón —insistió Lina con tono dulce—. ¿Acaso vas a dejar pasar la ocasión que tanto estabas esperando?

—No sé, a lo mejor tengo que recordaros que no estoy invitada al extraordinario evento.

—Chorradas —zanjó Puri—. Nadie tiene que decidir por ti si debes ir o no. Llevan al americano allí porque es lo menos que les debe por el apoyo a su trabajo, ¿no? Pues tú eres uno de los pilares centrales de ese apoyo. Así que tu presencia es obligatoria.

—Bah —musité, aunque menos convencida. No dejaba de ser cierto lo que mis amigas decían—. No quiero darles la razón y quedar como una fanática desesperada.

—Para eso solo tienes que comportarte como no lo haría una fanática desesperada —observó Lina—. Sino como la traductora que eres.

Aproveché que los dos artistas que ponían música a nuestro debate habían finalizado la primera parte de su actuación para unirme a los aplausos. La plaza estaba casi abarrotada por gente joven, con cervezas, calimochos y otros derivados en la mano, charlando o riendo movidos por el clima caluroso y el ambiente acogedor que creaban los músicos.

Antes de que nuestra conversación se convirtiese en una nueva arremetida contra mis intenciones de dejar correr el tema Will, me anticipé y pregunté a Puri por su relación disparatada con el hijo de la clienta. Por suerte para nosotras y para los anales de los romances bizarros, había novedades.

—Me ha invitado a su casa.

—¿¿Qué?! —preguntamos Lina y yo al unísono, rociando con calimocho el

cogote de un grupito de chavales que teníamos delante.

—No estarás pensando en aceptar y meterte en la casa donde vive con su esposa, sus hijos...

—No —me interrumpió con seguridad—. Ya he ido.

—Puri, dinos que es una broma —suplicó Lina.

—No es una broma. Es amor —respondió, tan tranquila.

Intercambié una mirada de escepticismo con Lina. La Julieta dramática que habitaba en el interior de nuestra amiga estaba aflorando, y reclamaba un pedazo de escenario y focos apuntándola.

—Vamos a ver, ¿cómo que es amor? Eso es lo que tiene que sentir por la familia que ha creado.

—Oye, Marta, no me vengas con discursos de novela rosa —protestó—. El amor no es algo que se pueda controlar. Y tú lo sabes mejor que nadie.

—Por Dios, no intentes hacer pasar por amor la tontería de Will...

—Eso es amor, te guste o no reconocerlo. Y lo mío con Paco también.

—Paco —repitió Lina—. Además, se llama Paco.

—Sí, ¿qué pasa? A ver si ahora vamos a juzgar la validez de los sentimientos por el nombre de las personas.

—Paco es nombre de casado, Puri —observé—. De padre de familia. Si no se haría llamar Francisco, o Fran.

—Puri y Paco —pronunció Lina, conteniendo a medias una carcajada—: «Un amor entre dos mundos».

Traté de contener yo también la risa, pero el intento se tradujo en que me atragantase con el sorbo de calimocho y volviese a regar el lomo del grupito de delante. Esta vez sí se giraron y me miraron con reproche, y mediante gestos les pedí disculpas mientras trataba de respirar de nuevo.

—Sé que esas risitas nerviosas son fruto de la envidia —comentó Puri, restándole importancia—. Ambas pagaríais por vivir un idilio así, con un hombre como Paco.

—Ya —concedí—. Y, entonces, ¿habéis hablado de cuándo te irás a vivir con él? Perdón, con ellos, quería decir. ¿Dormirás en la cama con el matrimonio o te harán un hueco en la habitación de los niños?

—Espera, espera. Tu clienta, es decir, su madre, ¿vive también con la familia? Porque esto podría dar para telenovela —añadió Lina.

—Vaya, por lo visto tras el concierto había un recital de monólogos y no estaba anunciado —contestó Puri, hasta las narices—. Lástima que no hubiese

presupuesto para contratar a humoristas con gracia.

—Venga, menos hacerse la ofendida y más soltar por esa boquita —la instigué—. ¿Qué pasó en su casa?

—Vosotras queréis carnaza. Pues os adelanto que esto no va de una pasión desenfrenada y lujuriosa. Ya os he dicho que es amor.

—... ¿Tuvo un gatillazo? —aventuró Lina.

—¿Despertasteis a los críos? —agregué yo.

—Cretinas —rezongó, aunque no pudo ocultar una sonrisa de complacencia. Estaba disfrutando en el papel de protagonista—. Solo hablamos. Su mujer se había llevado a los niños a natación. Y no, la madre vive en otro barrio.

—¿Y de qué hablasteis? —insistió Lina—. ¿Utilizasteis el lenguaje corporal para comunicaros?

—Que no, pesada. Me preparó un cóctel fantástico, es un hombre atento y con muy buena mano.

—Ahí queríamos llegar —afirmé.

Puri soltó un bufido de desesperación y puso los ojos en blanco; en su defensa, he de reconocer que no se le da mal fingir emociones que exijan exasperación, exaltación, éxtasis...

—Solo hablamos. De muchas cosas distintas. Y luego de lo mucho que disfrutábamos en compañía uno del otro, y de que ambos queríamos que esto siguiese adelante.

—Muy bien. ¿Y qué significa exactamente «esto»?

—No es fácil de expresar, Lina. Pero nos queremos, esa es la verdad. Y queremos seguir conociéndonos.

—¿Y terminasteis ahí el bucólico encuentro, prometiéndoos una nueva cita a espaldas del resto del universo?

—Bueno, nos magreamos un poco antes de irme.

—¡¡Aaaahí está!! —gritamos de nuevo al unísono Lina y yo.

—Pero sin llegar a más —apuntilló nuestra amiga—. Lo nuestro es algo muy puro.

—Venga ya, guapa, lo único que tú tienes de puro es el nombre —replicó Lina.

—Es todo muy complicado. Él quiere a su familia, adora a sus hijos. Pero su matrimonio está... en un punto muerto, en mitad de un túnel cuyo final no podrá divisarse nunca.

—Apuesto a que esas fueron las palabras exactas que utilizó él —declaré.

—Y qué más da. Sé que es verdad, y que haberme conocido le alegra la vida. Y él me la alegra a mí, punto.

Tratamos de hacer ver a nuestra enamorada amiga que aquella relación no era tan pura e ideal como ella quería creer. Pero cuando alguien siente un flechazo de esa naturaleza está inhibido de poder escuchar palabras que lleven la contraria a sus certezas. Todas las personas, por desgracia, pasamos por una etapa así a lo largo de nuestras vidas. Si por algún motivo extraño le caemos mal a la suerte, tropezamos repetidas veces con la misma piedra, por mucho que nos duela. Por mucho que la reconozcamos y que anticipemos lo duro que será el choque.

Como habíamos asediado lo suficiente (por el momento) a Puri, dedicamos más atención a la segunda parte del concierto. El dúo acústico había dejado para ese momento las canciones más marchosas, incluyendo varias versiones populares de otros grupos que hasta un sordo podría reconocer. El público se fue viniendo arriba poco a poco, y terminamos todos pegando botes y acompañando los reconocibles estribillos a voz en grito. Para cerrar, sin embargo, quisieron despedirse con una balada mediante la que derrochar todo el «duende» que corría por sus venas. Habría sido una despedida más, de no ser porque vi que a Lina se le empañaban los ojos y trataba de encubrir su expresión con el cachi de calimocho, que a esas alturas ya estaba medio caldeado. No entendí muy bien aquella reacción. Sabía que era una apasionada de Alejandro Sanz, pero «Y solo se me ocurre amarte» no era una de sus canciones preferidas. Por mucha pasión con que la estuviesen interpretando, no estaba a la altura de un buen «Corazón partío» o «Y si fuera ella». O eso me parecía a mí.

Iba a preguntarle si se encontraba bien, pero el dúo ejecutó el acorde final y la gente comenzó a moverse de un lado a otro, buscando la salida del recinto como si esta fuese a caducar. Nos agarramos las tres de la mano para no perdernos entre la marea que ahora se dirigía a ocupar todas y cada una de las terrazas de aquella zona, uno de los barrios por excelencia de las cañas, el tapeo y, en definitiva, el *terraceo*.

Por no pecar de alternativas, seguimos a la muchedumbre y nos dejamos caer en las sillas de una terraza cercana. Allí seguimos charlando y bebiendo hasta que se hizo de noche.

El día siguiente, resaca mediante, lo dediqué a trabajar un poco. Era domingo y me merecía respetar el día santo, pero sentía una inquietud que me

impedía mantenerme ociosa. En contra de mi voluntad, no dejaba de pensar en que al día siguiente Will Cooper visitaría la editorial que tantas veces había pisado yo antes. Lo cual significaba que, muy probablemente, en esos precisos instantes Will ya habría llegado a España y aterrizado en la misma ciudad que habitaba yo. Quizá nos separasen tan solo un par de kilómetros de distancia, o incluso menos. Metros, unos cientos de metros de nada podrían ser la minúscula separación entre ambos.

Pero ¿qué más daba eso? A fin de cuentas, podía salir a buscarlo por las calles sin pausa y eso me convertiría en aquello que negaba ser. Una chalada de manual, obsesionada con un autor superventas cuyas historias me hacían lagrimear. ¿Para qué quería yo en realidad encontrarme con ese escritor? De darse esa situación, lo único que acertaría a decir serían dos o tres palabras mal chapurreadas y a continuación enrojecería o palidecería, según la respuesta que recibiese. Que de ninguna manera podría colmar mis expectativas. Yo no era más que una persona entre los miles de millones que existían en el mismo planeta. Él al menos era una personalidad reconocida por varios de esos millones. No podíamos movernos en la misma frecuencia, así que, aunque me lo encontrase por la calle, en un bar, o en la propia editorial, nuestro acercamiento sería imposible. Yo sería invisible, intangible para alguien como Will Cooper.

Esa noche me costó conciliar el sueño. No fue culpa de Belcebú, a pesar de que tampoco fue de ayuda que saltase cada dos por tres a mi cama y gatease de manera frenética por mi cara. Sabía que con mi inquietud lo estaba inquietando a él, y esa era su estrategia para intentar acallar mis turbulencias internas. Traté de convencerme una y mil veces de que de nada servía pensar en lo que pasaría en la editorial al día siguiente, de que aquello no sucedería. Que no debía importarme en absoluto, pues nada tenía que ver conmigo. Y, en mitad de esos pensamientos autoimpuestos y los restregones algo bruscos de mi gato, logré quedarme dormida.

Desperté antes de que la alarma del móvil sonase. Algo poco habitual. No recordaba la hora a la que había cedido al sueño, pero a pesar del pésimo descanso me sentía desbordada de energía. De energía o de alboroto. No había amanecido por completo cuando apuraba ya una taza bien cargada de café y tomaba una decisión.

Rebusqué sin mucha paciencia en el armario, implorando por encontrar algo que me pareciese adecuado. Cada dos segundos echaba un rápido vistazo a mi reloj de pulsera y sentía mi corazón latir más apurado. Sin demorarme más,

escogí la prenda que me resultó más conveniente. En el baño traté de cepillar y amaestrar esa melena que parecía pertenecer más bien a la de un león trasnochado; a mi pelo no le sentaba demasiado bien el roce nocturno con la almohada.

Me atufé un poco con perfume y salí de casa a la carrera. Eran las ocho de la mañana y todavía tenía que recorrer un buen trecho en metro. Me metí en el vagón antes de que las puertas se cerrasen, aunque no fui lo bastante rápida como para evitar que estas pillasen parte de la mochila que solía acompañarme a cualquier lado. Forcejeé todo lo que pude antes de que el transporte arrancase, pero no hubo manera. Allí estaba yo, a las ocho de la mañana, montando un numerito en pleno vagón de metro. Solo podía ser un vaticinio de lo que estaba por llegar. Por suerte, un hombre que estaba a un par de pasos se acercó y me ayudó con la terrible empresa. De un rápido y firme tirón logró quedarse con mi mochila en la mano, que luego me ofreció con gesto amable. Le agradecí varias veces la ayuda y a continuación me alejé varios vagones, deshaciéndome de las miradas socarronas y curiosas de la gente.

Cuando llegué a la entrada de la editorial, el reloj marcaba las ocho y treinta y cinco de la mañana. Sin concederme tiempo para pensar en lo que estaba a punto de hacer pulsé el timbre del interfono y me presenté ante el portero, quien ya me conocía y que por fortuna no debía de estar al tanto de que esa mañana nadie había solicitado mi presencia. Bajé las escaleras de manera atropellada, a punto de caerme en más ocasiones que escalones había, y ante la mirada desconcertada del portero. No me detuve hasta que caí en la cuenta de que estaba ya en la sala de trabajo, intentando mantener a raya los resoplidos que la falta de aliento me obligaba a expulsar.

Los allí presentes, en formación de semicorro, se giraron para contemplarme. Estaban Tita, Omar, el resto de editores, los de *marketing*, la de administración... Y frente a esa formación de abanico humano, dos personas que acababan de volverse para ver quién emitía aquellos jadeos extraños. Una era una mujer bastante menuda, vestida con un traje que le confería un extraño aspecto ceremonioso y con un corte de pelo a cepillo que acentuaba su mirada profunda y atenta. La otra era una figura que sacaba a la anterior dos cabezas. Un cabello rubio y sin un solo pelo descolocado, unos ojos claros e insondables, unos labios finos que escondían una sonrisa simétrica e inmaculada... Esa era la cabeza que sostenía un cuerpo visiblemente atlético, por mucho que una

impoluta americana y un pantalón vaquero de tono oscuro lo protegiesen de miradas que no merecían contemplar y gozar de tal panorámica.

Durante los primeros segundos no tuve ojos ni cerebro más que para contemplar embobada a Will. A Will Cooper. Ahí estaba: a unos metros de mí, confirmando que era real. Y tan real, tan atractivo, tan palpable, tan... Entonces comencé a sentir sobre mí el peso de todas las miradas que concurrían en la sala. Mirase hacia donde mirase, cada par de ojos me juzgaba con todo un recital de pareceres: curiosidad, asombro, duda, recelo... Eso sí, en ninguna mirada pude descubrir comprensión, aceptación o, yo qué sé, indiferencia misma.

Me obligué a dejar de resollar como si fuese una vaca pariendo, lo que provocó que me atragantase con el aire retenido y estallase en varios carraspeos poco sutiles. Los ojos se me pusieron un poco llorosos, y sentí verdadero pánico al pensar que el rímel podía empezar a hacer de las suyas por mi jeto abajo. Desgraciadamente, pronto tuve otras cosas en las que pensar que me hicieron olvidar esta posibilidad.

Will Cooper, el mismo Will Cooper, desvió su mirada de mi figura y le dedicó su atención a Omar, como exigiendo una explicación. Este, a su vez, miró a Tita, que en aquellos momentos parecía reacia a creer que la que acababa de irrumpir allí era la Marta Cruzado real y no un holograma muy logrado.

—Marta... vaya —dijo finalmente Omar, rompiendo un silencio que empezaba a ser incómodo para todos—. No te esperábamos.

—Sí —se arrancó la directora, como si escuchar a Omar la hubiese sacado de su ensimismamiento—. La editorial abre a las nueve. Omar, explícales a Will y su agente que se trata de una equivocación con respecto a la hora de una reunión...

Nada más decir esto, y antes de que yo pudiese abrir la boca al fin para hacer algo más que resoplar como una asmática desenfrenada, Tita se acercó a mí con paso rápido y se sacó de la manga una sonrisa que a duras penas podía esconder el nerviosismo que la poseía.

—Daniel —dijo a continuación, alzando el tono—. ¡Daniel!

El portero se presentó de inmediato en la sala, solícito.

—Acompañe a la señorita Cruzado a la salida, por favor. Ha habido una tonta confusión con la fecha de nuestra reunión.

El portero miró extrañado a la mujer que le daba la orden y luego a mí, como si aquel procedimiento le resultase un tanto absurdo. Lo era. A fin de

cuentas, ni una sola vez había tenido que acompañarme a una puerta que yo sabía perfectamente dónde estaba.

Por primera vez desde que había puesto un pie en la editorial esa mañana, sentí algo. Era una especie de comezón que se abría paso en mi estómago, un calor que se hacía mayor segundo a segundo. Me vi con ánimo de reaccionar. Me estaban echando. Había llegado allí, entrado en la sala y cruzado una mirada con él... Lo tenía a tan solo unos metros, y sin embargo estaban a punto de echarme. De privarme de algo que ellos mismos disfrutaban en aquellos momentos. De situarse en el mundo de Will Cooper, de hacerle saber de la existencia de cada uno. Pero la Marta que hasta entonces había sobrevivido a trompicones, la que tartamudeaba cuando la situación más aplomo requería, aquella que no estaba segura de merecer que, por una vez, algo bueno le pasase, volvía a ganar terreno. De un solo golpe, la persona que había salido de casa sin pensar dos, tres, cuatro veces lo que estaba a punto de hacer, se había esfumado. Solo quedaba un rastro de ella, como un vapor, al que intenté aferrarme. Pero se deshizo entre mis manos y, antes de ser plenamente consciente, un par de balbuceos se filtraron por entre mis labios.

Evitando prolongar aquella situación incómoda para todos, el portero apoyó amistosamente su mano en mi hombro y me invitó a acompañarlo escaleras arriba. La directora me dedicó una última mirada, como para cerciorarse de que aquella sí era la Marta que ella conocía y que no daría más problemas, que se iría con la cabeza gacha y los dejaría disfrutar de un momento irrepetible en la editorial.

Saqué fuerzas de sabe Dios dónde para componer una sonrisa de disculpa que diese a entender a Daniel, el portero, que yo misma sería capaz de subir las escaleras solita y largarme de un lugar que no me correspondía. Cada escalón que ascendí me pareció interminable, como si se estuviesen estirando a cada paso. A mis espaldas, los ruidos y voces sonaban cada vez más acolchados, distorsionados, como parte de un sueño amargo del que empezaba a alejarme, del que comenzaba a salir. Solo supe que aquello era real por la frescura de las lágrimas que ahora corrían con libertad, cruzando sin pudor mis mejillas. El ruido de la puerta cerrándose a mis espaldas sonó como si, más que una puerta, estuviesen tapiando un capítulo entero de mi vida. El capítulo en el que todavía guardaba esperanzas de poder merecer algo más que inseguridad, incompreensión y rechazo.

La mujer que sí conoció a Will Cooper

Sentí que me flaqueaban las piernas nada más avanzar un par de pasos en dirección a la boca de metro. A esa misma que minutos antes me expulsaba con urgencia y determinación. Tuve que apoyarme contra la fachada del edificio colindante con la sede de la editorial, como una niña tonta a la que su novio de hace dos días le hubiese dado calabazas.

Dejé de llorar no por no sentir ganas de continuar haciéndolo, sino por tratar de salvar un último pedazo de mi orgullo. Por suerte, a esas horas todavía no había demasiado trajín por las calles; la gente daba en sus casas el último mordisco a la rebanada de pan con tomate o el último sorbo al café con leche, o al red bull (según las necesidades de cada uno).

Rebusqué en la mochila de manera un tanto automática, sin dedicarle atención a lo que estaba haciendo, y provocando así que el contenido quedase todavía más revuelto (si eso era científicamente posible). Al final, mi mano dio con el paquete de clínex que buscaba. Solía llevar en la mochila también un pequeño espejo de mano, pero decidí que no quería contemplar lo que en esos momentos debía de ser mi cara. Tenía más que suficiente con imaginar su gesto perdedor, el rímel creando rutas discontinuas por mis mofletes, los párpados hinchados como bolsas de té rojo. Si en esos instantes Isabel Coixet hubiese estado rodando una película sobre el fracaso, habría encontrado en mí el plano que le hubiese valido el Goya, el Oscar y hasta el Pulitzer por haber registrado en imagen los efectos de una guerra. La patética guerra contra una misma.

Hice lo que pude por convertir un par de pañuelos en lienzos abstractos mediante la técnica de pintura posmodernista conocida como «si para esto vas a utilizar rímel, mejor quédate en casa». Esos momentos de limpieza facial sirvieron para lograr serenarme un poco. Inspiré y expiré un par de veces, en el

justo y apropiado momento en que un camión de basura pasaba de largo ante mis narices (mi suerte seguía en su línea), y emprendí mi camino de regreso a casa.

No di ni tres pasos antes de tropezar con uno de los baches que aquellas aceras ponían a disposición de todo transeúnte despistado o con prisa. Yo era de las que, cuando no entraba en una categoría, pasaba directamente a la otra. Algún día me presentaré en el Ayuntamiento y pondré una reclamación por escrito valiéndome de letras mayúsculas. A ver si así entienden que los torpes tenemos derecho a gozar de pavimentos sin obstáculos.

Por suerte para mí, el traspíe no me llevó al suelo. Solo hizo que me tambalease un poco y me agitase como si formase parte de una conga imaginaria. Sin embargo, pensé que mi tropezón no había pasado suficientemente desapercibido cuando sentí que una mano me agarraba del brazo y me ayudaba a adoptar una posición un poco más digna, más propia de un ser humano que de un *Pilopithecus* (yo también tuve que buscarlo en Google para poder darle nombre).

Al girarme para agradecer al ayudante espontáneo su amabilidad, me encontré con el rostro de Omar. Si en esos momentos empezaba a recuperar cierta sensibilidad (sobre todo en el tobillo que me había torcido con el socavón), todo se frenó de golpe. De no haberseme adelantado Disney, *Frozen* hubiese sido el título más adecuado para dar nombre a mi estado en aquel preciso instante. Porque por mucho que desease reaccionar de algún modo, estaba congelada.

En el gesto de Omar percibí una lucha de emociones. Quizá hubiese algo de reparo, de arrepentimiento, de expiación... aunque quizá solo se tratase de mi impresión desacertada, pensé mientras le devolvía la mirada incapaz de recobrar el control de mí misma. Quería darme la vuelta, largarme de allí antes de recibir una nueva oleada de daño y humillación, pero era como si estuviese clavada al suelo. Como si el socavón me hubiese apresado las piernas e inutilizado el resto de mi cuerpo.

—Marta... te necesito.

Pensé que había escuchado mal. Llegué a creer por un segundo que lo que había pasado en realidad era que me había desmayado a la salida de la editorial y todo aquello era fruto de la conmoción sufrida por el porrazo.

—Te necesitamos ahí dentro, Marta —insistió Omar, al ver que yo no reaccionaba. Cogió aire y volvió al ataque—. Soy el único que entiende y habla algo de inglés. Pero está siendo un desastre, parecemos una tribu de indios... No habíamos pensado en esto. Marta, necesitamos que nos eches un cable.

Necesitaban que les echara un cable. Pensé en escoger uno bien grueso, y atarlo alrededor del cuello de cada uno de aquellos traidores. Sé que Jesús hubiese hecho lo mismo con Judas de haber existido cables por aquella época. Sobre todo si el propio Judas hubiese acudido a él diciendo: «Eh, tío, acabo de traicionarte, pero antes de que te largues a palmarla necesito que me eches un cable».

No respondí nada a lo que Omar acababa de decirme. En primer lugar, porque no se me ocurría nada que decir. En segundo, porque en ese momento sabía que solo saldrían tartamudeos sin sentido por mi boca. Y el cupo de ridiculeces ya estaba cubierto por ese día.

—Marta, sé que no ha estado bien. Lo que hemos hecho ha sido ruin y no quiero hacerte creer lo contrario. Pero tú no eres así de miserable. Por eso te pido que, por favor, hagas de intérprete con Will. Antes de que se marche ofuscado y le dé por cancelar todo lo que hay montado. Si él mismo cree que no está ante una editorial sería no...

—Vamos.

Omar me contempló como si hubiese hablado en un idioma desconocido. La misma cara que se le tuvo que quedar a Frodo cuando le hablaron en élfico. Esta vez fue él quien pareció tartamudear, pero con pericia atajó ese titubeo y asintió con la cabeza, agradecido. Luego dio media vuelta y apretó el paso hacia la editorial, remarcando la urgencia de la situación.

Esta vez descendí los escalones sin sentir nada que se pareciese al apremio. No tenía ninguna prisa, ni la sensación de tener que llegar sí o sí hasta el interior de la sala. No miré a Daniel, ni al resto del equipo cuando volví al lugar del que me habían echado. Solo tuve ojos para él.

Intercambiaba algunas palabras con su agente y el rostro de ambos parecía evidenciar una especie de crispación que iba en aumento. Aunque los suyos eran gestos contenidos, el tono que pude distinguir nada más entrar no podría definirse con adjetivos como cálido o sedoso.

Esta vez, Tita se acercó con una sonrisa de alivio, como si no pudiese recordar nada de lo sucedido unos minutos antes y, sin embargo, llevase media mañana esperando verme aparecer por la puerta.

—*Güill, Güill* —pronunció como habría podido berrear un lechón—. *Shi, shi, da guerlll* —añadió, señalándome con la mano. Entendí que lo que quería hacerle saber es que yo era «la chica». La que salvaría su trasero y le evitaría seguir expresándose como una imitación barata de Chiquito de la Calzada.

Pero en ese momento ya todo me daba igual. Will interrumpió el diálogo con su agente y me miró directamente a mí. Tita me arrastró hacia él. El resto del equipo se había distanciado un poco, como disimulando la evidente incomunicación que allí se estaba dando. Solo les faltaba sacarse un yo-yo del bolsillo o esconderse tras una revista de crucigramas. Supe que tenía que dar un paso al frente. Armarme de valor, aunque no tuviese de eso. Aun así, tenía que hacerlo.

—Buenos días, Will —dije, sacando lustre a mi dominio del idioma anglosajón—. Es un placer conocerle.

Lo dije sin tartamudear, pero en un tono bajito. Aunque en inglés no se distingue entre el tratamiento de usted y el tuteo (una manera de no complicarse la vida y errar a la hora de dirigirse a alguien), yo pensaba en él como en un caballero. De la mismísima Orden del Imperio Británico. Por mucho que Will Cooper fuese más americano que la hamburguesa del McDonald's.

—Hola —respondió él con una voz firme que yo ya había escuchado en distintas entrevistas, pero que en vivo resultaba todavía más seductora—. ¿Tu nombre?

—Soy Marta. La traductora de sus novelas.

Will arqueó la ceja ante mis palabras, quizá porque esa era la primera noticia que tenía al respecto de mi trabajo. A mí me daba igual, no podía dejar de mirar sus ojos azules como el zafiro. Tenía la impresión de que, si observaba con fijación su cabello reluciente durante varios segundos, mis ojos terminarían ardiendo. De la misma manera en que sentía arder mis mejillas.

—Desconocía esa información —respondió, confirmando mi vaticinio—. Hablas bastante bien en inglés, aunque no me gusta mucho ese acento británico.

Will Cooper acababa de dispensarme algo parecido a un piropo. Cierto era que tenía tendencia a valerme del acento *british* a la hora de expresarme con el idioma, quizás porque me resultaba más complicado y, por tanto, se me planteaba como un reto dominarlo. Pero por el modo en que Will mencionó ese detalle, tampoco parecía molestarle demasiado. Por lo tanto, me quedé con la idea principal: había estado a puntito de halagarme.

Como en todo cuento de hadas, las cosas no podían resultar sencillas y preciosas desde el primer encuentro entre el príncipe y la princesa. La directora aprovechó que el hielo se había roto ya entre ambos para reconducir la situación incómoda que había requerido de mi presencia.

—Marta, estábamos tratando de explicarle el sistema de distribución con

que trabajamos y también todos los detalles de la publicación de su novela —se apresuró a contarme, pero mirando a Will.

Y así fue cómo al momento siguiente estaba haciendo de traductora simultánea de la jefa, que no paraba de soltarme datos y aclaraciones sobre las previsiones de venta, los estudios de mercado sobre el público de Will, los comentarios y correos que recibían alabando su obra y dedicándole toda clase de piropos y deseos... Fueron más de diez minutos en los que yo misma terminé aburrída. Will también iba torciendo el gesto a medida que la información salía por mi boca como si fuese un muñeco automático, pero la presión por no perder el hilo de todo lo que Tita me comunicaba me dejaba poco margen para hacer otra cosa. No obstante, la agente de Will mantenía su expresión atenta de manera estoica. Ella sí parecía interesada en todo lo que yo vomitaba sin apenas pausa.

—Bien, creo que es suficiente —soltó Will de repente, haciendo un gesto con las manos para que su deseo fuese interpretado al instante por todos los presentes—. Se nos echa el tiempo encima. Tengo que prepararme para las entrevistas.

Lo dijo como si aquel fuese un argumento imposible de rebatir por nadie, pero luego me dedicó una sonrisa de complicidad que hizo que me temblaran las piernas. Aproveché para cambiar de postura y tratar de disimular el inoportuno espasmo.

Will se valió de mí para comunicarles a los demás, muy escuetamente, que había sido un gusto conocerles a todos. A la invitación de volver a la editorial con más calma, que Tita me hizo trasladarle antes de que se marchase, contestó alegando que tenía la agenda comprometida en los próximos cuatro días que pasaría en la ciudad.

Y así, sin más miramientos, Will abandonó la sede acompañado de su inseparable agente. Salían ya de la sala, hablando entre sí, pero pude captar entre sus palabras un «¿de verdad era necesario esto?», que Will formuló con severidad a su acompañante.

En cuanto el ruido de la entrada principal cerrándose sonó más allá de las escaleras, la sala de trabajo cobró vida repentinamente. Algunos intercambiaron rápidos y confusos pareceres entre sí, otros parecieron olvidar lo sucedido y se acercaron a su escritorio para ponerse al día con sus cosas. Yo no había tenido tiempo ni de pensar por mí misma. Me costaba creer que todo había sido real. Que, después de salir humillada y con el alma quebrada de allí, hubiese terminado hablando cara a cara con Will Cooper. Soltándole una sarta de datos y

referencias que poco o nada le importaban, sí, pero sin tartamudeos, sin gallos o temblores traicioneros. Me había presentado como su traductora y él había alabado incluso mi nivel hablando en su lengua.

Como un acto puramente instintivo, me encaminé hacia la salida sin despedirme de nadie. Mi función había terminado y antes de que el regusto dulce que se me había pegado al paladar me fuese arrebatado por nadie, lo mejor sería abandonar la editorial sin levantar ruido. Pero no fui tan rápida y discreta como para pasar desapercibida ante Omar. Apretando el paso, me llamó y me dio alcance.

—Marta. Gracias, de verdad. Nos has sacado de un apuro.

—Bueno, he hecho de traductora, que es mi trabajo.

—Sí. Y, oye, al final has conocido a Will, como querías —añadió, tratando de convertir el diálogo en algo desenfadado.

Asentí con la cabeza, sin abrir la boca. Si se creía que iba a olvidar el trato que me habían dado, él en particular, lo llevaba claro. No necesitaba escuchar disculpas o justificaciones de su parte; simplemente, no había nada que hablar. Y así se lo hice saber mediante mi silencio.

Omar se quedó un poco contrariado, sin entender del todo mi comportamiento. Quizá tuviese que dibujarle un croquis para echarle una mano con el asunto.

—Te... te sienta muy bien ese vestido —dijo, tras una pausa—. Cuando te he visto entrar...

—¿Tienes algo que decirme sobre trabajo o puedo irme ya?

Por segunda vez en lo que iba de día, mis habituales vacilaciones parecían concederme una tregua. Después de sufrir un varapalo tan grande, mi inseguridad se encontraba en estado de shock, en una especie de *standby* que empezaba a rezar por que fuese infinito. Omar se limitó a menear la cabeza, aceptando que nuestra conversación se había terminado. Lo saludé con toda la indiferencia que pude mostrar y ascendí las escaleras, esta vez con la cabeza más alta.

Esa misma tarde recibí una llamada de Tita. En los cinco o seis minutos que duró la conversación no nombró ni una sola vez la palabra «perdón», u otros equivalentes como «disculpas» o «remordimiento». Se concedió la debilidad de darme las gracias por haberles sacado de tal apuro y pasó a hablarme de cómo había sido conocer a Will, como si yo no hubiese estado allí. Al darse cuenta de que yo no estaba por la labor de seguirle el rollo, cambió de asunto y me refirió

los datos de la nueva novela que querían encargarme. Tomé nota de todo ello de manera displicente y acepté el encargo. Entre eso y lo de la editorial pequeña tendría al menos unos meses tranquilos en los que no preocuparme por el estado de mi cuenta bancaria.

Tras terminar la llamada, decidí que debía hacer otras. Así que les conté a Puri y a Lina todo lo que había pasado aquella mañana. En un principio solo tenía pensado centrarme en lo verdaderamente importante: lo había conseguido. Había conocido a Will Cooper. Pero a medida que hablaba con ellas y recibía de vuelta su alegría por mi buena fortuna, sentí que no estaba siendo del todo honesta. Que las estaba engañando a ellas y a mí misma. Porque no todo había sido como el final de una película romántica *made in Hollywood*. Había sufrido también una humillación que todavía me pesaba recordar, había cargado con el peso de un desánimo que a punto había estado de aplastarme.

Y les conté también todo eso. Ellas me escucharon con atención, con comprensión. No trataron de restarle importancia, de reducirlo a algo insustancial. Pero también me hicieron ver la parte buena de todo ello. A pesar de los reveses, yo había plantado cara. Había mostrado firmeza cuando el momento lo había requerido. Y, sobre todo, decencia. Así que tenía motivos para sentirme satisfecha, incluso contenta. Además, a eso había que sumarle el placer incomparable de haberle visto a él. De haberle hablado, de haber sido cómplice de su tedio. Sí. Tenía motivos para aferrarme a lo bueno de aquella jornada. Esa noche me fui a la cama con esos pensamientos, que seguramente fueron la razón de que durmiese del tirón y me despertase la mañana siguiente con una extraña, pero placentera sensación de alegría.

Por supuesto, como para tratarse de la vida de Marta Cruzado ya había sobrepasado el cupo acostumbrado de experiencias positivas, a primera hora del día siguiente recibí la llamada de mi madre.

—Esta tarde. —Mi madre parecía haber aprendido un nuevo modo de saludar.

—¿Es un acertijo?

—No. Es un compromiso —respondió, tajante.

—Va a resultar que tienes una hija tonta, porque no te sigo.

—Me debías algo, ¿recuerdas? Así que esta tarde quedamos y te presento a Lena.

—Ah... eso. Ya.

Sí, había olvidado por completo a Lena. O quizá no por completo, pero

cada vez que mi mente viajaba a esa nueva relación de mi madre con una chica joven que la llevaba a dar alegres paseos por mi barrio no sabía qué pensar. Y como ya tenía yo suficientes cosas con que marear las pocas neuronas útiles que habitaban mi cabeza, prefería no deslizar mi atención hacia ese terreno. Pero parecía que había llegado el momento de hacerle frente al compromiso adquirido.

—A las seis de la tarde te viene bien, ¿verdad?

—Bueno, si tú lo dices...

—No quiero que te escaquees más —replicó mi madre—. Ya te he dicho que quiero que la conozcas. Es una persona con una mentalidad que rebosa energía y optimismo, justo lo que falta en tu vida.

—Oh, vaya, gracias. Ya me dirás cuánto te debo por esta sesión intensiva de psicoanálisis.

—No te hagas la ofendida. Sabes que llevo razón.

—¿Te he dicho ya que he conocido a Will?

—¿Al escritor ese por el que sientes una obsesión enfermiza?

—Eh, sí, madre. A ese mismo...

—Qué interesante. Pues esta tarde nos lo cuentas.

—De hecho, esta tarde es la presentación de su libro. Sería conveniente que su traductora española estuviese presente —insinué, probando suerte.

—Pero si ya lo has conocido. Qué más quieres. Va a pensar que efectivamente eres una acosadora —gruñó mi madre—. Que no te escaquees, Marta. Esta tarde ya la tienes ocupada en nuestra compañía.

Seguía sonándome raro que mi madre utilizase el «nosotras» para referirse a sí misma, lo cual evidenciaba lo lejos que andaba yo de asimilar su nueva situación. Iba a ser una tarde extraña, lo veía claro como las aguas del Mediterráneo. Extraña e incómoda. Y encima me iba a perder la presentación de Will. Cierto era que no tenía del todo claro asistir a ella; ya lo había conocido, y en el evento estarían presentes Omar y el resto del equipo, a quienes no me interesaba especialmente volver a ver. Pero no asistir a la presentación era una cosa y sustituir ese plan por el de quedar con mi madre y su amante era otra bien distinta...

—A las seis, entonces —selló mi madre, como si yo hubiese aceptado—. Paso a recogerte. Verás qué a gusto vamos a estar.

«Tengo mis dudas», pensé, aunque opté por callarme. Nos despedimos y me quedé un rato con el teléfono en la mano, pensando en la tarde que se me venía

encima.

Belcebú me sacó de mi ensimismamiento al salir catapultado de detrás de un sofá y aferrarse a su juguete preferido, mi pantorrilla. Lo agarré y lo acuné en mi regazo, a pesar de que se revolvía sin parar.

—Qué te parece si te ponemos mi ropa y haces de mí esta tarde, ¿eh? —le pregunté, en un intento desesperado por engañar a un gato.

Como si hubiese entendido a la perfección mis intenciones, Belcebú soltó un bufido largo, amenazándome con una de las caras tan feas que a veces era capaz de poner. Volvió a revolverse con ímpetu, tratando de zafarse, así que lo dejé campar a sus anchas por el sofá. Como todavía era temprano, dediqué el resto de la mañana a trabajar. Al menos así no perdería todo el día.

Mi madre pasó a recogerme un cuarto de hora antes de lo establecido. Eso si entendemos pasar a recoger por apretar el timbre del portal infinitas veces hasta que descolgué el telefonillo. Me hizo terminar de prepararme a un ritmo frenético, y bajé a la calle para comprobar que vestía con una indumentaria que «trataba» de hacerla parecer veinte años más joven. La imagen me dejó boquiabierta. No todos los días (y a Dios gracias por ello) ve una a su madre vistiendo unos shorts vaqueros ajustados con una blusa blanca medio transparente que deja entrever el sujetador oscuro que lleva debajo. Para rematar la estampa, ocultaba su mirada tras unas gafas de sol que le cubrían medio rostro, mientras un sombrero de paja coronaba su melena.

—Mamá, ¿qué haces?

—Si ya lo sabía yo —declaró, agitando la mano—. No puedes ver a tu madre tan juvenil sin que te asalten los prejuicios.

—Qué prejuicios ni qué leches —me defendí—. Es solo que... Bueno, es raro verte así.

—Así, ¿cómo? ¿Deslumbrante? ¿Juvenil? ¿Segura de mí misma?

—Vale, lo que tú digas. ¿Adónde vamos?

—A comernos el mundo, hija —contestó, en su papel de adolescente idealista—. Aunque empezaremos por una napolitana en una repostería muy coqueta que hay a un par de calles. He quedado allí con Lena.

Allá nos fuimos las dos. Mi presión aumentó en cuanto enlazó su brazo al mío y caminamos de ganchete. Yo no sabía ya ni dónde meterme. Quería que me devolviesen a mi verdadera madre.

—¿Estás bien? —pregunté, poniendo especial cuidado en que mi tono no resultase ofensivo.

—Claro que estoy bien. No hace falta más que mirarme para saber lo bien que estoy.

Preferí que terminase ahí la explicación, así que me limité a avanzar a su paso en silencio. De vez en cuando examinaba a los transeúntes que nos cruzábamos en busca de una expresión de escepticismo o muecas de carcajadas contenidas, pero el mundo parecía marchar ajeno a las pintas de mi madre.

Pronto llegamos a la repostería que había nombrado. Era un local pequeño, bastante coqueto, con una miniterraza de tres mesas. Todo el mobiliario, tanto interior como exterior, se valía de unas tonalidades azuladas que dotaban al lugar de vida en mitad de aquella calle. Las tres mesas estaban ocupadas, y entonces vi cómo se levantaba la figura de una joven mujer que esperaba sola en una de ellas.

La reconocí al instante. Era Lena. El vestido floreado que llevaba puesto marcaba su silueta joven y cuidada, dándole un aire de vitalidad que quedaba más que asentado en cuanto sacaba a relucir una amplia y espontánea sonrisa.

—Marta, esta es mi querida Lena —anunció, con un deje tembloroso en la voz. ¿Se estaba emocionando al presentar a su hija o al presentar a su querida?

Lena me saludó con una efusividad que no pareció fingida. Se la veía con mucha energía, radiante, como si el mundo fuese un lugar lleno de florecillas silvestres y con aroma a canela. Le resultaba sencillo olvidar el humo que escapaba por los tubos de escape de los automóviles o los contenedores rebosantes de pañales de bebé que había en cada calle. Yo traté de devolverle la sonrisa con la misma naturalidad, aunque los nervios me traicionaron un poco y quizá mi gesto terminase guardando un mayor parecido con el de un crío que mordisquea por primera vez un limón.

—Es un placer, Marta —dijo Lena, mientras tomábamos asiento—. Sonará a tópico, pero tu madre me ha hablado mucho de ti.

—Ah... ya —respondí, apurada—. Solo falta saber si eso es bueno...

—Cómo no va a ser bueno —replicó mi madre—. Le he contado todo, todito de ti. Lena ya te conoce casi tan bien como yo.

Sentí que la cara me empezaba a arder, a pesar de que aquella tarde el sol no calentase con particular intensidad. Me refugié tras una de las cartas que había en la mesa, fingiendo un repentino interés por el repertorio de pasteles que tendrían en aquel establecimiento. Por suerte, no tardó en aparecer un chico que tomó nota de nuestros pedidos. A los cinco minutos, las tres soplábamos nuestros

café hirviendo y mirábamos con lujuria los diferentes bollos que íbamos a engullir.

—Tu madre me ha contado —mencionó Lena, para romper el hielo— que el trabajo te crea algunos problemas.

—¿Qué? ¿Cómo que me crea problemas?

—Vamos, Marta. Ya te he dicho que con Lena puedes abrirte. Deberías, de hecho. Te conviene para enderezar un poquito tu vida.

—No te preocupes —alegó Lena, restándole importancia—. A mí hay cosas del trabajo que tampoco me entusiasman. Es ley de vida. Pero la clave consiste en transformarlas en algo distinto.

—Ajá... —convine, confundida— Y ¿a qué te dedicas tú?

—Soy *coach*. Y profesora de yoga.

Entendido. Mi madre me había arrastrado ante una persona que equilibraría mis chacras y me haría un lavado de cerebro para ver *la vie en rose*. Qué maravilla.

—No temas —añadió Lena, leyendo mis pensamientos—. No estoy aquí en calidad de instructora. Solo en calidad de amiga de tu madre.

Mi madre le dedicó una mirada de devoción y le cogió una mano. Desvié la vista y me llevé a los labios con apuro el café ardiendo; el efecto instantáneo fue escupir el sorbo diabólico sobre mis vaqueros y parte de la mesa.

—¿Ves? —dijo mi madre, con toda la calma del mundo—. Este tipo de cosas están motivadas por el estrés. La falta de una estabilidad laboral que genera una vida solitaria y errante que...

—Oye, tenía entendido que la *coach* era ella, no tú —protesté, mientras trataba de limpiarme el pantalón.

—No le hagas caso —declaró Lena—. Pero cuéntame, ¿cómo es eso de traducir obras y textos de todo tipo?

Comencé a responder a regañadientes, prevenida de estar dando información a una persona que segundo a segundo me estaría evaluando, pero el gesto de interés de Lena resultaba tan natural, parecía tan interesada por lo que yo contaba, que terminó contagiándome de su entusiasmo. En un par de ocasiones comprobé de reojo la mirada complaciente de mi madre, pero eso no me detuvo.

—Vaya —concedió mi oyente, una vez hube terminado mi extenso monólogo—. Está claro que trabajas en lo que te gusta.

—Así es —asentí, mirando con intensidad a mi madre.

—Pues hay que reconocer, Marisa, que te preocupas demasiado por Marta. No está descarriada, ni mucho menos.

—¿Cómo que descarriada?

—Bueno, bueno —dijo mi madre, como si la cosa no fuese con ella—. Era una manera de expresarlo.

—Preocuparse en exceso por sus hijos es un rasgo habitual en una madre —continuó Lena—. De hecho, es un signo evidente del amor que sienten por ellos.

—Ah, ¿que lo que siente mi madre por mí es amor?

—No seas así —protestó mi madre, mientras masticaba parte de su napolitana—. Claro que te quiero, por mucho que te empeñes en hacer las cosas al revés de como te digo que las hagas.

—A lo mejor tiene que ver con que es mi vida —contraataqué, algo molesta—. Yo no te digo a ti si hay que vivir o no con una jauría de animales en casa, si tiene sentido cambiar de orientación sexual repentinamente y a una edad tan...

Interrumpí mis propias palabras al momento. Mi madre y Lena cruzaron una mirada silenciosa mientras yo me aferraba a la taza de café y lo bebía de un solo trago. Seguía caliente, pero aguanté estoicamente que mi esófago se estuviese abrasando. Logré contener las lágrimas salvo una; la muy capulla decidió que era buen momento para salir a escena. Por supuesto, esa insurgente, irrisoria y solitaria lágrima no pasó desapercibida para ninguna de mis dos acompañantes.

—Marta, ¿te encuentras bien? —El tono de mi madre revelaba una preocupación real, mezclada con una ávida curiosidad también real.

—Sí, sí —respondí con rapidez, entre toses—. El café, que pensé que ya se había enfriado.

—Oye, si tienes algún tipo de dilema —me dijo Lena, con suavidad—, quiero decirte que como amiga de tu madre estoy aquí para escuchar todo aquello que necesites decir. No te lo guardes, Marta. No te hagas más daño.

Levanté la vista y la observé con expectación. ¿A qué venía eso? ¿Se refería al dilema de aceptar que mi madre, que me había engendrado después de su noche de bodas con Moncho, estuviese saliendo con una *coach* profesora de yoga solo un par de años mayor que yo?

—No, no, no. No es ningún dilema... Quiero decir, para nada soy intolerante, eh. Yo... esto, yo acepto que cada uno, pues eso, lleve la vida que quiera vivir. Y que lo disfrute. De eso se trata, ¡sí!, de disfrutar. Y hay que hacerlo, pues eso, como cada uno sienta que debe hacerlo... ¿No?

Mi madre y Lena volvieron a cruzar una mirada que me hizo sentir todavía más miserable, si es que eso era posible. En mi interior, estaba rezando varias avemarías del tirón para que mis ruegos fuesen escuchados y la tierra me tragase. Eso era lo que quería: que la tierra me tragase y poder desaparecer de la faz del universo. Así al menos evitaría seguir haciendo un ridículo tan monumental.

—Marta, cielo... ¿Hay algo que le quieras contar a mamá?

Que mi madre se acabase de dirigir a mí en el mismo tono con que me metía en la boca las cucharadas de los potitos veintitantos años atrás fue el colmo. No podía experimentar un bochorno mayor que el de que ella y su amante me trataran como una cría pequeña que no puede entender una relación de amor entre dos mujeres. Me zampé el cacho de cruasán relleno de nata que me quedaba para endulzar una boca que sentía reseca, e inspiré hondo.

—Mamá, lo único que quiero decir es... que lo importante es que tú seas feliz.

—Claro, hija. Y que tú lo seas también, por eso me preocupo por ti. Así que, si hay algo de lo que necesites hablar, algún cambio en tu vida que no esperábamos, pero que a mí me empieza a encajar por completo y...

Lena le dio unas discretas palmaditas a mi madre en la mano para que se callase, aunque a mí no me pasaron desapercibidas. Me pareció extraño, aunque pensé que quizá era Lena la que ahora se sentía un poco violenta o incómoda con la situación. No tanto por el tema como por el desarrollo accidentado que estaba teniendo. Para no hacerle pasar un mal trago, busqué la manera de desviar el tema de conversación hacia lo primero que se me ocurriese. Así que al cabo de un rato habíamos olvidado la absurda conversación y hablábamos de Will Cooper, ya que Lena era una fiel seguidora de sus libros. Le conté cómo era en persona, cómo había sido hablar con él, y hasta me permití hacerle algunos pequeños *spoilers* de su nueva novela, que ella no había comprado todavía. Contagiada de nuevo por su entusiasmo, estuve a punto de proponerle que nos fuésemos juntas a la presentación de su libro. Pero lo descarté en el último momento. Era un poco precipitado hacer ya planes con la pareja/novia/amante de mi madre como si nos conociésemos de toda la vida. Así que tras una larga charla hablando de todo un poco (para la que tuvimos que pedir una nueva ronda de cafés y bollería que iría directa a nuestras cartucheras), nos despedimos en aquella terraza. Mi madre, a la que no había abandonado un gesto de duda desde el incómodo diálogo, se ofreció a acompañarme a casa, pero insistí en que no era necesario, así que se fue con Lena.

Llegué a casa con una extraña sensación en el cuerpo. Había acudido a la cita con la certeza de que sería una trampa, un compromiso en el que cada segundo que pasase me haría sentir no solo incómoda, sino perdida. Pero Lena era una chica encantadora, y a mi madre se la veía muy a gusto en su compañía. Así que, por una parte, tenía la impresión de que mi madre me veía como a una niña pequeña incapaz de tomar las riendas de su vida (así parecía describirme en presencia de terceras personas) pero, al mismo tiempo, me sentía contenta por asimilar con facilidad su nueva situación, su nueva vida. Aunque ella no parase de hacerlo conmigo, yo no quería ser alguien que la juzgase. Solo quería lo mejor para ella. Y, después de todo, quizá Lena tuviese algo de razón y los continuos asedios y consejos cansinos de mi madre solo fuesen producto de su preocupación y amor por mí. Aunque mezclar preocupación y amor diese como resultado a una madre un poco pelma.

Después de ponerme cómoda (es decir, en bragas y con una camiseta talla XL a modo de camisón), me preparé una ensalada ligera aderezada con un par de copas de vino y cené en el salón. Vi una nueva entrega de *Encuentros en la tercera copa*, que me obsequió con una cita entre una veinteañera adicta a subir fotos a Instagram (una media de treinta y cinco al día) y un estudiante de filosofía. En esas estaba yo, riéndome de la ristra de aforismos con que el chaval pretendía censurar y seducir al mismo tiempo a su pareja, mientras esta no paraba de colgarse de su cuello para que ambos saliesen en el encuadre de su smartphone.

Sonó en ese instante mi móvil, y vi en la pantalla un número que no tenía registrado. Por un momento pensé que me llamaban del programa de la tele, para que intentase adivinar si la cita acababa bien o mal y poder entrar así en el sorteo de un lote de ensayos de Aristóteles y una cámara réflex. Cogí la llamada riéndome yo sola al imaginar eso.

—¿Hola? —saludé, mientras terminaba la segunda copa de vino.

—Buenas noches, ¿hablo con Marta? —preguntó una voz firme y cálida en un perfecto inglés con acento americano.

Por segunda vez en lo que iba de día, escupí lo que acababa de llevarme a los labios. A este ritmo iba a terminar con un máster en Expulsión de Brebajes Sin Flema. Esta vez el objetivo alcanzado fue el pobre Belcebú, que descansaba recostado sobre la alfombra, y que como un resorte se levantó y bufó mirándome con odio contenido. En otra situación me hubiese sentido fatal, pero estaba en

estado de *shock*. Había reconocido al instante la voz que acababa de hablar al otro lado de la línea.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó esa misma voz, a punto de provocarme un parraque.

—Ho... ho, ho... —intenté articular, sonando como una parodia ridícula de Papá Noel—. Hola.

—¿Marta, eres tú?

—Sí... sí. Soy Marta.

—Qué tal. Soy Will. Will Cooper.

«¿No jodas? No lo hubiese adivinado nunca», pensé, aunque ese pensamiento se entremezcló con otros miles que me rondaban la cabeza a todo trapo, amenazando con hacer saltar mi cerebro en cien mil pedazos. Intenté contenerme, sobre todo por respeto a Belcebú, que ya había tenido suficiente con el vino y recibiría de mala gana que lo embadurnase con mis sesos.

—Ho... hola Will. Qué sorpresa.

—Espero que no te moleste mi llamada.

—¿Molestar? ¿Tú? Quie... quiero decir, no me molestas. No, no. En absoluto... ¿Ha pasado algo?

—Verás, hoy ha sido la presentación de mi novela.

«Mierda», pensé esta vez. «Mierda, mierda, mierda». Me iba a reprochar el no haber asistido a su gran momento. ¿De verdad había fastidiado la ocasión de merecer el respeto de Will Cooper tomando una decisión tan desatinada? Por supuesto, a la cita habrían acudido todos y cada uno de los miembros que componían el equipo de la editorial. Hasta el portero, podía apostar. Y Will habría pasado lista. Con un rápido e intuitivo vistazo. Y... ¿quién faltaba allí? ¿Quién, según su interpretación, no había considerado suficientemente digna la presentación como para asistir a ella? Bingo. Marta Cruzado. La traductora.

—Ah... Sí. Sí. Verás... Lamentablemente no pude estar presente porque, porque...

—Has sido la única persona sensata —declaró, antes de que yo pudiese encontrar alguna excusa que no sonase a mentirijilla de crío de primaria.

—¿Cómo?

—Yo he ido porque era el escritor y tenía un compromiso firmado por escrito —alegó. Mientras decía esto, pude imaginar una media sonrisa dibujada en su cara, y un escalofrío tórrido me recorrió el espinazo de cabo a rabo—. Pero

estas celebraciones son siempre un martirio. El sacrificio que todo autor debe hacer por evitar ver su obra maltratada.

—Eh... Ya. Desde luego.

No sabía muy bien cómo interpretar sus palabras. Yo, que era intérprete. De sus trabajos, además. ¿Estaba disculpando mi ausencia? ¿O quizás trataba de tenderme una trampa para acto seguido reprenderme por mi desprecio hacia su creación?

—Lo cierto es que, aun así, tenía la esperanza de que nos encontrásemos en la presentación —continuó—. Como no fue así, le pedí tu número a Omar. Confío en que esta manera de proceder no te parezca inapropiada.

—Pues... la verdad es que no. No es... inapropiada. No, en absoluto. Qué va. —Hice una pausa, con la intención de poder aportar algo a la conversación que significase más que «sí» y «no»—. Eh, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte?

Will se tomó unos segundos antes de contestar. Reconocí que aquello era una pausa dramática. La calma que precede a una tempestad. Estaba al caer el rapapolvo que un escritor de talla internacional tenía reservado a la traductora que le había hecho un desplante.

—Eso quería saber —dijo, tras los instantes de tensión muda—. Mañana concedo las últimas entrevistas. Ha surgido la posibilidad de hacer varias más desde que he llegado, pero yo soy escritor, no conferenciante. Así que hasta el viernes tengo tiempo para conocer un poco esta ciudad. Mi pregunta es, ¿habría oportunidad de que fueses tú quien me enseñase alguna de las cosas que vale la pena ver o hacer por aquí?

Atención: ¡alerta en el sistema neuronal! Repetimos: *¡alerta en el sistema neuronal!* Esa era la única voz que escuchaba yo en el interior de mi sesera, acompañada de ruidos de sirenas, como si un camión de bomberos corretease de un lado a otro por mi cerebro. ¿Will Cooper acababa de sugerirme que ejerciese de guía para él? No. Negativo. No lo había sugerido: lo había preguntado con total claridad.

—Marta, confío en que sigas ahí —pronunció con alguna duda, después del silencio prolongado en que yo me había sumido gracias a mi cortocircuito neuronal.

—Will... eh, per, perdona. Estaba... esto, sí, estaba comprobando... ¡mi agenda! Eso es. Mi disponibilidad para, pues, para saber si podría ser. Si podría ser que yo, bueno, que yo haga de guía para ti y...

—No quiero una guía —dijo con naturalidad—. Sino alguien que me

acompañe, con quien pueda disfrutar de la ciudad estos días.

—No una guía, claro, claro —repetí, como si a base de pronunciarlo una y otra vez pudiese convencerme a mí misma de su significado—. Compañía, eso es. Alguien que te acompañe.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —repetí, como un loro automático, y al instante me arrepentí de hacerlo.

—¿Puedo contar contigo?

—Por... supuesto, Will —logré articular al fin. Cerré los ojos, respiré hondo y me concentré en responder sin caer en tartajeos—. Será un placer acompañarte.

La traductora que se convirtió en la envidia de Cenicienta, Blancanieves y demás pedorras

Como traductora que soy me he encontrado a lo largo de estos años con un sinfín de historias cuyas protagonistas no son más que princesas Disney llevadas a una época actual. Es normal: ¿quién no ha querido ser en algún momento de su vida (sea este a los cinco años, a los quince o a los setenta y cuatro) una Blancanieves, una Bella Durmiente, una Ariel? Todas hemos soñado alguna vez con que un príncipe (entiéndase por príncipe un tío macizo, decente y sin ninguna intención de quebrarnos el corazón en cuantos pedazos pueda) nos despierte mediante un buen beso; con lengua, sin lengua... detalles menores. Pero, después de todo, esas son las fábulas con que hemos ido creciendo, los relatos que nos han leído en voz alta, que nos han enseñado en el colegio, que se han adaptado una y otra vez sin descanso en variopintas versiones cinematográficas, literarias o teatrales.

Es así. Nosotras somos las protagonistas del relato, sí, pero dependemos de la aparición de un príncipe que convierta nuestra miserable existencia en una vida de ensueño. Y aceptamos el rol; después de todo, no pinta tan mal que la rescaten a una, ¿no?

Por eso cuando recibí la llamada de Will me sentí por encima de cualquier princesa de cuento. ¡Jódete, Pocahontas! Aunque envidie tu bronceado, tu larga y resplandeciente melena, lo bien que luces aun vestida sencillamente con un saco... Yo he conseguido atraer la atención de mi propio John Smith. ¡Y es una versión mejorada del tuyo! Mucho menos bruto, más intelectual... ¡Es un escritor superventas!

Eso pensé, y recuerdo haberlo expresado en voz alta, ante la mirada de aborrecimiento que me dedicó Belcebú, a quien mis gritos y saltitos le importaban bien poco. Para mi adorable gato, el significado de importar mutaba

en el de importunar. Acababa de ascender a velocidad vertiginosa a la cima de la clasificación Disney. En la Fórmula 1 de las princesas de cuento se había colado una protagonista imprevista: Marta Cruzado había adelantado por la izquierda a Cenicienta, había saltado por encima del coche de Rapunzel y le había ganado un pulso en plena carrera a la mismísima Mulan (vale, no entiendo mucho de Fórmula 1).

Mi corazón latía desbocado momentos después de despedirme de mi caballero norteamericano. Así se debía de sentir la felicidad, la verdadera dicha. Eso, o estaba a punto de sufrir un infarto. Decidí que me vendría bien sentarme, por no forzar la segunda de las posibilidades. Los saltitos estaban bien cuando una era *runner*, no cuando su rutina de ejercicios consistía en acariciar la botella de vino o saborear un Puerto de Indias.

Conseguí serenarme un poco, aunque a cada minuto era incapaz de contener un «¡Vamos!», que acompañaba alzando el puño; verlo en Rafa Nadal sería una sensación de subidón tremenda, pero tengo claro que en mí el gesto podía resultar algo poco menos que ridículo. Claro que, en el estado de éxtasis en que me encontraba, daba igual. Además, solo podía verme Belcebú, quien ya había renegado de tal espectáculo y se había retirado a la cocina.

Traté de concentrarme, ahora venía la parte en que tocaba ponerse seria. Porque sí, Will Cooper me había elegido a mí para acompañarle en los próximos días, pero al mismo tiempo me había adjudicado la responsabilidad de pensar en planes. En planes que estuviesen a la altura. Planes que de ninguna manera lo defraudasen. Y... ¿qué tipo de planes podía ofrecerle yo?

Lo primero que hice fue escribir un escueto wasap que envié tanto a Lina como a Puri: *Voy a ser la guía de Will. Mañana mismo. HELP.* No quise llamarlas porque estaba avanzada la noche, y sabía que Puri madrugaba para abrir la peluquería y que Lina era de las de acostarse pronto para levantarse todavía más temprano. Resolví que a mí también me vendría bien acostarme y empezar a acumular energías para lo que se me venía encima. Will me había contado que a las siete de la tarde tenía la última de las entrevistas en una emisora radiofónica que quedaba por el centro de la ciudad, así que a las ocho esperaba estar libre y dispuesto a que yo lo llevase a disfrutar de una buena cena «a la española». ¿Qué podría desear un americano al referirse a un menú «a la española»? Remolcarlo hasta un bar castizo con tapas tan sabrosas como grasientas parecía un plan estupendo para mí (descartando, por supuesto, lugares como la posada de la muerte a la que había llevado a Omar), pero no en

compañía de un escritor que vestía chaqueta impoluta y escribía con una delicadeza exquisita. No podría perdonarme nunca a mí misma el hecho de que Will Cooper saliese oliendo a fritanga de una tasca.

Desechando la opción de continuar comiéndome el tarro, apagué el televisor (total, el programa de citas beodas ya había terminado) y me metí en la cama. Al cabo de un rato apareció por allí Belcebú, que con un par de bufidos reclamó su propio sitio sobre el edredón. Normalmente dormía en un espacio de la casa donde yo no estuviese, pero a veces se dignaba a acompañarme. Eso sí, la oferta era susceptible de incluir que se tumbase sobre mi cara o que a las seis de la mañana intentase despertarme a zarpazos. De todas maneras, aquella noche apenas pegué ojo, por mucho que mi intención fuese la contraria. Y lo que es peor: de mi cabeza no surgió un mínimo bosquejo de lo que podría hacer la noche siguiente para contentar a mi venerado Will.

La mañana siguiente, el teléfono sonó por primera vez a las siete y media de la mañana. Yo ya estaba en la cocina, preparando un café para combatir el estado zombi en que me encontraba; lo dicho, apenas había pegado ojo. Era Puri, que iba camino de la peluquería.

—Escucha, a las dos en punto en la parada de metro que está frente a la peluquería —ordenó.

—Mmmm... ¿Buenos días, Puri?

—A los dos en punto —repitió, a lo suyo—. No tardes. Ya sabes que solo tengo descanso de dos a tres y necesitamos tiempo.

—No he dormido muy bien esta noche, estoy espesa —dije, en mi defensa—. ¿Qué intentas decirme?

—Ya he hablado con Lina hace un par de minutos, está arreglado. De dos a tres comemos juntas por la zona de la pelu, decidimos qué harás con Will y luego te cuelo en un hueco que tengo a las tres y media para dar forma a eso que llevas sobre la cabeza.

—¿Has hablado ya con Lina sobre... —Mi cerebro, que en ese estado funcionaba con unos segundos de retraso, reaccionó—. Eh, eh, eh. ¿Qué es eso de dar forma a lo que llevo sobre la cabeza?

—Por Dios, Marta, me niego a que acudas a una cita con tu yanqui con esos pelos. Ya tengo casi escogido el look que vas a lucir.

—Ah, no, de eso nada —objeté, poniéndome seria—. Nada de ponerme las zarpas encima, que te conozco.

—Chsttt. Recuerda, a las dos, puntual. Hay mucho que trabajar. Si quieres,

tráete bolígrafo y bloc de notas.

—¿Para qué?

—Para el *brainstorming*.

—Tú estás mal de la azotea.

—Bueno, eso en realidad fue recomendación de Lina. Te dejo, que entro en zona sin cobertura. ¡Dos en punto! Un beso, futura conquistadora de novelistas atractivos con billetera gruesa.

Terminé de sorber el café mientras daba vueltas a lo que había escuchado. Que era mucho en comparación con lo que había podido decir yo al respecto. El caso era que a las dos tenía una convocatoria con mis dos amigas, y por lo que parecía ya habían empezado a trajinar sobre lo que yo debía hacer. Eso, en el fondo, me tranquilizó un poco. Ya que no estaba en condiciones de discurrir con un mínimo de acierto no me vendría mal el apoyo que había solicitado la noche anterior vía wasap. Solo que... era libre de sentir algún temor por lo que Puri y Lina serían capaces de idear. Y, sobre todo, era libre (y muy sensato) experimentar cierto pavor al pensar en que Puri iba a poner sus manos sobre mi cabello. Solo le había dejado hacerlo una vez y el resultado guardaba relación directa con que no hubiese habido posteriores veces.

Como era de esperar, traté de aprovechar la mañana sin demasiado éxito. A duras penas pude trabajar en unas cuantas páginas de la nueva novela de Lucy Williams. Mi mente andaba dispersa por otros jardines. Cada cinco minutos me pellizcaba un brazo, asegurándome de que no estaba en mitad de un sueño. No me fiaba del todo; a fin de cuentas, que Will Cooper me hubiese llamado por teléfono (él, a mí) no parecía encajar en lo que yo entendía por «vida real». Pero cada pellizco dolía, y ese escozor tonto me llenaba de una felicidad todavía más tonta.

Así que a las doce salí rumbo al encuentro. Llegar a la peluquería de Puri no me llevaba más de una hora, pero en vista de que en casa tampoco estaba haciendo nada de provecho, me vendría mejor tomar el aire. Por suerte, cuando salí por la boca de metro, vi a Lina pululando de un lado a otro por las cercanías.

—Oye, tú, ¿por qué no esperas en la peluquería?

—Sí, anda —dijo Lina, después de saludarme con un beso—, como para correr el riesgo de que experimente con mi pelo.

Me reí, aunque al segundo siguiente tragué saliva. No debía olvidar que la intención de Puri era hacer eso mismo conmigo en un par de horas. Así que nos

pusimos de charla hasta que Puri despachó a las últimas clientas del turno de mañana y salió toda campechana del local.

—Qué puntuales. Podíais haber entrado en la pelu, seguro que lleváis aquí un rato.

Ninguna de las dos tuvo nada que decir al respecto, así que nos dirigimos a un bar que había a un par de calles. El menú por excelencia era el bocata, así que, entre bocado y bocado con la boca llena de miga, mis amigas no se demoraron en pasar al ataque. Primero me hicieron reconstruir, frase por frase, la conversación telefónica que había mantenido con Will. Luego preguntaron por el tono exacto con que había pronunciado cada palabra. Por un momento tuve la sensación de estar en un interrogatorio donde las figuras del poli bueno y el poli malo se habían transfigurado en mis amigas.

—Y tú qué le respondiste —inquirió Puri.

—Bueno, pues que sí. O sea, que claro que me gustaría...

—No. Quiero escuchar las palabras exactas. E-xac-tas, ¿comprendes? —dijo con entonación policial—. Muchacha, no sé si entiendes todo lo que hay en juego.

—No le hagas caso. Pero intenta recordar qué fue exactamente lo que él te dijo para que no haya malentendidos. —Quiso saber Lina, en un tono más sosegado.

Así que les conté todo sin escatimar en entonación, pausas dramáticas e incluso respiraciones. Todo fuese por establecer un plan que no hiciese aguas. Porque nuestros bocadillos estaban ya mediados y no habíamos llegado ni siquiera a la fase de pensar en cosas que podríamos hacer Will y yo. Que era, básicamente, lo único importante.

—Vale —sentenció Puri, una vez hubo terminado el tercer grado. Se tomó un tiempo en el que fingió meditar profundamente—. Creo que lo mejor puede ser llevarlo al zoo.

—Puri, ¿estás gilipollas? Termina la entrevista a las ocho de la tarde. ¿Qué lo llevo, a cenar con los hipopótamos? Además, ¿qué clase de plan es llevar a un escritor a un zoo?

—Yo qué sé, yo tuve un par de citas allí —se excusó ella—. Besarse frente a los flamencos o frente a los osos panda es como de novela romántica.

—Habría que preguntar a los flamencos y a los pandas si opinan lo mismo —musitó Lina.

—Bueno, ¿qué os parece si nos dejamos de estupideces? —propuse,

empezando a sentir un poco de agobio.

—¿Y al parque de atracciones? —sugirió Lina.

—Oye, en serio, ¿esta es la ayuda que queríais ofrecerme?

—A ver, es un buen sitio para demostrarle que eres una tía de sensaciones fuertes. Y para comprobar si él también lo es. Que tendrá mucha labia, pero no sabemos si es todo lo americano que aparenta ser...

—Lina, la última vez que me subí a una montaña rusa pararon la atracción para que pudiese seguir vomitando lejos sin salpicar a nadie.

—Ay, sí, yo estaba ese día. —Recordó Puri, evocando con cara tierna ese momento.

Aquello no iba bien encaminado. Nada bien. Nos quedaba apenas un cuarto de hora para que Puri tuviese que regresar a la peluquería y ni siquiera había surgido una propuesta que mereciese la pena ser escuchada.

—¡Lo tengo! —exclamó de pronto la Eduardo Manostijeras—. Lo vas a cautivar.

—Suelta.

—Esta tarde, a las siete, hay un evento único. Fíjate qué suerte, solo se celebra una vez al año.

—Dilo ya.

—La manifestación para reclamar que Plutón vuelva a ser considerado un planeta.

—¿Hablas en serio?

—¡Y tanto! —alegó, entusiasmada—. Lo he leído esta mañana mientras venía en metro. Además, llevan pancartas reivindicativas muy originales. «El tamaño no importa» me parece la mejor. Así de paso le haces entender al yanqui que no tiene nada que temer, que tú eres muy comprensiva en caso de que no tenga una tranca de...

—Vale. Para ya. —Corté—. En serio, no voy a llevar a Will a una manifestación absurda.

—Qué poco respeto por Plutón.

—De verdad, chicas, estoy en blanco. Por más que pienso, no se me ocurre una sola idea que pueda estar a la altura.

—Quizá estés poniendo el listón muy alto —comentó Lina.

—¿Alto? —repliqué—. Te recuerdo que es Will. Will Cooper. El escritor americano. El que vende miles de ejemplares, vuelve locas a las mujeres de medio planeta...

—A las de Plutón no —aclaró Puri.

—... y que ha recorrido más países de los que aparecen en un mapamundi. Y a mí solo se me ocurre sentarlo en la terraza de un 100 Montaditos. ¿Crees que el problema está en poner el listón alto?

—Pues a lo mejor sí —replicó Lina—. Precisamente por todo lo que acabas de mencionar, quizás solo quiera pasar un rato tranquilo y alejado de lo que es su rutina habitual.

Pensé en lo que mi amiga acababa de comentar. Podía tener cierto sentido, aunque por desgracia no me hacía sentir más tranquila. No, Will no me había llamado para hacerle pasar simplemente el rato. Quería aprovechar su estancia en la ciudad, una ciudad que visitaba por primera vez. Su petición expresa había sido que le enseñase «las cosas que merecía la pena ver o hacer por aquí». Y en eso quedaba descartado el beber un par de jarras en la terraza de un 100 Montaditos o cualquier otra idea que se le pareciese.

—Quiere conocer la ciudad —dije—. Conocerla bien. Si quiero conseguir que mañana me vuelva a contratar como guía tengo que llevarlo a un sitio decente.

—¿Te va a pagar? —preguntó Puri.

—Era un decir.

—Está bien, está bien —moderó Lina—. Pues en vista de que no tienes mucho margen para encontrar el plan por excelencia para cautivar a tu Will, vas a tener que ponerte en nuestras manos.

—¿Qué significa eso?

—Que Puri se va a encargar de tu look. —Y acto seguido se santiguó—. Y yo me encargaré de velar por tu velada.

—Cómo se nota que eres de letras... —apuntó Puri, meneando la cabeza.

—Me temo que no te sigo —alegué, y no mentía.

—Hay hueco en el restaurante esta noche. En el reservado principal.

—¿Quieres que lleve a Will a tu restaurante?

—Ya quisiera que fuera mío, maja —replicó ella—. Y sí, eso estoy diciendo. Es el lugar donde cenan los actores que cobran mucho, los directores de cine que cobran mucho, los músicos que cobran mucho, los escritores que cobran mucho... ¡Anda, qué coincidencia! Creo que conoces a cierto yanqui que entra en una de esas categorías.

—Ya, pero... No sé, podría resultar un poco pretencioso por mi parte, ¿no crees?

—Ajá. Prefieres el Montaditos —observó Puri.

¿Llevar a Will al restaurante de glamour y exclusividad por excelencia? Por una parte, era un hecho confirmado que en un lugar así no se sentiría incómodo; es más, estaría trasladándolo a un terreno nada hostil para él, donde asegurarnos de que ninguna loca fanática (a excepción de mí misma) tuviese oportunidad de echársele al cuello o de darle la tabarra durante horas infinitas. Por otra parte, eso demostraría también que yo no era una pringada con la limitada capacidad de arrastrarlo a beber vino peleón a una taberna, o de hacerle partícipe de un plan poco original y nada digno de una figura como la suya.

Sí, me tocaba reconocer que la sugerencia de Lina tenía más pies y cabezas que cualquier otra idea que se me pudiese ocurrir a mí en esos momentos de colapso neuronal. Pero, al mismo tiempo... Sentía la necesidad de llevarlo a un local castizo, de concertar una cita con cierta similitud a la de Omar, para así poder comparar ambas. Para así poder sonreír al recordar lo inolvidable de una con lo decepcionante de la otra. La velada con el escritor mearía sobre la del editor.

—Deja de darle vueltas a ese cencerro que tienes por cabeza —dijo Puri, haciéndome regresar a la mesa cubierta de migajas de bocata—. Creo que ya tenemos plan, ¿no?

—... Bueno. Supongo.

No me quedó otra alternativa que ceder a las propuestas (o imposiciones) de mis dos amigas. Media hora más tarde, estaba sentada frente al fastuoso espejo horizontal incrustado en la pared de la peluquería de Puri. Hacía todo lo posible por ocultar los temblores bajo la capa de corte. Lina se había sentado en la zona de espera, atenta; había optado por quedarse para supervisar el atentado que estaban a punto de cometer contra mi campechana apariencia estética. Pero yo sabía, y ella también, que ninguna de las dos tenía nada que hacer una vez Puri hubiese dado comienzo al espectáculo. Así que solo me quedaba rezar. Para mis adentros, no fuese a ofender a quien tenía a mano un arsenal de tijeras y máquinas de afeitar.

Le había formulado la pregunta: «¿Pero qué me vas a hacer?» (así, sin variaciones) entre doce y quinientas diecisiete veces, a lo que Puri se había limitado a responder con un escueto: «Tú déjame a mí, que soy la que sabe» (sin variaciones, tampoco). Así que cuando vi que se limitaba a cortarme las puntas, logré sosegarme un poco. Como soy una de esas personas que experimenta un inexplicable placer cuando alguien le revuelve o toca el pelo, aproveché la

ocasión para relajarme, como si en lugar de en una peluquería estuviese en un centro de masajes y una tailandesa con mucha mano se estuviese dedicando en cuerpo y alma a recomponer mi espalda.

Caí en una especie de sopor que se entremezcló con la música que sonaba en la radio. Puri sintonizaba una emisora que vivía a base de retransmitir todo tipo de baladas. Pero, eso sí, solo baladas. Llegué a otro mundo mecida por el estribillo de «My Heart Will Go On», de Celine Dion. Me imaginé a mí misma suplantando a DiCaprio, que era el pobre, y a Will en el lugar de la Winslet; los dos viviendo una tórrida pasión a bordo de un trasatlántico. Claro que en esta historia alternativa el barco no se hostiaba contra un iceberg, sobre todo porque siendo yo DiCaprio no me apetecía nada palmarla por congelación.

Cuando abrí los ojos descubrí que tenía parte de la cabellera envuelta en papel de aluminio. En un segundo, había pasado del romanticismo de *Titanic* a la paranoia de *Señales*. No sé cuánto tiempo había estado dormitando sobre la silla de la peluquería, pero algo terrible había pasado mientras tanto.

—Puri. ¿Qué es eso? —pregunté, horrorizada.

—Tranquila, que en un rato te lo quito. No vas a ir por la calle así.

—Ya sé que no voy a ir por la calle así. Pregunto por lo que estás haciendo bajo la lámina de aluminio.

—Sorpresa —pronunció, tratando de parecer enigmática—. Por cierto, si no tienes nada que convine con el rojo, más te vale pasar por algún comercio de camino a casa.

Los temblores que habían desaparecido durante mi letargo reaparecieron de golpe. A través del espejo, lancé una mirada de terror a Lina, sensación que fue en aumento al ver que mi amiga desviaba la mirada y bajaba la cabeza. Eso no podía significar nada bueno. Nada bueno.

—Puri. Puri —pronuncié, rechinando los dientes—. Qué-me-has-hecho.

—Modernizarte un poco, básicamente. Llevas ya demasiado tiempo pareciendo la protagonista de una serie de los noventa.

No supe si protestar por el comentario o por la atrocidad que de seguro estaría cometiendo en mi cabeza. Opté por refunfuñar mil cosas a la vez y cubrir así ambos aspectos.

Tuve que esperar casi una hora para que Puri revelase el resultado de los experimentos que había llevado a cabo. Cuando anunció que ya estaba lista, Lina se incorporó como un resorte y se acercó para comprobar de primera mano si habría que sacrificarme en cuanto mi melena quedase al descubierto.

Si hubiese sido por mí, me habría hecho el harakiri en el mismo momento en que Puri retiró el papelucho de mi cabello. La primera punzada (o agujonazo, o retortijón) la sentí en cuanto registré que la longitud de mi pelambreira había perdido unos seis o siete centímetros. No, Puri no me había cortado las puntas: había recortado las puntas de las puntas de las puntas. Lo que yo tenía ahora era una media melena; el pelo me lamía los hombros. ¡No lo llevaba tan corto desde la época del instituto! Pero lo peor... lo peor era que eso no resultase ser lo peor. Porque mi pelo ya no se componía de una sola tonalidad, de mi discreto, pero adorable tono castaño. Unas mechas al estilo californiano deformaban la continuidad de su coloración. Claro que las mechas no eran rubias... sino rojas. Pero rojas, rojas, con intensidad. No fuera a ser que no destacasen. Rojas como si el look hubiese sido recomendación directa de Alaska o de Hayley Williams, la cantante de Paramore. Y no, no eran dos o tres mechones sueltos. Era casi la mitad de mi maldito pelo.

—Qué —dijo Puri, fachendosa—. No te lo esperabas, ¿eh?

Qué razón tenía. Intenté articular alguna palabra, pero fue en vano. Tenía la boca seca, el cerebro también. Estaba a punto de desfallecer. No podía creer que la adolescente descocada que veía reflejada en el espejo fuese yo misma. ¿Cómo podía llamarse amiga alguien capaz de hacerte algo así?

—Bueno, a ver... —intervino Lina, tratando de evitar mi muerte por parraque radical—. Estás más juvenil.

Por supuesto, aquello no supuso consuelo alguno. Nada podía remediar que mi apariencia de mujer sencilla y madura se había transformado en la de cuasi treintañera que se niega a aceptar que ya no está en la edad del pavo. Ese aspecto lo llevaban las niñas que mascan chicle con la boca abierta y cuyas carpetas están decoradas por fotos de actores ridículos con el torso desnudo. No yo.

—Y este no te lo cobro —añadió Puri—, porque luego me presentarás a los amigos americanos de tu futuro esposo, que seguro que los tiene macizos y ricos.

Sentí que no tenía fuerzas ni para enfadarme. El pavor dio paso a una sensación de fatiga demencial. Solo acerté a salir de la peluquería a trompicones, acompañada de Lina, que decidió que lo más sensato era no decir nada. Se despidió de mí al coger otra línea de metro y me aseguró que a las nueve tendría mesa para que llevara a Will al restaurante, en caso de que yo no me hubiese quitado la vida antes.

De camino a casa, traté de pensar. Eso era algo que últimamente hacía con demasiada frecuencia: tratar de pensar. Lo malo era que no sacaba buena nota

cada vez que intentaba poner en orden mis pensamientos. Lo primero, pensé mientras se sucedían las estaciones de metro, era calmar los nervios. ¿Qué importaba que tuviese el aspecto de una quinceañera en plena crisis de identidad? Will Cooper necesitaba una persona que lo entretuviese durante el tiempo que iba a estar aquí. Por mucha rienda suelta que diese a mis sueños, mi aspecto poco o nada podía importar. No se trataba de una cita formal. Sí, probablemente mi nuevo look lo desconcertase un poco; no era lo que un escritor consagrado esperaba de su traductora española. O tal vez sí: todo el mundo tiene derecho a parecer excéntrico.

—A quién le importa lo que yo haga, a quién le importa lo que... — tarareaba en voz baja una y otra vez, como un mantra, hasta que descubrí a dos señoras mirándome fijamente en los asientos de enfrente.

Al llegar al apartamento, nada más entrar por la puerta, el móvil sonó alertándome de la llegada de un nuevo mensaje. Era de Will: *Media hora y terminará por fin este absurdo interrogatorio (me han preguntado seis veces si tengo pareja, ¿todos los periodistas son así aquí?) Te llamo al salir.*

Sonreí como una boba al leer y releer cada una de sus palabras. El pobre hombre había tenido que comprobar que sí, que, aunque no todos (por fortuna) eran así, muchos periodistas encontraban infinitamente más interesante hablar de la vida privada de un escritor que de la obra que lo convierte en un sujeto digno de ser entrevistado. Ay, si al muy ingenuo mío le diese por echar un vistazo a la parrilla televisiva de nuestro país...

Con esa cara de tonta estimulada estaba yo cuando, en la cuarta relectura del mensaje, me dio por procesar su verdadero significado. Media hora. En media hora tendría que quedar con él.

Con el disgusto de la peluquería no había sido consciente de que había echado allí casi tres horas, tiempo gracias al cual mis mechas eran ahora indelebles. Tan aturdida estaba que me había permitido el lujo de entrar, antes de llegar a casa, en un par de tiendas para probarme algunas piezas de ropa que pudiesen disimular de alguna manera milagrosa mis nuevas pintas. Claro que, por seguir con la racha de fortuna que llevaba ese día, no se habían producido apariciones mágicas. Y ahora estaba en casa, todavía sin duchar, sin maquillar y sin tan siquiera con el atuendo escogido, y caía en la cuenta de que Will Cooper requeriría mi presencia en cuestión de unos treinta minutos.

Aceleré como una loca. Belcebú me saltó a la chepa en un par de ocasiones, más que con afán de molestar, con intención de poner freno a mis idas y venidas

errantes a toda pastilla por todo el apartamento. Tuve que sacármelo de encima como pude, no podía permitirme más distracciones. Aquello iba en dirección al caos. Al epicentro del caos. Me pegué una ducha a velocidad ultrasónica y con agua fría, a ver si así lograba espabilar algo. Por supuesto, con las prisas resbalé en el plato y casi me descalabro yo sola. Belcebú apareció maullando en el baño, y hasta tuve la impresión de que se preocupaba por las altas probabilidades que tenía de acabar muerta si continuaba haciendo las cosas así. Claro, quién le iba a servir la comida entonces.

Fui directa al armario, que abrí de par en par. Repasé de cabo a rabo todo lo que allí colgaba sin encontrar nada que me convenciese. Sentía un reloj interno marcar cada segundo con peso: «Tic-tac, tic-tac...». Solo estaba el vestido azul, lo único refinado dentro de mi vestuario, pero Will ya me había visto con él en la editorial. Y me iba a sentir como una cochina que por no lavar la ropa no sabe hacer otra cosa que vestir lo mismo día sí, día también.

Me decanté por otro vestido menos glamuroso pero que podría dar el pego para la ocasión: uno estampado, no muy largo, que llevaba un par de temporadas sin recordar ni que existía. Me costó un poco embutirme en él, pero me dio absolutamente igual: faltaba un cuarto de hora para las ocho. Me maquillé lo justo mientras escogía los tacones que calzaría, el bolso que me colgaría, y mientras rellenaba el cuenco de Belcebú por si le entraba el apetito en mi ausencia. Cualquiera que hubiese sido testigo de tal escena hubiese pensado que allí se estaba rodando una película de Almodóvar. Tremendo drama.

A las ocho, con una puntualidad más británica que americana, recibí la llamada de Will. Yo estaba terminando de repasarme los labios, y los nervios me traicionaron al ver su nombre reflejado en la pantalla de mi móvil. Eché un vistazo rápido en el espejo y me encontré con el Joker al otro lado. Maldita suerte.

—¡Will! Ho... hola.

—Qué tal, Marta. Soy libre, al fin —escuché decir a una voz recia con verdadero alivio.

—Qué... qué bien.

—Dime dónde quieres que nos encontremos porque no sé si estoy cerca o si me llevará un rato llegar.

Evalué la situación mentalmente. Mi casa estaba a cinco paradas del restaurante, es decir, a unos veinte minutos. Claro que Lina me había dicho que la reserva la tendría a las nueve, así que podía jugar una baza: citar a Will en mi

barrio para así ganar unos minutos más y terminar de prepararme. Él estaba en una zona céntrica, pero más al oeste. Cerré los ojos, apreté con fuerza y visualicé el mapa de metro. Sí, tendría que hacer un transbordo hasta mi barrio. Eso me daría unos minutos más.

Le cité en un bar modernillo que había cerca de mi casa.

—Tienes que coger la línea 2 de metro hasta...

—No, voy en taxi —dijo al momento—. De hecho, ya acabo de parar uno.

Mierda. Había olvidado que la gente que vendía muchos libros podía desplazarse en taxi. Dichosas traducciones que me condenaban a los ajeteos cotidianos del metro.

Como hombre de pocos rodeos que parecía ser, Will me dijo que me vería allí en diez minutos, según cálculos del taxista. Y se despidió. Nada más colgar, recompuse mi cara maquillada, me eché un poco de perfume («poco» era la intención, pero las prisas hicieron que pulsara demasiadas veces el pulverizador) y salí corriendo y entre toses a la calle.

El bar quedaba a unos doscientos metros de mi edificio, distancia que recorrí como si Usain Bolt se estuviese entrenando para las próximas olimpiadas. Un Usain Bolt que calzaba tacones, vestía una prenda que le apretaba las carnes y que no paraba de toser porque el rocío de colonia le había pillado con la boca abierta. Pero conquisté la meta. Llegué al bar justo cuando un taxi se detenía ante la entrada. Boqueé varias veces para recuperar el aliento y me limpié una perlita de sudor con el dorso de la mano, muy campechanamente. Luego convoqué la mejor de mis sonrisas.

Will bajó del asiento trasero del vehículo. A juzgar por la cara de asombro del taxista mientras arrancaba, debió de dejar algo de propina por la carrera. Me miró y sonrió, o medio sonrió, porque aquel rubiazo elegante de ademanes firmes y con gesto de conocer todos los entresijos del universo no sonreía abiertamente nunca. Al menos, que yo hubiese podido ver hasta el momento.

—Un placer volver a verte, Marta —dijo mientras se acercaba y me daba un beso cordial en la mejilla.

Yo, obnubilada por volver a tenerlo delante y sentir su contacto, olvidé que en América se da un solo beso a modo de saludo, así que acerqué mis morros a su otra mejilla cuando él retiraba la cara. Por un momento, pareció que estaba tratando de besar a un sapo invisible. Se me quedó mirando, extrañado, y no se me ocurrió nada mejor que aprovechar la postura de mis labios para lanzar un

soplo hacia mi cabello, como si se me estuviese deslizando un mechón rebelde. También invisible.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —preguntó, examinándolo.

—Esto... Podemos entrar en el bar, si quieres —dije, para evitar que la escena se desviase hacia un terreno que no auguraba nada bueno.

—Yo te sigo —concedió, educado, haciendo un gesto con la mano.

Entramos en el bar, que entre semana gozaba de un ambiente tranquilo y agradable (nada que ver con las hordas de gente que lo atestaban los viernes y sábados noche). Era un local amplio, con varias mesas esparcidas y bañadas de una luz tenue, como de velada informal. Le señalé una de las mesas del fondo.

—Por si... bueno, por si quieres pasar más desapercibido —le expliqué.

—Soy escritor, no actor. Nadie reconoce mi cara —replicó con sorna.

Así que nos sentamos en una de las primeras mesas que vimos. Dejé que pidiese él primero para ajustarme a las circunstancias; no quería lanzarme a por un gin-tonic para comprobar que mi acompañante pedía luego un botellín de agua con gas. Pero Will pidió una cerveza, y por sus gestos entendí que quería que le sirvieran una buena jarra. Le traduje a la camarera su deseo y me uní pidiendo otra cerveza igual.

No tenía ni la más remota idea de qué decir, de cómo iniciar una conversación. Veía su mirada recorrer el local, en uno de esos gestos que se hacen para evitar convertir el silencio en algo desagradable.

—Bueno —soltó sin previo aviso, clavándome su mirada—. ¿No me vas a preguntar qué tal ha ido la entrevista? ¿O la presentación a la que no fuiste?

Tragué tanta saliva de golpe que mi boca se transformó en el desierto del Sahara. Si hubiese tenido ya la jarra de cerveza delante la habría vaciado de un solo trago.

—Eh... yo... yo... sí...

Will entonces mostró una sonrisa más humana, un gesto de diversión que evitó justo a tiempo que explotase de vergüenza.

—Solo bromeaba —aseguró, entretenido—. Bastante he tenido ya con haberlo vivido. No me ha quedado más remedio que fotografiarme con cada una de las integrantes del club de lectura al terminar y dedicarles unas palabras... Así que mejor será que me hables de ti.

—¿Que... te hable de mí? —repetí, sin estar segura de haberlo entendido.

—Sí, claro. Tú a mí ya me conoces. Si eres la traductora de mis novelas estarás más que cansada de la figura de Will Cooper.

«Oh, querido, si tú supieras lo poco cansada que estoy...», pensé arrebatada.

—Cansada no es la palabra... Encantada, más bien. —Y me sentí enrojecer como una niña boba.

—No temas, puedes ser sincera. No haré que te despidan si confiesas que odias mis historias. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad puede que sí.

—No, no. No las odio, al contrario. Me... me encantan, lo juro.

Will volvió a dirigirme una media sonrisa. En ese momento, la camarera nos trajo las dos jarras de cerveza. Con un gesto rápido, me invitó a hacer un brindis. Recé para escuchar de su boca un: «Por nuestro incipiente amor» o «Por Marta Cruzado, la traductora más inteligente y sensual que he conocido», pero cuando me di cuenta Will ya estaba dando un trago a su cerveza. Me uní en silencio a la práctica.

—Entonces, ¿qué puedo saber de ti?

—Bueno —articulé, después de una pausa que no convenía prolongar más—. Me dedico a traducir a tiempo completo. Es decir, no siempre tengo trabajo, a lo que me refiero es a que... Eso, que soy traductora.

—Eso está bien. Te has dedicado a repetir de diferentes maneras la única información que poseo respecto a ti.

Sonreí avergonzada, escondiéndome tras otro trago largo y espumoso.

—¿Hay algo más en tu vida aparte de mis novelas?

—Sí... aunque no interesante. Vivo sola, con un gato más bien, y tampoco es que haga nada extraordinario en mi día a día.

—Aham. Definitivamente, no eres un personaje adecuado para mis libros. Quizás para un relato de Hemingway.

—Bueno... supongo que el alcohol es una pasión en común con el pobre, que en paz descansa.

—Me gustan las mujeres que beben —concedió.

—¿Es que acaso hay algunas que no lo hacen?

El comentario debió de parecerle gracioso, porque dejó escapar una carcajada. Sonó fuerte, con cuerpo, y un escalofrío me recorrió la espalda. Escondí los brazos bajo la mesa, para que no viese mi carne de gallina.

—Dime la verdad. ¿Te imaginabas estar tomándote una... cómo se llama esto en español? —preguntó, señalando el recipiente.

—Jarra. Ja-rra —repetí, exagerando la jota y la erre.

—Gaaa-raaa —intentó vocalizar él, sin mucho acierto.

—Mmmm, casi —declaré, volviendo al idioma anglosajón.

—En fin, ¿imaginabas que ocurriría algo así?

—No. Ni loca —confesé, en un arranque de sinceridad—. De hecho, pensé que ni llegaría a conocerte en persona.

—¿Por qué?

—Porque... esto... Va a sonar un poco raro...

—Soy yo el que te ha seguido hasta este bar por propia voluntad. Solo dime que no has cometido demasiados asesinatos en tu pasado.

—Ni siquiera soy capaz de matar a los mosquitos que me acibillan en verano... —Hice una pausa—. Verás, la directora editorial creyó que no era buena idea que yo estuviese presente el día que conociste a todo el equipo.

—¿Tenía alguna razón de peso?

—Bueeeeno, quizás que me gustan mucho tus novelas. Mucho demasiado. Y... pues, que corría el riesgo de comportarme como una fanática desatada al verte.

Pensé que se reiría al imaginar una escena tan rocambolesca: la traductora española arrojándose a sus brazos como poseída por el diablo, dilatando a lo bestia los orificios nasales para respirar su colonia, su olor corporal... Dios, me estaba asustando mi propia fantasía. Will no dijo nada al respecto. Se limitó a observarme, con un mayor grado de profundidad. No me gustó esa sensación, así que volví a echar mano de la jarra.

—¿Eres de verdad admiradora de mi obra, o tratas de ganarte mi confianza? —inquirió.

—No, no. Admiradora real, lo juro. Me he visto y leído todas tus entrevistas en Internet, tengo tus libros tanto en versión original como traducida... Bueno, eso es normal, teniendo en cuenta mi responsabilidad interpretativa. Pero vamos, que lo sé casi todo sobre ti.

Lamenté esas últimas palabras en cuanto terminé de pronunciarlas. No pude reprimir tan siquiera un gesto de metedura de pata, entrecerrando los ojos y encogiendo los hombros como si estuviese a punto de caerme encima un cubo de agua helada. Una vez más, Will no ofreció su media sonrisa. Solo una actitud contemplativa; estaba evaluando algo.

Aquello, por supuesto, no era buena señal. No había que tener demasiadas luces para comprender que lo que Will estaba descubriendo no era de su agrado. Tenía que hacer algo para remediar la situación antes de que fuese demasiado tarde.

—Te... tengo que ir al baño —me apresuré a decir.

Sin darle tiempo a reaccionar, me levanté como un resorte. Las ansias hicieron que el vestido se me enredase entre las piernas, y al tratar de desliarme a mí misma una de mis rodillas alcanzó la parte inferior de la mesa. El golpe sonó como si Manolo el del Bombo estuviese realizando un ensayo. Me mordí el labio para lograr así contener el grito de dolor que me ardía en la garganta. Traté de disimular lo mejor que pude, pero me encontré de frente con una mirada que mezclaba desconcierto y recelo en cantidades industriales. Me alejé a toda prisa hacia el fondo del bar, donde descubrí que solo había pared. La camarera, que me vio, me preguntó si deseaba algo.

—El baño —pronuncié entre dientes, muerta de vergüenza.

Con gesto amable me señaló la otra parte del local, así que como una perfecta imbécil tuve que volver a pasar de nuevo ante la mesa en la que había dejado a mi flamante acompañante, que no perdía detalle de mi comportamiento de desequilibrada mental. Intenté dedicarle una sonrisa para quitar hierro al asunto, pero los nervios no ayudaron. Sonreí del mismo modo en que lo haría un perro que saca la cabeza por la ventanilla de un coche a toda velocidad.

Al llegar al aseo, lo primero que hice fue plantarme ante el espejo y tratar de no hiperventilar. Vale, aquello no se estaba pareciendo ni mucho menos a un cuento de hadas. Quería pedir perdón; me había creído superior a Blancanieves, Pocahontas y su séquito de princesas triunfadoras cuando yo no le llegaba a Cenicienta ni a la suela del zapato que había perdido.

En un impulso por desprenderme del calor que me abrasaba, fruto de un bochorno bestial, abrí el grifo y me remojé la cara con ahínco. Una, dos, tres veces; a ver si así se me borraba la tontería y salía al ruedo con los ovarios bien colocados. «Ya está bien de hacer el ridículo delante de Will Cooper, Marta», pensé, enervándome. «Se te ha concedido una oportunidad única, irrepetible, y parece que lo único que te interesa es quedar como una desgraciada».

Ese monólogo interior pareció darme algunas fuerzas, hasta que alcé la cabeza del lavabo y constaté frente al espejo que, definitivamente, mi nivel de necesidad parecía no entender de límites. El rímel abría surcos oscuros a ambos lados de mi jeto, entremezclándose con la capa de maquillaje que había usado para realzar un poco los pómulos. Dicho de otra manera: mi cara era la paleta de un pintor de arte abstracto.

Ahugué un grito sin dejar de contemplar horrorizada el cuadro bizarro que se reflejaba en la superficie de vidrio. Era como si Carmen de Mairena y Krusty

el de los Simpson hubiesen tenido una hija. Qué horror.

Reuní todo el papel higiénico que pude, a lo loco. Tenía que intentar arreglar aquello. Fiel a mi costumbre, había salido de casa sin kit de maquillaje. En mi bolso solo había un paquete de pañuelos, el pintalabios (justo lo único que aguantaba en su sitio) y una botellita en miniatura de ginebra, para situaciones de emergencia. La botellita fue lo primero que utilicé. Fui tan bestia que el trago me hizo toser y lagrimear, por si el rímel no hubiese tenido ya suficiente provocación.

En ese momento (reconozcámoslo: no podía ser en otro), entró en el lavabo una chica de mi edad. Guapa, sencilla, de gesto simpático. Hasta que se topó con mi imagen, claro. Dio un respingo y por un segundo pareció estar en mitad de una de esas bromas de cámara oculta en las que la niña de *El exorcista* o la que sale del pozo en *The Ring* aguardan la entrada de una víctima en el cuarto de baño. Vi su gesto de terror en la cara y agité las manos, sin saber muy bien qué quería hacerle entender con esto.

—No... no te preocupes. Solo soy una imbécil en el rol de payaso.

—Qué susto me has dado —dijo la chica, soltando un suspiro y riéndose con alivio—. ¿Te encuentras bien? Es como si te hubiesen estampado una tarta en la cara. ¿Estás de cumpleaños?

—No —dije abochornada por sus sinceras palabras—. Es más, estoy de luto. Por mi inminente muerte.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, acercándose.

Vi reflejada en su cara una preocupación espontánea, y por un momento aflojé todos los músculos tirantes de mi cuerpo. Sin entrar en detalles, le conté que estaba en mitad de una cita que se me quedaba grande y que no había hecho más que el ridículo desde el minuto uno. Mientras me confesaba con una chica que no conocía de absolutamente nada, me entraron ganas de llorar.

—Bueno, quién no ha tenido un encuentro que no ha salido como una soñaba... —alegó, comprensiva.

—Sí. Pero apuesto a que la gente no suele terminar con el jeto de Marilyn Manson tras una noche de las duras.

Ella rio, y al instante dijo que no me preocupase. Blandió un bolso tres veces más grande que el mío y comenzó a revolver. Pronto aparecieron sobre la cerámica del lavabo botes de distintos tamaños, espráis que ni sabía que existían, pintalabios, un par de estuches de maquillaje... Aquello era más completo que

cualquier laboratorio químico que pudiese montar el protagonista de *Breaking Bad*.

Me ofreció un desmaquillante y puso a mi disposición con un gesto de mano todo su arsenal cosmético.

—Sírvete —declaró—. Yo mientras voy a hacer pis, que no aguanto más.

Y mientras mi salvadora se metía en uno de los cubículos, me puse manos a la obra. Limpié el lienzo desastroso que era mi cara y me recompuse lo mejor que pude. Silvia, que así dijo llamarse cuando salió de liberar su vejiga y nos presentamos como es debido, me ayudó a poner en pie mi rostro sin perder demasiado tiempo. Le agradecí una y mil veces su aparición y su ayuda, casi con ansia. Hasta le prometí una sangría en compensación, por lo que intercambiamos teléfonos. Nadie es capaz de imaginar las alianzas que se pueden formar entre chicas durante el fortuito encuentro en un baño.

—Espero que la cita salga a pedir de boca —rezó, guiñando un ojo.

Antes de volver al escenario, inhalé y expiré un par de veces. Había salvado el desastre de mi cara, sí, pero fuera tenía a mi amor platónico, seguramente perturbado por mi comportamiento e impaciente porque llevaba casi diez minutos en el lavabo. «Vamos, Marta», me animé mentalmente. «Yes, we can».

Regresé a la mesa aferrada a una sonrisa que esperaba que resultase menos forzada. Will me miró suspicaz y pareció advertir algo distinto en mi cara.

—¿Qué has hecho en el baño?

Tragué saliva. No existía ninguna respuesta decente para aquella pregunta. Por suerte, él mismo pareció darse cuenta de lo poco apropiado que resultaba formular algo así, por lo que descartó aguardar una contestación valiéndose de otra media sonrisa. Reparé entonces en que su jarra estaba ya casi vacía. ¿Seguro que había pasado menos de diez minutos en el lavabo? Lo comprobé cuando di un trago a mi cerveza: estaba tibia. Miré con disimulo el reloj y vi que pasaba de las ocho y media. Dios mío, Dios mío. ¿Qué había hecho?

—Oye, Will... Te debo una disculpa. No me encontraba muy bien y...

—Vaya. ¿Te encuentras mal?

—Sí, bueno, me encontraba un poco... Pero ahora ya...

—Será mejor que llame a Emily —dijo, sin dejarme terminar.

—Quién coño es Emily. —Fue mi reacción. Por suerte, la frase se me escapó en español.

—¿Qué?

—Nada, te preguntaba que quién es Emily —declaré, pasándome de nuevo

al inglés y utilizando un tono mucho menos agresivo.

—Emily, mi representante. Estará a punto de irse a cenar a algún lado, así que le haré compañía y tú podrás descansar.

—¡No, no! ¡Yo ya me encuentro bien! —Y sonreí como una niña pequeña, para darle más realismo a mis palabras.

Will me observó en silencio, valorando la situación.

—Entonces, ¿qué propones hacer?

—Arreglar esta cita —respondí, y terminé la cerveza de un trago—. He empezado con mal pie, pero se van a cagar Cenicienta y sus amiguitas.

—¿Qué?

—Nada. Acompáñame: prometo no defraudarte más. —Y sonreí con tranquilidad.

La cita en la que (casi) todo salió bien

Siempre recordaré la determinación con que me levanté de aquella mesa, me acerqué a la barra y pagué la cuenta. No esperé a que Will tomase ningún tipo de iniciativa: fui yo quien marcó los pasos a seguir. Con mucha resolución. Hasta dejé propina, algo que no se estila cuando una es una autónoma que va justa de ingresos.

Le hice una seña para que me acompañase hasta la salida del bar. En otras circunstancias habría caminado tranquilamente hasta el metro, pero claro, estaba en compañía de un escritor cuyas obras no solo decoraban los escaparates de las librerías, sino que además eran vendidas y leídas. Eso, y que había llegado en taxi. Así que no podía arriesgarme a meterlo contra su voluntad en la red de metro, con decenas de personas arremolinándose para caber en un solo vagón y con el sistema de ventilación seguramente en «off».

Por suerte, no tardó en pasar un taxi libre por aquella calle. Agité la mano con ganas, luego las dos, e incluso estuve a punto de bajar de la acera y plantarme en mitad del asfalto para asegurarme de que el taxista no se me iba a escapar. Por supuesto, paró.

Nos sentamos ambos en la parte trasera, y para evitar caer en un silencio incómodo que nos devolviese a un punto al que yo no pretendía regresar, me puse a señalarle a Will cada cosa que pasaba ante nuestros ojos. Después de todo, él me había elegido para enseñarle la ciudad. Así que le explicaba qué zona era aquella por la que pasábamos, qué edificio era aquel tan grande que se levantaba en la margen izquierda, qué hacía ese pájaro enorme picoteando entre los contenedores de basura, adónde iba la rata peluda que cruzaba como un rayo la carretera... Recuerdo que el trayecto se me hizo incluso corto, de tan entusiasmada que estaba por explicarle a Will hasta las tonalidades de las marquesinas que se sucedían calle a calle.

El taxista se detuvo ante el restaurante y, antes de que pudiese escarbar en mi bolso, Will se adelantó y pagó la carrera. Lo miré meneando la cabeza, como diciendo «me tocaba a mí, bribón».

—Tú ya pagaste en el bar. —Fue su sentencia—. Espero que no tengas intención de hacer lo mismo donde vayamos a cenar. Aquí el que invita soy yo.

Lo dijo con un tono que jugaba a sonar severo, o quizá con un tono que pretendía sonar severo, sin juegos. El caso es que tras replicarle con un «ya veremos», nos bajamos y le señalé mediante una pequeña y torcida reverencia el lugar hasta donde lo había conducido.

En la entrada esperaba una Lina sonriente que nos saludó como si fuésemos una pareja de diplomáticos, aunque vi cómo los ojos se le escurrían en un par de ocasiones hacia mi peinado. Nos condujo al interior del restaurante, hasta la mesa central de la estancia principal. Le debía una y bien grande a mi amiga: nos estaba sentando en la mejor mesa. Sin que mi acompañante lo viese, Lina me guiñó un ojo y luego pasó a preguntarnos qué queríamos de beber. Dejé que tal decisión recayese en el norteamericano de cabello dorado, que se decantó por un champán de una marca cuya elección ensalzó Lina, pero que a mí me sonaba a chino (por supuesto, no era chino, sino francés).

—La jefa de sala habla estupendamente en inglés —señaló Will, en cuanto Lina se hubo retirado—. Empiezo a pensar que eso de que los españoles no hablan bien otros idiomas no es más que una leyenda sin fundamentos.

—Bueno, solo tienes que recordar la escena en la editorial.

—También es verdad —concedió—. Me callo. Será que me traes a sitios exclusivos, este restaurante está muy bien.

Parecía estar a gusto con la elección, porque su vista revoloteaba por cada recoveco del establecimiento sin perder detalle. Yo, claro, solo tenía ojos para él. Vi entonces que en su rostro se encendía una luz de alarma, y también yo me alarmé.

—¿Qué ocurre? —pregunté, temiendo alguna pequeña catástrofe que pondría fin a nuestra velada antes de que hubiese empezado.

—¿Bromeas? —me dijo, mirándome a la cara, en un tono que no supe descifrar.

No supe qué contestar, claro. Eché un vistazo apurado a mi alrededor en busca de algo que pudiese haberle sentado mal a un escritor de éxito, a un ciudadano americano, a un hombre que detestaba que la gente lo reconociese...

—Aquella de allí —musitó, señalándome con mucha discreción una mesa

que estaba a unos metros de la nuestra—. Es ella, ¿no?

Miré en la dirección señalada y reparé en la pareja que la ocupaba. Dos amigas charlaban distendidamente. Una escena de lo más normal, si no se tenía en cuenta que una de las dos chicas era Blanca Suárez. La misma que Will parecía estar examinando a conciencia con su mirada.

—¿Te refieres a Blanca Suárez?

—¡Lo sabía! —comentó, exultante—. No me puedo creer que la esté viendo en persona.

Esas fueron las palabras del tío que vendía ejemplares por millones. «No me puedo creer que la esté viendo en persona». El comentario me pareció algo ridículo, aunque tal vez en esa manera de apreciarlo se había colado una súbita oleada de celos. Después de todo, ¿había llevado a cenar a Will Cooper a un restaurante de lujo... para que sus ojos fulminasen a Blanca Suárez?

—¿La conoces? —pregunté, intentando atraer su atención.

—Claro. Me gustan las películas de Almodóvar y actúa en un par de ellas.

Esa información me cogió por sorpresa, aunque también me sentó como un jarro de agua fría. Yo, que me consideraba una ultrafanática de él, no tenía ni idea de sus gustos cinéfilos.

—Además, sale en otra película ambientada en el distrito más bonito del mundo.

—¿Fuencarral? —vacilé, pensando en el pabellón industrial en el que se desarrollaba la trama de *Mi gran noche*.

—¿Qué? Me refiero a Brooklyn.

—Ahhhh. Claaaaro, Brooklyn —respondí al instante—. La peli en Brooklyn de Blanca Suárez, sí...

—No la has visto, ¿verdad?

—Me temo que no... Me encanta ella, de verdad, pero no tengo tiempo para ver todas las películas y series que me gustaría ver.

—No te preocupes. No es que sea una obra maestra, pero cualquier pieza artística que tenga a Brooklyn de fondo es una delicia para mí.

—Quién podría imaginar que vives allí, ¿eh?

Will se rio, y encogiéndose de hombros reconoció su debilidad. Eso sí que lo sabía: había visto una entrevista que había concedido en un café cercano a su casa. En el condado de Brooklyn, por supuesto.

—Bueno, si tanto te gusta la muchacha puedes ir a saludarla. Yo haré como que no me entero mientras consulto el móvil, voy al baño o...

—No, no. Al baño no. No quiero correr el riesgo de que vuelvas a desaparecer durante media hora.

Sentí cómo se me encendían las mejillas. Si íbamos a cenar algún tipo de carne a la brasa, la parrilla ya estaba lista. A punto estuve de arrebatarse la botella de champán de entre las manos a Lina cuando reapareció.

—Aquí les traigo la carta —anunció, diligente—. Aunque, si me lo permiten, les recomendaría nuestro plato especial de la noche.

A Will debió de caerle bien Lina porque se dejó llevar por sus recomendaciones. Yo poco podía aportar al respecto. A pesar de que trataba de mantener la compostura, cada diez segundos mi cerebro se reactivaba y una estridente voz interior canturreaba «¡Estás cenando con Will Copeeeeer!». «¡Estás cenando con Will Cooper y todavía no la has cagadoo!». Bastante tenía con lidiar con esos impulsos mentales, así que dije que sí a todo.

—Imagino que no es fácil conseguir reserva en un lugar así —comentó Will, tras servir champán en mi copa y saborear la suya. Otra vez se había adelantado a una posible propuesta de brindis por mi parte.

—Bueno, una que tiene sus contactos —alegué, haciéndome la enigmática.

—¿Ya habías estado aquí alguna vez antes?

—Lo cierto es que no. Había intentado venir con... Vamos, que es mi primera vez. Oye, ¿tú no tienes por costumbre brindar? —pregunté, desviando descaradamente el tema.

—¿Brindar? Sí, claro, cuando hay algún acontecimiento que celebrar.

La naturalidad con la que respondió tuvo el mismo efecto que un balón de fútbol golpeándome de lleno en el vientre. En el alto o en el bajo. Will debió de darse cuenta al momento porque trató de enderezar la conversación.

—Me refiero a que lo reservo para actos más íntimos o encuentros profesionales. Pero sería un gusto brindar contigo, también —alegó, cogiendo de nuevo su copa.

Y brindamos, aunque fue un brindis bastardo, porque a mí no se me ocurrió un motivo por el que entrechocar las copas y él pareció esperar en todo momento a que yo dijese algo. Así que nos llevamos el champán a la boca para disimular ese mutismo tan infantil.

La cena no tardó en estar servida, y lo succulento de nuestros platos pareció concedernos a ambos una mayor frescura, como si de pronto tuviésemos el doble de motivos para mostrarnos dichosos y hubiesen acudido a nuestra mente mil temas sobre los que conversar. Will fue poco a poco sonsacándome información

acerca de mi vida, algo de lo que se vanaglorió en un momento dado. Yo no quise romper la magia aclarándole que sus dotes detectivescas tenían tanto mérito como la media botella de champán que me había pimplado yo a esas alturas de la cena. Estaba delicioso, burbujeante, espumoso. Y lo disfrutaba más aun al desconocer el precio que tenía la condenada botella.

Me escuchó con atención (quise creer que real; después de todo era escritor, no actor), aunque yo también aproveché mi desinhibición (por cortesía de *la France* más espumosa) y descubrí que en su juventud había realizado un par de cursos de teatro. A él le sorprendió que viviese sola, a pesar de contar con un trabajo un tanto inestable; a mí, descubrir que él había estado en esas mismas circunstancias antes de convertirse en un autor de éxito. Por muchas entrevistas que me hubiese tragado, su celo por proteger su intimidad me había privado de conocer su vida en profundidad. Pero, al parecer, el champán provocaba el mismo ansia de confesión en mi acompañante. A pesar de los cinco años de diferencia que había entre ambos, sentí que hablaba con una persona cercana. Menos de lo que me hubiese gustado, pero cercana al fin y al cabo. Antes de los miles de ejemplares vendidos, de las giras por el mapamundi adelante, de las adaptaciones cinematográficas, Will había sido una persona más entre los miles de millones que habitan el mundo. Había tenido que sufrir, había tenido que pelear. Incluso, en palabras suyas, había tenido que ceder.

—Había otro tipo de historias que yo quería contar —confesó. Nuestros platos descansaban ya vacíos, al igual que la botella de champán. Lástima que no se pudiese decir lo mismo de mi estómago.

—Pero las contaste, a pesar de que no tuvieran el mismo éxito.

—Dejé de contarlas —matizó—. Las dejé para dedicarme en cuerpo y alma a aquellas que me darían un beneficio distinto.

—Pero... ¿no disfrutas con lo que escribes ahora?

—Quizá —respondió, distraído—. Aun así, no es lo mismo. Ahora escribo historias que... en fin...

—¡Son historias maravillosas! —defendí, y no mentía.

—Eso opinan los miles de personas que las leen. Sin embargo, para mí son el recordatorio permanente de que antes escribía cosas mejores.

—Eh, eh. No permitiré que menosprecies a personajes tan fantásticos como Eva Shaw o Cathy Nichols. Has creado heroínas que perdurarán en el tiempo. Y en las que miles y miles de mujeres se ven reflejadas.

Pareció que Will iba a decir algo al respecto, quizá a rebatir mi opinión,

pero Lina apareció para dejar sobre la mesa una segunda botella de champán.

—A esta invita la casa —anunció, sonriente.

—De haber sabido que en España las jefas de sala eran tan deslumbrantes habría venido antes —reconoció Will, complaciente.

Me gustó ver que mi amor platónico valoraba así a mi amiga, aun sin saber que lo era. Sin conocer incluso que, si estábamos sentados a aquella mesa, habiendo disfrutado de una cena deliciosa y de una velada de lo más agradable, era gracias a ella.

—El mérito es de ella —alegó Lina, dirigiéndose a mí—. Se aseguró de reservar la mejor mesa y de hacer hincapié en que no faltase de nada. ¿Van a querer postre?

Pedimos unos *donnoli*, que al parecer causaban furor en Estados Unidos. Yo nunca los había probado (es más, no había ni escuchado hablar de ellos), pero el entusiasmo con que Will recibió la noticia de que estaban entre los postres de la carta me hizo decantarme también por ese híbrido de donuts y *cannoli*.

—Me gusta este lugar —concedió Will, descorchando la segunda botella—. Gracias por traerme aquí.

—Bueno, tú me pediste que te enseñase lo mejor de la ciudad y en esas estoy.

—Desde luego, esto es mucho mejor que tu intento de hacer de guía en el taxi.

Reímos, y de nuevo entrechocamos las copas sin un motivo concreto. O que al menos declarásemos en voz alta. Porque yo sí tenía razones para brindar: estaba disfrutando de una cita única. Un encuentro que no podría ser emulado ni en sueños. Sentado frente a mí, Will Cooper bebía champán con cara complacida, después de haberme confiado detalles de su vida que no había revelado ni al más diestro periodista. Y yo había dejado aparcados los balbuceos, la inseguridad, y me había abierto (en alma, en cuerpo no eran ni el lugar ni el momento) ante el hombre con el que tantas veces había soñado, a quien con tanto fervor había leído. En esos momentos, en los que saboreaba la séptima u octava copa de champán, Will me parecía por primera vez humano. No una persona irreal o un personaje de fantasía inalcanzable. No. Una persona de carne y hueso, a la que podía hablar siendo escuchada, cuya media sonrisa tenía a tres palmos de distancia, cuya mano podía tocar con tan solo estirar los dedos...

—¿Qué haces?

La pregunta me sacó de mi ensoñación con una sacudida brutal. Miré

horrorizada cómo mi mano se había posado con delicadeza sobre la suya, sin comprender el significado de aquel gesto. Durante un par de segundos solo pude contemplar aquello como algo ajeno, sin poder hacer nada más que tratar de evaluar la composición pictórica de aquella obra del romanticismo. Del romanticismo propio de una telenovela. Entonces retiré mi mano como si acabase de tocar las brasas de una hoguera.

—Ay, per... ¡perdona! —tartajeé como pude—. Esto... no, ¿no te había explicado la costumbre española de... Mmmmm, coger la mano del otro cuando... cuando una comida ha estado particularmente deliciosa?

—¿Hacéis eso? —preguntó, extrañado—. Qué curioso.

Y entonces acarició mi mano, agradecido. Estuve a punto de solicitar a la Muerte que, por favor, se personase en aquel mismo momento. Yo ya había alcanzado el sumun de la dicha, cualquier cosa que me quedase por vivir iba a estar por debajo de aquel instante inigualable. Lina apareció con los postres y, al contemplar la estampa, no pudo evitar que un gesto de sorpresa que excedía lo profesional le iluminase la cara.

—Mi querida acompañante —le dijo Will, mientras nos servía los platos— me está educando en los rudimentos de los rituales españoles.

Mi amiga no supo qué responder a eso, así que se limitó a asentir con la cabeza y se retiró para que disfrutásemos en soledad de nuestra sugerente sobremesa. Yo respiré aliviada, pero me ventilé de un trago la copa de champán, con vistas a sentirme más aliviada aún.

—Bebes a buen ritmo —comentó Will.

—Es que mientras bebo no hablo, ni hago cosas estúpidas como cogerte la man... —Me callé de sopetón y me centré en rellenar la copa hasta el borde.

—El postre está delicioso —valoró él, ajeno a mi verborrea.

«Entonces cógeme la mano otra vez, perro de Satanás», pensé, pero por fortuna pude dominar mis impulsos. Quizá beber tanto champán no iba a terminar siendo tan conveniente a la larga...

Cuando dimos buena cuenta de la dulce receta, Lina nos trajo la cuenta. Por supuesto, mi intención era pagar, ya que había sido yo quien había elegido el lugar y, pudiendo haber ido a uno más barato, me negaba a hacer que Will tuviese que apoquinar más pasta por ello. Miré la factura mientras revolvía en mi bolso y casi me sale un ojo disparado, como en los dibujos animados. Trescientos cuarenta euros. La cena con Omar no había costado ni la decimoquinta parte. Con Omar... En fin, me negaba a pensar en el ruin editor en

un momento que para nada le pertenecía. «Dios te salve, María, llena eres de gracia...», empecé a rezar mentalmente. Qué santa barbaridad. ¿Ciento treinta euros cada botella de champán? Qué más me daba a mí que se llamase G. H. Mumm, Cuveé R. Lalou y fuese del noventa y nueve... ¿Es que Emmanuel Macron había echado una larga meada y habían embotellado su orina? ¿O había sido Carla Bruni la que había rellenado las vasijas a base de flamantes escupitajos?

Cuando saqué la cartera del bolso mi mano reproducía una adaptación libre del baile de San Vito. Un fiel presagio de cómo quedaría mi cuenta bancaria: temblando. Pero Will me detuvo. Con un gesto firme me dio a entender que la cosa no iba a ser así.

—Ni se te ocurra —me advirtió—. Me toca a mí.

—Pero... pero... Te he traído aquí y... y la cuenta... es, es... un poco...

Will hizo un ademán con la cabeza, como comunicándome que por mucho que hablase o tartamudease no había nada que discutir.

—La traducción de mis novelas no la pagan igual que su escritura —zanjó.

A pesar de que mi cabeza estaba ya algo embotada por la cantidad de burbujas que había metido en mi cuerpo, aquella frase no sonó todo lo romántica que me hubiese gustado. El caso es que no había marcha atrás, Will ya revolvía con mucha finura en el interior de su cartera de piel. ¿Es que iba a pagar en efectivo?

Mi pregunta retórica y mental tuvo su inmediata respuesta cuando Will dejó un billete de quinientos euros sobre la factura. De quinientos. Era la primera vez que veía uno sin contar las noticias del telediario donde sacaban imágenes de lotes falsificados que la policía había confiscado. ¿No decían que iban a retirarlos del mercado? Qué color purpúreo tan atrayente, qué tamaño tan proporcionado, que suave y sedoso parecía al tacto...

—¿Hay algún problema? —preguntó Will.

Joder, otra vez me había quedado atrapada en mi embobamiento. Iba a tener que dejar de beber en lo que quedase de noche, fuese mucho o poco.

—No, no... Es que... no había visto nunca uno de esos.

Will me dedicó una mirada de incompreensión, pero luego entendió a qué me refería y sonrió. Medio sonrió.

—Me lo dieron en el banco —explicó—. Este y alguno más. Pero me parecen bastante más discretos los de color amarillo. Este es un poco... estridente, ¿no crees?

No respondí a la pregunta porque me había quedado pensando en los billetes amarillos. Debía de estar equivocándose, porque no existían billetes de ese color. Hasta que recordé que sí: los de doscientos euros. Que, casualidades de la vida, tampoco había tenido nunca en mano. Aunque esta información decidí ahorrármela.

Lina apareció para recoger la cuenta y agradeció con mucha educación que Will le hubiese indicado que se quedase con la vuelta.

—Bueno, ya que tú has invitado a la cena —formulé—, me dejarás al menos que yo te invite a ti a una copa.

—Ya has invitado en el bar, pero... de acuerdo —concedió—. Aunque te advierto que soy un hombre que no sale barato —apostilló, guiñándome un ojo.

Ese guiño provocó un terremoto de 6,9 puntos en la escala de Richter de mi libido. Acababa de guiñarme un ojo. A mí, sin que se le hubiese metido en él una mota de polvo o una esquirla de cristal. Desde luego que iba a tener que controlarme si no quería que me sacasen esposada del restaurante por ejecutar una maniobra de acoso y derribo sobre un escritor de éxito internacional.

Al acercarnos a la zona de bar y aposentarnos en la barra, reparé en la presencia de una mujer rubia embutida en un traje rojo pasión que nos miraba, a dos metros. Su cara me resultó familiar en un primer momento... y demasiado familiar en un segundo vistazo. Allí estaba Puri. O, para ser más correcta, el alter ego de Puri. Llevaba puesta una peluca dorada con tirabuzones que no pegaba nada con sus cejas de color castaño oscuro. Sonreía con ansia, y en cuanto vio que la reconocía saludó con efusividad.

—¿La conoces? —me preguntó Will, que se había percatado de la estampa.

—Eh... Esto... Sí. Digamos que sí.

—Pues invítala a que se nos una. Se ve que tiene muchas ganas de acercarse. —Su cara se transformó de repente—. Un momento. No será una lectora demente, ¿verdad?

—Sinceramente... No tengo muy claro qué es o deja de ser esta mujer.

Pero Puri ya se acercaba a nosotros, contoneándose como si en lugar de llevar tacones fuese montada en un patinete eléctrico.

—¡Cariño! Qué casualidad más estupenda encontrarnos aquí —gritó, entusiasmada.

—Puri... ¿Qué carajo haces? —le susurré al oído, aprovechando los dos besos de saludo.

—Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos —continuó ella, como si nada

—. Te veo superguapa... ¡*Super guonderful!*

Vale que yo llevaba encima no sé cuántas copas de champán, pero toda cantidad era poca para inhibirse por completo de la actuación descarriada de mi amiga. Así que en cuanto el camarero se acercó a preguntarnos qué deseábamos tomar, «Puerto de Indias» y «bien cargado» fueron dos axiomas que salieron raudos y claros de mi boca. Will pidió un whisky *on the rocks*.

—¿No me vas a presentar a tu amiga? —preguntó Will, contemplando a Puri sin esconder su curiosidad.

—Ah. Sí, claro, sí. Ella es...

—Estefanía del Rey —pronunció, extendiendo su mano hacia Will—. Pero puedes llamarme Fanny. *Yu can col meeee Fanny. Fa-nny for yuuu.*

Will me miró confuso, aunque besó con educación la mano que Puri le tendía.

—Fanny, como «divertido» en inglés —me explicó mi amiga, llena de razón, mientras Will le besaba el dorso de la mano.

—Tal y como tú lo pronuncias puede ser otra cosa —repliqué, entre dientes—. No lo vuelvas a decir más, pedazo de desgraciada.

—Entonces, ¿de qué os conocéis? —Quiso saber, interesado.

Vi por el rabillo del ojo que el camarero se acercaba con nuestras bebidas, así que celebré con efusividad un tanto desmesurada la llegada del líquido vital (perdóname, agua, pero en ese momento no dependía de ti mi vida). Agarré mi copa antes de que la base hubiese tocado el mostrador y le pegué un bonito trago.

—Pues, verás, nos conocimos en uno de mis conciertos —escuché explicar a Puri, y a punto estuve de atragantarme.

Tosí un par de veces y volví a incorporarme al diálogo. Will esperaba expectante mi ayuda. Por fortuna, Puri no tenía un dominio muy avanzado del inglés, así que necesitaba de mi figura como traductora para hacerse entender.

—¿Qué coño estás diciendo? —le pregunté en un tono amistoso, para disimular ante mi acompañante— ¿Es que estás majareta?

—Ay, boba, tú sígueme el rollo. Te voy a conseguir tantos puntos con el yanqui este que no sé si va a estallar antes el marcador o tu cama, porque...

La mirada de furia, pánico y trastorno que le dediqué acalló sus palabras. Aunque Will no pudiese entender ni pizca de nuestro diálogo, estaba empezando a sudar con solo pensar que mi amiga decía esas barbaridades en su presencia.

—¿Y bien? —recitó Will, algo molesto por no hacerle partícipe del

coloquio.

—Verás, ella es... cantante —terminé explicándole—. Es una cantante española...

—Mexicana —puntualizó Puri.

—... muy famosa por sus baladas —continué, haciendo caso omiso.

—Vaya —exclamó Will, con renovado interés—. Puede que la haya escuchado alguna vez.

—Mmmm, no creo —me apresuré a comentar—. Es muy famosa aquí, y en países latinoamericanos. Pero no tiene tanto tirón a nivel mundial.

—A ver, insensata, tradúceme a mí también que, si no, no me entero.

—Puri, no te voy a traducir lo que tú misma me dices.

—Que soy Estefanía del Rey, no Puri. Y seguro que le estás contando lo que te sale del chirri.

—Dios santo...

—¿Y cómo os conocisteis? —quiso saber Will.

—Pregunta cómo nos conocimos —le traduje a Puri. Acto seguido, bebí otro sorbo de gin-tonic. Largo, muy largo.

—Dile que en una de mis multitudinarias actuaciones te subí al escenario al azar a cantar un tema conmigo. «Si el fuego quema, mi cuerpo abrasa», una de mis canciones más mediáticas y...

—¿Estás de coña?

—Que me sigas la corriente, he dicho. Y remárcale que, aunque desafinaste un par de veces, nuestro dueto volvió loco al público. A las decenas de miles de personas que lloraban mientras agitaban sus bengalas. Y desde entonces somos amigas íntimas.

Aunque no lo hubiese presenciado, estaba claro que Puri también se había ventilado un buen número de copas. Ginebra, pacharán, absenta... Daba igual, pero había trasegado de lo lindo. Habría venido servida ya de casa, lo cual explicaba que se hubiese atrevido a salir disfrazada de esa guisa.

A Will le conté una versión más mesurada y creíble sobre nuestra amistad. Pude comprobar que la figura de Estefanía del Rey (*aka* Puri Gutiérrez) había pasado a captar su total atención. Luego hice el paripé de aclararle a ella quién era él.

—Pero qué bien te rodeas —exclamó Puri, sobreactuando más que la villana de un culebrón televisivo—. *Bat dis is normal... Martxa is a guonderful geeeeerrrr! My lofffly Marrrtxa!*

—Eres una caja de sorpresas —declaró Will, mirándome a los ojos después de un buen rato centrado en Puri—. Sin duda, no eres una traductora al uso. Cuántas cosas habrá de tu vida que no me has querido contar...

—Qué va. Si mi vida es de lo más corriente, de verdad.

—Claro. Por eso consigues mesa en un restaurante selecto, y su selecta clientela te reconoce y admira. —Y por primera vez sonrió mostrando todos y cada uno de sus perfectos dientes—. Es una lástima que Blanca Suárez se haya ido, seguro que podrías habérmela presentado.

Sonreí también, embelesada ante esa dentadura por cuyos derechos Colgate y Profident habrían peleado a vida o muerte de haberla visto.

—Puede ser... —pronuncié, con cierta coquetería—. Pero no quería que ella se llevase tu atención esta noche.

Durante unos segundos mágicos, en aquel restaurante solo existió el cruce de miradas entre Will Cooper y yo. Desaparecieron el ruido, los comensales, el servicio, los movimientos... El espacio se convirtió en un escenario donde solo tenían cabida el vivo azul de sus ojos y el atolondrado castaño de los míos.

—El entreteto —anunció una voz por encima de nuestras miradas, de nuestras cabezas, una voz salida de la nada.

En una fracción de segundo todo regresó a la normalidad: los camareros moviéndose, el murmullo de las conversaciones, la música de ambiente... Giré la cabeza para descubrir a Puri mirando sin escrúpulos mi escote mientras decía algo.

—Sácale provecho a ese entreteto. Con lo apretado que te queda el vestido, te puede quedar un canalillo para quitar hipos.

Y sin tiempo a reaccionar, Puri estaba manoseándome las tetas para relocalarlas a su gusto y antojo. Will contemplaba la escena con cara de póker, y advertí que aprovechaba para dar un trago a su whisky y echar un vistazo a su alrededor.

—Qué-coño-haces-miserable-chupacables —rumié, con los dientes rechinando.

—Así mucho mejor —observó, cuando hubo terminado—. Dónde va a parar. Te ve ahora la pelirroja de *Mad Men* y le entra la llorera.

Sin apenas pensarlo, terminé lo poco que quedaba ya de mi Puerto de Indias. Chasqué los dedos, chabacana perdida, y le pedí al camarero otra ronda urgente. Cuando me atreví a mirar de nuevo a Will, este sonreía, divertido.

—Definitivamente, no podría estar en una situación mejor que esta —

reconoció.

«Dios se apiade de tus expectativas», pensé, aunque no me privé de sentir cierto alivio. Cualquiera otra persona habría salido ya por patas o avisado a la policía de que dos perturbadas estaban montando un espectáculo en un lugar demasiado respetable.

Seguimos bebiendo mientras Puri se inventaba historias de lo más extravagantes y yo improvisaba para traducirle a Will versiones menos megalómanas. Aunque debo reconocer que en cada una de sus fantasías yo salía muy bien parada. A su manera, mi amiga estaba vendiéndome con mucho tino ante Will Cooper, que a cada anécdota ponía cara de sorpresa y me observaba como si tuviese ante sí a una personalidad de lo más enigmática y cautivadora.

Al cabo de un rato, cuando las ideas de Puri eran ya más enrevesadas que los guiones de *Memento* u *¡Olvídate de mí!* (y mis traducciones simultáneas empezaban a ser tan ininteligibles como si estuviese hablando bajo el agua), Lina se acercó hasta nosotros. No abandonó su actitud profesional, pues la pobre tenía que trabajar hasta que el restaurante echase el cierre, pero se mostró cercana y le comentó a Will que Puri y yo éramos personas muy queridas en aquel establecimiento.

—¿Puri? —repitió extrañado Will. A él, el alcohol no parecía afectarle tanto.

—Puri nooo... *Faaaanny, I am Faaaanny* —corrigió ella, beoda perdida.

Lina me miró con cierta alarma, pero mi cogerza particular solo aceptó que me encogiese de hombros. Viendo que una y otra estábamos en un estado poco menos que catatónico, se hizo cargo de la situación y le dio conversación a Will. Yo miré con orgullo y embelesamiento a mi amiga, dispuesta siempre a arrimar el hombro. Sentí ganas de abrazarla y besarla, de decirle a Will que era como un cachito de pan mojado en leche fresca, al igual que Puri... Por suerte, me contuve. Aún me quedaba un poquito de prudencia en la sesera. Así que pedí otra copa más.

Reparé en que Will le ofrecía tomarse una copa con nosotros a Lina, invitación que ella se apresuró a declinar. Will insistió, pero no hubo manera. Aunque estaba dentro de su horario laboral, fue la forma en que mostró su rechazo la que llamó mi atención. No hubiese aceptado esa copa ni aunque le hubiesen plantado ante sus narices un maletín repleto de billetes de colores amarillo y púrpura. Una determinación innecesaria para rehusar una proposición tan insignificante. No era el primer gesto extraño que veía en ella en los últimos

tiempos. Tomé nota mental de que tenía que hablar con Lina. A solas y en otro momento, claro.

Después de entretener a Will durante un buen rato, este decidió que había llegado el momento de retirarse. Se despidió cálidamente de Lina, le dio dos besos a una Estefanía del Rey cuya peluca se había resbalado varios centímetros hacia el lado izquierdo, y me preguntó si quería quedarme allí.

—No, no. Yo también me retiro. Son horas —acerté a decir.

Salimos juntos del restaurante y me giré para despedirme por última vez de mis amigas. Puri dormitaba sobre el mostrador de la barra, mientras Lina, de pie, me hacía gestos triunfales con sus pulgares erguidos.

Recibí la brisa que corría en el exterior con gusto. El aire acariciándome en la cara logró que me desprendiese de la sensación de abotargamiento que me habían infundido los gin-tonics. Sí, ahora me encontraba más despierta. Podía ver la luz de las farolas reflejada en las pupilas de Will, que buscaba entre el tranquilo tráfico de esas horas un taxi. ¿Un taxi que nos llevase a su hotel? ¿A mi casa? ¿A él a su hotel y a mí a mi casa? ¿A mí a su hotel y a él a mi casa?

Un súbito escalofrío me alertó de que la corriente nocturna me había sacudido la modorra de encima, pero en absoluto había rebajado mi grado de embriaguez. Me di cuenta en ese momento de que me costaba quedarme quieta; por mucho que lo intentase, mantenerme firme sobre los tacones resultaba más complejo que caminar sobre una cuerda fijada sobre un acantilado.

—¿Coges el taxi conmigo?

Levanté la mirada hacia la cara que me había dirigido aquella pregunta. Will me observaba expectante, mientras se acercaba a la puerta trasera de un taxi detenido a un metro de nosotros. ¿Cuánto tiempo llevaba mirándome los pies en un vano intento de conservar el equilibrio?

Asentí con la cabeza. Aunque mi sistema neuronal debía de estar en estado crítico, mi corazón demostró estar más vivo que nunca. Sentí un fuerte golpeteo en el pecho; rápido, veloz. Las pulsaciones indicaban que aquel momento marcaría un antes y un después en mi vida. En la vida de Marta Cruzado. Como lo hubiese marcado en la vida de cualquier otra mujer que estuviese a punto de subir a un taxi en mitad de la noche con...

—¿Te encuentras bien?

Me pareció muy extraño que Will se hubiese anticipado una décima de segundo a mis propios pensamientos. Porque nada más terminar de realizar esa pregunta, experimenté un malestar salido de la nada. Un malestar que podría

haber pilotado Fernando Alonso porque pasó de cero a cien en apenas tres segundos. Tuve tiempo tan solo para girar la cara e inclinar la cabeza, antes de que la estupenda cena de la que había dado cuenta un par de horas antes saliese por donde había entrado. Con una presentación mucho menos sugerente.

Mientras luchaba en vano por evitar vaciar mi estómago de manera tan desagradable, pensé en lo mucho que se parecían mis ruidos y convulsiones a las veces que Belcebú trataba de escupir una bola de pelo. Y entonces recordé que, a escasos centímetros de mi actuación estelar, estaba Will Cooper.

Traté de recomponerme como pude. Tenía los ojos vidriosos, por culpa del esfuerzo y todas las luces centelleaban con demasiada intensidad. Logré enfocar el taxi, luego la cara del taxista que miraba por la ventana entre curioso y temeroso. Temeroso de que el Monstruo de los Vómitos subiese a su vehículo. Por último, me atreví a mirar a Will. Pero él no me miraba a mí. Lógico. Su vista estaba clavada en un punto cercano de la acera, como esperando a que el lamentable espectáculo terminase. Y en su gesto, además, fui capaz de percibir algo parecido a la decepción. O al desagrado. O a la repulsa. No estaba yo en condiciones de precisar demasiado, pero una cosa estaba clara: la noche había terminado. Mi sueño también.

—Será mejor que subas tú a este taxi —anunció Will, tan pronto me enderecé de nuevo y traté de sonreír.

—No... No, si yo me encuentro esstu-essstupidamente.

—Necesitas descansar. —Y esbozó una media sonrisa que no tenía nada de natural. Solo daba a entender que no había ninguna necesidad de entrar en debate.

Asentí, derrotada. Estaba algo mareada, y entre las luces que todavía me molestaban y el cansancio que se apoderaba ahora de mi cuerpo no me sentí capaz de reunir fuerzas para evitar el fracaso. Bien pensado, una cama sería lo mejor que me podría pasar en esos momentos. Una cama en la que dejarme caer tal cual estaba. Y que tuviese un baño cerca.

Iba a despedirme de Will, a decirle lo mucho que había disfrutado de una noche como aquella, de lo agradecida que me sentía por su trato, cuando me di cuenta de que estaba ya metida en la parte trasera del taxi. Will cerraba la puerta y daba un par de suaves golpes en el lateral para indicar al conductor que podía ponerse en marcha. Solo pude corresponder con un gesto torpe a su saludo de despedida con la mano. Para redondearlo, mi cara se estampó contra el cristal de

la ventanilla, y poco a poco fui dejando resbalar el jeto por la superficie, cada vez más agotada.

—¿Adónde la llevo, señorita? —escuché preguntar al taxista.

—A la mierrrrda. —Tragué saliva, mientras volvía a sentir una incómoda sensación en la boca del estómago—. Bueno, mejor a mi casa. Pero solo porque queda más cerca.

La cita en la que (casi) todo salió mejor

Por norma general, cuando la gente se despierta y trata de desperezarse abre ambos ojos a la vez. Pueden permanecer con ellos entrecerrados, pestañear unas cuantas veces, pero hacen eso con ambos. La mañana de aquel jueves (o, para ser más correcta, el mediodía de aquel jueves) yo solo acerté a abrir uno. No sé muy bien si porque me faltaban fuerzas, ánimos o decencia para abrir los dos al mismo tiempo. El caso es que abrí un solo ojo. No recuerdo ya si el izquierdo o el derecho. Lo que sí recuerdo es la sensación de muerte y destrucción que me sobrevino.

Lo primero que vi a través del ojo abierto fue el despertador sobre la mesilla de noche. Marcaba las 12.47. «Bien», pensé. «Al menos tengo una referencia». Ya solo me faltaba saber en qué día vivía. Con un esfuerzo sobrenatural, traté de incorporarme sobre la cama. Con el primer movimiento noté unas punzadas en el estómago, y me quejé en voz alta. Como si haciendo eso alguien fuese a acudir a socorrerme, o a traerme una bolsa de agua caliente para poner en la barriga, o a hacerme tragar una maldita tableta de ibuprofenos, que era lo que mejor me sentaría.

Sentada sobre la cama, reparé en que tenía puesto el vestido de la noche anterior. Una de mis tetas estaba a punto de salirse por entero de la prenda, y me golpeó un *flash* en el que Puri, en el bizarro papel de una cantante llamada Estefanía del Rey, me manoseaba los pechos para colocarlos de manera poco sutil. Reí entretenida y sorprendida por la calidad fantasiosa de mis sueños; tenía que guardarme el recuerdo para contárselo más tarde a Puri y a Lina. Y entonces recordé que no había sido un sueño. Y, al mismo tiempo, dejé de reír.

—No —musité—. No. No, no, no.

Repetí la sílaba una y otra vez como si fuese un mantra, pero de nada sirvió. Un torrente de recuerdos inundó mi cerebro. La cena, la conversación, las

sonrisas, las copas en la barra, la aparición de *Fanny*, las copas en la barra, el rescate de Lina, las copas en la barra...

Me levanté de la cama, medio mareada, quizá por la resaca. Quizá por la vergüenza. Seguramente por ambas. Me acerqué como un pato a la ventana y levanté la persiana. La luz bañó la habitación y yo tuve la reacción propia de un vampiro. Sentí que mi piel, mis retinas, mi carne se quemaban. Así que hui hacia el cuarto de baño, no sin antes tropezarme con uno de mis tacones, tirado en mitad del suelo.

Al abrir la puerta del cuarto, me encontré con Belcebú plantado ante ella. Como un jefe indio, impertérrito.

—Qué —le dije, sin atreverme a mirarlo de lleno—. No me mires así. No lo he hecho a propósito.

Belcebú debió de considerar que en mis palabras había suficiente sinceridad. Se retiró con paso apacible hacia el salón, dejando el camino libre. Me metí en el cuarto de baño y no dudé en abrir el grifo de la bañera. Necesitaba espabilarme, así que dejé correr primero agua fría para templarla luego con caliente. Tampoco era cuestión de criogenizarme. Mientras se llenaba, cogí aire y me planté ante el espejo, preparada para lo peor.

El panorama no era tan malo como había esperado. Parte del maquillaje se había esfumado de mi cara, sí, pero al menos no había ninguna combinación extraña de rímel-corrector-base-pintalabios. Ni siquiera había ojeras pronunciadas. Claro, como para tenerlas despertándome a la una del mediodía. Mi melena, o media melena, estaba algo encrespada, seguro que debido a los miles de vueltas que habría dado en la cama durante la noche. Y el vestido... Bueno, algo arrugado, como se podía esperar de una prenda que terminas utilizando como pijama. Pero había algo más... Casi a la altura del vuelo, distinguí un par de manchas parduscas. No eran muy grandes, pero se destacaban un poco. Apreté los ojos, como si así fuese a distinguir mejor qué era aquello. Lo peor es que funcionó. Y, como otro latigazo retrospectivo, recordé qué eran aquellas manchas. Y cómo había terminado mi noche.

Corrí como pude de vuelta al dormitorio, tropezando con cada mueble que salía a mi paso. Me dio igual. Busqué sobre la mesilla de noche, por la cama, debajo de esta, por todos los rincones. Necesitaba encontrar mi bolso. Pero no estaba por ningún lado. ¿Lo habría dejado olvidado en el taxi?

Salí del cuarto y, justo antes de ponerme a maldecir en decibelios que se pasarían por el forro la normativa vigente sobre contaminación acústica, lo

localicé. Estaba tirado en mitad del vestíbulo, junto a la puerta de entrada. Lo cogí y empecé a rebuscar en él hasta que di con el móvil. Traté de desbloquearlo, pero la pantalla no se encendía. No podía ser que se me hubiese estropeado, no podía ser que justo en esos momentos me hubiese quedado sin teléfono.

No podía ser y no era, claro, como pude comprobar en el momento en que mi cerebro empezó a funcionar poco a poco y se me ocurrió enchufarle el cargador. Dos minutos más tarde, abría con pavor mi wasap. Tenía miedo de lo que pudiera encontrarme ahí. Y tenía más miedo aún de no encontrarme nada.

La conversación más reciente sin leer era de Lina. Dos mensajes: *Julieta!! Enciende ya el móvil, vaya bacanal te habrás montado con tu Romeo. Y otro posterior: Pero quieres encender el aparato de una vez y contarme cómo ha ido tu noche??*

La siguiente pertenecía a Puri: *MUERTE Y DESTRUCCIÓN. Me he despertado sin mi peluca, tía, no sé dónde la habré metido... Y tú qué???? Cuenta, cuenta, cuenta!!!*, seguida de: *Coño, he encontrado la peluca colgando en la puerta de la pelu... Madre mía, Martita. Y tenías que haber visto el peinado que acabo de hacerle a una jubilada, menos mal que se ha creído que eso era un look moderno...*

Pero el que se ganó toda mi atención estaba antes de los mensajes de mis dos amigas. Pertenecía al número de Will. Leí una y otra vez aquel pedazo de texto, palabra por palabra, letra por letra.

Marta, buenos días. ¿Cómo está tu cabeza? ¿Y tu estómago? No sabía que las españolas bebáis tanto, pero gracias por enseñarme otra cosa más de este país tan sorprendente (no te preocupes, las americanas beben el triple; siguen ostentando la corona). Te he llamado un par de veces, pero tu teléfono no da señal. Solo quería decirte que, si tu resaca y tu ánimo están de acuerdo, te invito a comer. Únicamente te pediré que me lleves a un lugar de comida típica española (no es necesario que sea muy exclusivo). Si te parece buen plan, avísame. Besos.

¿Estaba todavía bajo los efectos de la ginebra o Will parecía no guardarme rencor por mi festival de la noche anterior? Por muchas veces que leyese el mensaje llegaba al punto final con la misma impresión. No me lo había tenido en cuenta. Es más: me estaba invitando a comer.

Reparé en la hora en que había recibido el wasap. Casi dos horas antes. Quizá ya hubiese hecho otros planes ante mi falta de respuesta. Quizá me hubiese dado por muerta, después de despedirme en aquellas condiciones. Pensé en qué podía hacer, en qué debía hacer. Recorrí la habitación de un lado a otro,

mordiéndome las uñas. Quería aceptar su propuesta, claro, pero podía ser que yo llegara tarde, muy tarde. Y, además, cada veinte segundos sentía rugir mis tripas. No por apetito, sino porque estaban todavía en la unidad de cuidados intensivos. Y eso podía desembocar en algo terrible. Qué hacer, qué hacer, qué hacer.

Un ruido me arrancó de mi estado de indecisión. Agucé el oído, tratando de identificarlo. Era suave, como algo arrastrándose sobre una superficie llana. Aunque pronto pasó a ser un sonido algo más intenso e irregular. Como... como una bañera de agua desbordándose.

Me planté en el baño en cuatro zancadas y un resbalón.

—¡¡Mierda!!

Cerré el grifo tan rápido como pude, chapoteando en la charca que había empezado a formarse sobre el embaldosado del baño. Por suerte, me había dado cuenta pronto y el agua no se había expandido a otras zonas de la casa. Me erguí para ir a por la fregona y reparar mi estupidez, pero lo hice sin tener en cuenta que yo iba descalza y que el suelo, efectivamente, estaba encharcado. Perdí pie y sentí que caía hacia atrás. No tenía que temer por mi físico, no obstante; no me rompería ningún hueso. Era lo bueno, lo único bueno, de aterrizar vestida y de espaldas en una bañera llena hasta los topes de agua helada.

Me sumergí hasta la coronilla, llegué incluso a tragar algo de agua. Salí a la superficie con tal intensidad que, de haberme visto, Spielberg me habría convertido en el fichaje estrella para la siguiente entrega de *Tiburón*. Por respeto a todas aquellas personas que creen en la educación y las buenas formas no reproduciré el juramento que salió por mi boca nada más emerger de la bañera. Lo que sí puedo asegurar es que lo escuchó todo el edificio.

Estaba empapada, chorreando. Como no podía ser de otra manera. Me centraba en recuperar el aliento, porque la temperatura gélida del agua me lo había arrebatado. Apenas sentía una sola extremidad, estaba entumecida de pies a cabeza. Y entonces sonó el móvil.

Al principio no reaccioné. Demasiado ocupada estaba ya maldiciendo en voz baja y empezando a tiritar como una loca. Necesitaba concentración para efectuar con éxito el padecimiento de una inminente lipotimia. Pero recordé que Will me había llamado. Dos veces. Y que podía ser de nuevo él.

«No hay dos sin tres», pero nunca había escuchado «no hay tres sin cuatro», así que por no arriesgarme volví a la habitación. Puse parte del pasillo y de mi cuarto perdidos, por supuesto. Pero había merecido la pena. En la pantalla leía el único número que ansiaba ver.

—Ho... hola.

—Marta, por fin. Empezaba a creer que no volvería a hablar contigo en el mundo de los vivos.

—Ah, pues... no sé por qué lo dices. Llevo ya tiempo levantada y, y... Solo que no encontraba el cargador de mi teléfono.

—Vaya. Bueno, ¿cómo te encuentras? ¿El taxista pudo seguir trabajando o ha tenido que visitar al tapicero?

—¿Qué? ¡Aaah, no! ¡Qué va! Llegué perfectamente a casa...

—Me alegra escuchar eso. ¿Tienes planes para comer?

—Esto... No, ninguno. Quiero decir, sí: contigo. Salvo que... que ya hayas hecho otros planes.

—Estás de suerte. Esta llamada iba a ser el último intento. Entonces, ¿has pensado ya adónde llevarme hoy?

El día había empezado tarde y mal, sí. Con una resaca monumental que solo me había permitido abrir un ojo. Pero, de pronto, toda la sensación de malestar se había diluido. Casi toda, al menos. Lo cual era motivo de festejo. Iba a comer con Will Cooper. Iba a tener una segunda cita con él.

No solo íbamos a volver a encontrarnos, sino que además el viento soplaba a mi favor. Según me había contado, casi en tono de disculpa, su representante le había llamado muy temprano para comunicarle que había surgido la oportunidad de hacer una entrevista para televisión ese mismo mediodía. Ese era el tipo de compromisos que Will acostumbraba rechazar, pero Emily había insistido en lo conveniente que era aceptar la oferta. Venía de uno de los canales privados punteros, con buen índice de audiencia, y ofrecían una cantidad considerable para los veinte minutos de entrevista que tendrían que pactar.

Así que Will no estaría disponible antes de las tres. Lo cual me dejaba margen para resucitar. Después de decirle que eso no suponía molestia alguna, quedé en que pasaría a recogerlo a la salida del estudio sobre esa hora.

Me di el baño anhelado con mucha calma. Aunque primero fregué todas las charcas que había ido formando por el piso, dedicándome con mayor esmero al lago artificial que había creado en el lavabo. Luego, sí, me tumbé a lo largo y ancho de la bañera un buen rato. Estaba tan excitada que no me hizo ni falta aumentar la temperatura del agua. Ya no estaba helada. O sí lo estaba, pero me importaba un ovario.

Tras salir del baño me dirigí a la cocina para prepararme una infusión que acompañé de un protector estomacal, para restaurar el orden en mi organismo.

Me sorprendí silbando mientras rellenaba el cuenco de Belcebú. Incluso cogí a este en mi regazo y lo acaricié con gusto, indiferente a sus bufidos y contorsiones. Qué le iba a hacer yo: la felicidad era así. Llegaba de sopetón, sin avisar, y te colmaba de sensaciones tan variadas como la ilusión, el optimismo, la estupidez, la ñoñería... Y todas esas sensaciones dejaban atrás su naturaleza clasista y danzaban cogidas de la mano.

Fui encontrándome mejor con el paso de los minutos. Tanto física como anímicamente. Que se echasen a temblar los creadores del ibuprofeno: la solución a toda aflicción era un americano guapo e intelectual dispuesto a olvidar tu vomitona nocturna a las puertas de un restaurante lujoso.

Seleccioné música en el móvil y conecté los altavoces; el momento de escoger el atuendo con el que saldría de casa merecía una buena banda sonora. Mientras me contoneaba al ritmo de Lady Gaga y deslizaba las perchas de un lado al otro del armario sin terminar de decidirme, la música se interrumpió y dio paso a la sintonía de llamada. Que era también Lady Gaga. Me acerqué al aparato y comprobé que era Moncho quien llamaba.

—Hola, papá.

—Cielo, ¿qué tal? Pensaba llamarte antes, pero he tenido unos días de locos últimamente.

—Cualquiera diría que eres Carlos Sainz y no un chófer de limusina. ¿Has tenido mucho pasajero cansino?

—Cansino no. Loco, he dicho. Locos, literalmente.

Que mi padre comenzase así una llamada que él mismo había realizado venía a significar que tenía ganas de desahogarse. Así que, como buena hija, ejercí de sacerdotisa confesora.

Despotricó una y otra vez contra los jóvenes turistas que llegaban a la ciudad para pasar unos días de absoluta locura y descontrol. A pesar de que yo comprendía en parte el ánimo de esos extranjeros que estaban en edad de divertirse, no podía llevarle la contraria a mi padre si quería continuar conservando su cariño. Contó cómo primero un grupo de muchachos británicos alquilaron durante dos noches seguidas un par de limusinas, armando un jaleo monumental por toda la ciudad y dejando la carrocería hecha un asco. Después les tocó el turno a varias mujeres alemanas que, al parecer, habían venido a España de despedida de soltera. O eso debió de entender mi padre. El caso era que no tuvieron unas pautas de actuación más civilizadas que sus predecesores ingleses.

Puse el móvil en manos libres para, al mismo tiempo que no perdía detalle de cada una de las quejas pormenorizadas de Moncho, continuar con mi búsqueda del atuendo perfecto. El día estaba despejado y, aunque el calor ya no era tan pegajoso, todavía era pronto para ponerse piezas de manga larga.

—... para que luego digan de los españoles. —Mi padre hizo una pausa—. Bueno, ¿y qué me cuentas tú?

—¿Yo? —pregunté, reenganchándome a la llamada. Acababa de decantarme por una falda corta azul y una blusa inmaculada de tirantes—. No sé qué quieres que te cuente.

—Pues, por ejemplo, los motivos de que tu voz suene tan eufórica.

—¿Sueno eufórica?

—Para ser tú, bastante. ¿Novedades en el trabajo? ¿Contrato indefinido?

—No seas pesado, Moncho —bufé, mientras empezaba a cambiarme—. El trabajo va bien, no me falta. Aun siendo autónoma.

—Bueno, bueno —concedió—. ¿De qué se trata, entonces? ¿Te has echado novio?

—Ya me gustaría. —Y no logré contener un suspiro de lo más estúpido. ¿Por qué demonios había hecho eso en mitad de una conversación telefónica con mi padre?—. ¿Te acuerdas de Will Cooper?

—¿El escritor ese del que no paras de hablar y al que le traduces los libros?

—Sí. Ese mismo. Resulta que está aquí, de visita promocional.

—Anda. ¿Has podido conocerlo?

—Ya lo creo. Me estoy arreglando para ir a comer con él.

—¡Ole, mi niña! —exclamó entusiasmado, lo que a mí me dio un susto—. Cómo me gusta oír eso: mi hija sometiendo a un escritor hiperventas.

—Papá, tu hija no está sometiendo a nadie. Y se dice superventas.

—Qué bien, qué bien —continuó, sin escucharme—. Oye, tendrás que llevarlo a comer a un sitio excelente. ¿Lo has pensado ya? Te puedo recomendar un...

—Frena la limusina, Moncho. Ya tengo todo estudiado, no te preocupes.

Escuché que mi padre se golpeaba el muslo en señal de aplauso. Parecía que le hubiese notificado que acababa de ganar la bonoloto. ¿Tan sorprendente era que su hija tuviese una cita con una persona interesante?

Le hablé de mis intenciones, que en realidad había improvisado mentalmente un par de minutos antes. Llevaría a Will a un bar muy castizo que había por el centro; él mismo había hecho énfasis en que quería comida típica

española, y allí no le iba a faltar. Luego, aprovecharía para proponerle un paseo y disfrutar de alguna de las zonas al descubierto más bonitas del núcleo urbano. Así, además de ejercer de guía turística y quedar como una persona instruida ante él, me aseguraría de que se cansase un poco y le resultase difícil rechazar mi propuesta de unas cañas o sangrías (o gin-tonics, ¿por qué no?) en una agradable terraza.

—Bueno, bueno. Pero necesitas darle algo más de glamour al asunto — comentó mi padre.

—Papá, el glamour ya lo puse ayer... Déjame a mí hacerlo a mi manera.

—Tú haz lo que tengas preparado, hija —aceptó—. Seguro que lo sometes. Es decir, que lo encandilas.

Prometí a Moncho que lo mantendría al tanto del «éxito asegurado» de mi jornada. Cuando la llamada terminó ya me había vestido. Así que me instalé en el baño para hacer desaparecer algunos pequeños indicios de la cogerza de la noche anterior. Mientras ponía un poco de base en mi jeto, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era mi madre.

—Lo dicho: si no llamo yo, morimos sin comentarlo antes.

—Pero, mamá, si nos vimos hace dos días.

—Sí, claro. Pero no se te ocurrió comentar nada acerca de eso.

—¿Acerca de qué?

Y nada más formular la pregunta caí en la cuenta. Acerca de Lena. Había sido completamente absorbida por la repentina y embriagadora irrupción de Will en mi agenda, en mis días. En mi vida. Olvidándome de casi todo lo demás. El tiempo había pasado volando y, a la vez, se había estirado como un chicle masticado por Belén Esteban.

—Ah. Sobre Lena... y tú, imagino.

—¿Lena y yo? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir de nuestro encuentro?

—No, no me malinterpretes. Solo me refería a... bueno, a que me alegro mucho. De verdad.

—¿Te alegras de qué?

—De verte feliz, mamá. Me alegra mucho verte así.

—Se nota, ¿verdad?

—Claro que sí —dije, risueña.

—Pues eso mismo es lo que quiero para ti.

—Sí, y te prometo que...

«Un momento», pensé, interrumpiendo mis palabras. «Eso mismo es lo que

quiero para ti». ¿Qué había querido decir mi madre con eso? Que quería verme contenta, relajada, encantada de la vida. ¿O se refería a que debía tomar ejemplo de ella y buscarme una pareja de mi mismo sexo para lograr algo así? ¿De verdad creía mi madre que no encontraría a un hombre que pudiera hacerme sentir dichosa?

—Esto, mamá... Me pillas un poco apurada. Estaba terminando de maquillarme, tengo una cita con el escritor americano.

—¿Cómo dices? ¿Con Will Cooper?

Bien, había dado en el clavo. Con las noticias que podía darle no le quedaría más remedio que reconocer que su hija, después de todo, no era tan desastrosa como para que ningún hombre se interesase por ella. Ciertamente que las mujeres dan menos problemas, son más inteligentes y más sensatas. A excepción de mí, claro. Y supongo que esa era la principal razón de que cayese rendida ante maromos americanos con los que en realidad no tenía una sola posibilidad... Pero eso daba igual. Lo importante era que podía silenciar a mi madre.

—Sí, mamá. Ayer cené con él y hoy repetimos encuentro.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio. Ja, había dejado a mi madre sin palabras. Vale que yo no tenía un historial muy lustroso en cuanto a relaciones sentimentales, y me sobraban todos los dedos de las manos para contar las veces que un par de tontolabas se hubiesen peleado por obtener mi amor y atención. Sin embargo, había logrado repetir cita con el hombre más fascinante del universo. Y ese era un triunfo que valía por mil en la tabla de valoraciones que yo misma acababa de inventarme.

—Marta... —comenzó a decir mi madre, acompañada de un suspiro—. Cariño, se me parte el corazón de verte así.

—¿Perdona? Mmmm, corrígeme si me equivoco, pero creo que esta es la parte en que como madre te alegras de saber que he quedado con mi amor platónico.

—No, cielo. Esta es la parte en la que como madre debo hacerte ver que no te encuentras bien. Esos castillos en el aire que te montas no son nada buenos...

—¡Mamá! ¡He quedado con él de verdad!

—¿Ves? Tienes que parar, Marta. Si sigues repitiendo ese tipo de cosas terminarás creyéndotelas tú misma. Y eso sí será un problema grave.

No podía dar crédito: mi propia madre me trataba como a una desequilibrada mental. Vale que no fuese una hija/mujer/persona modélica, pero

de ahí a considerar que me inventaba citas con el autor americano que tanto adoraba... ¿Por qué no iba a merecer disfrutar de una experiencia así?

—Escucha, mamá. Cree lo que quieras, pero el caso es que tengo que terminar de prepararme para...

—No sigas, por favor —me cortó ella—. Lena dice que este tipo de conductas pueden derivar en un aislamiento emocional nada positivo. Podría afectar incluso a...

—Lo que Lena diga me parece muy bien —contraataqué, interrumpiéndola yo a ella—. Pero te lo guardas para ti. Si lo que de verdad quieres es verme feliz, deja de tratarme como Pablo Motos a sus invitados.

—Oye, Lena solo quiere...

—Mamá, de verdad. Me alegro mucho por ti y por Lena. Por cómo se os ve juntas. Y te prometo que quiero conocerla mejor. Quedaré con ella, seremos muy buenas amigas, ya verás. Pero ahora tengo una cita con Will Cooper. Y no quiero llegar tarde.

Mi madre, fiel a sus ideales, iba a intentar replicarme de nuevo. Haciendo un gran esfuerzo, logré persuadirla para que hablásemos en otro momento con más calma. Por supuesto, colgó el teléfono convencida de que su hija deliraba. Eso me hizo sentir disgustada. Moncho no había dudado cuando le había contado las buenas nuevas... ¿Por qué ella tenía que resistirse a creer en mis palabras? Seguro que todo se debía a que no esperaba que la desdichada de su hija consiguiese atraer la atención de un personaje público. Pues para muestra un botón: ahí iba yo, y dispuesta a todo. Porque si se me concedía una nueva oportunidad solo podía deberse a que el destino quería que Will y yo fuésemos algo más que simples desconocidos unidos por una visita promocional.

Aunque no malgasté mucho maquillaje (por eso de ahorrarme el terminar otra vez con el jeto de un payaso en cualquier cuarto de baño), me lo tomé con mucha filosofía. Quería estar guapa, sentirme bien. Disfrutar del día nada más poner un pie fuera. Y gobernada por esa sensación, el tiempo se me echó encima. Marta Cruzado, especialista en pasarse por los bajos los fundamentos de la puntualidad.

Elegí un bolso coqueto y trasladé las cosas de uno a otro con prisa. Y, entonces, el teléfono volvió a sonar.

—¡Maldita sea! —bufé—. ¿Es que hoy es el Día Internacional del Teléfono Sonando o qué?

Mi incipiente irritación pronto se convirtió en asombro cuando vi reflejado

en la pantalla del aparato el nombre de Omar.

Dudé unos instantes. ¿Qué querría de mí un jueves a esas horas? Quizá tuviese que ver con algo del trabajo, aunque nuestra comunicación había quedado limitada al sistema de mensajería electrónica. Había dejado claro que no quería saber nada más de él, más allá de las traducciones que me tocara elaborar. Por eso me desconcertaba ver su llamada entrante. Al mismo tiempo, él había sido quien le había dado mi número a Will... ¿Tendría que ver su llamada con este tema?

Mi pulgar se movió del símbolo verde al rojo una y otra vez, sobrevolando la pantalla como un pájaro loco. No sabía qué icono pulsar. Aceptar, cancelar, aceptar, cancelar. De pronto, el móvil dejó de sonar y respiré aliviada. A veces, la mejor solución era dejar que otros tomaran las decisiones por ti. Como la de colgar.

Había enfilado ya el pasillo para salir del apartamento cuando «Bad Romance» volvió a erigirse en banda sonora. Omar, otra vez. Debía de ser algo importante, algo relacionado con la editorial.

—Buenos días —saludé, tratando de sonar lo más aséptica posible.

—Hola, Marta. ¿Te llamo en buen momento?

—Pues lo cierto es que no. Tengo una comida y voy un poco justa.

—Vaya. Siento importunarte —se disculpó. Su voz sonaba entre dubitativa y prudente—. ¿Cómo vas con la traducción?

—Bien, como de costumbre. Oye, ¿querías algo? Estoy a punto de salir de casa y en el ascensor no hay cobertura —mentí; siempre bajaba las escaleras a pie.

—Ah... No, nada. Solo quería decirte que le di tu número a Will hace un par de días. Él me lo pidió, imagino que se habrá puesto en contacto contigo. —Hizo una pausa—. Espero que no te haya parecido mal el que se lo haya dado sin consultarte.

—Se ha puesto en contacto, sí —expliqué—. De hecho, es con quien he quedado.

Hubo un pequeño silencio que no supe cómo interpretar. Había dejado a Omar sin palabras, al editor que había intentado por todos los medios frustrar mi oportunidad de conocer a Will Cooper. Pensé que me agradaría restregarle por toda su cara de tío majó mi triunfo, mi llegada a la meta a pesar de todos los obstáculos que él había arrojado en mi camino. Pero no fue así. No sentí nada.

Solo me preocupaba llegar tarde al lugar donde había quedado con el hombre que me importaba.

—Bueno, era lo que tú querías... ¿no? —preguntó, tras unos instantes.

—¿Qué?

—Conocer a Will. Supongo que estás bien, que quedar con él es, bueno, algo que tú...

—Oye, Omar, esta conversación está siendo... un poco rara.

Omar suspiró.

—Tienes razón —admitió—. Disculpa. Solo espero que tú estés a gusto. Contenta.

—Lo estoy.

—Bien. Entonces... no te robo más tiempo. Disfruta mucho de la comida.

—Gracias. Le daré recuerdos a Will de tu parte —me despedí.

Esa última frase llevaba un poco de malicia incorporada, pero no me pareció una *vendetta* exagerada para lo que él me había hecho. No me había gustado escucharlo hablar así, tan circunspecto. Sin poder ocultar su sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, había hecho lo posible por reparar su error. Había facilitado que Will y yo terminásemos estableciendo contacto. Quizá con el tiempo pudiese perdonarlo, olvidar las tretas que había llevado a cabo a mis espaldas.

Pero en esos momentos no tenía espacio en mi sesera para dedicarle más tiempo. Salí veloz de casa y pillé el metro en dirección al centro. Me desesperé un poco con el transbordo, pero llegué a tiempo. Tan a tiempo que pude recobrar el aliento antes de que Will apareciese por la amplia entrada del estudio televisivo.

Me saludó con dos besos. Una mejora con respecto a la cita anterior; no había quedado con la boca de pato besando al aire. Lo noté un poco fatigado. Las entrevistas no eran plato de su gusto, estaba claro. Así que me aferré a su brazo y le comuniqué que en unos minutos estaríamos sentados en un bar donde lo haría atiborrarse a platos típicos. Por el rabillo del ojo lo vi echar un vistazo a mi brazo, enlazado al suyo. Y su media sonrisa afloró.

Comimos en la terraza del local por el que me había decantado, en provecho del buen día que hacía. Pedimos para abrir boca una tabla de jamón ibérico y unas patatas bravas. Para no hacerlo sufrir mucho, le sugerí que pidiese gazpacho con el que remojar la lengua a cada rato. Hasta ahí se mostró

encantado con la degustación. La decepción, más por mi parte que por la suya, llegó cuando al repasar la carta insistió en pedir una tortilla sin cebolla.

—No, no —traté de corregir—. Tiene que ser con cebolla.

—Aquí pone que ofrecen ambas especialidades.

«Maldito bar castizo con su carta de menú bilingüe», rumié para mis adentros.

—Pero la tortilla buena es con cebolla. Lo otro no es tortilla.

—¿Por qué?

—Imagínate que en lugar de tortilla pusiese democracia —improvisé—. Con cebolla es la de Obama. Sin ella es la de Trump.

Will me miró desconcertado, así que me oculté tras un trago generoso a mi vaso de gazpacho. Lástima no haber metido una botellita mini de ginebra en el bolso esta vez.

Al final se fio de mis consejos (de mis órdenes) y terminó dándome la razón: estaba muy buena. Como si no lo supiese yo. Pedimos también unas croquetas de cocido, pero el pobre estaba ya tan empachado que sobraron un par de ellas. Yo tampoco me encontraba mejor; de haber podido, habría mandado la falda a tomar viento. Por último, nos decantamos por un postre que nos ayudase a hacer la digestión. Torrijas bien empapaditas, claro que sí.

Sigo sin saber cómo no salí rodando de aquella terraza. Para cuando nos levantamos, tuve que esforzarme mucho en no parecer una embarazada de cinco meses. Will se rio.

—Otra cosa más comprobada. Lo de la comida en España no es una leyenda.

Dimos un largo paseo por las amplias avenidas del centro. Fiel a mi rol de guía, fui mostrándole algunos edificios y monumentos emblemáticos. Inventándome la historia de algunos. Pero qué más daba: Will me escuchaba atento y encantado. Entre esculturas que retrataba con su Smartphone 4.0 (tenía un modelo que ni siquiera había salido en España; para que hablen luego de la bohemia de los escritores), y un par de museos a los que consideré obligatorio llevarlo, la tarde pasó sin levantar mucho ruido.

Will no hablaba mucho. Solo lo necesario, tal vez. No daba pie a diálogos extensos sobre temas intrascendentes, pero caminar a su lado en silencio no era algo de lo que yo fuese a quejarme. Él miraba a su alrededor, registrándolo todo con su mirada luminosa. Yo trataba de absorber la baba que se me escapaba cuando me quedaba mirándolo alelada, sin que se percatase.

Al salir del segundo museo, caímos en la cuenta de que ya había empezado a anochecer. Le propuse a Will que, si no tenía prisa, fuésemos hasta un local donde servían unos cócteles deliciosos. Estaba dentro del plan que había confeccionado momentos antes de hablar con mi padre, pero no sabía si mi acompañante aguantaría sin cansarse de mí a esas alturas de la jornada.

Era un local de apertura reciente, coqueto, moderno sin caer en lo ridículo. Y preparaban unas bebidas deliciosas. Una vez más, Will se dejó aconsejar por mí. Bebimos una copa en la terraza, mientras charlábamos sobre algunas de sus obras. No había podido mantener atado mi lado fan más tiempo. Me gustaba escucharlo hablar sobre detalles de sus historias que yo conocía al dedillo. Y a él, para qué negarlo, parecía encantarle todavía más explayarse sobre su propia obra.

Permanecí embelesada durante un rato. La voz de Will obsequiándome con sus experiencias a la hora de escribir, la noche agradable con la luna comenzando a dibujarse sobre el lienzo negro, mi copa de *gin fizz* espumoso, el dinámico ir y venir de los transeúntes a nuestro alrededor... Incluso el tráfico incesante de la ciudad parecía encerrar cierto encanto. La gente regresando del trabajo a sus casas, o rumbo al teatro o al cine, el grupito de amigas finolis o descocadas que habían alquilado esa limusina rosa que ahora se detenía ante nosotros...

No salí de ese trance de embeleso hasta que la ventanilla delantera de la limusina bajó y por ella asomó el rostro del chófer. Incluso permanecí unos segundos contemplando aquel hecho con una sonrisa boba plantada en el jeto, mirando sin ver. Sin entender. Por desgracia, mis neuronas todavía no habían abandonado su nido. E hicieron la labor de reconocer la cara de aquel chófer como la de mi padre.

Me atiesé sobre la silla con tanto ahínco que a punto estuve de tirar ambos cócteles al suelo. Will paró de hablar, asombrado por mi reacción. Pero yo solo tenía ojos para el hombre uniformado y radiante que se acercaba a nuestra mesa.

—Buenas noches, parejita —saludó Moncho, haciendo una reverencia.

—Pa... papá —logré articular, en voz baja. Como si así Will fuese a entender todavía menos—. ¿Qué... qué demonios haces aquí?

—Hija mía, ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Has pagado por eso? —Al ver que no obtenía respuesta hizo caso de mi anterior pregunta—. No pensarías que iba a dejar pasar la ocasión de poner mi trabajo a tu servicio.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Marta, ¿ocurre algo? —preguntó Will, paseando su mirada de mi padre a mí y viceversa.

—Esto... Verás... —comencé a decir, sintiendo que el suelo se abría bajo mis pies.

—No metas la pata y sígueme el rollo —dictó mi padre, sin perder su facha resplandeciente—. Dile que le tienes preparado un recorrido en limusina por la ciudad. ¡Y que hay champán en la cubitera!

—Por Dios, papá... ¿En serio? ¿En una limusina... rosa?

—No sabía que iba a combinar tan poco con eso que te has hecho en la cabeza. —Mi mirada debió de traspasarlo con frialdad porque se corrigió—. Hija, las otras estaban reservadas. Era la única libre.

—No entiendo por qué —repliqué, alzando una ceja—. Aun así, esto no... esto no tiene sentido.

—¡No seas carca!

No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. ¿Mi padre me acababa de llamar carca? Reparé en que Will continuaba dividiendo su atención entre mi padre y yo, confuso. Parecía no querer meterse en medio del diálogo, pero esperaba que alguien (más concretamente, yo) le explicase qué estaba pasando.

—Verás, Will... —aspiré aire con fuerza—. Tenía una sorpresa preparada. Un... viaje en limusina. Por la ciudad. Un viaje muy corto. Cortísimo. Podemos subirnos y bajar en la siguiente calle.

Al principio detecté un halo de reserva en sus ojos, pero pronto se convirtió en una media sonrisa. Will apuró su cóctel y asintió, animado.

—Me gusta tu plan. Eres una detallista, Marta —dijo, cogiéndome la mano—. Vamos.

Me quedé sin nada que decir, mientras observaba a mi padre sonreír complaciente y abrir la puerta del vehículo para que nos acomodásemos en su interior. Me dejé llevar por la mano de Will. Era algo contra lo que no podía luchar; podría haber seguido sujeta a sus dedos por los siglos de los siglos, amén. Aunque no pude evitar que me recorriese la espalda un fugaz escalofrío al reparar desde más cerca en la «vistosa» tonalidad de la limusina.

—¿Has elegido tú el color? —preguntó Will una vez nos hubimos acomodado y el vehículo se puso en marcha.

—¡No, por Dios! No. Es decir... solo les quedaba esta —me excusé, avergonzada—. Lo siento.

—No hay nada que sentir. Esto es estupendo —afirmó, mientras se relajaba

en el asiento y observaba la ciudad a través del cristal.

Poco a poco fui recuperando la calma. De vez en cuando descubría a mi padre observándonos con cara de chiflado por el retrovisor, hasta que decidí que no merecía la pena dirigir la vista hacia la parte delantera. Mejor sería centrarse en lo que ocurría atrás. En que Will y yo viajábamos juntos por la metrópolis, ajenos a todo lo que ocurría en el exterior, como resguardados en una cálida y confortable burbuja.

Abrimos el champán y brindamos un par de veces en silencio, con el único sonido de nuestras sonrisas. Mi padre se limitó a cumplir su papel de chófer, sin interrumpirnos en ningún momento. Solo su mirada de júbilo se inmiscuía en nuestro nido de privacidad, así que me coloqué de manera que el retrovisor quedase oculto a mis espaldas. Todo por evitar que Will descubriese una mirada que podría confundirse fácilmente con la de un *serial killer* si uno no conocía a Moncho.

Entre risas y medias sonrisas, y entre algunas curvas que mi padre cogía como si estuviese rodando *A todo gas 9* (o 10, u 11... ¿cuántas pelis llevan ya de esta saga?), ventilamos la botella de champán sin apenas darnos cuenta. Entre el cóctel y la media botella yo empezaba a encontrarme medio piripi, pero de ninguna manera iba a perder la compostura otra vez. Y menos aún en presencia de mi padre.

Entonces, Will se removió en el asiento y se acercó a la parte del conductor, como queriéndose dirigir a él. «Ay, Dios», pensé con alarma. «Esto no va a ser bueno».

—Disculpe, señor —pronunció, en un inglés lento y amable—. ¿Habla usted algo de inglés?

—Emmm, yes. *Moror les*.

—¿Moror les? —repitió Will, tratando de descifrar su significado.

—Creo que quiere decir más o menos —observé, acudiendo al rescate—. Pero puedes decirme a mí lo que quieras decir y se lo traduciré.

—Bien —concedió Will. Y sin dejar de mirarme, añadió—: Quería preguntarle al señor si sería posible que nos acercara a mi hotel. Me gustaría invitarte a una última copa en la terraza de mi suite.

Era un contenido de sencilla traducción. Lo traduje, sin embargo, como si fuese un robot que acababa de sufrir un cortocircuito. Si alguna vez había merecido el apelativo de «tartaja», ese era el momento. Luché con todas mis

fuerzas por no ruborizarme, evitando cruzar la mirada con mi padre, que se tomó su tiempo para responder a la petición formulada.

—O sea, que te quiere llevar al huerto.

—¡¡Moncho!! —exclamé, sin poder contenerme.

—Está bien, está bien. Si ya eres mayorcita. Un padre tiene que enfrentarse tarde o temprano a este tipo de situaciones... Aunque me jode un poco ser yo quien te lleve directamente al picadero.

—¡Monchooooo!

Mi padre agitó la mano, en señal de conformidad y preguntó tranquilamente por el nombre del hotel. Se limitó a silbar al corroborar que su pasajero se alojaba en uno de los hoteles con más pompa de la ciudad. Yo traté de relajarme, sonriendo tontamente a Will.

—¿Qué significa «Moncho»? —preguntó entonces.

—Ehhh... Es una forma de dar las gracias en español. Pero es muy coloquial, mejor no la utilices nunca.

El trayecto hasta el hotel no se me hizo eterno, como se podría pensar. Ayudó el hecho de que estuviésemos a menos de un kilómetro de distancia, por supuesto. Mi padre detuvo la limusina ante la amplia e iluminada entrada del gran complejo. Por primera vez desde que supe cuál sería la siguiente parada, reparé en que mi corazón latía a mil por hora. Incluso a más. Recé por que no se tratase de una taquicardia. No me venía nada bien.

—Hemos llegado —anunció Moncho, como si no fuese obvio.

Sin perder tiempo, abandonó su asiento y corrió a abrir la puerta trasera, invitándonos cortésmente a salir. Bajé yo primero, con Will secundándome.

—Recuerda —me dijo, con tono de profesor jubilado—, déjale claro que no obtendrá nada si busca un lío de una noche. Tú serás la mejor madre que puedan tener sus hijos. ¿Qué? No me mires con esa cara, hija.

Hice una finta para evitar que mi padre me pegase un abrazo y correspondí a su amago estrechándole la mano. Mejor sería seguir guardando las apariencias: no era momento de explicarle a Will que quien nos había llevado de paseo en una limusina rosa era mi padre.

—*Bi carrrful* —le espetó mi padre a Will, tras estrecharle la mano.

—¿Cómo dice?

—Naaaada —intervine—. Se refiere a que el depósito de la gasolina está lleno. «Be car full», el pobre habla como los indios. —Y me llevé a Will hacia la entrada del hotel antes de que Moncho pudiese añadir algo más.

Mi agobio se desvaneció en cuanto puse el pie sobre el vestíbulo reluciente de aquel palacio. Era la primera vez que entraba, pero, a pesar de su fama, no lo había imaginado tan imponente. Lo cual me había pillado por sorpresa.

Sin decir palabra, Will me cogió con suavidad la mano. Valiéndose de su media sonrisa, señaló con la cabeza los ascensores que quedaban al final de ese hall donde se podría organizar un campeonato de patinaje. Yo me dejé llevar.

Subimos a la última planta, que poco tenía que ver con la típica imagen de pasillos prolongados infestados de puertas que cualquier hotel reservaba a la clase media. No, allí solo había dos puertas a la vista, y hacia una de ellas me llevó Will. Pasó una tarjeta electrónica por el lector y un leve pitido alertó de que la suite quedaba abierta, a nuestra disposición.

En su diccionario, la Real Academia Española se limita a definir la palabra *suite* como una «habitación de lujo de un hotel, con varias dependencias». Pero aquello no era una habitación. Era un país. Un continente.

—Hostia, puta... —murmuré asombrada, diciendo adiós a mi decoro.

Una estancia de más de cien metros cuadrados (mi apartamento tenía noventa y dos) alojaba un salón de lo más chic, un precioso mueble bar y una mesa de billar. Eso fue lo primero que acerté a ver. Will, divertido ante la cara que se me había quedado (y que se hubiese convertido en *meme* viral de haberla fotografiado alguien), insistió en que pasase y me sintiese como en casa. «Cómo voy a sentirme como en casa si yo soy una princesa de barrio», fue lo único que pude pensar. Ese espacio central conectaba con otras dependencias. Vislumbré un baño con jacuzzi a la derecha, una habitación con cama para veinte personas más al fondo...

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Will.

—No sé... Una dosis de realidad.

—¿Nunca habías estado en una suite?

—Te recuerdo que no escribo tus novelas. Solo las traduzco.

El comentario pareció hacerle gracia. Se acercó al mueble bar (sí, era de ébano) y con bastante destreza preparó un par de copas. Yo seguía embobada, sin moverme. Me limitaba a girar sobre mi eje para contemplar todo lo que me rodeaba.

Will me acercó la copa. Ginebra con tónica. Otro punto más para el yanqui. Di un trago, después de brindar con la suya. A pesar de que no era Puerto de Indias, no sentaba mal pegarle un sorbo a un buen Citadelle. Cuatro veces más caro que su homónimo andaluz.

—Ven. Mira estas vistas.

Una vez más, lo seguí como si no pudiese hacer otra cosa. O, más bien, como si no quisiese hacer otra cosa. No existía nada más allá de escuchar su voz, devorar sus ojos y asentir embobada ante todo lo que él dijese. Lo seguí hasta la pequeña terraza, desde donde se veía la ciudad de una manera única. El centelleante alumbrado, las personas como apacibles hormigas por las calles... Era un momento único. El corazón me iba a estallar de puro entusiasmo.

—Marta.

Me giré, renunciando a unas vistas a las que querría regresar una y otra vez. Y me topé con los labios de Will. Con su aliento fresco, su lengua carnosa y retozona, con sus manos firmes en mi espalda, con su cuerpo ávido, atlético y lleno de ganas por escribir una nueva historia en un lenguaje exento de palabras. Esa misma noche. Y yo no iba a ser la traductora. Iba a escribirla con él.

Billete de ida a la ficción

Cuando desperté, la suite todavía estaba allí. O, mejor dicho, yo seguía en ella. No fue el despertar más esplendoroso que un ser humano haya experimentado nunca, al menos durante el primer minuto. Después de todo, había mezclado ginebra con champán sin mucha moderación. Aunque fui capaz de abrir los dos ojos a la vez, me costó hacerlo. Un ligero pinchazo en la cabeza (no tan ligero) hizo que me quejase con un pequeño murmullo. Empecé a sentir mi cuerpo cansado, pesado, como si no pudiese moverlo. Claro que de eso no podía culpar exclusivamente al alcohol. Había dormido apenas tres o cuatro horas. Era el precio a pagar por pasarse media noche retozando con Will Cooper.

Se me escapó una sonrisa, mientras trataba de desperezarme y recordaba los hechos ocurridos solo unas horas antes. Pude abrir por fin los ojos por completo y confirmé que nada había sido producto de un sueño: seguía en la suite, tumbada sobre un enorme colchón viscoelástico con las sábanas tan immaculadas como revueltas. Claro que el dolor de cabeza era ya indicador suficiente de que no se trataba de una fantasía. Pero a medida que me despertaba se iba atenuando.

—Buenos días —dije con voz sensual mientras me giraba para besar en la frente a mi príncipe encantador.

Pero saludé al aire. A mi lado no había nadie. Ni en ningún otro recodo de la kilométrica cama. Estaba sola. Una sensación extraña comenzó a recorrerme la espalda desnuda. No podía ser... Con lo bonito que había sido todo, no podía ser verdad que Will se hubiese largado después de echar un pinchito (tres, y de -ito habían tenido poco) conmigo.

Repté por el colchón hasta alcanzar mi bolso, que estaba tirado a los pies del somier tapizado. Rebusqué hasta dar con mi móvil y comprobar así la hora. Las nueve y veinte de la mañana. Era temprano.

Solté un grito al ver mi careto reflejado en la pantalla del teléfono. ¡Normal que Will hubiese salido espantado! El rímel había desaparecido, al igual que la base de maquillaje. Donde antes había una mirada que podía pasar por risueña, había ahora dos ojos enmarcados por dos profundas ojeras. Y mi pelo... Mi media melena ya no era una mata de cabello lisa, sino una encrespada enredadera plantada alrededor de mi cabeza. Las mechas rojas le daban una apariencia más eléctrica. Y esto contemplándome en la minúscula pantalla de un aparato... Miedo podía dar plantándome ante un espejo.

Estaba empezando a vestirme cuando un ruido me hizo dar un respingo. Levanté la vista y vi que, al fondo de la estancia principal, accediendo al interior desde la pequeña terraza, estaba Will. Un Will en pantalón vaquero y con el torso al descubierto. Igual había fichado por una campaña de publicidad para Levi's y yo no me había enterado. El caso es que la poca pereza que me quedaba en el cuerpo se esfumó de un golpe.

Will me sonrió, mientras se acercaba.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte? —preguntó, con picardía.

Iba a responderle que no, que para nada, que había sido una idiota que pensaba que la habían abandonado en la suite más brutal de la ciudad. Pero me detuve al ver que, en su trayectoria hacia mí, Will hacía un alto para coger una amplia bandeja que descansaba sobre la mesa del salón. Una bandeja con un desayuno para dos.

Con la boca abierta, observé cómo se acercaba a la cama. Con solo un gesto de cabeza, me indicó que volviese a tumbarme y una vez lo hube hecho él hizo lo mismo a mi lado. Puso la bandeja sobre sus piernas. Una bandeja con un cuenco repleto de fresas frescas con nata, un plato con rodajas de piña, otro con tostadas de mermelada y rebanadas de pan con tomate...

—Imagino que tendrás hambre.

Imaginaba bien el hombre. Pero era otro apetito el que se me estaba despertando. «Quieta, Marta, que te desbocas», me dije a mí misma para calmarme. No sé si era cosa mía, pero de repente empezaba a hacer un poco de calor en aquella suite. Y yo estaba a medio vestir.

Tras el inesperado (pero codiciado) beso los dos habíamos acudido a la cama envalentonados como niños pequeños jugando a hacer una guerra. Había descubierto a otro Will; más bien, otra faceta del mismo Will. Se había mostrado con la firmeza que lo caracterizaba, aunque todavía más dominante. No había llegado a comportarse como un Christian Grey pasado de anfetanas (gracias a

Dios), pero sí había optado por llevar las riendas. En los tres actos de fornicación. Tampoco es que yo estuviese molesta por ello. Me dejé llevar como llevaba haciendo desde el día anterior. Puede que sea la reacción más sencilla cuando tu amor platónico se convierte en un ser terrenal que te empotra en la cama más gigante y comfortable que has probado en tu vida.

Después de la bacanal, Will se quedó dormido. Con un atrevimiento que quizá me concedían la ginebra y el champán, acaricié su pelo sedoso y humedecido por el ejercicio nocturno realizado. Me quedé mirándolo durante un buen rato, preguntándome una y otra vez cómo podía ser que aquella situación fuese real. Cómo podía estar yo, desnuda, acostada al lado del hombre con el que tantas veces había soñado. Sí, tal vez existiesen sueños susceptibles de convertirse en realidad. Incluso para las Marta Cruzado que habitaban la Tierra.

Dimos buena cuenta del desayuno. Le pregunté cuándo lo habían traído y él me contestó que un rato antes. Me dio vergüenza saber que el mozo de habitaciones había pasado a dejar la bandeja en la suite y que yo había estado a un par de metros espatarrada sobre la cama, sin enterarme de nada. Y roncando. Una información que hubiese preferido no conocer, por mucho que Will hubiese medio sonreído al contarlo.

—¿Has dormido bien? —preguntó, recostado sobre la cama, contemplándome.

—Si tengo que ser sincera... no. Pero no sabes cuánto me alegra no haber dormido bien.

—A juzgar por el nivel de tus ronquidos, juraría que...

—¡Oh, venga! Solo ronco cuando estoy un poco piripi —protesté, sonrojándome.

Will sonrió y se acercó para besarme. Sentí la urgente necesidad de pellizcarme y comprobar que aquello seguía siendo real. Desde el final de *Los Serrano* una ya no podía fiarse de nada.

—Va a sonar un poco raro, pero bueno, no es que tenga nada que perder ya —comencé a decir—. Había imaginado más de una vez cómo sería conocerte. Cómo sería el Will Cooper de carne y hueso. No el de las fotos de los libros ni el de los vídeos de entrevistas... sino el Will persona, el Will humano.

—¿Y cuánto de grande ha sido la decepción? —preguntó.

—¿Decepción? ¿Qué palabra es esa? —comenté, haciéndome la boba. Aunque volví a ponerme profunda—. Pero sigo... sigo sin poder creérmelo.

Como si, a pesar de ser totalmente consciente de que esto está pasando de verdad, una parte de mí se resistiese a admitirlo.

Will me escuchó con su mirada clavada en uno de mis hombros, un hombro al que le hacían falta entre ocho y noventa y siete sesiones intensivas en la cámara de un solarium. Pero debía de gustarle ese tono pálido porque se acercó y lo besó con dulzura. Luego se apartó y me miró de nuevo a los ojos.

—Pues me temo que esto es real. Al cien por cien —aclaró—. Y supongo que lo que voy a decir a continuación no te ayudará demasiado a creer en lo que tiene de verdadero todo esto.

«Bueno, fue bonito mientras duró. Ya hemos desayunado, así que toca mandarme a hacer puñetas a otro lado», eso estaba a punto de escuchar. Traté de parecer despreocupada, no quería poner cara de desilusión cuando me anunciase que tenía cosas que hacer y que el tiempo empezaba a echársele encima.

—A las ocho tengo que estar en el aeropuerto —anunció—. A las nueve y media sale el vuelo.

—Ah, claro —dije, recordando con desencanto que tenía que irse ese mismo día, seguramente para siempre—. Imagino que te hará falta tiempo para recoger todo, hacer las maletas, coordinarte con tu representante...

—Me gustaría que ese vuelo lo cogieses también tú.

Yo seguí enumerando la lista de cosas que probablemente tuviese que despachar antes de irse al aeropuerto para hacerle ver que comprendía a la perfección que había llegado el momento de terminar de vestirme y salir de aquel lujoso retiro. Por eso tardé en reaccionar e interrumpirme a mitad de frase. Tuve que pedirle que repitiese lo que acababa de decir. Y lo hizo.

—Pe... pe... pero... No, no entiendo.

—¿Has estado alguna vez en Nueva York?

—... No.

—¿Has estado alguna vez en Nueva York conmigo?

Negué directamente con la cabeza. Tenía la boca tan seca como si acabara de tragarme varios puñados de arena.

—Entonces, aprovechemos y matemos dos pájaros de un tiro —sentenció.

—Pe... pero, Will... ¿Cómo? ¿Cómo... voy a ir yo a Nueva York?... Contigo.

—Tomándote un par de calmantes si tienes miedo a volar.

«No es a volar a lo que tengo miedo», estuve tentada de decirle, «es a creer que es verdad todo lo que estás diciendo».

—No suelo tener problemas en un avión... Aunque siempre me tomo un par de gin-tonics antes para asegurarme —expliqué—. Pero, Will, es una locura. Intentas quedarte conmigo, ¿verdad?

—¿Crees que bromeo? —preguntó, y la manera en que lo hizo daba a entender que la respuesta era un no rotundo—. Hay una manera muy sencilla de comprobarlo. Solo tienes que estar a las ocho en el aeropuerto.

—Pero, pero...

—Despilfarras mucho en «peros», ¿lo sabías? —Y evitó que replicase nada dándome un beso.

Y en esa situación estaba yo. Con Will invitándome a viajar con él a su ciudad, a un mundo que yo conocía solo por libros y películas. Nada tenía sentido. Irme con él... ¿cuánto tiempo? ¿En qué condiciones? ¿Me iba a alojar en su casa o tendría que buscar un apartamento hipercaro típicamente americano? ¿Iba a pasar tiempo con él o se trataba solo de coger el mismo vuelo y luego cada uno con su vida? Era difícil entender nada. Creerse nada. No, Will tenía que estar tomándome el pelo. Mi enmarañado y encrespado pelo. Me dio vergüenza recordar el nido de avestruz que tenía sobre la cabeza y me escondí bajo la sábana.

—Entonces, ¿qué? ¿Te atreves?

—Estás loco —anuncié, cubierta por la tela.

—Creo que la loca serías tú si dejases pasar una oportunidad así.

Retiré poco a poco la sábana, poniéndome de nuevo al descubierto. Me encontré con sus ojos, que me miraban con atención. Había deseo en ellos, también expectación.

—Pero... —comencé a decir.

—Deja los «peros».

—¿Qué voy a hacer yo allí? No tengo nada preparado, ni he avisado a nadie, tengo que continuar con las traducciones para no pasarme los plazos, y además todavía no he ahorrado tanto como para...

—Stop —dijo, con su acento yanqui—. Solo hay una pregunta que tienes que responder. Nada más. —Hizo una pausa—. ¿Quieres venirte conmigo a Nueva York? Sí o no.

Lo miré con atención, en silencio. Sabía que no había ningún aro con diamantes como pedruscos a mano, pero aun así contesté:

—Sí, quiero.

Will sonrió.

—Me temo que ahora es cuando empiezas a darte prisa. Eso, o volarás sin maleta.

—Pe... —me contuve a tiempo—. Will, ni siquiera tengo billete, y tampoco...

—Lo tendrás. En el buzón, cuando llegues a casa.

—¿Qué?

Will se incorporó con agilidad y fue en busca de una libreta y un bolígrafo. Me quedé embelesada contemplando el cuaderno: ¿sería ahí donde Will anotaba todas sus ideas, sus golpes de inspiración? Sacudí la cabeza en cuanto me entregó el bolígrafo y una hoja en blanco.

—Anota ahí tu dirección. —Iba a replicarle, pero él fue más rápido—. No hables. Anota.

Hice lo que mi deidad pedía. Luego cerró el cuaderno y me dio un beso.

—Ahora, más vale que subas de revoluciones. Nos vemos a las ocho.

Lo que vino después fue una vorágine de sensaciones, pensamientos y acciones que no recuerdo muy bien. Guardo el borroso recuerdo de haberlo acometido todo como si me hubiese agarrado la clásica cogorza de un cuñado en una boda. Will había sido explícito: tenía hasta las ocho para personarme en el aeropuerto. Parecía tomarse aquello como un juego, aunque sin perder su habitual calma. La que no gozaba de calma alguna, por supuesto, era yo.

Dejé la suite rumbo a mi apartamento. Cogí el metro, volviendo por unos momentos a la vida terrenal, a la historia donde yo no era más que otra hormiguita en el mundo. Se me hizo eterna la parada en cada una de las estaciones de la línea que había cogido. Descubrí que algunos pasajeros incluso me miraban, todos a juego con el ceño fruncido. Supongo que algo tendría que ver el hecho de que no pudiese quedarme quieta y rezase por lo bajini para que el metro llegase de una vez a mi estación.

De camino a casa llamé primero a Lina, después a Puri. No eran llamadas destinadas a mantener una conversación, solo a emitir un comunicado: me iba a Nueva York con Will Cooper. Las preguntas tipo «¿por cuánto tiempo?», «¿te vas a quedar en su casa?» o «¿y cuáles son los planes?» eran rápidamente descartadas. Principalmente porque no tenía una sola respuesta para ellas.

Llamé también a mi madre, que no atendió la llamada. Estaría liada en la clínica. A mi padre le dejé un mensaje en el buzón de voz con cierto alivio: tenía miedo de que se pusiese a preguntarme por los detalles de la noche anterior. A fin de cuentas, él era el único que sabía dónde había terminado.

Al llegar al portal fui directa al buzón. No había entendido muy bien lo que había querido decir Will, pero abrí el casillero de manera automática. Y allí estaba. Un sobre, con mi nombre escrito a mano. Sin remitente. ¿Qué clase de magia negra era aquella? Me peleé con el envoltorio mientras ascendía a marchas forzadas las escaleras (huelga hacer recuento del número de veces en que estuve a punto de matarme). Finalmente, conseguí abrirlo cuando ponía un pie en casa y... No podía ser. En una mano sujetaba un papel con una serie de escuetas anotaciones que me indicaban a qué hora debía estar en el aeropuerto, a qué terminal dirigirme, por qué puerta embarcar... y en la otra sostenía un billete. De avión. A Nueva York. Quise averiguar cómo lo había hecho, cómo había sido capaz de conseguirme un billete y dejarlo en mi dirección antes de que yo misma llegase. Pero lo cierto era que tenía otras cosas en las que centrar todo mi esfuerzo y concentración.

Si os habéis preguntado alguna vez cómo sería hacer una maleta sin tener muy claro qué tipo de viaje vais a hacer, dejadme ilustraros: equivale a morir, y no se le desea ni a tu peor enemigo. A pesar de que tenía unas cuantas horas por delante, mi cabeza y mi cuerpo actuaban cada uno por su lado, a todo trapo, sin hacer el mínimo esfuerzo por entenderse, mucho menos por compenetrarse. Metía unas sandalias y las retiraba al instante: en Nueva York hacía mucho calor, pero también mucho frío. Consultaba en Internet el tiempo que haría allí y decía lo mismo. Mañana calor, pasado frío. Metía una blusa, sacaba tres. Cogía un vestido del perchero y lo volvía a colgar. ¡Esas no eran las condiciones propicias para preparar nada! Cada dos por tres agarraba el teléfono dispuesta a llamar a Will para exigir que me explicase qué iba a pintar yo allí. Pero al mismo tiempo, detestaba la idea de mostrarme desesperada, dubitativa, alarmada. No, la Marta que tenía que subirse a aquel avión debía ser otra. Una a la que le diese lo mismo embarcarse rumbo a Estados Unidos como a Australia (para este destino sabía al menos que tendría que llevar After Bite, remedio eficaz contra mosquitos, arañas, serpientes, canguros, cocodrilos, tiburones...).

Me peleé con la maleta por espacio de dos o tres horas. Luego hice un parón para comer y tratar de serenarme. Comí poco y me serené menos. Ni siquiera Belcebú, que atacó en variadas ocasiones mis pantorrillas a modo de protesta, fue capaz de pararme.

—Para, gato diabólico, o no le diré a mi madre que venga a mimarte los días que yo no esté —refunfuñé.

Me dedicó una mirada de resignación, como si hubiese entendido a la

perfección cada una de mis palabras. Yo seguí dándole vueltas a la dichosa maleta, que a ratos rebosaba de ropa y accesorios, y a ratos quedaba completamente vacía. Si alguien hubiese entrado en mi cuarto en esos momentos, le habría faltado tiempo para dictaminar mi internamiento en un manicomio.

Salí de casa a las siete. Me había tomado un par de tilas durante la tarde, en un vano intento por reducir las cuatrocientas pulsaciones por minuto que marcaba mi corazón. No llegaba a eso ni Eminem después de interpretar su rap más intenso.

Paré al primer taxi que vi nada más pisar la calle. Bueno, al segundo; el primero pasó de largo, con una señora sentada atrás que me dedicó una sonrisa de «no sé ni quién eres, pero me encanta verte con prisas y que no puedas subirme a este coche». Habría ido en metro, pero no quería sorpresas. Ni tampoco cargar con la maleta, que se las tendría que ver con el típico y fastidioso pesaje de los aeropuertos.

De camino allí, sonó el teléfono. Mi madre había visto la llamada.

—Así me gusta, que captes los mensajes y sea la hija la que llame a la madre.

—Mamá, me voy a Nueva York.

—Esto ya me gusta menos... —comentó, cambiando de tono—. ¿Se puede saber a qué viene esa tontería?

—Que tú ya hayas visitado Estados Unidos no quiere decir que hacerlo yo sea una tontería.

—No, me refiero al hecho de que me cuentes estas historias —suspiró—. Hija, de verdad, no te entiendo.

—Pues te lo repito: me voy a Nueva York.

—Déjame adivinar. Con tu príncipe azul, ¿verdad?

—Si te refieres a Will, pues sí.

—En su jet privado, ¿verdad?

—Eh... No. Vende libros, pero no tantos.

—Venga, Marta. Deja de empeñarte en hacerme creer estas locuras. ¿Te parece bien que me pase en un rato por tu piso? Así podremos tomar un café y hablar las dos, tranquilas.

—Mamá, en serio. Estoy de camino al aeropuerto.

—Bueno. ¿Y a qué hora vuelves de hacer la pantomima?

—¡Que me voy a ir de verdad! —protesté—. Oye, necesito que cuides de

Belcebú durante mi ausencia. Ya sabes dónde está la comida y lo que...

—¿En serio vas a alojarte en el piso de Puri o de Lina para hacerme creer que estás fuera?

—Mira, te voy a masacrar a fotos de cada recoveco de Manhattan, de Brooklyn, del Bronx, de Queens y de... de...

—Staten Island.

—Y de Staten Island —remaché—. Bueno, eso si hay wifi gratis.

—En fin —suspiró mi madre—. Lo que tú digas. Cuidaré de ese gato que no te mereces los días que sea necesario, no te preocupes. Y cuando vuelvas de Nueva York, y estoy haciendo el gesto de las comillas con la mano, aunque tú no lo veas, me avisas. ¿De acuerdo?

Aquella era una batalla que yo no podía ganar, y menos en el estado de estrés en que me encontraba. Así que me despedí de mi madre y le agradecí que, aunque no creyese una sola palabra de lo que le decía su hija de casi treinta años, cuidase de Belcebú.

Llegué al aeropuerto con margen suficiente. Con margen suficiente para perderme. Había varias terminales y, claro, yo no sabía muy bien por dónde dirigirme a la que me interesaba. Pregunté a la primera persona que se cruzó en mi camino, que confesó no tener ni soberana idea. Muy respetable, teniendo en cuenta que era un señor que acababa de acompañar a su hija hasta otra terminal distinta.

Eché a correr por los interminables y fastuosos pasillos del aeropuerto. Primero comedidamente; luego, después de echar un vistazo a la hora, sin mucha moderación. Como la situación no era lo suficientemente irritante para mí, una de las ruedas de la maleta se descolgó al hacer un quiebro en una esquina. Y así seguí, arrastrando una maleta que chirriaba y llamaba la atención de cada pasajero en potencia que se cruzaba en mi camino. Empezaba a notar perlitas de sudor en mi frente y un calor sofocante, lo cual no ayudaba demasiado a mantener la calma. Para colmo, la maleta daba bandazos imprevisibles, y a menudo tenía que pedir disculpas a otras personas cuyo equipaje era salvajemente embestido por el mío.

Llegué a la terminal de marras casi sin aliento. Busqué a Will con la mirada, pero no lo divisé entre el flujo de pasajeros que se movía por los alrededores. ¿Y si todo había sido una broma cuyo humor americano no había entendido bien? ¿Y si mi capacidad traductora había quedado inhibida por mi noche de amor con él y había interpretado mal sus palabras? Era imposible que Will quisiese

llevarme consigo a su país. Era una locura. Lo había sido desde el primer momento en que así lo había entendido, pero me daba plena cuenta ahora de que estaba plantada en mitad de un aeropuerto, a solas con una maleta lisiada y chorreando sudor, con gente yendo y viniendo a mi alrededor para los que yo era poco menos que un fantasma. O algo más: un estorbo, ya que cada dos por tres tropezaban conmigo y me miraban con desprecio.

Al tercer tropiezo, el damnificado me agitó el hombro para que me diese la vuelta y poder reprenderme así mirándome a la cara. Estaba rumiando ya la disculpa cuando me quedé estupefacta al encontrarme con el rostro de Will. Ahí estaba.

—Pensé que los españoles erais un poco más puntuales.

—Lo... lo siento. Es que... La maleta, y la terminal, y tanta gente, y...

—Ven, acompáñame.

Lo seguí mientras me limpiaba con la mayor discreción posible el sudor de la frente. Will se giró nada más escuchar el lamento insoportable de la rueda de la maleta al arañar el pavimento. Me miró primero escéptico, luego divertido. Estuve a punto de soltar el trasto allí mismo y salir huyendo.

Nos acercamos a un mostrador. Will sacó de su impoluta chaqueta un par de papeles y se los tendió educadamente a la encargada de la compañía aérea.

—¿Tienes el pasaporte a mano? —me preguntó.

El pasaporte. Marta, el pasaporte. Un sudor frío, muy distinto al que me había abordado de camino a la terminal presente, me recorrió todo el espinazo. Hice un rápido repaso mental: el DNI, las tarjetas de todo tipo (incluso la de socia del Vips) por si acaso...

—¡Sí! —grité con júbilo, sin poder contenerme.

La encargada y Will cruzaron miradas, y yo aproveché para bajar la cabeza y rebuscar en el bolso. En efecto, allí apareció el pasaporte. Marta Cruzado uno, odisea aeroportuaria cero. Pero pronto reparé en el semblante serio de la mujer, que repasaba con demasiada atención mi documento. No, no podía ser que estuviera caducado... Ni siquiera me había fijado en ello. Con el uso escaso (o nulo, mejor dicho) que le daba, no me había preocupado por comprobar si estaba vigente. Y resultaba que... sí, que sí estaba en orden. La encargada me devolvió la libretilla. Joder con los sustos.

Después de pasar por varios trámites y rezar en voz baja por que el detector de metales no la tomase conmigo, logramos cruzar la zona de embarque y dirigimos a la puerta de nuestro vuelo. En todo ese tiempo, Will se mostró

centrado en evitar cualquier imprevisto y apenas intercambiamos un par de palabras.

—¿Dónde está tu representante? —pregunté curiosa, cuando ya nos encontrábamos en la fila para embarcar.

Con un gesto, me señaló la cabeza de la cola. Parecía que a la mujer no le había apetecido mucho esperar por la inesperada pasajera española en la terminal. Aunque la entendía a la perfección: en su lugar, probablemente hubiese hecho lo mismo.

No me di cuenta de que íbamos a viajar en primera clase hasta que estuve dentro del avión mismo. Era la primera oportunidad que tenía de hacer algo así, y lucía más sorprendente que en las películas. Aunque esperaba ver a todos los pasajeros trajeados o con vestidos intachables, a mi alrededor se movían personas en vaqueros, camiseta corta, con viseras sembradas en la mollera e incluso mascando chicle de manera que se podía escuchar a cincuenta metros a la redonda. Quizá hubiese una convención de youtubers en Nueva York.

Los asientos tenían tal separación entre sí que daban opción a jugar un partido de fútbol durante el vuelo. Qué maravilla tenía que ser no escuchar los ronquidos del pasajero de al lado pegados a tu oído, o encontrarte con la cabeza de tu acompañante caída sobre tu hombro. Incluso podías viajar con las piernas estiradas sin necesidad de utilizar la «técnica erizo» para encogerte y caber.

Mi asiento estaba ubicado entre el de Will y el de su representante, a quien saludé al acomodarme; ella se limitó a corresponder con un gesto de cabeza y una inspección ocular a mi cabellera demasiado prolongada. Pero hubo algo en su mirada que me hizo sentir incómoda. Pensé en la posibilidad de que estuviera secretamente enamorada de su representado y me cogiese ojeriza por mi privilegiada posición con él, pero pronto descarté lo de inventarme historias. No, algo en el fondo de sus ojos me hizo sentir mal, como un retortijón en las entrañas. Parecía sonreír con condescendencia, pero pronto retiró su atención de mí.

Will me ofreció una pastilla para dormir en cuanto el piloto inició las maniobras de despegue. Me comentó que él siempre se tomaba un par de ellas en los vuelos largos, sobre todo de cara a evitar el *jet lag*. Yo hubiese preferido gozar de cada instante en mi única ocasión volando en primera clase, pero la perspectiva de pasar casi seis mil kilómetros con la única opción de charlar con Emily no resultaba demasiado tentadora. Así que le pedí no una, sino dos pastillas a Will. Quería dormir tan profundamente como él.

—Por cierto, ¿cómo has conseguido un billete para mí? —dije, soltando al fin la pregunta que me abrasaba la garganta.

—Esas preguntas no se hacen. ¿Acaso le pides a una amiga que te diga el precio del bolso que te ha regalado por tu cumpleaños?

—Es que el precio del billete ya me lo sé, acabo de verlo. Que si tengo que pagártelo ve diciéndomelo ya, por eso de pedir un crédito...

—Lo importante es que estés sentada aquí —dijo, cogiéndome la mano. Tuve que tensar el brazo para poder cubrir la distancia—. Y que, cuando despiertes, la mejor ciudad del planeta te dé la bienvenida.

Le perdoné el exceso de patriotismo por el modo en que me acariciaba la mano, cuyo brazo empezaba a experimentar calambres por la tirantez. Le sonreí, y me acomodé en el asiento esperando que las pastillas empezasen a hacer efecto. Por el rabillo del ojo vi que Emily arqueaba una ceja al vernos a mí y a Will así, pero debió de darse cuenta de que la estaba observando y giró su cara hacia la ventanilla del avión. Recuerdo haberme quedado dormida pensando en la manera de caerle bien a aquella representante que parecía sentir una pequeña porción de odio hacia mí.

Desperté con la sensación de que alguien me mecía, como si estuviese tumbada boca arriba en la superficie de un mar en calma. Al abrir los ojos comprobé que más que mecer Emily y Will me estaban zarandeando por sendos hombros.

—Despierta, Bella Durmiente. A ti sí que te hacen efecto estas pastillas —pronunció Will.

Medio grogui, seguí a ambos hasta las entrañas del aeropuerto donde habíamos aterrizado. Y entonces caí en la cuenta. Acababa de pisar suelo americano por primera vez.

Aunque me llevó un rato sacudirme por completo la modorra de encima, cuando montamos en un taxi ya estaba con la mente casi despejada y con la curiosidad de turista activa al cien por cien.

—Estoy subida en un taxi amarillo —murmuré con asombro, para mí misma.

—En Nueva York todos los taxis son amarillos —proclamó Will.

Bajé la vista, un tanto avergonzada. Más me valía empezar a asimilar que no estaba en mitad de una película hollywoodiense. Aquello era la vida real, y ese tipo de comentarios ingenuos podían costarme caro. Tan caro como que mi

príncipe azul ordenase al taxista dar media vuelta para soltarme de nuevo en el aeropuerto.

El resto del trayecto lo hice callada, callada por el asombro. Solo tenía ojos para la infinidad de edificios gigantescos que se abrían paso a un lado y a otro. Para los puentes antiguos que cruzábamos como si fuésemos una parte insignificante del mundo, un mundo que se descubría ahora todavía más grandioso, más espectacular. Quedé pasmada ante la cantidad de vehículos (y de taxis amarillos) que se desplazaban a gran velocidad por las arterias de la colosal ciudad. Todo parecía moverse a una velocidad superior a la que yo estaba acostumbrada, como si alguien hubiese pulsado la tecla de «aumentar fotogramas por segundo».

Hice todas las fotos que pude a través de la ventana del taxi con el móvil. No quedaban ni muy artísticas ni muy estéticas, pero daba igual. Retrataban adecuadamente el momento: estaba montada en un taxi neoyorquino.

Las carreteras inmensas e interminables dieron paso a calles más residenciales. Con un flujo de tráfico menos caótico. Había gente paseando por las aceras; paseando a muchos fotogramas por segundo, por supuesto. Podía ser que, más que pasear, estuviesen llegando tarde a algún lado. Traté de fijarme en el nombre de las calles, en los carteles tan característicos. Sabía que Will tenía un apartamento en el pomposo vecindario de Brooklyn Heights, donde residían otras personalidades todavía más mediáticas del mundo de la cultura y del espectáculo. Me estiré como una niña pequeña y pegué el jeto al cristal de la ventana, en un intento por no dejar pasar un solo detalle.

El taxista detuvo el vehículo unos minutos más tarde. Lo hizo en mitad de una carretera estrecha, de barrio residencial, flanqueada por aceras limpias a un lado y a otro, embellecidas con árboles de tronco grueso y follaje verdeo. Estábamos en Nueva York. Estábamos en el maravilloso Brooklyn. Estábamos en el lujoso y encantador barrio de Brooklyn Heights.

—No, este es el barrio de Park Slope —corrigió Will.

—Ah. Pensé... pensé que tú vivías en Brooklyn Heights —comenté, algo desconcertada.

—Y vivo allí. Pero aquí tengo alquilado un pequeño apartamento. Te va a gustar. —Y me indicó que lo siguiese.

Subimos varios escalones que conducían a la fachada pardusca de un edificio de tres plantas. El inmueble era antiguo, aunque no de ese tipo de antigüedad que hace temer la posibilidad de que el techo caiga sobre la cabeza

de uno de un momento a otro. Tenía cierto encanto, rezumaba tranquilidad. Hubo que ascender hasta la última planta, la tercera, por unas escaleras de madera que crujían con cada paso. Will se ofreció a subirme la maleta.

Solo había dos apartamentos por planta, por lo que cabía imaginar que se trataba de viviendas espaciosas. Pero esa imagen se derrumbó nada más abrir Will la puerta. Con un ademán, me invitó a pasar y descubrir el interior.

Era un departamento de unos setenta metros cuadrados, dividido en dos estancias: un pequeño dormitorio con baño y un salón-cocina. Para ser más apropiada, una cocina americana. No fue eso, sin embargo, lo que provocó que experimentase una repentina sensación de desengaño. No importaba el tamaño que tuviese el apartamento; había pasado el día anterior en una suite cuyo lujo desconocía y había tenido más que suficiente para saciar mis ambiciones. No, se trataba de algo distinto.

La explicación residía en el mobiliario que mis ojos repasaban en silencio, con discreción, por miedo a que Will percibiese algún gesto que delatase mis sensaciones internas. Aquel piso estaba medio vacío. En el salón había un sofá de dos plazas y una sencilla mesa blanca, al estilo Ikea. Un par de cuadros colgaban al azar en una de las paredes. La parte de cocina era simplemente eso, una cocina. Y en cuanto tuve oportunidad de adentrarme en el dormitorio, esa extraña sensación se acrecentó. Allí había una cama, un discreto escritorio y una silla cualquiera. Nada más. Ni siquiera un armario.

—No es lujoso, pero es de lo más cómodo y tranquilo del barrio —señaló Will, a mis espaldas.

Me volví y lo miré, tratando de apartar de mí los incómodos sentimientos que buscaban enturbiar mi impresión. Dejé que todo se desvaneciese a mi alrededor y me centré en su mirada. En el magnetismo tan poderoso de esos ojos cristalinos.

—¿Es... tu casa de retiro? ¿Aquí escribes? —quise saber.

—No exactamente —se acercó a mí y me sujetó por la cintura—. Aquí me inspiro.

Cerré los ojos para recibir con total romanticismo sus labios, pero esa desagradable sensación volvió al ataque. Intenté evadirme por todos los medios. Estaba en Nueva York. Con Will Cooper. Pequeña matización: con Will Cooper besándome, en su apartamento. ¿Por qué me empeñaba en no disfrutar del momento, de lo que estaba ocurriendo? ¿Por qué no disfrutar de la vida?

Por desgracia, solo tuvo que pasar un día para obtener una respuesta a estas

preguntas. El día que duró mi breve estancia en suelo americano. Suelo y sueño resultaron ser bastante más efímeros de lo que imaginaba.

Habíamos llegado al apartamento a eso de las once de la noche. Era comprensible que no tuviese mucho sueño después de haberme pegado una siesta de casi ocho horas durante el vuelo. No entendí entonces qué tenía de bueno utilizar una estrategia así para combatir el *jet lag*. Pero pronto salí de dudas. No era el *jet lag* lo que Will tenía en mente. Era casi medianoche y yo no necesitaba dormir, estaba descansada, despierta. Sí, en las condiciones óptimas para vivir toda una noche de sexo.

Pensé en lo astuto que había sido para tenerme a su merced durante esa primera noche. Así las cosas, mis opciones eran alegar que tenía sueño o que me dolía la cabeza y comer techo durante infinitas horas... o ceder a los encantos de una maratón sexual. Algo a lo que, a decir verdad, habría accedido con solo habérmelo propuesto. Claro que esa no pertenecía a la clase de propuestas que un hombre como Will haría a una mujer (y tampoco yo era el tipo de mujer que respondería con entonación seductora: «Sí, papito, dámelo todo y más»). Pero, por otra parte, me molestaba el hecho de pensar que al final todo se reducía a un engaño. Bueno, quizás solo una mentirijilla. Pero yo habría preferido algo más encantador. Algo, para ser sincera, al estilo de sus novelas.

Si había tenido ocasión de descubrir en la suite del hotel a un Will dominador en materia de carne, esta vez pude comprobar su apetito insaciable. Vale, ¿quién quiere poner freno cuando una está retozando con su maldito amor platónico? Quejarse de vicio, sería (nunca mejor dicho). Pero por un momento, un fugaz momento, la situación me recordó a la película *Shame*. Que a priori no es motivo de lamento, vaya; ¿alguna mujer reniega de ser empotrada por Michael Fassbender? Sería sensato decir que no... salvo si hablamos de esa película. Si hablamos, no de Fassbender, sino del personaje obsesionado con el sexo al que interpreta. Y durante un instante, solo un instante, creí ser parte de una secuela. Por suerte, ese pensamiento se fue tan rápido como llegó.

Dormirse a las siete de la mañana tiene como consecuencia directa despertarse a las tantas del mediodía. Sobre todo, si has estado haciendo algo más que yoga durante la madrugada. Mi teléfono marcaba las nueve y diez de la noche cuando abrí los ojos, y en un primer momento me asusté mucho. Luego recordé que tenía que restarle siete horas, y la perspectiva me pareció un poco más asumible.

Por segunda vez en mi vida volví a buscar a Will a mi costado y me

encontré con una porción de cama vacía. Lo llamé un par de veces en voz alta, aunque no había mucho margen en aquel apartamento como para no escucharme a la primera. Tenía toda la pinta de estar sola. ¿Habría bajado mi emperador incombustible a por el desayuno?

Aproveché para desperezarme poco a poco. Me acerqué al salón, donde había una miniterraza en la que podían entrar dos hobbits apretujados. Eché un vistazo al exterior, el ventanal daba a la calle en la que se ubicaba la entrada del edificio. Hacía buen día, soleado, y el barrio parecía tranquilo. Cosa normal si se tenía en cuenta que, a esas horas, muchos estarían en el trabajo.

Me lavé la cara un par de veces en el baño, como si la red de abastecimiento de agua estadounidense fuese mágica y mi jeto pudiese así recuperar el esplendor perdido durante la madrugada. No surtió efecto.

Al volver al salón, algo impaciente, reparé en que sobre la mesa de diseño aséptica había una pequeña nota. La cogí, más por matar el tiempo que por pensar que fuese dirigida a mí. Pero pronto descubrí que era esto último.

Hola Marta, perdona que no esté aquí cuando despiertes. He tenido que ir a Manhattan (Emily ha llamado y no me ha dejado más opción). Espero estar de vuelta a media tarde. Te recomiendo que te des un paseo por el barrio, es muy bonito. Coge unos billetes en la mesilla del dormitorio (no lo consideres caridad, sé que no has tenido tiempo de cambiar divisas). Las llaves están colgadas junto a la puerta. Besos, Will.

Billete de vuelta a la realidad

Así que estaba sola en mi primer día en *Niuyork Sity*. Desde luego, la aventura iba a ser curiosa. Aunque me desilusionó enterarme de que Will no estaría conmigo (y, sobre todo, hacerlo a través de una nota), entendí que no había querido despertarme cuando había tenido que irse. Al fin y al cabo, debía de sentirse responsable de mi agotamiento. Y no dejaba de ser Will Cooper, por lo que seguramente los motivos por los que Emily lo hubiese llamado no pudiesen ser aplazados para otro momento. Estaba hospedada en casa de un escritor superventas, no podía comportarse como un ser humano del todo terrenal, por mucho que yo lo desease.

Como tenía algo de hambre, decidí que bajaría a tomar algo en alguno de los fantásticos establecimientos que poblaban las calles de Nueva York. Cogí con cierto reparo los billetes que Will había dejado en la mesilla, con la firme promesa de que se los devolvería en cuanto pudiese. Era la primera vez que tenía dólares en mi mano, y en un primer momento dudé de su autenticidad. Parecían de juguete, sacados de la versión americana del Monopoly.

Me puse unos shorts y una blusa cómoda y salí del apartamento, convencida de que a pesar de las circunstancias aquel iba a ser un gran día. ¡Tenía todo por explorar! Cuando había bajado ya unos cuantos escalones, frené en seco. Y maldije por primera vez en terreno norteamericano. Acababa de dejarme las llaves del apartamento dentro. Retrocedí a toda prisa, implorando porque hubiese dejado la puerta mal cerrada. Pero no. Esas cosas solo pasan cuando sí llevas las llaves contigo.

Forcejeé un rato con la puerta, convencida de que una madera tan antigua tendría que ceder ante los envites de una mujer desesperada. Pero lo que cedió fue mi hombro, así que decidí rendirme antes de tener que buscar un hospital. Ya me las apañaría como fuese.

Salí al aire libre, y el buen clima me subió el ánimo. Hacía calor, pero soportable. Alguna pareja paseaba por las aceras, otros transeúntes caminaban absortos en un mundo al que solo parecían poder acceder ellos. Aun sabiendo que aquello formaba parte del mismo planeta del que yo venía, era distinto. Había algo en el aire, quizá, o en la mirada de las personas, en su caminar, que marcaba diferencias con lo que yo conocía.

Paseé enlazando unas calles con otras, pero atenta a cada quiebro que hacía y registrando mentalmente los nombres de cada avenida. No quería terminar perdida. No sabía si el Bronx estaba lejos o cerca de aquella zona, y las películas me habían enseñado que era mejor no poner pie de manera inconsciente en tal distrito. Allí estaba yo: sola en Nueva York, guiándome por mi instinto y mis exiguos conocimientos cinéfilos.

Descubrí que Park Slope no era una zona que irradiase tanto glamur como (a priori, según dejaban ver los programas televisivos de mochileros y parranderos varios) Brooklyn Heights, pero se desprendía de ella una esencia más natural, más humana. En sus calles había muchas boutiques pequeñas, pequeños negocios con pequeños escaparates que, sin embargo, parecían rezumar mucha vida, mucha creatividad. Complementos de diseño, pastelerías con productos de lo más variopintos y originales, tendencias de una moda que desconocía hasta el momento... Buscaba alguna cafetería coqueta con terraza para tomar un verdadero *brunch* (aunque temía que a esas horas el *brunch* no fuese ya una opción), pero entonces me topé con una peluquería de lo más llamativa.

A través de su minúsculo escaparate descubrí un interior pintado en las tonalidades del arcoíris. Dos peluqueras jóvenes (jóvenes, jóvenes; es decir, de mi edad), atendían a una mujer asiática y a una señora mayor que parecía ser muy dicharachera. Por la puerta abierta se escapaba la música que tenían puesta. Sonaba «Everybody's Changing», de Keane, y no pude evitar interpretarlo como una señal. Si todo el mundo estaba cambiando, yo no podía ser menos. Contemplé mi propio reflejo en el escaparate y decidí que debía poner fin a aquellas mechas californianas de color indeterminado (habían perdido intensidad, acercándose a un tono granate extraño) que Puri había pintado en mi cabellera. Y qué mejor que hacerlo en Park Slope, en la peluquería más singular que seguramente podría encontrar en todo el barrio.

Me adentré dejando mis miedos atrás. Me sentí a gusto desempolvando mi inglés puritano. Una de las chicas, de lo más agradable, me indicó que me

sentase en una butaca de tono rosáceo que había en un lateral. Al cabo de unos minutos terminó con la señora, que se fue no sin antes besuquear a ambas peluqueras dejándoles la estampa de su pintalabios en los mofletes.

Cuando estuve sentada ante el espejo, la peluquera me preguntó qué deseaba hacer con mi imagen. Fui tajante: las mechas estilo Hannah Montana tenían que desaparecer. Ese no era método para intentar conservar un espíritu adolescente. La joven estuvo de acuerdo conmigo, y procedió a lavarme el pelo y a masajearme las sienes mientras me preguntaba de dónde venía y cualquier otra cosa que se le pudiese ocurrir. Yo respondía a todo, incluso a cuestiones tan chocantes como si las españolas usábamos solo bragas o también tanga; a los cinco minutos estaba medio adormilada por causa y efecto del placentero frotamiento que experimentaba mi mollera, así que mis respuestas eran un estímulo automático.

Resurgí a la media hora, o ese era al menos el tiempo que yo consideraba que habría pasado. Nada más notar que me zarandeaban el hombro, tuve un mal presagio. Como si me visitase de manera repentina un viejo recuerdo. Sobre todo porque la luz procedente del exterior parecía haber declinado. No, no había pasado media hora.

La chica me comunicó sonriente que ya habíamos terminado. Estaba lista. Después de casi tres horas de trabajo, su obra estaba finalizada. Me observé en el espejo y contuve un grito. A decir verdad, no hizo falta. Ningún sonido podría haber salido de mi garganta ante aquella estampa.

Las mechas de adolescente en plena edad del pavo habían desaparecido, sí. Ahora, todo (TODO) mi cabello era de color rojizo. De una intensidad más recargada que el anterior. Para hablar claro: mucho, mucho más llamativo.

—¿Qué te parece? —preguntó con orgullo la peluquera—. Hemos hecho desaparecer cualquier rastro de esas mechas tan poco estilosas.

Intenté sonreír, reaccionar de alguna manera a esas palabras, sobre todo por borrar de mi cara esa expresión entre el horror y el desconsuelo que me devolvía el ahora gigantesco espejo.

—Gra... gracias. Qué, qué bien...

Me levanté medio tambaleante, siguiendo a la peluquera hasta el diminuto mostrador donde tenían la caja. Al principio pensé que me estaba comentando el número remarcable de clientes que tenían por mes, nada mal para un negocio pequeñito sostenido por solo dos personas, pero al repetirlo de nuevo caí en la cuenta de que no era así.

—Son ciento ochenta y cuatro —volvió a decir, sin perder la sonrisa.

Ciento ochenta y cuatro dólares. No clientes. Dólares. Ciento ochenta y cuatro dólares para dejarme la cabellera como Alaska en sus tiempos mozos. Si unos momentos antes me había tambaleado, ahora estaba a punto de desplomarme sobre el mostrador. Lástima que fuese tan pequeño y no hubiese margen para caer con teatralidad y comodidad.

Saqué los cuatro billetes de cincuenta dólares que había cogido de la mesilla de noche. Will había dejado unos cuantos más, pero yo había considerado que no iban a resultar necesarios para un breve y tranquilo paseo por el barrio. No contaba con refugiarme en una peluquería donde, además de transformarme en un icono de los ochenta, me harían una generosa limpieza de bolsillo.

Salí desorientada del local, con las peluqueras despidiéndome efusivamente y deseándome una feliz estancia en su extraordinario país. Lo primero que hice fue prometerme a mí misma que nunca más pondría en duda las dotes artísticas de mi querida Puri. Tampoco sus precios.

Avancé por las calles sin abandonar la zona residencial, avergonzada y temerosa de que todo el mundo se detuviese a contemplar a aquella extravagante mujer de pelambreira color chillón, con cara de haber pasado la noche en una montaña rusa. Pero, poco a poco, pude comprobar que a nadie parecía llamarle la atención mi nuevo *look*. Me sentí mucho más aliviada cuando vi pasar a dos amigas que lucían melenas azul celeste y platino metalizado, sobre todo por el hecho de reconocer que a ambas les sentaban muy bien. Claro que eso no significaba que lo mío pudiese ser exhibido con orgullo...

Al cabo de un rato llegué a la entrada de un parque, coronada por un arco de piedra colosal, con pinta de ser bastante grande. Prospect Park, rezaba un cartel. No me sonaba, pero en cuanto me adentré tuve la sensación de estar visitando el mismísimo Central Park. Vale que de este último conocía lo que las películas o series que me había tragado enseñaban, pero con esto quiero decir que el parque que ahora pisaba con mis propios pies no parecía tener mucho que envidiar al emplazamiento por excelencia de La Gran Manzana.

Se respiraba un ambiente vivo en su corazón: gente sentada en grupos sobre el cuidado césped, *runners* hipermotivados esquivando a paseantes hiperrelajados, rasgueos de guitarras acústicas que llegaban de entre la maleza... Era agradable adentrarse en un terreno así, rebosante de vida y naturaleza. Por un lado, padres que paseaban a sus críos con el depósito vital lleno de

combustible; por otro, héroes anónimos capaces de sujetar sin perder el equilibrio o la vida a ocho tipos distintos de perros. Quise caminar sobre la hierba, no con afán vandálico, sino por sentir el césped fresco acariciando la piel de mis dedos. Para algo me había calzado sandalias.

Imité a muchos de los congregados y me senté. Recibí el frescor con gusto, incluso me dejé llevar y terminé tendida sobre la hierba cual Lindsay Lohan tras un sábado noche. Se estaba a gusto, mucho. Ruido de risas a mi alrededor, de canciones, griterío jovial... Si no fuese porque estaba en mitad de aquel paraje idílico sola, «abandonada» por mi amor platónico, habría ordenado enmarcar aquel momento. Registrarlo en vídeo, en audio, en foto, en 4D... Pero estaba sola, y esa soledad, aunque bastante piadosa, me molestaba en algún lugar inconcreto como una minúscula astilla incrustada en la piel.

Anocheceía cuando decidí recorrer otro trecho del parque en lugar de representar el papel de cantante de banda indie trasnochada. Mi melena y mi postura sobre el césped hacían todo el trabajo.

A pesar de que la oscuridad empezaba a cernirse sobre la cabeza de los paseantes, todavía había bastante ajetreo en las entrañas del parque. Observé por el rabillo del ojo un objeto no identificado iniciando un descenso a toda velocidad por el grueso tronco de un árbol. Proferí un chillido espontáneo, que se convirtió en un grito de amor (o de locura transitoria) al comprobar que se trataba de una ardilla juguetona que al momento siguiente daba brincos y correteaba a su libre albedrío por entre la hierba. Hubo un matrimonio que se me quedó mirando, pero la ternura que acababa de sentir hizo frente a su inspección ocular recelosa.

Me despedí del parque media hora más tarde (media hora real, no como la que había pasado en la peluquería). Tuve que realizar un ejercicio mayúsculo de memoria para recordar las calles que debía desandar para regresar al apartamento. Eso y preguntar varias veces a los viandantes que me encontraba por el camino.

Cuando por fin encontré el edificio era noche casi cerrada. Pensé en varios pretextos con los que disculparme ante Will. Como no podía utilizar el teléfono en Estados Unidos, no tenía manera de contactarme, y quizá llevaba más de un buen rato esperando. Quién sabía si incluso no estaba preocupado en exceso, o si había decidido recurrir a la policía. Crucé los dedos porque no fuese así.

Mis plegarias fueron atendidas. Will no había alertado a la policía, ni se había mostrado molesto por mi prolongada ausencia. Directamente, Will no

estaba en el apartamento. Pulsé varias veces el telefonillo, pero la réplica fue la misma. Silencio. ¿Podía ser verdad que aún no hubiese regresado? En ese caso, ¿a qué hora llegaría? ¿Iba a llegar?

Decidí instalarme en las escaleras de la entrada, como un perro al que han castigado un rato a la intemperie. Solo que, en mi caso, ese rato se prolongó demasiado.

Will bajó de un taxi casi dos horas más tarde, cuando yo trataba de entretenerme adivinando el tipo de vida que llevaría cada persona que pasaba ante mí por la acera. Llevaba varias asesinas a sueldo, unos cuantos soldados atormentados, dos o tres estríperes, una guionista de éxito y algún que otro ser introvertido que pasaba su vida metido en chats en busca de relaciones sentimentales.

—Marta, ¿qué haces aquí? Hace demasiado frío para estar así a estas horas.

Sí, tenía toda la razón. Se había levantado una brisa un tanto incómoda y la temperatura había bajado sin titubeos. No era casual que yo estuviese tiritando.

—Me... olvidé las llaves dentro —alegué, sintiéndome al instante culpable.

Sin embargo, no era eso lo que quería decirle. Quería preguntarle qué había sido eso tan urgente que lo había llevado a dejarme desamparada todo el día. Y no, no quería hacerlo con tono compresivo. Quería resultar dura, todo lo dura que una mujer a la que han dejado plantada pudiera resultar.

—Vaya cabecita —dijo, meneando la suya. Pasó de largo y abrió el portal de entrada—. Y no lo digo por el color. ¿Sientes obsesión por el rojo o qué? Pasa, anda. Necesitas entrar en calor.

Si en Estados Unidos no tenían por costumbre disculparse por un imprevisto que afectase a una tercera persona, acababa de enterarme allí mismo. En vivo y en directo. Porque en ningún momento escuché pronunciar a Will algo que se asemejase a una excusa o disculpa. Se limitó con mucha sencillez a explicarme las propuestas de adaptación cinematográfica que habían recibido dos de sus novelas por parte de una productora; es decir, uno de los monstruos de la industria.

—¿Y tú qué has hecho? Además de eso en el pelo. ¿Has disfrutado del barrio?

No sabía muy bien cómo actuar. Will me hablaba como si llevásemos viviendo media vida juntos y aquella no fuese más que otra jornada rutinaria en nuestra existencia compartida. Le conté mi desdichada incursión en la peluquería

(haciendo hincapié en que le devolvería el dinero invertido en ella), y mi paseo por Prospect Park.

—Sí, no es un mal lugar. Pero prefiero Central Park, desde luego.

Iba a preguntarle si tendría ocasión de llevarme a visitarlo, pero no fui lo suficientemente rápida.

—Voy a pedir algo de comer, ¿te parece? —se adelantó—. Un par de pizzas. Conozco un lugar donde hacen maravillas.

—Eh... No te apetece... —empecé a decir, recabando fuerzas—. Esto... no sé, salir a cenar fuera, o dar un paseo juntos...

—Me habría encantado de no haber pasado tantas horas dando vueltas a cláusulas y detalles en compañía de Emily —alegó—. Tengo la cabeza hecha papilla, y eso me quita las ganas de hacer nada. Espero que no te moleste.

Me miró con la firmeza de costumbre y no pude hacer más que un gesto de entendimiento. Por mucho que no entendiese nada. Le pregunté si no le molestaba que me pegase una ducha mientras él llamaba a su pizzería de lujo.

Cerré la puerta del baño y me senté sobre la tapa del retrete. ¿Qué estaba pasando? Necesitaba recapitular. Había montado en un avión de manera casi improvisada rumbo a Nueva York por invitación de Will Cooper, escritor al que no solo le traducía sus novelas, sino por el que también bebía los vientos. Habíamos llegado a su apartamento (no en el que él hacía vida, sino aquel otro que utilizaba para «inspirarse»), nos habíamos marcado un zafarrancho sexual, y había amanecido sola y con una nota que me indicaba que iba a pasar así el resto del día. Y parte de la noche.

Ahora Will estaba recostado en el insulso sofá de su salón, centrado en decidir si las pizzas que iba a pedir debían llevar o no jalapeños. Mientras yo yacía sentada sobre su váter dando vueltas a algo que parecía no tener ningún sentido.

Me pegué una ducha rápida, con la esperanza de que eso me ayudase a despejar la mente. Cuando regresé al salón, Will se levantó y me atrajo hacia sí.

—Dos pizzas en marcha. Espero que te guste lo picante —dijo, susurrándome al oído. Al parecer, los jalapeños habían ganado.

—Prefiero lo agradable... —respondí, revolviéndome un poco.

—Los pedidos a domicilio suelen tardar un rato —me anunció, en su línea juguetona—. Se me ocurren varias maneras de matar el tiempo mientras.

Sin concederme tiempo a replicar, me dio un beso en el cuello que terminó en un pequeño pero acentuado mordisco. Volvía Will El Insaciable, pero por

algún extraño motivo (puede que no tan extraño), yo no sentía la misma vehemencia por dejarme llevar.

—Oye, Will... Te agradezco mucho que me hayas...

—No hables —me cortó, poniendo un dedo en mis labios.

Aquellos podían ser un gesto y una frase con éxito tremendo en distintas películas y telenovelas. Pero pedirle que se calle a una chica a la que has dejado tirada con la intención de pegarle un meneo rápido y sin tener su incomodidad en cuenta, es uno de los errores más grandes que se puedan cometer en la vida real. Ficciones aparte.

—No, Will —decidí, zafándome de sus manos.

Su primera reacción fue de sorpresa. De una sorpresa que apenas pudo ocultar. Era la primera vez que veía a un Will fuera de su papel de galán sereno, seguro de sí mismo. Pero escondió con rapidez esa sorpresa tras su mirada acostumbrada, ante ese gesto firme de persona que lo sabe y lo ha visto todo. No se molestó en tomar la palabra, en tratar de fingir que no entendía qué pasaba, o que le contrariaba encontrarse con una reacción así. Por paradójico que pueda resultar, eso fue lo que más fuerza me dio a mí.

—Te agradezco mucho que me hayas invitado a venir aquí —continué—. Ha sido muy amable por tu parte conseguirme un asiento en clase preferente, acogerme en tu apartamento y brindarme la oportunidad de disfrutar de una ciudad única. Si esta era tu intención.

—¿Podría ser otra? —se limitó a preguntar, en un tono tan aséptico como el mobiliario del apartamento.

—Eso me gustaría que lo respondieses tú —repliqué—. Entiendo que tengas una agenda complicada y abierta a reuniones inesperadas o que...

—Vamos, Marta —me cortó—. Di lo que quieres decir.

Hubo algo de provocación en su entonación, como un desafío velado. Podría haberme quedado más tranquila si Will en lugar de escritor fuese actor, y pensar así que estaba echando mano de su repertorio interpretativo. Pero el hecho de que esa no fuese su profesión y estuviese destapando, por lo tanto, una nueva cara de su personalidad no equivalía a nada bueno.

—¿Que diga lo que quiero decir? Will, lo único que me gustaría es no tener nada que decir. No sentir la necesidad de hacer un reproche, de creer que el único motivo por el que estoy aquí... sea...

—Vas bien —alentó—. Continúa.

—¿Es así como eres en realidad? ¿La persona que eres día a día?

—Necesito saber qué significa para ti «en realidad», Marta —apuntó, sin inmutarse—. ¿Te refieres con eso a lo contrario de lo que tú habías querido creer que era?

—Yo... yo...

—¿Qué pensabas que significaba esto? ¿Que ibas a mudarte a vivir conmigo por arte de magia y que nos convertiríamos en una pareja feliz y exitosa hasta que la muerte nos separase? Vamos, Marta. Esta no es una de mis novelas. Es la oportunidad de pasar un buen rato juntos.

—¿Un buen rato?

—No seas ingenua. —Y sonrió—. Acabas de demostrar que tienes más carácter del que dejas entrever. Y me gusta. Me gusta, de verdad. Por eso quiero que esto sea lo que puede ser: una experiencia divertida para ambos.

—Actuar como un conejo por la noche y desaparecer durante todo el día. Esa es la experiencia divertida para ambos.

—Imaginé que entenderías de qué iba esto —dijo, tras un silencio—. No me hace especial ilusión quedar como un embaucador, pero creo que no había mucho margen para la fantasía, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Hace unos días no nos conocíamos. Ignoraba tu existencia. Te vi en la editorial, y vi cómo tú me mirabas a mí. He visto en más de una ocasión esa mirada, aunque pueda pecar de pretencioso. La he visto muchas veces.

—Puede que hayas leído mal «esa mirada», entonces —contesté—. Quizá sea bizca y no me haya dado cuenta, pero en ningún momento he tratado de hacerte entender con mis dos ojos que quería que me utilizases como una muñeca de trapo.

—Y, claro, pensaste que este viaje no era más que el anticipo de una luna de miel.

Podría decir que en aquellos momentos me sentía incapaz de dar crédito a lo que estaba escuchando, pero sería faltar a la verdad. Sí daba crédito, mucho. Pero eso no quitaba que me pudiese sentir estafada, humillada, pisoteada. Y no solo por Will, sino también por mí misma. En esa situación de patetismo total la culpa iba a gastos compartidos. Porque había sido yo, y no otra, la que había seguido con los ojos cerrados la zanahoria que le ponían delante (podría haber empleado otra metáfora distinta, pero ya es tarde). El caso era que no estaba en Nueva York por un absurdo despiste. Estaba allí por una absurda fantasía que

había perseguido a sabiendas de que al salto desde un precipicio suele sucederlo un costalazo poco agradable.

Nos quedamos en silencio, contemplándonos el uno al otro. En su mirada no había maldad, solo la altivez suficiente para expresar que no tenía nada por lo que disculparse. En la mía solo se reflejaba un sentimiento: decepción. No por ver cómo el mito de mi escritor favorito, de mi amor platónico, se derrumbaba ante mis ojos como un castillo de naipes construido por Ralph Wiggum. Decepción por tener que reconocer que, en cierto modo, mi madre tenía razón. Su hija, de veintinueve años y no de cinco, no sabía distinguir entre la ficción y la realidad. Me había arrojado sin ni siquiera pensarlo en brazos de un personaje fantasma que solo existía en mi imaginación. Will Cooper existía, pero no era como yo quería que fuese. En eso él también llevaba razón. Y de ahí brotaba otro sentimiento; la vergüenza, la de asimilar que aprovecharse de mí debía de resultar más sencillo para Will que al autor de *Juego de Tronos* deshacerse de sus personajes.

En mitad de ese indescriptible silencio sonó el timbrado del telefonillo. Las pizzas habían llegado. Will se incorporó y fue a recibir al repartidor, al que despachó diligentemente con dos billetes de propina. A pesar de que lo último que me apetecía era comer, no pude evitar que mis fosas nasales cobrasen vida propia y se dilatasen como las de David Bisbal al cantar una balada. Mi tripa se unió a la rebelión anatómica y emitió un rugido con poco decoro, que intenté disimular cambiando de posición. Una cosa era cierta: en la pizzería que Will había contactado hacían maravillas.

Sin mediar palabra, dejó ambas cajas sobre la mesa desprovista de vida y sin más dilación procedió a hacerse con una de las porciones grasientas y deliciosas sin esperar a que se enfriasen. Desde luego, estaba hambriento.

—Puedes servirte tú también —musitó—. Ya están pagadas.

El comentario me colmó de ganas de coger una de las cajas y lanzársela directamente a la cara bonita que ahora engullía sin reservas el trozo de masa caliente. Pensando en lo engorroso que sería explicarle a la paranoica policía americana que yo no era culpable de nada, decidí reprimir mis impulsos.

—¿Serías tan amable de prestarme dinero para el taxi? —anuncié, de repente—. Lo creas o no, te reembolsaré lo que te debo en cuanto tenga un cajero a mano.

Will me observó, pero sin dejar de masticar la bola pastosa que iba de un lado a otro de su boca. Tratando de ser objetiva, podría afirmar que verlo comer

en su intimidad podía hacerlo descender entre dos y tres puestos en la clasificación general de amores idealizados.

—¿Adónde necesitas ir? —preguntó desinteresado—. Por saber cuánto le deberás al taxista.

—Al aeropuerto.

Esta vez sí dejó de masticar, aunque fue un acto reflejo, momentáneo. Volvió a retomar su banquete engullendo lo que quedaba de porción y atacando otra.

—Hablas en serio, supongo —rumió. Nunca mejor dicho.

—¿Qué?

—No se trata de hacerte la ofendida para que me ablande, te pida perdón e intente arreglar esta situación concediéndote unos días de capricho. Imagino.

—Por una vez, excluyendo el medio escrito, imaginas bien.

Asintió, como si en realidad no necesitase oír tal confirmación. No se movió de su sitio hasta dar cuenta de la segunda porción de pizza en la que estaba trabajando a conciencia. Luego se levantó y se acercó al dormitorio. Volvió al momento y dejó sobre la mesa unos cuantos billetes.

—No tienes que devolver nada. Estamos en paz.

«Estamos en paz». ¿En serio? Treinta y cuatro años, varias novelas de éxito, ¿y la única frase que se le ocurría decir a una mentalidad brillante como la suya era «estamos en paz»? Si su concepto de paz era ese, quizá me hubiese equivocado y mi (antaño) adorado escritor se sintiese más cercano a los delirios de *papito Trump*.

Cogí los billetes sin remordimiento. Eran el medio necesario para hacer lo que debía hacer, y a buen seguro que haría lo posible por devolvérselo. Su dinero no me interesaba. Él, como persona, tampoco.

Hice la maleta lo más rápido que pude. Ni tan siquiera me paré a comprobar si me dejaba algo atrás. Con los antecedentes que tenía, ese era un valor seguro. Pero si algo mío (aparte de unos vestigios de desilusión y fracaso) quedó allá no fue tan importante como para echarlo de menos.

En todo ese tiempo Will no despegó el trasero del sofá. Debía ir ya por la quinta o sexta porción; es decir, se había ventilado una pizza casi entera él solito. Parecía haberle traspasado todo el apetito que me faltaba a mí. Cuando me acerqué a la puerta, maleta en mano, me dedicó su mirada. Una mirada tranquila, pacífica.

—Siento el malentendido, Marta —concedió—. Si lo hubo.

Entendí que no era un comentario provocativo. Era la llana realidad, la manera en que él veía las cosas.

—No creo que sientas nada, en general. Pero no te preocupes, eso ya no es algo que importe.

—Respecto a la traducción de mis novelas —comenzó a decir cuando yo cruzaba el marco de la puerta—, no tengo ningún problema en que seas tú quien la siga realizando.

—Te agradezco la confianza —respondí, con toda la entereza que logré reunir. Y lo miré por última vez—. Después de todo, entre nosotros no hay riesgo alguno de mezclar lo personal con el trabajo.

Y me fui. No se levantó del sofá para despedirme, mucho menos para acompañarme hasta la fría calle a localizar un taxi. Lo preferí así. Era innecesario prolongar más escenas de incomodidad y sinsentido. Así que allí estaba yo, en mitad de la noche, volviendo a tiritar mientras me despedía de las entrañables calles de Park Slope. Y rezongando por la ausencia de taxis que parecía haber a esas horas. O en esa zona.

Por suerte, cinco minutos más tarde un taxista de bigote grueso me recogió y puso rumbo al aeropuerto. Al preguntarme a cuál de ellos deseaba ir tuve que hacer un esfuerzo monumental por recordar en cuál habíamos aterrizado. Aunque poca importancia tenía eso; iba sin billete, así que no había riesgo de perder ningún vuelo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que seguramente podría pagar la carrera con la tarjeta de crédito, tal como tenía pensado hacer con el billete de avión. Es decir, le había hurtado a Will unos cuantos billetes en vano. Pues qué coño, ya estaba hecho. Si el taxista no hacía ninguna estupidez, iba a ganarse una estupenda propina esa noche.

Desgraciadamente, el trayecto hasta el aeropuerto John F. Kennedy se hizo demasiado largo para mi gusto. Intentaba por todos los medios reprimir cualquier atisbo de flojera. No le debía una sola lágrima a lo que había ocurrido en mi único día de visita en Estados Unidos. Había cosas peores en el mundo, mucho peores; venirme abajo por un simple desengaño amoroso era un acto injusto y atroz contra la humanidad. Eso me repetía una y otra vez, como un mantra, ajena a la mirada suspicaz que el taxista me dedicaba a través del retrovisor. Me despedí de los rascacielos cuyo final se perdía en la negrura de la noche, de las carreteras eternas llenas de tráfico, de vida, de las muchas luces que iluminaban los muchos distritos que íbamos dejando atrás.

Cuando llegué al aeropuerto, las lágrimas llevaban un rato humedeciendo la

pechera de mi blusa. Pero al menos era un llorar digno; sin ruidos, sin gimoteos insoportables, sin sorberme los mocos. Lloraba en silencio, como si fuese un proceso tan natural como respirar.

Saqué billete para el primer vuelo de vuelta disponible. Tenía que esperar seis horas hasta el embarque, así que deambulé por los amplios vestíbulos hasta dar con algunos asientos sobre los que dejarme caer. Estaban ocupados, por supuesto; así que me arrellané en el suelo dispuesta a aceptar la espera con todo el aplomo posible. Al cabo de un rato, un hombre de mediana edad y con una maraña de pelo por barba se me acercó y se sentó a mi lado. Sentí temor, a pesar de que a mi alrededor había decenas de personas. Y el sentimiento infundado desapareció en cuanto el hombre rebuscó en su pantalón y me ofreció un paquete de kleenex. Aunque a esas alturas había detenido mi cauteloso llanto, la nariz de Rudolph y los ojos de E.T. seguramente me delatasen. Agradecí el gesto al hombre, que se limitó a sonreír y a permanecer sentado allí, a mi lado. Esperando. Quizá un avión de ida, quizá un avión de vuelta.

Vivir sabiendo que se está viviendo

No alerté a nadie de mi pronto regreso a la ciudad. Encendí el móvil al llegar al piso, pero no me atreví a revisar todos los mensajes de llamadas perdidas ni a leer los mensajes de wasap acumulados. No al menos el primer día. Solo tuve fuerzas para dejar la maleta a un lado del dormitorio, desvestirme y meterme en la cama.

No dormí bien ni dormí mal. Dormitaba, a ratos, aunque eso no me molestaba; no tenía ganas de dormir, en realidad. Lo único que deseaba era permanecer resguardada bajo el edredón, pensando en todo y en nada. Más bien, en nada. Sabía que no podía permitirme actuar así durante mucho tiempo; tenía trabajo por hacer. Y, bien pensado, una vida por vivir. Pero en esos precisos instantes solo quería continuar así: acostada en la cama, contando todas las estrías del techo para comprobar si mi gotelé podía establecer algún tipo de récord universal.

Al segundo día me aventuré a revisar el contenido de mi teléfono, movida por el remordimiento de que hubiese algún mensaje urgente y yo estuviese eludiendo cualquier tipo de responsabilidad al respecto. Tenía llamadas perdidas de Puri, de Lina, de mi padre, de mi madre... y de Omar. Una de él, también. Lo mismo pasaba con los wasaps, salvo que en esta categoría el editor no se había manifestado. Todo eran interrogatorios acerca de cómo me iba en Nueva York. Mis amigas exigiendo fotos de todo cuanto veía (y vídeos de cuanto hacía, con intenciones cochinas), mi padre preocupándose por saber si ya me habían ajustado una sortija en el dedo anular, y mi madre emperrada en hacerme entender que «sabía» que estaba alojada en el piso de Lina. Así el panorama, era hasta cierto punto comprensible que no tuviese ganas de contestar nada.

Esa noche, tumbada en la cama con la esperanza de que en algún momento el cansancio hiciese acto de presencia y me brindase la oportunidad de

desconectar por unas horas, sentí unos ruidos en la puerta. Eché un vistazo al reloj: la una y cuarto de la mañana. Desconcertada al principio, me incorporé y agucé el oído. Alguien forcejeaba con la cerradura.

Me levanté silenciosa, un poco asustada, y crucé el pasillo hasta la entrada del piso. El tintineo había aumentado su intensidad al otro lado de la puerta. Por suerte, tenía las llaves puestas por dentro. Lo había hecho desde mi llegada, para prevenir que mi madre accediese al piso con la copia que tenía con la intención de alimentar a Belcebú. Esa decisión estaba ahora salvándome de un robo. De un rapto. De morir en manos de sabe Dios qué criminal.

Agarré el móvil, y con la mano temblorosa busqué en la agenda. ¿A quién debía llamar en una situación así? ¿A mi madre? No, ella no me creería; pensaría que era otra más de mis historias. ¿A Moncho? ¿A Lina y a Puri? ¿A la policía?

Esa última opción se presentó como la más lúcida y sin más dilación acerté a marcar los tres dígitos de Emergencias, que para el caso sería lo más apropiado. Antes de pulsar el botón de llamada, quien estuviese al otro lado golpeó dos veces la puerta. No pude evitar soltar un grito.

—¡Lárgate de aquí! —chillé—. ¡Estoy llamando a Emergencias!

—¿Marta? —replicó una voz familiar, a través de la madera.

Me olvidé del móvil y me quedé mirando absorta la puerta.

—... ¿Ma... mamá?

—¡Serás zopenca, hija! Anda, ábreme de una vez.

—Mamá... —repetí yo, sin salir por completo de mi asombro—. ¿Qué... qué haces?

—¿Tú qué crees? —respondió ella—. Entrar en tu casa, para alimentar a tu pobre gato y comprobar que te queda algún tornillo en la cabeza. —Hizo una pausa, luego moduló su tono—. Escucha, hablé con Lina y ella me aseguró que no estabas en su casa, que lo de Nueva York era verdad. Y ahora resulta que estás aquí... Yo es que ya no entiendo nada, Marta.

—Mira, aún no es el momento de...

—¿Pero le quieres abrir la puerta de una vez a tu bendita madre? —me interrumpió.

—Lo siento, mamá. Necesito estar sola.

Sentí que las lágrimas formaban filas, así que corrí a refugiarme de nuevo en mi cuarto. No quería saber nada del mundo exterior. Mi madre, sorprendentemente, no insistió. No hubo más quejas ni más forcejeos con la puerta. Al cabo de un rato, un rato largo, caí al fin dormida.

Durante el tercer día, el teléfono no paró de sonar. Seguía sin fuerzas, sin ganas; la cama había pasado a convertirse en una extremidad de mi propio cuerpo, una extremidad gigante que me acunaba. Era el vientre de un canguro en el que quería permanecer de por vida. Me sabía casi de memoria el número de puntitos que componían el relieve del techo de mi cuarto, pero daba igual. No me cansaba de mirarlo, con la mente tan en blanco como el hipnótico gotelé. Belcebú no paraba de quejarse. Se acercaba a la cama y bufaba, y al ver que no captaba mi atención, se batía en retirada. Las veces que me levantaba para ir al baño o beber algo de agua (para cualquier otra cosa mi estómago seguía herméticamente sellado), aprovechaba para rellenarle el cuenco. Pero parecía no conformarse con eso.

Ese día, estando medio embotada y enredada entre las sábanas cual perro que se ha colado en la reserva de rollos de papel higiénico, Belcebú saltó a la cama y gateó por mi cuerpo. Lo hizo con clara intención de molestarme, pero yo apenas me daba cuenta. Hasta que se acercó a mi cara y me contempló con inquina. Le devolví la mirada de manera automática y quise sonreírle, pero no pude. Unos instantes después reenganché la mirada al techo de la habitación. Entonces me soltó un zarpazo, en toda la cara. Di un respingo, más que por el dolor (no me había arañado de pleno) por lo inesperado del gesto. Y él también tuvo su propia reacción. Se me quedó mirando, fijamente, pero en aquellos ojos brillantes de color ámbar no había odio, ni resentimiento, ni indignación. Vi tristeza. O eso me pareció ver, aunque poco tardé en corroborarlo. Belcebú se acercó un poco más a mi cara y comenzó a restregar con suavidad su cabeza contra la mía. Se acurrucó a mi vera, entre mi hombro y mi cuello y comenzó a maullar tenuemente, con pequeños y melancólicos lamentos.

Y entonces lloré. Esta vez sí, sin contemplaciones: dejando salir todo lo que tenía acumulado dentro. Y Belcebú no se apartó de mi lado. No huyó, como tantas otras veces. Se apretó más contra mí, como queriendo abrazarme, y dejó que llorase hasta quedar desfondada. Y con su compañía, me quedé dormida.

Dormí varias horas del tirón, y al despertarme vi que el gato seguía a mi lado. Estaba despierto, acurrucado pero pendiente de mí. Le sonreí, indiferente a una posible respuesta agresiva por su parte, pero no obtuve más que varios afables lamidos. Se dejó acariciar sin fugarse despavorido. Me estaba cuidando. Eso solo podía significar una cosa: era la primera vez que mi gato creía (o veía) a su dueña hundida en una miseria auténtica. Había sido testigo presencial de un sinfín de situaciones dantescas, pero nunca había reaccionado de aquella manera.

Ni ante mis borracheras y resacas más locas ni ante mis ataques de angustia en las épocas de escasez de trabajo ni ante los múltiples tropiezos que a menudo ponían en riesgo mi integridad (e incluso la suya)... No, Belcebú había acudido a protegerme, a cuidarme, a animarme. Y a un gato que hacía eso por su chica le debía algo más que una estampa tan decadente como la que le estaba mostrando.

Hice un esfuerzo sobrehumano por levantarme de la cama. Me sentí desamparada nada más separarme del colchón, como un polluelo recién nacido que volvería al huevo si este no se hubiese partido. Belcebú dio un salto y se pegó a mi pierna, como animándome a no caer en la tentación de regresar al catre.

Fui a la cocina y me preparé un café, que me obligué a tomar a pequeños sorbos. Seguía sin tener ganas de nada, pero por algo había que empezar. Ni siquiera contemplaba la opción de ventilarme un buen Puerto de Indias. Tan grave era la situación.

Tras el café, me pegué una ducha. Confiaba en que eso despejase algo mi mente, pero no pareció surtir el efecto de otras veces. Seguía con la cabeza nublada y el cuerpo cansado. La cama parecía llamarme con vocecilla de sirena.

Como había sido suficiente esfuerzo, regresé a la cama y me sumergí de nuevo en el ritual de silencio e inmovilidad que venía practicando en los últimos días. Belcebú me acompañó, y aunque al principio soltó algunos maullidos para expresar su desacuerdo con mi decisión, terminó por apoltronarse a mi vera y acompañarme hasta quedarnos los dos dormidos.

Al día siguiente me despertó el timbre del portal. Fue una sensación extraña. En un primer momento pensé que el sonido formaba parte del sueño que estaba teniendo, pero su molesta insistencia me hizo abandonar mi estado de narcosis. Me levanté de la cama con desgana, preguntándome quién podría llamar a esas horas y qué podría querer.

La voz de un hombre de mediana edad, medio entrecortada, me anunció que se trataba del cartero. Me informó de que traía un paquete para Marta Cruzado y que necesitaba que la destinataria firmase la hoja de entrega. Lo último que me apetecía era abrirle la puerta a un desconocido para que me viese en estado catatónico, pero lo inusitado de recibir un paquete a domicilio (que no hubiese encargado yo misma) se tradujo en una curiosidad que ganó la disputa. Abrí la puerta y me acerqué al baño, para asegurarme de que mi jeto no era lo suficientemente espantoso como para provocarle un paro cardíaco al inocente cartero.

Al regresar al recibidor escuché un taconeo por el pasillo del edificio, y al instante asomó por la puerta mi madre. Lo hizo con la naturalidad de quien entra en su propia casa, mientras yo trataba de descifrar qué había podido pasarle al cartero para, en un viaje en ascensor de cinco pisos, terminar convertido en Marisa. Como me llevaba lo suyo dar con una respuesta coherente, mi madre tuvo tiempo de acercarse a mí y darme un impetuoso abrazo.

—Ay, pero qué carita tienes, hija. Y que Dios ajusticie a quien te haya hecho eso en el pelo.

—Mamá... Tú, el cartero... Qué... ¿Qué haces aquí?

—Mira, me dejaste claro que no me ibas a abrir la puerta por las buenas —explicó, mientras tomaba asiento en el sofá—. Te he parido. Así que agarré al primero que pasaba por la calle y le hice decir lo que tú escuchaste.

—Estás loca. —Suspiré, aunque aquella era una explicación bastante plausible tratándose de mi madre.

—Lo dice la que lleva su cabeza como un chupa chups. —Dio dos golpecitos en el sofá, reclamando mi compañía—. Ven, anda. Siéntate conmigo.

A regañadientes, obedecí como una niña pequeña. No me había gustado que mi madre irrumpiese en mi día del modo en que lo había hecho. Primero despertándome a timbrazos y luego valiéndose de una treta para acceder al apartamento. Pero llevaba razón: era mi madre y sabía de sobra que, de otra manera, yo no le hubiese abierto la puerta.

—Bien. Solo te voy a pedir una cosa —anunció, mirándome fijamente.

Hubiese tragado saliva de no ser por la desgana que sentía hasta para efectuar tal acción. Y, aunque quería hacerlo, tampoco tuve fuerzas para explicarle que no tenía ganas de hacer concesiones de ningún tipo.

—Quiero que me cuentes qué te ha pasado.

—Oh, mamá. No vengas con...

—Chsst. Tú cuentas y yo escucho. No pienso interrumpirte, ni juzgarte, ni reprenderte —manifestó—. Al menos hasta que hayas terminado.

En absoluto me pareció una buena idea. Ponerme a hurgar en mis propias heridas y repetir en voz alta todo lo sucedido era lo que menos me podía apetecer. Por desgracia, lo que menos le apetecía a mi madre era darse por vencida. Y no me quedó otro remedio que esforzarme por transformarla mentalmente en un cura con hábito que aguardaba paciente mi confesión. Alguna táctica tenía que utilizar para no morirme de vergüenza al enumerar la extensa sarta de chapuzas sentimentales ante mi santa madre.

Al principio me costó, no fue sencillo. Rememorar ciertas cosas escocía, eran brasas que podían quemar todavía. A medida que repasaba cada paso dado, más frustración sentía por lo que ya sabía que vendría a continuación. Pero mi madre fue fiel a su palabra; no hizo comentarios, ni siquiera puso caras de reproche o de rechazo por tener una hija tan boba. Verla tan atenta, y al mismo tiempo tan respetuosa, me hizo continuar hasta el final sin flaquear. Luego sí, esperé su temible veredicto.

—¿Sabes lo bueno de todo esto, hija? Que una se aferra a un amor imposible una sola vez en la vida.

—¿Eso... es todo lo que tienes que decir?

—Cielo —dijo, sentándose a mi lado y cogiéndome la mano—, todos y todas crecemos creyendo saber lo que es un hostiazo. Pero hasta que no nos lo dan no lo entendemos.

—No suena muy ortodoxo —consideré—, pero me parece un razonamiento interesante.

—Aunque no hayas podido verlo hasta este momento, lo tuyo por Will no era amor. Era una fantasía. Ni siquiera lo conocías, tú misma has caído en la cuenta. De una manera un tanto desagradable, pero así son las cosas a veces. Lo que quiero decir es que no es algo marciano; cualquier persona puede ser la víctima de un amor tan platónico como impostor. Ahora mismo le estarán destrozando el corazón a otras mil o diez mil personas por los mismos motivos. Aunque ese destrozado sea también ficticio.

—¿Qué quieres decir?

—No es un amor de verdad —señaló—. Y, por tanto, el daño tampoco es verdadero. En el fondo, muy en el fondo, tú misma sabías o al menos intuías qué era lo que podía pasar. Cuál era la verdadera cara de la realidad. Pero te prohibiste reconocerlo. Lo cual no quita que ahora, muy en el fondo, sepas también que al no ser real el desengaño vivido tampoco lo es el sufrimiento consecuente.

—Joder, mamá... no sabía que podías resultar tan filosófica. Lena hace buen trabajo con sus sesiones de *coaching*.

—No digas tonterías. Estas cosas no te las enseña nadie, las aprendes tú misma. Así que cuanto antes te convenzas de salir de este estado de amargura, mejor te irá.

—Decirlo es muy sencillo...

—Hacerlo, también —insistió ella—. ¿Sabes? Cuando se da una situación

así, en el cien por cien de los casos una termina haciéndose la misma pregunta. Siempre.

—¿Y cuál es?

—«¿Cómo pude sufrir por esa estupidez?» —citó—. O alguna de sus variantes, como «¿de verdad le di tal importancia a ese gilipollas?», que se suelen plantear en voz alta cuando se está rodeada de amigas con las que una no puede evitar reírse al volver la vista atrás. Y esa es la clara confirmación de que, efectivamente, no era más que una estupidez.

Un par de horas antes, imaginarme a mi madre diciéndome esas cosas en modo «oráculo milenario» me habría provocado como mínimo una embolia. Pero, aunque me desconcertase reconocerlo, sus palabras parecían sabias. Y yo no había trasegado ninguna botella de Puerto de Indias, así que la mujer debía de tener razón de verdad.

—No, si al final tendré que seguir tu ejemplo y aprender a amar a las mujeres... —suspiré.

—¿Cómo que seguir mi ejemplo? —preguntó, extrañada.

—Sí. Tengo que reconocer que no supe cómo reaccionar al principio —concedí—. No sé, se me hacía raro imaginarte con ella, no podía olvidar que tú eras mi madre y Moncho mi padre. Pero al verte tan feliz, tan radiante en su compañía me di cuenta de que tanto da el sexo de la persona de la que te enamores.

—Marta, ¿qué coño dices?

Mi madre me soltó la mano y la posó sobre mi frente, escrutándome con seriedad.

—Fiebre no tienes.

—Qué haces... —rezongué, apartando su mano—. Solo, solo pretendía mostrarte mi apoyo. Quiero lo mejor para ti y para Lena. Que seáis la pareja más feliz del universo.

—Pero qué dices de pareja —me espetó—. ¿A qué viene este ataque de demencia?

—¿Cómo que demencia! Tú... tú y Lena... sois, en fin. Estáis juntas.

—Sí, claro. Y tú, Puri y Lina también los fines de semana. Y no creo que os dediquéis al *ménage à trois*.

—¡Por Dios, mamá!

—Es que tienes cada cosa, hija...

—Entonces... —empecé a decir, confusa—. No... ¿No sois pareja?

—Somos una pareja de amigas. Un momento. ¿Pensabas que yo...?

—¡Os vi paseando por el barrio! ¡La escuché un día que cenasteis en casa!
¡Me la presentaste como si fuese condición obligatoria conocerla!

Solté todos esos argumentos con voz gritona, a la defensiva, aunque a medida que los iba exponiendo menos convincentes me parecían para sostener mi teoría.

—Te la presenté porque a mí me ayudó mucho a la hora de salir de la depresión en la que caí tras separarme de tu padre. Lena no es solo una gran persona, también está acostumbrada a ayudar a gente que necesita aclararse la cabeza. Y tú parecías necesitar hacerlo.

Me sentí triste al escuchar la mención a la depresión. Aunque sí había notado a mi madre de bajón, al igual que a Moncho, y había tratado de animarlos a ambos, había sido lo suficientemente egoísta como para no implicarme más de la cuenta, oculta tras la excusa de que era un asunto entre ellos y yo no debía inmiscuirme. Así se lo hice saber, aceptando mi culpa.

—Y actuaste bien —corrigió ella—. Por mucho que tú fueses nuestra hija, fue una decisión tomada por dos personas. Y por tanto un asunto de esas dos personas. No tienes nada por lo que sentirte mal.

—Lo importante es que ahora se te ve contenta, a gusto. Y sin necesidad de haber experimentado con cambios de orientación sexual.

—Anda que... tienes más imaginación que muchos de los escritores que traduces, eso está claro —afirmó, meneando la cabeza—. Y yo pensando que la que tenía dudas sobre su orientación sexual eras tú...

—¿Qué?!

—Nada, deja. Para qué liar más el asunto.

—En fin... Se puede decir que las dos hemos pasado por lo mismo, ¿no? Yo sufrí un desengaño con Will y ahora estoy de esta guisa, al igual que tú estuviste mal en su momento tras dejarlo con papá.

—No, cielo —señaló, sonriendo con tristeza—. Lo tuyo es algo que quiso parecerse al amor. Lo mío lo fue. Lo es.

—¿Lo... es? —repetí, abriendo los ojos como platos.

Mi madre me miró con nostalgia, como si su mente hubiese volado por unos segundos hasta un lugar muy lejano. Luego me besó en la frente y dio por zanjado el tema, alegando que debía regresar a la clínica. Yo me dejé hacer entre sus brazos. No todos los días mi madre se iba a mostrar tan cariñosa, ni yo tan receptiva a sus mimos.

—Por cierto, para despejar cualquier duda que tengas, voy a enseñarte algo —añadió antes de irse, hurgando en su bolso.

Localizó su teléfono y me mostró la pantalla, donde se podía ver el icono de una aplicación llamada *Older*.

—Mmmm, ¿qué es eso?

—Me lo descargué para pasar el rato. Como los salidos tienen eso del *Tinder*, busqué una aplicación que fuese lo mismo, pero en refinado.

—¿*Older*?

—Claro. Viene de *old*, en inglés. O sea, oro. Tú deberías saberlo.

—Mamá, *old* no significa oro...

—Cómo que no. Claro que sí. *Older* es «más de oro».

No pude reprimir la carcajada. Me sentó bien escucharme reír después de aquellos días, aunque la cara de mi madre fuese un cuadro.

—Siento decepcionarte, madre querida, pero oro en inglés es *gold*, no *old*. Eso es viejo.

—¿¿Qué??

—Es una aplicación para ligues en la tercera edad —expliqué, sin poder parar de reír—. Seguro que tienes un catálogo de jubilados de lo más apetecible esperando por ti... —añadí, intentando hacerme con el móvil para curiosear en la aplicación.

Mi madre se negó en redondo y, completamente ofendida, eliminó delante de mis narices el programa de su teléfono. Esta vez la besé yo, para que se le pasase el repentino enfado y por devolverle también el cariño mostrado. Luego se fue, no sin antes hacerme saber que el fin de semana nos veríamos para tomar algo juntas. Acepté de buen grado.

Tras la visita, decidí que lo mejor sería darme una buena ducha y empezar a asimilar que se había terminado lo de perder más tiempo contando y recontando las partículas que componían el gotelé. Me preparé una ensalada ligera que me obligué a comer, aunque seguía sin hambre. Lo hice en el salón, con la tele encendida y Belcebú en mi regazo. En un par de ocasiones lo pillé mirándome, como evaluando si por fin su dueña volvía a ser la de siempre.

Por la tarde llamé a Lina, antes de que tuviese que marcharse a trabajar. Por la noche, a Puri, que ya había regresado a su casa. De ambas llamadas se llegó a una conclusión: cenaríamos juntas las tres el viernes, que era la noche que Lina tenía libre esa semana.

Llegado el viernes, yo ya había empezado a reconducir mi vida. Es decir, a

reintroducirme en la rutina. Con mucho esfuerzo, logré sentarme en el escritorio y abrir el archivo con la traducción que tenía pendiente. Me costaba concentrarme. Leía y a los dos minutos me descubría con la mente en blanco, sin recordar nada de lo que mis ojos acababan supuestamente de registrar. Y así era complicado ponerse a traducir.

Traté de no agobiarme, de tomarlo con calma. Ir parte por parte, como quien aprende a andar desde cero. Un párrafo, luego otro. Por triste que pareciera, necesitaba recuperar un ritmo que había perdido en lo que dura un chasquido: qué jodido era eso de sufrir por amores ficticios.

El viernes me encontré con mis dos amigas en un restaurante muy acogedor y tranquilo, aunque requería paciencia, porque el cocinero era un tanto cachazudo, situado por el barrio de Lina. Habíamos cenado allí otras veces, y como hacía tiempo que no disfrutábamos de sus platos castizos y sus precios baratos no hubo demasiadas vueltas que darle.

En cuanto mis amigas me vieron aparecer se levantaron de la mesa de la que se habían apropiado y me estrujaron entre sus carnes como si llevaran treinta años sin verme. Entre tanto brazo y tanta teta estuve a punto de ahogarme, pero dejé que me achuchasen como una madrina efusiva haría con su ahijada favorita.

—A ver, el jeto no es el mejor que has lucido en tu vida —comentó Puri, nada más nos hubimos sentado las tres—. Pero no negaré que tu peinado es puro arte. Ojalá tuviese clientas tan atrevidas en la pelu.

Debo decir que agradecí que todo volviese al trato habitual, por más que tuviese que enfrentar la verdad tan a pelo. Era un rasgo característico de aquellas dos personas que tanto adoraba. Qué le iba a hacer.

—Bueno, bueno. Creo que lo conveniente es que decidamos qué cenar y luego nos cuentes todo con detalle. Ya sabéis que aquí la calidad del plato se paga en tiempo, no en dinero —mencionó Lina.

Así que eso hicimos. Nos decantamos por el tapeo puro y duro, ya que compartir es vivir y nosotras éramos (y seguimos siendo, hay cosas que no cambian) unas tragonas de cuidado. Mientras en la cocina se ponían a sembrar los ingredientes que utilizarían para nuestros pedidos, les relaté toda mi historia de no-amor con Will, al igual que había hecho con mi madre. Ambas tuvieron una actitud semejante como oyentes, salvo por la leve diferencia de que Puri soltaba un profético «oh... oh...» o un «hijoputa» cada medio minuto. Aunque narré todo pormenor concerniente a la historia, terminé antes de que nos

hubiesen servido la primera de las raciones. Por suerte, las bebidas ya estaban sobre la mesa. Así que le pegué un merecido sorbo a mi gin-tonic.

—¿Y cómo te sientes ahora? —preguntó Lina, nada más terminar mi relato—. Cómo te sientes de verdad.

—Pues... no lo sé —reconocí—. Es extraño. Sé que no debo darle la más mínima importancia, que lo único coherente es hacer borrón y cuenta nueva. Pero, al mismo tiempo, me resulta... no sé, difícil de olvidar. Como si en realidad yo misma me impusiese el castigo de sufrir por haber sido tan estúpida.

—Siempre fuiste un poco masoquista, Martita —apuntó Puri—. Pero te entiendo. Yo y todas las mujeres del universo, seguramente.

—Sí. Es algo natural reaccionar así —afirmó Lina—. No tanto porque él te ha fallado, sino por la sensación de haberte fallado a ti misma dejándote embaucar.

—Sed sinceras, ¿vosotras creíais que esta historia terminaría así? —quise saber.

—En realidad, no tenía por qué —señaló Lina—. Nosotras podíamos ver que lo tuyo por Will era eso, un amor platónico. Una fantasía como cualquier otra. Salvo que en tu caso ese dios que habías escogido adorar bajó a la Tierra y te rompió los esquemas. Se hizo real, que es algo que no se espera de un ser idealizado.

—Muy metafórico para mi gusto, pero estoy de acuerdo —agregó Puri, mientras vaciaba media copa de vino blanco.

—Pero... que fuese un amor platónico no quiere decir que no pudiese quererlo de verdad. Tú misma has dicho que se hizo real. Por tanto, dejó de ser una fantasía.

—Pero tú no estabas enamorada del hombre terrenal, solo del que existía en tu mente.

—Oye, en mi mente no. Existía en cada una de las novelas que me leía, en cada una de las entrevistas que me tragaba, en...

—Ese era el Will escritor —interrumpió Puri—, no el Will «persona humana». Hasta yo puedo entender la diferencia.

Reflexioné sobre cada comentario que mis amigas aportaban. Aunque había cosas que en un primer momento me parecían erradas, no quería dejarlas pasar. Después de todo, ellas podían hablar desde otra perspectiva, una bastante menos enfangada.

—Pues me encanta ser la idiota incapaz de distinguir entre amores

auténticos y ficticios. Te odio, Platón —mascullé, y bebí otro trago de gin-tonic.

—Distinguir, distingues —apuntó Puri, soberana de la sabiduría, reina de la razón—. Pero cuando a tu cerebro de adolescente del Romanticismo le conviene.

—Al final, todo se reduce a las señales.

—¿De tráfico?

—No, si al final vas a justificar que te pasen estas cosas. Las señales que indican cuándo sientes algo de verdad. Párate a pensar, cuando Will...

—Llámalo *el hijoputa* de ahora en adelante —puntualizó Puri.

—... te propuso acompañarlo, ¿discurriste algún plan que te ilusionase compartir con él?

—No. Pero porque estaba bloqueada, ¿cómo iba a imaginar que iba a tener ocasión de hacer algo así? Por eso acudí a vosotras.

—No se te ocurrió preguntarme por un reservado en el restaurante —observó Lina—. Ni siquiera cuando yo te lo propuse lo viste del todo claro. A sabiendas de que era un plan B que tenías ahí precisamente para «ocasiones especiales».

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Cuál fue el tema del que más hablasteis durante el tiempo que estuvisteis juntos?

—Mmmmm... ¿sus novelas?

—No se te ocurrió preguntarle por su vida amorosa, ¿o sí?

Tuve que negar con la cabeza. No, no le había preguntado en ningún momento por eso. Pero tenía fácil explicación: no podría atreverme a preguntar algo así a Will Cooper, podía tomarme por una interesada con la temperatura corporal muy elevada. Algo que, a fin de cuentas, era lo que él buscaba.

—Pero... me contó detalles de su vida que no suele contar en entrevistas —me defendí.

—¿Qué tipo de detalles?

—Bueno... experiencias reales que tomó como base para escribir alguno de sus libros.

—Guau, qué nivel de intimidad —comentó Puri, con fingido asombro—. Sí que sabe cómo excitar a una mujer, *el hijoputa*.

—Vale, de acuerdo —reconocí—. Metí la pata hasta el fondo. Me dejé llevar, me autoengañé para echar un par de kikis con el que creía el hombre de mi vida, bla bla bla...

—Que te quiten lo bailado —convino Puri.

—Oye, no es tanto el drama. Pero una sabe, en el fondo, cuándo es real lo que siente. Lo sabe por cómo actúa ella misma —explicó Lina—. Siempre puedes mirarlo desde otra perspectiva: fuiste tú la que cameló al gran autor superventas...

—El hijoputa.

—... hasta el punto de llevarte en primera clase a Nueva York y alojarte en su apartamento.

—Su picadero, querrás decir —corregí.

—Lo que sea. Pero no tienes obligación alguna de autoproclamarte perdedora.

—Eso. Que, además, no eres la única que tiene problemas, guapa —reprendió Puri.

En ese momento llegaron las primeras tapas, y las tres salivamos a la vez. Llevábamos esperando casi una hora; lo bueno que eso tenía es que poca gente estaba dispuesta a una espera así, y de ahí el ambiente tranquilo del local. A nosotras, mientras la bebida la sirviesen al momento, tampoco nos corría prisa hincar el diente. Lo prioritario era el gaznate, no el estómago. Y tener un lugar para reunirnos.

—Y, así por alterar un poquito el diálogo, ¿qué problemas tenéis vosotras? —pregunté, mientras probaba uno de los deliciosos y rebozadísimos calamares.

Lina miró de reojo a Puri, como cediéndole el testigo ante tal pregunta.

—Qué problemas van a ser... —dijo esta, suspirando. O resoplando por lo calientes que estaban las croquetas de jamón con queso—. No eres la única que sufre mal de amores.

—¿Qué?

—Sí, hija, sí. Paco también ha sabido jugar conmigo.

—¿Paco?

—Coño, Marta, el hijo de mi clienta. Vale que tu historia de desamor es mil veces más potente que la mía, pero ten el detalle de acordarte de mis éxitos. Bueno, derrotas.

Paco, el casado con hijos que había seducido a nuestra amiga. Lo había olvidado por completo. Qué cretina, la irrupción de Will en mi vida lo había eclipsado todo. ¿Cómo había podido dejarme nublar la cabeza de esa manera, como si todo lo demás hubiese dejado de existir o importar?

—¿Habéis... terminado... con lo vuestro? —pregunté, sin tener muy claro si había llegado a haber un «vuestro».

—Más quisiera —lamentó. O sea que sí, había un «vuestro»—. Yo todavía estoy en la parte en que conservo algunas estúpidas esperanzas.

—¿Esperanzas de qué?

—De que sea cierto que me quiere.

—Pero... ¿es que hay novedades y no me he enterado? ¿Ha dejado a su mujer?

—No, pero lleva días repitiendo que lo hará. Y yo me creo ese futuro, pero desde luego no tiene pinta de que vaya a ser inmediato.

—Te está mareando —sentenció Lina, como si tal cosa. Ella debía de estar más al tanto de en qué punto estaba «lo de Puri y Paco».

—Bueno, sí. Pensar eso es lo fácil. Pero es complicado dejar a tu mujer, explicarle todo a tus hijos... En parte lo entiendo, no puedo presionarlo.

—Qué presión ni qué leches. Que te está mareando, he dicho.

—Puri, ¿qué te ha contado exactamente? —interrogué.

—Que lo va a hacer. Y yo, claro, cada lunes que su madre viene a arreglarse las puntas y él pasa a recogerla no puedo resistirme a preguntarle. Y se molesta.

—Te está mareando —dictaminé.

—¿Ves cómo es mucho más fácil hacer el diagnóstico en terceras personas?

Y en efecto, así era. Muchísimo más fácil. Qué manía con atarnos una venda alrededor de la cabeza y taparnos los ojos a nosotras mismas. Pensé en lo lógica que era la solución. En realidad, todas las piezas del puzle habían quedado expuestas desde el primer momento. Hombre casado, con hijos, buscando una relación extramatrimonial con una chica mucho más joven... Lo de Puri era ceguera. ¿Había sido yo tan ciega con las piezas de mi propio rompecabezas?

Iba a reprocharle a mi amiga su actitud, su tonto juego que a todas luces no tendría final feliz, pero decidí callarme. Acababan de hacerme entender que cuando una estaba en mitad de una de esas situaciones inverosímiles era incapaz de reconocerla como tal. Por mucho que las personas más queridas trataran de explicarlo mediante los más sofisticados croquis.

—En fin, tarde o temprano reconocerá que no va a abandonar su posición actual. Le faltan agallas —argumenté, como quien lee un artículo sobre *Sálvame Deluxe* en el periódico.

—Pues mira... ojalá. Pero mientras eso no pase, existe la posibilidad de que hable en serio. De que me quiera realmente tanto como para no seguir a dos bandas.

—Lo peor que podría pasarte es que dejase de andar a dos bandas, chata —

apostilló Lina—. Un hombre que juega a esto merece pocas cosas. Una de ellas es una patada en la entrepierna.

—Y tú, ¿también has entrado en el club de las sufridoras o eres nuestro ejemplo a seguir? —desvié, interesándome por Lina.

—Yo estoy bien.

Me hubiese creído sus palabras si no hubiese utilizado un tono más propio de Iker Jiménez anunciando la aparición de unas psicofonías aterradoras. Ese «yo estoy bien» no se lo tragaba ni el Luisma de *Aída* en una gala de *Inocente, inocente*. Algo le pasaba a Lina, aunque, a diferencia de Puri, ella no parecía estar dispuesta a decir nada.

—¿Seguro que está todo bien? —insistí.

—Tan bien como esta tortilla, ¿la habéis probado? —preguntó, despejando el balón.

Entendí que no estaba cómoda, así que dejé el tema. Lo último que quería hacer era fastidiar su noche, nuestra noche, de claudicación y confesiones. Aunque ella no se apuntase a esto último. Pero entonces recordé los signos que en las últimas semanas me habían llamado la atención en mi amiga: su gesto de tristeza la primera vez que Puri nos habló de su nuevo ligue: el hombre casado y con hijos, *Paco el verraco*; su llanto reprimido al escuchar aquella versión acústica del simbólico tema de Alejandro Sanz en la plaza al aire libre; su rotunda negativa a la proposición de una copa por parte de Will en el restaurante... No eran reacciones propias de mi amiga, pero no lograba entender a qué se debían, me sentía incapaz de encontrar un nexo que de pronto lo iluminase todo. Pero una pequeña chispa prendió en mi sesera.

Dimos buena cuenta de las raciones que habíamos encargado y mejor aún de las copas que fueron desfilando a lo largo de la noche por nuestra mesa. Espantamos nuestros amoríos (o desamoríos) con carcajadas, diálogos surrealistas y brindis por doquier. Como en nuestros mejores tiempos, el propietario del local tuvo que acercarse para pedirnos amablemente que nos trasladásemos a rajar a otro lugar; nos habían dado las tantas. Las tantas eran, más exactamente, la hora de cierre del restaurante.

Abandonamos el local haciendo eses y hasta uve dobles por la acera. Aunque yo estaba medio piripi, no había seguido el ritmo de ellas. Un par de ideas habían brotado en mi cabeza después de escuchar a mis amigas, y había tomado la decisión de ralentizar la ingesta feliz de alcohol aquella noche. Un trago por cada cuatro de ellas. Así, mientras si me concentraba podía andar

incluso enderezada, Puri y Lina se apoyaban la una en la otra con resultados poco favorables. Conté hasta dieciocho amagos de irse al suelo. Ambas juntas. Durante ese trecho, me sentí como el coche escoba de una carrera de dipsómanos.

Cuando habían resuelto terminar la noche en una discoteca de la zona, me disculpé alegando que llevaba mucho retraso con el proyecto en el que estaba trabajando y que necesitaba retirarme ya. Tuve que lidiar con un arsenal de quejas y tirones varios, pero logré convencerlas de mi arrebatado de responsabilidad. Las acompañé hasta la entrada del garito, por asegurarme de que lograban llegar con vida, y luego desanduve algunos pasos.

Saqué el teléfono y busqué en la agenda el número de Fer, el novio de Lina. Pasaba ya de la una, y ni siquiera sabía si estaría durmiendo o de fiesta con sus respectivos amigos. Pero la ginebra que fluía por mis venas me otorgó la indiferencia suficiente para realizar la llamada de todos modos.

Fer cogió al tercer tono. No estaba de fiesta (el hombre era bastante más tranquilo que nosotras), sino en casa, viendo una serie. Noté su desconcierto ante mi llamada, más a esas horas. Percibí también cómo crecía ese desconcierto en cuanto le pedí que bajase a su portal para hablar de algo urgente. Tras asegurarle que Lina estaba bien (omití el «borracha» tras el adverbio), me dijo que se cambiaba y bajaba.

Para cuando apareció, yo ya estaba sentada en el banco que había frente a la entrada del edificio donde él y Lina compartían apartamento desde hacía un par de años. Había estado varias veces en su coqueto nido de amor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, nada más acercarse.

Me dio pena ver su rostro lleno de preocupación, así que sonreí y le ofrecí sentarse a mi lado. Todavía incapaz de relajarse, me hizo caso.

—Lina está con Puri en uno de los garitos de costumbre —le informé—. Está bien, tranquilo. Al menos en lo que a esta noche se refiere.

—Pensé que se trataba de alguna desgracia... —suspiró, por fin aliviado—. ¿Qué quieres decir con lo de al menos esta noche?

—Fer, tú conoces incluso mejor que yo a tu novia. Si tiene un problema se lo llevará a la tumba si de ella depende.

Fer me miró con atención, pero no dijo nada.

—¿Estáis... en crisis? —me decidí a preguntar, evitando los rodeos.

—No es una crisis —respondió, tras un silencio largo—. Es decir... ninguno de los dos está planteándose romper la relación. Que yo sepa, al menos.

—Pero algo pasa —insistí.

Fer bajó la vista. Era un buen chico, y yo no tenía motivos para ponerlo en una situación incómoda. Pero había visto la cara de mi amiga, y sabía que algo ocurría. No podía dejar que eso continuase siendo así, si estaba en mi mano hacer algo al respecto.

—Hay... diferencias —musitó, tras una pausa bastante más larga que la anterior.

—¿Qué?

—Eso... diferencias. Nos queremos mucho. Pero... no estamos de acuerdo en absolutamente todo.

—¿Y esas diferencias... son importantes? —pregunté, bastante perdida.

Fer levantó la vista y me miró a los ojos. Los suyos centelleaban. Sí, debían de ser importantes. Y entonces caí en la cuenta. El marido con hijos, la canción de Alejandro Sanz dedicada a su niña recién nacida, el no querer tomar una copa en el restaurante...

—¡Dios mío! ¡Lina estaba embarazada!

—¡¿Qué dices?! —pronunció Fer, aterrorizado.

—Es... ¡es eso! Lina estaba embarazada, pero... pero no quería tener el hijo. Y tú sí, pero terminó decidiendo que lo mejor era abortar... Por eso ahora, por eso ahora vuelve a beber como una cosaca e intenta reprimir su tristeza.

—¿Cuándo dejó de beber? —preguntó, más desconcertado que yo.

—Eh... Una noche, en el restaurante.

—Lina no se permite beber en horario laboral. Siempre fue muy estricta con eso.

—Pero... entonces... —Hice una pausa, tratando de aclarar las ideas. Aunque yo había reducido la ingesta de ginebra, parecía haberlo decidido tarde —. ¿Lina no estaba embarazada?

—Me temo que no —ratificó—. En realidad, ese es el problema.

—¿Qué?

—Hace un tiempo que Lina me... me confesó que le gustaría formar una familia. Que era el momento de dar otro paso más en nuestra relación.

Procesé en silencio la información. Lina quería tener un hijo, una hija. Lina quería ser madre.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Que soy yo el que no está preparado para dar ese paso.

Mi hipótesis precipitada no había dado en el blanco. Era, de hecho, lo

contrario a la situación real. Lina quería ser madre, pero Fer no. La pareja más perfecta, más compenetrada que yo había conocido nunca no estaba de acuerdo por primera vez en algo. Ese algo era la decisión de formar una familia.

—Puede que esto no fuese lo que esperaba escuchar —concedí—. Sé que no existe entre ambos tanta confianza como para lo que te voy a preguntar a continuación, pero estoy medio piripi y sacaré ventaja de ello: ¿qué es lo que te hace no estar convencido de tener un hijo con la mujer de tu vida?

Fer trató de sonreír. Fue una sonrisa melancólica, la de una persona que reconoce hallarse perdida en el camino.

—No lo sé... Quiero a Lina. Y sé que es para siempre, que lo nuestro será para siempre. Ni siquiera estando en desacuerdo en algo tan delicado podemos odiarnos o querernos menos. Pero... no lo sé, Marta. Tengo treinta años, Lina veintinueve. Miro a mi alrededor y veo a mis amigos disfrutando sin preocupaciones de esta etapa de la vida. Sin grandes responsabilidades, como la de tener un hijo que cuidar y criar.

—Claro. Y si miras más allá de tu alrededor podrás ver también a otra gente de tu edad con uno, dos e incluso tres pimpollos. No hay una regla escrita para decidirse a tener hijos.

—Ya... pero da vértigo.

—¿Qué crees que es lo que puedes perder?

—No se trata de perder, sino de sentir vértigo. Simplemente. La verdad es que... —cogió aire—. Tengo pánico de no ser un buen padre.

No pude reprimir una pequeña carcajada de complicidad. Fer me miró, expectante.

—Venga ya. Hasta Paquirrín es padre. El miedo a tener un hijo no puede venir de tener dudas de tu capacidad o no como padre, y menos en tu caso.

Fer se encogió de hombros. Lo vi tan perdido, tan desamparado, que antes de que hubiese reflexionado al respecto ya le había pasado el brazo por el hombro, como si fuese su mejor colega. Fer me miró, agradecido, con una lágrima valiente rodando por su mejilla.

—Sabes que Lina no te va a exigir algo que no quieres hacer.

—Lo sé.

—Y está bien si no lo quieres hacer. Pero que sea porque tú no quieres, no porque creas que no quieres basándote en lo que ves de otros. Esta es vuestra vida, y lo más maravilloso es que la compartáis juntos de la manera más feliz.

Fer se quedó meditabundo, y yo lo acompañé en su silencio. Ahí seguíamos

los dos, de madrugada, sentados en un banco, hablando de temas tan de fin de semana como la paternidad y sus miedos.

—¿Crees que sería un buen padre? —preguntó, después de un rato.

—¿Me lo preguntas en serio? —respondí, sin poder reprimir una sonrisa—. Yo creo que puedes optar a la medalla de «Padre del año». Aunque sea en un certamen convocado por nosotros mismos.

Fer sonrió, aunque mantuvo su gesto ensimismado.

—Ese es mi miedo, no estar a la altura de las circunstancias...

—En ese caso, puedes despreocuparte —le aconsejé—, porque a tu lado vas a tener a la «Madre del siglo».

Un rato más tarde nos despedíamos en el portal de su casa. La noche había refrescado y yo tampoco quería tener más tiempo al pobre Fer a la intemperie. Además de que yo tampoco era la Mujer de Hielo y el frío me subía por las pantorrillas. El metro estaba cerrado a esas horas, así que me pegué una bonita caminata. Lo mejor de caminar durante casi cuatro kilómetros es que cuando llegas a casa, la borrachera ya se ha aburrido de atolondrarte la mollera. Y, al menos, la resaca es mucho más asequible el día después.

Al lunes siguiente, salí temprano de casa y cogí el metro. Tras casi una hora de trayecto, me bajé en la parada conveniente. Unos cientos de metros después, me apostaba frente a la peluquería de Puri. Llevaba en mi mochila los víveres necesarios: una botella de agua y un bocata. Si había que esperar, esperaría. El tiempo que hiciese falta. Aunque si no eran varias horas mejor, porque tenía dudas al respecto de cómo solventar un posible vaciado de vejiga.

Por suerte, un par de horas después de mi llegada, divisé a una extraña parejita que se detenía ante la peluquería. Él, de unos cuarenta años, dejaba a su acompañante, de unos ochenta, en la puerta del local; la anciana despidió al hombre con un par de besos que resonaron hasta en la otra acera.

En cuanto la señora entró y el hombre retomó su paso, crucé la carretera y me acerqué a él. No había pensado en lo que iba a decir a continuación, pero ni falta que hacía. Las ganas iban a hablar por sí solas.

—Disculpe, ¿es usted Francisco? —pregunté, acercándome.

El hombre se detuvo y me contempló de arriba abajo, tratando de reconocerme. Arqueó una ceja, sin decir nada, señal que yo interpreté como una afirmación a mi pregunta.

—Verá, soy amiga de Puri. Puri, sabe quién es, ¿verdad?

El rostro de *Paco el verraco* cambió por completo. Perdió su atenuado

bronceado, y yo me sentí dichosa de no ser la persona más descolorida de la provincia. Sus labios se contrajeron, y hasta tragó saliva un par de veces antes de arrancarse a hablar.

—Yo no sé quién es nadie —soltó como un tosido, e intentó reemprender la marcha.

—Paco, Paquito, Paco —dije, cortándole el paso—. Si quieres continuar tu camino debes responder correctamente la gran pregunta.

—¿Eh? Pero de qué hablas, loca del coño.

—No, no. Así vas mal. A tu mujer y a tus hijos no les gustaría nada, nadita esta actitud.

El hombre volvió a tragar saliva, inquieto.

—¿Qué quieres?

—Que respondas la pregunta —repetí—. ¿Estás preparado? Recuerda que no debes fallar. —Hice una pausa dramática, dándome el gusto. Él siguió inmóvil—. ¿Vas a abandonar a tu familia?

Si el sujeto continuaba tragando saliva a ese ritmo terminaría con el vientre convertido en un lago artificial. Me crucé de brazos y repiqueteé con el pie en la acera, fingiendo impaciencia. No voy a mentir: estaba disfrutando un poquito.

—Yo... yo...

—Tú, tú —dije, con burla. Por una vez yo era la abusona, aunque por una causa justa—. Responde, Paquito. No es una pregunta complicada: ¿vas a abandonar a tu familia?

—No —soltó, tras contener el aliento—. No.

—Bravo. Respuesta correcta. Y ahora viene el bonus: ¿vas a dejar en paz a Puri, o sus doscientas amigas tendremos que hacerle una visita explicativa a tu esposa y niños?

Quizá me hubiese crecido un poco en el papel de matona. La falta de costumbre.

—No, no los metáis en esto, por favor —suplicó, empezando a sudar—. Hablaré con Puri, lo prometo.

—Con tacto. Nada de hacerle daño —señalé, amenazante.

—Con tacto. Con tacto —repitió como un mantra.

—Pero que se note que eres un cabrón.

—Sí, sí. Lo que tú digas. Pero dejad a mi familia tranquila.

Lo había conseguido. Me había impuesto al desgraciado que mareaba la cabeza y el corazón de mi amiga. Le tendí la mano, radiante por haberme salido

con la mía con tanta facilidad. Al contemplar su rostro de incompreensión, retiré la mano veloz y volví a poner gesto tosco. Me aparté y dejé que efectuase su espantada. Luego regresé a la boca del metro con una sonrisa boba resplandeciendo en mi cara. A veces, la felicidad de una misma reside en tratar de hacer felices a los demás. A aquellas personas que, al mismo tiempo, alcanzan su felicidad haciendo felices a otras.

Epílogo (también llamado colofón)

Me faltaban unas diez o quince páginas por traducir el día en que Omar me llamó. Al ver su número en pantalla me preparé para recibir una ligera amonestación por mi ritmo de trabajo. Aunque no habíamos cerrado una fecha, en la editorial estaban habituados a que mis entregas llegasen en plazos considerablemente cortos. Un día antes había recibido un correo de Tita interesándose por el estado de la traducción.

—Te prometo que me falta poco... muy poco —me disculpé atropelladamente nada más coger la llamada—. Dame... dame tres días más y la traducción será vuestra.

—¿Podría verte algún día de esta semana? —fue su réplica a mis palabras.

—¿Eh? ¿Quieres... que vaya a la editorial?

—No, me refiero a un encuentro informal. En una cafetería, en una terraza, donde tú elijas.

Lo que estaba escuchando decir a Omar me pilló desprevenida. Desde la breve llamada que habíamos mantenido el día en que comí con Will no habíamos vuelto a comunicarnos. Me llamó cuando estaba en Nueva York, pero yo no había cogido el teléfono, y después había olvidado por completo esa llamada. Habían pasado unas semanas desde mi «regreso de la vergüenza», y aunque en más de una ocasión me había descubierto pensando en él por lo premonitorias que habían resultado sus tentativas de no presentarme a Will, no se había producido trato alguno entre ambas partes.

—Esto... No sé, quedar para...

—Hablar —completó él—. Escucha, Marta, si va a ser incómodo para ti, lo entiendo. No insistiré en ello.

—No, no —resolví, después de intentar en vano aclararme—. Está bien. Podemos vernos en alguna cafetería, claro.

Esa misma tarde me encontré con él en un local de mi barrio. Había insistido en que no quería provocarme demasiadas molestias, así que acordamos vernos en algún lugar que me quedase cerca. Nos saludamos con torpeza, como si en realidad fuésemos dos participantes de *Encuentros en la tercera copa* que se vieses por primera vez. Y después de tres copazos bien cargados.

Ambos pedimos café. Yo no sabía muy bien qué decir, aunque en realidad esperaba que fuese él quien se arrancase a hablar. Después de todo, aquel encuentro había sido idea suya. Al cabo de un rato, cuando ya nos habían traído las bebidas, tomó la palabra.

—Bonito color —apreció, en referencia a mi cabellera.

—Ha estado peor —repliqué. Por suerte, el rojo chillón ya no era tan chillón.

—¿Cómo llevas la traducción de Lucy Williams?

—Bien. Estoy con las últimas páginas.

—Estupendo. Tampoco tengas prisa, por ahora no he visto a Tita muy inquieta con la entrega.

—Bueno es saberlo.

Volvimos a quedarnos en silencio y ambos aprovechamos para dar un sorbo largo a nuestros cafés.

—Marta, quería pedirte disculpas —declaró.

Yo posé el café sobre la mesa y lo miré, pero no encontré palabras que decir al respecto. Afortunadamente, él tenía más que declarar.

—Sé que todavía no me has perdonado que le sugiriese a Tita que no te presentara a Will —prosiguió—. Y entiendo que no puedas olvidar un acto tan ruin que casi...

—Te perdono —pronuncié.

Omar se interrumpió y me miró, como tratando de entender.

—Te perdono —repetí, más relajada, indicándole que podía continuar con lo que quisiera decir.

—No lo hice con mala intención. Aunque fue un acto egoísta.

—No importa la intención, porque al final hubiese sido mejor no conocer...

—Sabía que eso podía pasar —me cortó.

—¿Qué?

—Sabía que podía pasar lo que terminó pasando.

—¿A qué... te refieres?

—A que sabía de la fama de Will en sus viajes promocionales. Un americano guapo, joven, exitoso, culto. No resulta sencillo decir que no a una proposición suya. —Hizo una pausa—. Por eso traté de evitar que lo conocieses. No me importaba tu posible comportamiento de fanática al conocerlo: me preocupaba cómo actuaría él al conocer a la joven traductora enamorada de su obra e imagen.

—Que... quieres decir, que suponías que me camelaría y me utilizaría para pasar el rato —dije, sin saber yo misma si lo estaba preguntando o confirmando.

Omar asintió con la cabeza antes de echar mano del café una vez más.

—¿Y... por qué no me lo dijiste?

—Traté de hacerlo —respondió—. Pero sin mucho ahínco, la verdad. Cada vez que hablabas de Will lo hacías con tal entusiasmo y tal adoración que me resultaba complicado atreverme a desmentir parte de... de tu...

—Fantasía —rematé—. Puedes decirlo.

—Siento no haber hecho mejor las cosas. Fallé bastante en las formas, y me temo que al final también en el fondo. Pero lo último que quería era que salieses herida.

—Entonces no tengo nada que perdonarte. No fue culpa tuya, aunque pudieses fallar en las formas. Fui yo quien no quiso ver las señales. Que, al parecer, eran unas cuantas.

—Bueno, es fácil verlo desde fuera. Pero cuando se vive desde dentro todo cambia.

—Ese es el discurso que vengo escuchando desde hace semanas, por cortesía de distintas personas —reconocí—. Así que debe de ser cierto, sí.

—Lo cual no quita que yo tenga parte de culpa —insistió Omar—. Si hubiese sido honesto y te hubiese dicho directamente que te...

La sintonía de «Bad Romance» interrumpió sus palabras. Rebusqué en mi mochila, hasta dar con el teléfono. Era Lina quien llamaba. Me pregunté qué querría decirme un día cualquiera a media tarde.

—¿Te importa que lo coja? —pregunté.

Omar negó con la cabeza y me invitó mediante gestos a atender la llamada.

—¿Lina?

—Gracias.

—¿Eh?

—Gracias —repitió ella, como si el problema fuese no haberla escuchado

—. Fer me lo ha contado. La charla que tuviste con él, aquella noche.

—Oh, eso —respondí, cayendo en la cuenta—. Quedamos en que era una conversación entre él y yo. Veo que no es capaz de cargar con el peso de un pequeño secreto más allá de un mes.

—Sí que sabe, salvo cuando le comunican que va a ser padre. Supongo que todo el mundo tiene sus momentos de debilidad.

—Sí, al final todos somos... —Me detuve en seco—. ¿Qué has dicho?

—Que Fer va a ser padre.

—Y... si no ha habido novedades, tú sigues siendo su pareja...

—Así es.

—Lo que quiere decir... Dios mío, Dios mío. ¡Lina! —grité, sin poder contener la alegría que acababa de electrizarme el cuerpo entero. Omar me miró con sorpresa, aunque sonrió al verificar por mi expresión que solo podía tratarse de alguna buena noticia.

—Sí, mi querida *pussy girl*... —dijo, y su voz se quebró por un momento—. Voy a ser mamá.

Así era. Una de mis mejores amigas iba a ser madre. Y yo no podía sentirme más feliz por ella.

—¿Cuándo querrás brindar conmigo? —preguntó—. Te advierto que en mi copa solo habrá agua.

—En cuanto tú me digas. Ahora estoy en un... en una... bueno, tomando algo con Omar, el editor. Pero tan pronto...

—Ah, no. Primero céntrate en lo tuyo —me interrumpió.

—¿Cómo?

—Sí, sí. Ya hablaremos luego, ahora atiende a lo que tienes que atender. Y después ya brindaremos. Por partida doble, espero.

Lina se despidió antes de que yo pudiese añadir nada al respecto. Cuando guardé el teléfono de nuevo en la mochila, la sensación de felicidad me seguía embargando por completo. Aunque las últimas palabras de mi amiga me habían dejado un tanto descolocada. Por partida doble... ¿es que acaso su sueño era tener gemelos o se me estaba escapando algo?

—Todo bien, imagino —comentó Omar, sonriente, una vez mi cabeza hubo regresado a la mesa de la cafetería en la que estábamos sentados.

—Sí, sí —asentí—. Una de mis mejores amigas... va a ser madre.

—Qué gran noticia.

—Lo es. Ella es tan adorable...

Omar sonrió y terminó su café.

—Me alegro mucho por tu amiga —declaró, con sinceridad—. Y por ti.

Iba a responder con un sencillo «gracias», cuando una chispa, una bombilla, o la central entera de Fenosa iluminó mi mente. «Y después ya brindaremos. Por partida doble, espero». Esas habían sido las palabras de Lina un momento antes. Y en cuestión de un segundo trajeron de vuelta a mi cabeza otras. «Pero una sabe, en el fondo, cuándo es real lo que siente. Lo sabe por cómo actúa ella misma». Esas eran también palabras de Lina, pero habían sido pronunciadas en otro momento distinto. En la cena que habíamos tenido las tres tras mi vuelta de Nueva York. Yo no había propuesto llevar a Will al restaurante, en ningún momento me había interesado lo suficiente como para conocer su trayectoria sentimental o los aspectos más personales de su vida... No. Pero sí había salido de mí pedirle a Lina mesa para una «ocasión especial». Sí había cenado con alguien a quien había preguntado por su vida amorosa, por su día a día. Sí había brindado con alguien con quien había reído, con quien había disfrutado. Quien no había torcido el gesto al ser rociado por una aleación de babas y jagër. Ese alguien era la persona que había mentido para intentar protegerme y que luego había respetado mi indignación al creer que se había comportado injustamente conmigo. La misma persona que, a pesar de haber demostrado el curso de los acontecimientos que yo no era poseedora de la razón absoluta, había querido verme y pedirme igualmente disculpas por no haber podido hacer mejor las cosas.

—Omar... ¿A qué te referías cuando dijiste que había sido un acto egoísta por tu parte?

Me miró fijamente, aunque noté que en ese momento era él quien no acertaba a encontrar las palabras. Por mucho que el silencio no fuese un gran aliado de las situaciones confortables, me negué a bajar la mirada. Esperaría lo que hiciera falta.

—Eso es lo que realmente tendrías que perdonarme —terminó por responder—. Que no solo hubiese hecho las cosas por protegerte, sino por evitar que Will arruinase cualquier oportunidad de seguir conociéndonos.

Si mis delicadas neuronas no me llevaban a engaño, Omar acababa de confesar que había sentido celos. De Will Cooper. De que el superventas norteamericano lo apartase de la persona que... ¿La persona que... qué?

—Siempre me llamaste la atención —pronunció—. Pero yo mismo pensé que porque me parecías agradable, inocente. Incluso un poco torpe. De cada dos

veces que venías a la editorial, en una de ellas tropezabas con algo. En la otra, alguien tropezaba contigo. Pero siempre que buscaba hablarte lo ponías difícil.

—No balbuceo a propósito... —alegué.

—Lo sé. Pero cuando me invitaste a la cena pensé que se trataba de una señal. Sabía que detrás de todo ello estaba el objetivo de convencerme para hacer lo posible por conocer a Will. Pero lo pasamos bien, estuvimos tan a gusto... Creí que aquella sería la primera cena de muchas. Claro que estaba el tema de Will. Y su inminente llegada. Entonces di los pasos equivocados.

—No fuiste el único... Creo que yo también caminé un buen trecho en la dirección errónea.

—Cada uno fue por su lado... ¿Y adónde nos ha llevado eso? —preguntó, esbozando una sonrisa triste. Y, aunque se trataba de una sonrisa, en lo único en que pude pensar fue en que esa tristeza sobraba. Estaba de más.

—Nos ha llevado a estar aquí, hoy, en esta cafetería. Hablando. Reconociendo los errores. Y confesando los aciertos.

—Y ¿qué va a pasar ahora?

—A mí no me preguntes, yo soy la de los titubeos —respondí, sonriente. Luego añadí algo más—. Pero, por esta vez, me apetece hacer una excepción.

Horas más tarde, mientras abría la puerta de casa de manera algo torpe, con Omar besándome con delicadeza el cuello, pensé en todo lo bueno y todo lo malo que ofrecía la vida. Y la importancia que tenían nuestras decisiones para quedarnos con lo uno o con lo otro. Unas semanas antes, el sueño de un amor de fantasía se desmoronaba con una intensidad tal que parecía amenazar los cimientos de mi vida real. Pero habiendo elegido disfrutar, todo había quedado atrás. Y lo bueno había subido al escenario, exigiendo su primerísimo primer plano. Mi madre, a quien había creído convertida en desorientada amante de una chica de mi edad, había accedido por primera vez en mucho tiempo a tomar un café con mi padre. Nada hacía pensar, al menos por el momento, en una reconciliación amorosa. Pero había sido el primer ladrillo para la reconstrucción de un cariño y un respeto que ambos echaban de menos. Puri, a quien *Paco el verraco* había mareado y llevado a una situación desagradable, volvía a lucir una luminosa sonrisa por los mensajes intercambiados con el joven esteticista de un moderno salón de belleza que acababa de conocer; eso era un cambio a mejor (siempre que no abriesen juntos un local de looks innovadores). Lina iba a ser madre, esperaba un hijo con el hombre que más la quería en el mundo, que ahora parecía más entusiasmado con la paternidad que Brad Pitt en modo «adoptar

retoños». Y yo... Yo había conocido a Will Cooper. Me había dejado seducir por él, pero había hecho algo más: me había largado de su apartamento neoyorquino tras descubrir cómo era en realidad. No sabía si contar Estados Unidos como país visitado (¿cuánto tiempo tiene que pasar una en un territorio para que cuente como visita oficial?), pero eso era lo de menos. Lo de más era que, en esos momentos en que ese torrente de pensamientos felices me colmaba de alegría, mi mano agarraba la de Omar con la misma ilusión de una niña pequeña.

Y, por encima de todo, estaba el hecho de que Belcebú volvía a esconderse con malicia en cualquier recodo, aguardando paciente la aparición de mis pantorrillas. Adorable hijo de Satanás.

Agradecimientos

Debo, y quiero, dar las gracias a todos aquellos que han hecho posible la historia de Marta Cruzado y, por tanto, la de Carolina Levi. A Bere y a Carmen por ver una novela donde solo había una sencilla idea, y al resto del equipo editorial por su acogida y simpatía. A los amigos y a los familiares que han visto a una escritora donde solo había una persona con ganas de contar y escribir sin pausa. A Paulo por cargar con la responsabilidad de convertir en éxito (más te vale) esta historia de amores y estropicios. A las Musas, o a las musarañas, porque unas u otras han debido iluminarme varias veces a lo largo de esta aventura. Y, por supuesto, a ti. Por llegar hasta esta última página. Gracias.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carolina Levi, 2018

© La Esfera de los Libros, S. L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2018

ISBN: 978-84-9164-236-7 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.